

LA FASCINACIÓN DE LA VÍCTIMA
ANA TERESA TORRES

Todo ha sido consumado. Elvira Madigan cerró la puerta de la casa y acompañó a Evelyn Matt hasta su automóvil.

–Gracias por tu ayuda, Evelyn.

–Espero que hayas quedado contenta, quizá con más tiempo se hubiera conseguido un precio mejor; esta zona de Balzac está un tanto deprimida.

–Creo que está bien.

–Así que te vas...

–Termino unos trámites con la cuestión de mi retiro y estaré volando en unas dos semanas.

Evelyn Matt no alcanzaba a entender aquella decisión.

–Sé que es algo personal, disculpa si te parece entrometido, pero, ¿por qué irte?

–Después de tantos años fuera me acostumbré a otro tipo de vida.

–Comprendo –dijo Evelyn en un tono que evidenciaba lo contrario–. Bueno, suerte, donde quiera que vayas.

Evelyn retiró el cartel de *For Sale* de Matt's Estate Agency y encendió el motor. Elvira Madigan la vio alejarse, retrocedió a la entrada, pero al llegar a la puerta titubeó. Nada de nostalgias. Esta casa cumplió su misión. Todo lo que debía ocurrir en ella ya ocurrió. Por la tarde viajó a Toronto y se dirigió al apartamento de Louise Alcott, su amiga de secundaria, que enfrentaba un divorcio después de veintidós años de matrimonio sin hijos. Louise no había regresado del trabajo y se sentó en la sala a hacer unas llamadas mientras la esperaba. Tenía pensado invitarla a cenar fuera para agradecerle la generosidad de alojarla durante los días en que resolvía los detalles de su viaje. Louise tampoco entendía las razones. ¿Volver a ese país en el que nada bueno te ha sucedido? Quédate aquí, al fin y al cabo estás en casa. ¿Qué tienes allá? La desaparición de mi hijo, contestó Elvira interiormente, pero no quiso decirlo en voz alta porque sonaba demasiado siniestro.

–No me siento ya en casa, en realidad todo ha cambiado demasiado. Creo que con la pensión de retiro adelantado podré vivir mejor allá; el único compromiso es que debo residir en Canadá al menos noventa días al año, cosa que haré de junio a septiembre. El frío me resulta ahora insoportable. Y con eso y la consulta que pueda rehacer estaré mejor que aquí.

–También puedes rehacer una consulta en Toronto, ahora hay muchos emigrantes hispanohablantes, eso te agrega un valor especial. Continuaron cenando en silencio. Era un pequeño restaurante griego frecuentado por los habituales del barrio.

–Me encanta el *feta* –dijo Louise para volver a la conversación–, y, por cierto, qué has sabido de Bob. ¿Cómo le va con su restaurante francés en Montreal?

–Creo que bien, hablamos por teléfono hace unas semanas y sonaba muy contento.

–¿Y qué hay de Scott? –Elvira no quería hablar de su ex marido y pensó que era mejor mover el foco de atención hacia los problemas de Louise.

–Todos los días decide algo distinto. Está volviendo loco al abogado, y a mí de paso. Un día quiere acordar la mitad de la casa, otro piensa que él se queda con la casa y me deja una pensión, a la mañana siguiente considera que lo mejor es que yo me

quede con la casa y le pase la pensión a él. Creo que hay que esperar a que se tranquilice. Es estrés acumulado, me dijo el abogado, ocurre constantemente que las parejas pelean por los bienes materiales todo lo que se tragaron durante años.

Ambas rechazaron el menú de postres y discutieron un rato acerca de quién pagaba la cena. Elvira insistió en que era su invitación.

–Como en los viejos tiempos –dijo Louise–, cada quien su parte.

–Está bien –aceptó Elvira. Sabía que Louise no tenía otro modo de ver las cuentas.

Louise Alcott era la única amiga con quien había mantenido un cierto contacto durante los últimos años. Quizá porque sus padres fueron los mejores amigos de los suyos Louise la acompañó con todos los procedimientos de la funeraria y estuvo presente en ambos entierros. Los suyos también habían fallecido y tenía experiencia. Pero Louise le parecía ya muy lejana, como si hablaran dos chicas que murieron tiempo atrás, y constantemente tanteaban las frases, temerosas de no reconocerse, de herirse con algún comentario que resultara fuera de lugar. Eso era, había perdido los códigos de conversación. No podía decir que se identificara con los códigos venezolanos, los había aprendido y podía usarlos, pero no los sentía suyos. Y los viejos códigos de la chica de Calgary los recordaba sin tampoco sentirlos propios. Viviré sin códigos, basta con conocerlos. No es necesario tenerlos clavados en el corazón. El tema del regreso a Caracas había sido constante con Louise. Convencida de que el factor económico sería el más fácil de vender insistió en ello, aunque obviamente era un factor débil. Volver a Venezuela no le aseguraba ningún bienestar. Estaba decidida esta vez a tener una vivienda propia, pero ¿qué podría comprar con los treinta y siete mil quinientos dólares canadienses que quedaban de la venta de la casa, después de impuestos, tomando en cuenta que tendría que vivir un tiempo sin ingresos? Afortunadamente los ahorros de sus padres –el dinero «extra» que decía su madre– le habían permitido pagar los gastos de estos días y comprar el pasaje; ahora solamente le quedaban unos doscientos que debía administrar con la mayor cautela hasta el día del viaje.

Tenía pensado llegar a un hotelito que estaba cerca de su antiguo apartamento; siempre que pasaba por delante lo miraba con horror, parecía un lugar abandonado desde su probable construcción en los años setenta, pero seguramente las tarifas serían asequibles. Luego se pondría de inmediato en la búsqueda de apartamentos en venta, no tenía preferencia por ninguna zona en particular con tal de que estuviera cerca del metro y de negocios que le permitieran hacer sus diligencias a pie. Necesitaba dos habitaciones, la suya y la del consultorio, y le bastaba con un solo baño. No requería estacionamiento porque no pensaba comprar un automóvil. Algo aparecerá, no soy demasiado exigente. Le preocupaba, sin embargo, el costo de los electrodomésticos, quién sabe cuánto estará costando una lavadora.

Cuando llegó a Caracas, el año que había estado fuera le pareció un día. Quizá más deterioro, pero también yo estoy más deteriorada. Con gran precisión le dio las instrucciones al taxista y se vio frente al Hotel Guaire con dos maletas y un saco. Una vez en la habitación consideró que cualquiera fuese el precio era excesivo. Será por poco tiempo. Salió a la calle y compró el periódico para revisar los avisos clasificados.

Se despertó al día siguiente descansada, como si hubiera dormido por muchas horas en un maravilloso colchón, lo que no era el caso. Bajó a desayunar a la panadería

y luego comenzó su búsqueda. La segunda visita fue suficiente. El apartamento cumplía todos los requisitos y lo único que necesitaba era una buena mano de pintura. La propietaria, una italiana que quería regresar a su país, estaba desesperada, tenía meses intentando venderlo. Aseguró que había sido muy feliz en aquella casa con su difunto marido y le daba dolor dejarlo, pero ya sus hijos se habían marchado a Italia y ella era la única que no había podido irse porque estaba amarrada a aquel apartamento, y con la situación (subrayó *situación*) no había logrado nada. Estaba sorprendida de que Elvira Madigan quisiera formalizar la venta lo antes posible, y, además, dispuesta a pagarle en dólares. La llamó varias veces al hotel para confirmar que su compradora era una persona real. Cuando firmaron le estampó un beso en los dos cachetes y le regaló un *panettone*, Elvira recibió las llaves como si le entregaran un sueño anhelado desde la infancia. La mujer le había dejado en premio una cama, dos sillas y la nevera, así que se mudaba de una vez. Cualquier cosa era mejor que el Hotel Guaire.

Hizo una lista de todos los artefactos que necesitaba y unas llamadas. Quería saber de sus antiguas amistades. Cristal y Mireya no vivían ya en el apartamento de antes; Judit Green había dejado de trabajar en la revista *Contemporary* y estaba en Estados Unidos. Ingrid Horowitz se puso muy contenta cuando escuchó su voz, la había echado mucho de menos. Luego llamó a Boris Salcedo, el detective que la había ayudado cuando desapareció Tom.

—¡Qué gusto tenerla por aquí de nuevo, doctora Madigan! ¿Viene por tiempo o de visita?

—Le doy mi teléfono para lo que se le ofrezca, en dos semanas reinicio mi consulta.

—¿Sabe que ya tiene un paciente? Alida y yo nos divorciamos, me siento muy deprimido, creo que todo fue culpa mía, la cosa es...

—Que no tiene tiempo.

El comisario Salcedo se rió.

—Lo encontraré, se lo prometo.

Mientras Salcedo decide psicoanalizarse lo mejor será que vaya a la Embajada de Canadá. Todo es lo mismo de nuevo. Registrar mi nombre y anotarme en la lista de profesionales. Nada será lo mismo, de todas maneras. Ahora tengo que concentrar mi energía en conseguir pacientes lo más rápidamente posible. La italiana había sido mejor negociante que ella.

La conversación con Adriana Budenbrook era dudosa. No estaba muy claro si quería un tratamiento psicológico, una ayuda en crisis, o si su verdadera motivación era saber quién había matado a su hermana. Ofrecía el perfil de unos buenos honorarios: académica reconocida, bien vestida, varios idiomas, buena posición de origen (hija de un conocido empresario), soltera y sin cargas familiares. Pero algo en ella era impenetrable: sus intenciones, sus deseos. Adriana Budenbrook no hablaba de sí misma, tenía un discurso acerca de sí misma. Muros a franquear, pero, al fin y al cabo, ése es mi oficio.

Decidió llamar a Salcedo, y sorprendentemente atendió enseguida.

–Dígame una cosa, Boris. Esta señora Budenbrook que me llamó de su parte, ¿de qué se trata?

–¿Ella no le explicó?

–Me dijo que su hermana menor murió asesinada en un evento público hace unos meses.

–Exactamente, sucedió poco antes de que usted regresara, estuvimos viendo un poco la situación, bastante complicada, en realidad murieron dos personas. Un escritor que recibía un homenaje en ese evento y la chica Bokenbrud.

–Budenbrook –corrigió Elvira.

–Eso, Budenbrook. Increíble cómo pasan las cosas, y eso que había vigilantes por todas partes, esa seguridad privada no sirve para nada, pero la gente se empeña en pagarla...

Elvira Madigan había aprendido que en los códigos de conversación venezolanos las personas hablan unas arriba de las otras, cosa que nunca haría una chica de Calgary.

–Ya sé lo que ocurrió, Boris, lo que no sé es por qué me la mandó a mí.

–Para que la ayude, ¿para qué va a ser?

–¿Como psiquiatra o como detective?

–Es como lo mismo, ¿no?

–No es nada lo mismo, por favor.

–La señora Bokenbrud no quedó convencida con el culpable que detuvimos y me tenía hartado con las llamadas exigiéndome que resolviera el caso. Yo creo que usted puede cooperar con ella.

–Adriana Budenbrook, en efecto, duda de ese resultado policial y quiere saber la verdad, la comprendo perfectamente, pero yo lo único que puedo hacer es ayudarla con el duelo de la hermana.

–Pues haga como quiera, doctora Madigan, usted me dijo que necesitaba pacientes, y ahí tiene una. Le puede cobrar doble, por la consulta y por la investigación. Pase por aquí y le explico más.

Otro caso irresuelto del comisario Salcedo, pero no para Elvira Madigan. Decidió esperar que Adriana Budenbrook volviera a aparecer para explicarle que ella no era la persona adecuada. Su mensaje había sido claro: «Doctora Madigan, le habla Adriana Budenbrook. Espero su llamada para concertar nuestra próxima cita». Durante la segunda entrevista Elvira volvió sobre el tema de las motivaciones.

–¿Es demasiado raro que una persona cuya hermana menor fue asesinada busque ayuda psicológica?

–No, por supuesto que no, solamente que veo en su pedido más un tema de quién lo hizo y por qué, antes que la necesidad de ayuda personal.

–Es todo lo mismo, no saber qué ocurrió me impide llevar una vida normal. Tengo que tomar tranquilizantes durante el día y pastillas para dormir por la noche, no me puedo concentrar en mis clases y tengo la impresión de que mis alumnos lo notan, mi vida sentimental se ha ido a la basura. Yo pienso que si supiera la verdad me calmaría.

La verdad no siempre es benéfica, pensó Elvira.

–Comprendo sus razones. El asunto es que mi competencia profesional se limita a las secuelas psicológicas de esta muerte, no contempla la investigación del culpable y las posibles causas de su acción.

–Yo creo, estoy convencida, que si todo se aclarara me sentiría mejor, y pienso que si alguien me ayuda puedo descubrirlo.

–Esto es un asunto policial, no sé si usted tiene competencias para ese tipo de problemas.

–Comienzo a sentir una incomodidad en esta conversación, como si estuviera mendigando su ayuda. La llamé por recomendación del comisario Salcedo, pero supongo que debe haber otros profesionales calificados en la ciudad.

–Claro que los hay –contestó Elvira irritada–, y le sugiero que los contacte. Si después de revisar otras opciones quiere llamarme, la atenderé.

Decidió pasar a visitar a Boris Salcedo. Obviamente no le había dado toda la información por teléfono. Lo encontró rodeado de teléfonos de mesa, portátiles, *t-motions* y *blackberrys*. Se alegró de verla y salió con ella a tomarse un café fuera de la oficina.

–Queda pendiente mi cita con usted. Estoy muy afectado por lo de Alida. Finalmente sí tenía un amante, soy muy intuitivo y muy suspicaz.

–Dos buenas cualidades para un detective.

–Estoy saliendo con otra chica, pero me da miedo. Demasiado joven. Puede que termine mal, o sea, de la misma manera.

–La vida es riesgo, dijo un sabio. En fin, cuénteme más. No quise decidir un tratamiento sin tener un mejor conocimiento del tema.

–Ocurrió el 17 de agosto, busque los diarios para complementar la noticia. Lo que yo puedo decirle es que había un evento de mucha gente en el Hotel Embajador, era un acto de homenaje para un escritor muy importante, Pablo Narval; yo, la verdad, nunca lo había escuchado nombrar, no leo ese tipo de libros. Los discursos habían terminado y el hombre subió a la tarima y de repente cayó al suelo, pensaron que se había desmayado por la emoción y el gentío, era una persona bastante mayor, pero cuando lo recogieron se dieron cuenta de que estaba muerto. Un disparo en la nuca con arma larga. Se imagina el zaperoco. Ambulancias, paramédicos, periodistas. Llamaron para acá, les dije que bloquearan los accesos y mandé a los muchachos. Agarraron a Yomfry Noriega, un chico marginal que evidentemente no tenía nada que hacer en esa fiesta. Se llevan a Yomfry y se llevan el cadáver, y en eso alguien encuentra a una joven tendida en el piso. Apuñaleada. Usaron un estilete de esos antiguos, como de abrir cartas, muy largo y afilado. Le tocó el corazón. Ésa era Sofía Bokenbrud, digo, Budenbrook. Entonces, la hermana empezó a acosarme con que yo tenía que seguir investigando porque no creía que el detenido fuera el homicida. Logré sacármela de encima y cuando usted regresó se me ocurrió darle su teléfono. Pensé

que era una manera de ayudarla a ella, y sobre todo a usted. Esa señora le puede pagar bien, estoy seguro.

–¿Qué le dijo de mí?

–Nada absolutamente porque no hablé con ella. Mi secretaria la llamó para decirle que yo le recomendaba conversar con usted y le dio su número.

–Boris, yo sé que usted es una persona muy ocupada, aunque lo he encontrado más accesible en esta oportunidad que antes. Pero por más ocupado que esté, a usted le pagan por descubrir homicidios, ¿o me equivoco?

–Me pagan para que haga una cantidad de cosas que no puedo hacer. Pero en este caso en concreto me pagan para que no lo descubra.

–¿Soborno?

–Para nada. Simplemente recibí órdenes de dejar las cosas de ese tamaño. La solución es Yomfry Noriega y está en El Rodeo. Allí se va a pudrir unos cuantos años.

–¿Y usted está conforme?

–Con algunas dudas, pero, por mí, se queda así. No se puede poner uno a resolverlo todo.

Elvira Madigan regresó a su apartamento, dispuso sus papeles bancarios y una calculadora sobre la mesa, luego se sirvió una ginebra.

Veamos. De los treinta y siete mil quinientos me quedan catorce mil quinientos, el resto lo están disfrutando en Sicilia. Con los nueve mil quinientos que gasté tengo lavadora, secadora, televisión, microondas, la pintura y los cuatro muebles que puedo ver; me quedan en espera una computadora y un DVD. Dejo cinco mil en reserva para los noventa días en Canadá, aunque me parece que voy corta en el cálculo. Hasta allí la casa de Balzac. Con los doscientos setenta mensuales del retiro anticipado que deben estar llegándome el mes que viene, si los vendo en el mercado paralelo, pago los básicos. Aquí, por ejemplo, hay algunos vacíos. Seguro médico, eventualidades. Lista de pacientes: un secretario de la embajada que viene a preguntarse una vez por semana por qué no ha podido casarse a los treinta y cinco años. Este punto está débil. Ingrid Horowitz prometió referirme un buen caso, aunque hasta el momento no se ha hecho presente. Sacadas todas las cuentas, no te necesito, Adriana Budenbrook.

Sin embargo, cuando Adriana Budenbrook se sentó frente a ella y depositó suavemente su cartera Prada sobre la mesita de apoyo, Elvira Madigan cambió de opinión. Quería un automóvil. Tres semanas en Caracas la habían convencido.

–¿Te aceptó trescientos dólares? No lo puedo creer, Elvira, ¿de dónde la sacaste? –gritó Ingrid por el teléfono–. Nunca he tenido un paciente tan rico.

–Los aceptó sin pestañear. Dos veces por semana, incluyendo las sesiones que no sean canceladas con cuarenta y ocho horas de anticipación.

Pero también había otro argumento. McLeod, su antiguo profesor de Toronto, le dijo al oído: «doctora Madigan, ¿desde cuándo los motivos de consulta tienen que ser los que están en los libros? El motivo de consulta de esa persona es la obsesión por saber quién mató a su hermana, y esa obsesión obedece a un sentimiento inconsciente que es su tarea iluminar». Le dio una nueva cita y la escuchó como si fuera por primera vez. Hablaba una persona desesperada. Viejo McLeod, me has dignificado, pensó Elvira. No sólo de trescientos dólares por hora vive una psiquiatra. Yo también sufrí la obsesión por saber qué había ocurrido con mi hijo. Ese sufrimiento es intolerable.

Decidió invitar a cenar a Ingrid Horowitz con gasto anticipado al primer pago y comprar de una vez la computadora y el DVD. ¿Quién te asegura que Adriana

Budenbrook dura mucho tiempo en tu diván? Yo misma, soy como Salcedo, intuitiva y suspicaz.

El secretario de la embajada había estado pensando que la chica con la que acostumbraba ir a la playa de vez en cuando era la mujer ideal. ¿Cómo no me había dado cuenta?, dijo, gracias a usted he comprendido que tenemos muchas cosas en común. Elvira Madigan tembló. Eso me pasa por ir demasiado rápido, si esta mujer le dice que sí se quiere casar, adiós sesiones. No quería quedar a la merced de Adriana Budenbrook pero, a la fecha, nadie más había solicitado una cita. El paciente prometido por Ingrid se hacía esperar. Decidió asistir a un congreso de psicoterapia que tendría lugar el fin de semana. Bastante cara la inscripción pero una buena oportunidad. Puede ser que encontrara antiguos conocidos o tuviera la oportunidad de entablar nuevas relaciones. Se mandó hacer unas tarjetas: «Elvira Madigan, M.D. *English Speaking Psychotherapist*». Era su valor agregado.

El miércoles Adriana llamó para advertir que no asistiría a la cita del viernes, de modo que cancelaba con cuarenta y ocho horas de anticipación. Mejor, pensó Elvira, así puedo ir al congreso todo el día.

Las sesiones transcurrían normalmente, ningún *paper* le llamaba demasiado la atención, tampoco había encontrado rostros conocidos, a excepción de un psicólogo con quien, precisamente, tuvo un inconveniente recién llegada a Caracas. Esperemos algo mejor durante la tarde. Salió de la sala y se sentó en la terraza para tomar un café. Dios mío, ¿qué tipo de café será éste, a ocho mil trescientos la taza? Pero ya el mesero lo había depositado frente a ella y esperaba el pago. Desde la terraza podía ver la piscina llena de ejecutivos rusos y se aburría de la escena. Decidió pasear por los pasillos interiores en los que se disponían tiendas de lujo y oficinas de servicios a viajeros. De pronto un chispazo cruzó en su aburrimiento. Éste es el Hotel Embajador. Aquí murieron el escritor y Sofía Budenbrook.

Volvió al congreso, esta vez para recorrer las salas. Todas eran de mediana escala, de modo que no podía haber ocurrido en ninguna de ellas. Boris insistió en que había mucha gente. Entró en la sala plenaria y se sentó en la última fila. A su alrededor jóvenes profesionales anotaban compulsivamente mientras el conferencista desarrollaba su lectura. Algo acerca de la confluencia entre las distintas escuelas psicoterapéuticas contemporáneas que no le llamaba demasiado la atención. Calculó al ojo la capacidad y le pareció que habían unas ciento cincuenta personas. Es grande, pensó, pero puede ser que haya otra más grande. Se levantó y se dirigió a la oficina de reservaciones de eventos. Allí le entregaron una hojita con los distintos tipos de locales y los costos de alquiler. El hotel disponía de dos espacios de mayor tamaño, el Salón Regente, con capacidad para trescientas personas, y el Salón Excelsior, para seiscientas. Éste debe ser, el Excelsior. Entró entonces en el Business Center y alquiló el uso de internet por treinta minutos. Vaya día de gastos, pensó, pero aún no tenía contratado un servicio de internet en su casa y salir a un cibercafé para luego regresar al hotel sería tedioso. Buscó el 17 de agosto en un diario de uso libre. La noticia no mencionaba en cuál salón habían ocurrido los asesinatos. No hace tanto tiempo, en alguna parte está registrado el contrato de alquiler.

Regresó a la oficina de reservaciones y le explicó a la empleada que era la asistente del señor Hayashi, un importante hombre de negocios japonés que proyectaba un gran evento. Necesitaba el salón de mayor capacidad.

—¿Fecha?

–21 de noviembre.

Revisó el libro de reservaciones.

–Para esa fecha el Excelsior ya no está disponible. Puede ser el Regente.

–Estamos hablando de más de seiscientas personas, leo aquí que el Regente tiene capacidad para trescientas.

–Se pueden agregar unas sillas.

–Tendría que verlo.

–¿Ahora mismo?

–Por supuesto que ahora mismo, éste no es el único hotel de la ciudad –dijo recordando el tono arrogante de Adriana Budenbrook.

Otro empleado que había escuchado la conversación por encima del hombro, y que parecía ser superior a la chica malhumorada que la atendía, dijo:

–Nataly, busca la llave del Regente para que la señora pueda verlo.

Nataly salió de la oficina y el empleado se refugió en un cubículo al fondo. Tengo diez minutos para revisar ese libro, o quizá menos. Pasó las páginas hasta que llegó al 17 de agosto, y sin voltearlo pudo leer que el homenaje a Pablo Narval había tenido lugar en el Salón Excelsior a las 7 pm.

Cuando Nataly regresó con las llaves del Salón Regente, Elvira Madigan la siguió y dio un vistazo al local.

–Insuficiente. Por favor, enséñeme el Excelsior.

–Ya le dije que para esa fecha no está disponible.

–No importa, cambiaremos la fecha si nos gusta el salón.

La empleada le hizo un gesto que podía significar «me está arruinando el día», y le indicó el ascensor. El salón Excelsior ofrecía mejores condiciones de seguridad. Se accedía a través de un ascensor de llave que desembocaba en un vestíbulo. Una vez adentro Elvira comenzó a recorrerlo muy despacio.

–¿Se va a tardar mucho? –preguntó Nataly.

–Usted se da cuenta de la importancia del evento que preparamos y del precio del alquiler. No es algo que podemos decidir en un instante.

–Entonces regreso a la oficina, estoy muy ocupada.

–¿El ascensor necesita llave para bajar?

–No, solamente para subir. Puede irse cuando quiera –contestó con el tono de ojalá se vaya para siempre y no tenga que volver a verla.

Elvira Madigan continuó repasando el espacio. En aquel momento estaba vacío, probablemente colocaban las sillas para el momento, o no lo hacían si se trataba de un evento que no las necesitara. No estaba segura de cuál habría sido la disposición aquel día. Se aproximó al lado norte del salón, donde estaban el podio y la mesa de oradores sobre una tarima. Subió a la tarima mirando al lado sur y observó un largo rato las paredes vacías. Seguramente la decoración quedaba a cargo de los organizadores. Las paredes no tenían ningún elemento visible. Las rejillas del aire acondicionado estaban colocadas en el techo y la iluminación era indirecta, escondida tras unas molduras de *drywall*. Nada llamativo.

Nataly entró en el salón.

–¿Qué le parece?

–Se ve bastante bien pero tengo algunas preguntas.

«Espero que pocas», decía la expresión de Nataly.

–Dígame en qué puedo ayudarla.

–El señor Hayashi necesita proyectar varias láminas y un video.

–Eso no es ningún problema. Puede hacerse de dos maneras: o bien colocando el equipo en la sala o bien proyectando desde arriba. Depende de lo que decidan nuestros técnicos cuando ustedes nos traigan el material.

–Desde arriba, ¿dónde?

–En la parte alta de la pared hay unas ventanas de luz para la proyección, no las puede ver en este momento porque están cerrados los paneles que las ocultan. Si se trata de un evento sin proyección no se abren.

–Ya. Y los técnicos están detrás, ¿no es así?

–Claro –dijo Nataly dudando un poco de las habilidades de la asistente del señor Hayashi–, están en la sala de proyección.

–Me gustaría verla.

–No está permitido, es solamente para el acceso de nuestro personal.

–Yo no puedo contratar nada si no he chequeado absolutamente todos los detalles.

–Para llevarla a la sala de proyección necesito que nos acompañe el personal de seguridad.

–Magnífico.

Elvira Madigan se sentó en el borde de la tarima mientras una Nataly enfurecida buscaba al personal de seguridad. Ése es el punto desde donde lo hicieron, no cabe duda. Allí estaba el francotirador. Ahora bien, ¿en complicidad con los técnicos o mediante el uso de la fuerza? Si hubiera sido por la fuerza ese elemento formaría parte de la noticia, el técnico amarrado o incluso muerto. No hubo nada de eso, de modo que queda descartada la hipótesis. Fue complicidad o aprovechando algún descuido del técnico. ¿Y cómo Boris Salcedo no entrevistó a esa persona? Se me olvidaba, no tiene tiempo, y si lo tuviera, le dijeron que dejara las cosas de ese tamaño. ¿Cuán importante era el escritor Pablo Narval?

Sus pensamientos se vieron interrumpidos por Nataly y el encargado de seguridad. Los siguió por unas escaleras a las que se accedía por una puerta disimulada por la misma decoración de *drywall*, a la derecha del vestíbulo. Entraron en la sala de proyección y el hombre accionó el mecanismo; los paneles se desplazaron y aparecieron las salidas de luz. Era un espacio pequeño, para ser usado por dos personas máximo. Desde allí la tarima era un objetivo fácil. Pero Narval no había muerto cuando estaba dando su discurso en el podio o en la mesa principal sino cuando subía a la tarima. Desde la sala de proyección se dominaba todo el local, pero obviamente sólo un buen tirador podía ejecutar un único disparo y acertar en medio de una reunión de seiscientas personas. Un profesional. Hizo varias preguntas más y se despidió.

–Muchas gracias por su tiempo, Nataly. Me pondré en contacto con usted tan pronto hayamos tomado la decisión.

Nataly vio con alivio cómo Elvira Madigan se perdía por el pasillo. Regresó a la sala de conferencias y luego pasó al almuerzo-bufet preparado para los participantes en la terraza. Tengo un buen día, Nataly, y ahora Richard Wood, voy a saludarlo. Richard y Elvira habían tenido algunos inconsecuentes escauceos amorosos después de la ruptura con Santiago. Lo vio muy afanado hablando con otras personas mientras se servía el plato, y cuando Elvira Madigan le tocó el hombro se mostró verdaderamente contento. Se sentaron en una mesa a comerse un horrible pescado gratinado con

coliflor, y por un momento a Elvira le pareció que todo era como si estuviese interesada en el congreso. Cruzaron tarjetas y Wood prometió referirle algún caso, le estaba yendo muy bien y, con cierta picardía, prometió invitarla a cenar y recordar viejos tiempos. Viejos estamos los dos, pero no desecharé la ocasión. Me hacen falta amigos.

Adriana Budenbrook se excusó largamente por su ausencia del viernes y expuso que si su llamada no había tenido lugar antes de las cuarenta y ocho horas convenidas pagaría la sesión. Le parecía que no habían sido exactamente cuarenta y ocho horas porque la sesión era a las tres de la tarde y ella había llamado hacia las cinco.

Vaya obsesiva, pensó Elvira Madigan, pero no me aprovecharé de su neurosis. Le aseguró que estaba dentro de lo convenido y guardó silencio para escucharla. Adriana sacó de la cartera un documento con la intención de leerlo. Fue interrumpida.

—¿De qué se trata lo que me quiere leer?

—Estuve tomando notas para reconstruir la historia de mi familia. Creo que es importante.

—Seguro, pero preferiría que me la contara.

—Probablemente olvidaré detalles, he perdido mi capacidad de concentración.

—No importa, podemos ver esos detalles después. Déjeme el documento y lo leeré más tarde. Por ahora la escucho.

Se hizo un largo silencio.

—No sé por dónde empezar.

—Hágalo por cualquier parte, las cosas irán saliendo a medida que habla.

—Nunca he tenido confianza en el método psicoanalítico.

Elvira quedó en silencio también. Si no le gusta el método, ¿para qué me escogió? Está bien claro en el título que tengo pegado en la pared. Esperemos. No hay modo de que esta mujer me caiga bien.

Adriana no dijo absolutamente nada durante casi veinte minutos.

—La historia de mi familia no es tan complicada, pero creo que nunca la he contado de esta manera, como si fuera un relato. Recuerdo que Freud habla de la novela familiar en alguna parte. ¿Es así?

Elvira Madigan no contestó.

—Bien, intentaré comenzar, pero le aseguro que en las páginas que escribí encontrará mucho mejor la historia.

El silencio continuaba. Miró el reloj. Adriana Budenbrook había consumido treinta minutos sin contar una historia que no era complicada.

—Mi abuelo era austríaco, vino a Venezuela en una misión diplomática, y mi padre vivió en Caracas durante su adolescencia, se graduó de ingeniero en la Universidad Central. Después de que mis abuelos se instalaron de nuevo en Viena, mi padre quiso volver a Venezuela. Había sido feliz aquí y pensó que tendría un mejor futuro. Se casó con una venezolana y fuimos siete hermanos, yo soy la sexta. El mayor, Paul, murió cuando era niño en un accidente de esquí durante unas vacaciones en Austria. Siguen Rainer, Otto, Thomas y Wolfgang, luego yo, y la menor, que era Sofía. Los varones viven en distintos lugares. Wolfgang en Viena, mi madre también; Rainer en Nueva York; Otto en Londres y Thomas en Buenos Aires. Solamente Sofía y yo en Caracas. Comprenderá lo difícil que fue para mí dar la noticia de su muerte. No sabía si llamarlos o enviarles un correo electrónico. O viajar para decírselo, pero ¡cómo recorrer esa cantidad de países como un mensajero de malas nuevas! Decidí hacerlo por teléfono. Fue verdaderamente difícil. Mi familia estaba en desacuerdo con que Sofía se quedara viviendo aquí. Tenían razones para ese desacuerdo, pero, al fin y al cabo, ella era mayor de edad y podía decidir su destino.

–¿Por qué estaban en desacuerdo con que ella viviera aquí?

–Les parecía que no estaba haciendo nada interesante. Mis padres fueron muy exigentes en cuanto a nuestra educación. Todos mis hermanos son personas muy calificadas. Rainer trabaja en Wall Street, Otto en la London Stock Exchange, Thomas es director de una empresa de telefonía digital y Wolfgang es curador de un museo muy importante de Viena, el Leopold. Yo soy internacionalista, estudié un máster en Washington y un doctorado en Bruselas. Mis padres tuvieron un nivel de vida bastante alto; mi padre fue un empresario muy exitoso. Sofía parecía encaminarse al perfil de la oveja negra. Alguien inconsistente con sus proyectos. Quería ser actriz, luego artista. Hizo algunos cursos en talleres de arte y tenía el sueño de una gran exposición, ¿con qué obra? Últimamente estaba trabajando en videoarte, pero carecía por completo de disciplina. Mi madre y mis hermanos pensaban que en Viena podría estudiar mejor bajo la vigilancia de Wolfgang, que podía conectarla con el mundo del arte, pero no lograron convencerla. Se fue a los veinte años en esa muerte tan incomprensible.

–Y usted, ¿por qué escogió quedarse aquí?

–Me casé y cuando ocurrió el divorcio ya había desarrollado una carrera académica. Hubiese podido intentar trasladarme a una universidad en cualquier parte del mundo, hablo cuatro idiomas, pero decidí no hacerlo. Me siento cómoda con mi vida. Viajo a ver a mi madre todos los años, y a veces paso antes por Londres o Nueva York para saludar a mis otros hermanos. A Buenos Aires no he ido nunca, o, corrijo, una vez, cuando se casó Thomas.

–Después del divorcio, ¿hay alguien más?

–Oh, del divorcio hace ya bastante tiempo. Ha habido muchos más, pero no he decidido una vida estable con nadie. Cuando sucedió lo de Sofía estaba saliendo con un francés que trabaja en la Elf, pero creo que la relación ha terminado. Mi estado depresivo le resultaba intolerable. En este momento está en el Medio Oriente por unos meses y resolvimos darnos ese tiempo para ver si todo continúa. Francamente no lo creo así.

–Así que está muy sola.

El silencio de Adriana Budenbrook era afirmativo.

–Se me hace duro regresar a casa. Sofía vivía en un apartamento en el mismo edificio que yo. Con frecuencia venía a verme cuando yo volvía de la universidad.

–Creo que su tiempo ha terminado, Adriana.

Elvira Madigan guardó la carpeta que contenía la historia de los Budenbrook. No tenía ganas de leerla en aquel momento. ¿Una oveja negra a los veinte? ¿Cómo sabían que sería una persona inconsistente con sus proyectos? No creo que me hayas contado los fieros interiores de tu novela familiar.

–Pienso mucho en Alida, no logro quitarme de la cabeza que la perdí por mi culpa, por este maldito trabajo que me roba la vida. Ya sé que usted me lo advirtió y traté de hacer algunos cambios, pero no fueron suficientes. O llegaron tarde. Alida estaba empatada con un vecino, ¿se imagina algo más sórdido? Un tipo divorciado que vivía en el piso de arriba. Ni siquiera tenían que molestarse en esconderse en algún hotel eventual. Todo a mano. He sufrido mucho, doctora Madigan.

–¿Cree que hay alguna posibilidad de reconciliación?

–Ninguna, se casan, solamente están esperando que salga la sentencia de divorcio. Para colmo se van de Caracas, así que pierdo también a la niña.

–Cuando Alida se casó con usted conocía el tipo de trabajo que tenía. Al fin y al cabo ella misma estuvo de acuerdo con las condiciones.

–Si hubiese aceptado esa compañía de seguridad en Miami nada de esto habría sucedido. Estaríamos felices los tres allá, con menos trabajo y más dinero. Cómo pude ser tan bruto.

–Quizá tenía razones para no querer irse.

–Dos razones: mis padres. Mis hermanas mayores son muy egoístas, no se ocupan de ellos para nada. Yo les debo todo.

Elvira Madigan pensó que conocía ese sentimiento. Dejó que Boris llorara, siempre la conmovía el llanto masculino. Cuando los hombres lloran parece ser muy grave. Niños inconsolables. Después le ofreció un café en la cocina para que Boris se fumara un cigarrillo, pero lo había dejado.

–Estuve en el Hotel Embajador y visité el salón en el que ocurrieron los asesinatos. Fíjese en esto: hay un cuarto de proyección en la parte superior de la pared sur, exactamente enfrente del podio y la tarima. Las ventanas de luz para el proyector están recubiertas por paneles móviles de modo que no se ven si están cerrados. Es evidente que el disparo se hizo desde allí. Aquí tengo las primeras preguntas: ¿se produjo alguna proyección en ese evento? ¿Había un proyectista? ¿Fue cómplice? ¿Fue inutilizado por el asesino? ¿Cómo pudo el asesino entrar en ese cuarto? La puerta de la sala de proyección permanece cerrada y la llave la guarda el personal de seguridad. Además, las personas que asistieron a ese acto estaban provistas con pases electrónicos.

–¿Cómo lo sabe?

–Me lo dijo Nataly.

–¿Quién es Nataly?

–Una chica mal pagada que atiende la oficina de eventos y banquetes. Le expliqué que necesitábamos condiciones de extrema seguridad para el evento que prepara el señor Hayashi y me confirmó que ese tipo de tarjetas son frecuentes. ¿Como en el homenaje a Pablo Narval?, le pregunté. Dijo que sí, naturalmente muy nerviosa de que yo hiciera más averiguaciones ya que evidentemente esas tarjetas no sirvieron para nada.

–Todas esas preguntas tienen respuesta, doctora Madigan.

–Pero, ¿alguien interrogó al proyectista?

–No estoy seguro de que lo hubiera, probablemente el asesino era un invitado con su pase electrónico o alguien que logró conseguirlo.

–Boris, ¿cómo es posible que usted no interrogara a nadie?
–Probablemente lo hicieron los muchachos, consultaré el expediente.
–Tuviera o no el pase electrónico, ¿cómo logró entrar en la sala de proyección?
¿Alguien le abrió? ¿Tenía la llave? ¿Violentaron la cerradura?
–Veré el expediente, tenga paciencia. Puede ser que alguno de los muchachos encontrara información sobre eso.
–Ya. ¿Y sobre el arma utilizada?
–Hay un informe de balística pero usted no sabe nada de eso, no le servirá de nada. En todo caso el arma no fue encontrada.
–¿Y el estilete con el que mataron a Sofía Budenbrook tampoco fue encontrado?
–Claro, estaba metido en su cuerpo. Esa prueba la guardaron los muchachos. Se la puedo traer porque el caso está cerrado. No tenía huellas, le adelanto.
–No me explico por qué encerraron a ese joven Yomfry; ¿de qué modo iba a disparar desde el cuarto de proyección, y minutos después bajar al salón para clavarle un estilete a otra persona? Lo agarraron porque tenía las características de un malandro. ¿Qué pruebas había de que él usó el estilete si no hay huellas y nadie lo vio?
–No crea, doctora Madigan, que no me hace sentir culpable, pero, ya le dije, no quieren que se sepa más.
–Obviamente los autores intelectuales no quieren, y usted sabe quiénes son.
–Ésa es una conclusión probablemente falsa. No quieren que se sepa más porque quieren tapar el escándalo de un escritor invitado con bombos y platillos por altas empresas, que luego matan en pleno homenaje. El tipo era candidato al Premio Nobel, se imagina la torta. Los suecos solicitaron una investigación sobre el caso, ya se les dijo que el culpable estaba en prisión y se quedaron tranquilos.
–Los suecos no tienen la menor idea de las razones por las cuales una persona puede estar en prisión o en la calle en un país...
–En un país como éste.
–Sí, eso es lo que quería decir. ¿Cree que yo podría hablar con esos detectives a quienes usted llama cariñosamente «los muchachos»?
–No, eso no es posible. Lo haré yo y después le cuento.
El portátil de Boris Salcedo cantó el tema de La Pantera Rosa en James Bond y salió como un loco del apartamento.

Adriana Budenbrook miraba fijamente a Elvira Madigan.
–¿De verdad averiguó todo eso?
–Sí, y no es mucho, lo único que sé es desde dónde le dispararon al escritor, y finalmente su interés no está en la muerte de ese hombre sino en la de su hermana.
–Yo estoy segura de que están relacionadas. No puede ser de otra manera.
–No sé. Con frecuencia ocurren fenómenos simultáneos que no están vinculados en sus causas. Hablemos de Sofía. Volvamos sobre sus sentimientos hacia ella.
–¿Tuvo tiempo de leer el documento que le entregué?
–La verdad que no, lo haré más adelante.
Por trescientos dólares, que encima no me pagaste ese día, tuve que aguantarme a Nataly y perder horas del congreso que me costó tan caro, y además

tenía que leerme tu novela familiar. No había manera de sentir simpatía por Adriana. McLeod le habló de nuevo al oído: «doctora Madigan, la incomodidad que le hace sentir es parte del problema de la paciente. Piense dos veces».

–Sofía era una muchacha muy frágil. Siempre lo supe, desde niña fue diferente a nosotros, a mis hermanos y a mí, quiero decir. Nació en la familia equivocada. Una familia exigente, que sólo aceptaba el éxito, las metas claras, los esfuerzos sostenidos y dirigidos a un objetivo coherente.

Así es, pensó Elvira. Del mismo modo en que Adriana Budenbrook me pregunta si leí o no su documento, es como esta gente le preguntaba a Sofía si había o no cumplido sus tareas, cualesquiera fuesen. Y ella quedaba con un sentimiento de incapacidad, de culpa, de no ser suficientemente responsable.

–Probablemente en los últimos tiempos usted trató de reparar el sentimiento de que era una niña herida por la superioridad de los demás, la acogió en su intimidad, intentó ponerse a su altura.

–Exactamente así. Nos sentábamos en la terraza de mi apartamento a ver la vista sobre Caracas y yo me interesaba por sus cosas, por sus amigos. Es decir, trataba de interesarme. No lo lograba mucho, ¿sabe? Me contaba anécdotas larguísimas acerca de los compañeros con los que había compartido talleres de actuación o de expresión artística, los rollos emocionales de sus amigas o los problemas de drogas, ese tipo de cosas propias de los losers.

–¿Cree que estaba en drogas?

–Estuvo un tiempo enganchada. Eso también me daba culpa. La droga está relacionada con la soledad afectiva, ¿no es así?

–No necesariamente, es un problema complejo. ¿Cómo sabe que abandonó las drogas?

–Si me dijo que las había usado sin que yo se lo preguntara ni lo advirtiera, creo que fue por un arranque de sinceridad y confianza en mí, así que me pareció que era verdad que las había abandonado. Formaban parte de su relación con un amigo; cuando terminaron, las dejó.

–¿Y usted, también está muy sola?

–Tengo treinta y ocho años, no me he vuelto a casar, no he tenido hijos. Di todo por mi carrera académica y empiezo a sospechar que no valía la pena. Alumnos desinteresados, colegas mediocres, un país en barrena. Después de la muerte de Sofía pienso constantemente en irme pero no sé adónde. Tengo la nacionalidad austríaca pero mi madre y mi hermano Wolfgang hacen imposible Viena. No los aguanto ni ellos a mí. Por supuesto Wolfgang y yo nos admiramos mutuamente, y mi madre a ambos, pero vivir allá sería obligarme a frecuentarlos y no lo soportaría. Por otro lado, quiero esperar a que regrese Jean-Paul, necesito estar segura de que lo que hubo entre nosotros ha dejado de estar en nosotros.

–El otro día no esperaba nada de esa relación.

–Es lo más realista.

Adriana Budenbrook vio la hora, quedaban unos minutos.

–Si me paso del tiempo, por favor, interrúmpame, pero quisiera volver al momento del crimen. Usted está segura de que al escritor lo mataron desde la sala de proyección, y es evidente que a Sofía la apuñaleó alguien que estaba dentro del salón. ¿Piensa que fue la misma persona?

–Ni idea. La pregunta es, ¿qué hacía su hermana allí? ¿Le dijo que iría a ese evento?

–No lo mencionó pero eso no tiene nada de particular, vivíamos totalmente independientes, aunque yo le controlaba los pagos de servicios. Cuando los hacía por su cuenta constantemente le cortaban la luz o el teléfono porque olvidaba revisar los recibos.

Adriana se levantó como un resorte, siempre lo hace, y nunca pronuncia una sola palabra más salvo la despedida. Como si decir una palabra de más fuera quitarme un segundo de tiempo por el que no ha pagado. McLeod le hubiera dicho «todo esto que hemos hablado es muy doloroso», pero solamente dije, hasta el martes.

Tomó la decisión después de un largo rato y dos ginebras para aplacar la nostalgia por sus gatos anteriores –Cheshire I y Cheshire II. O me busco a Cheshire III o llamo a Richard Wood. Decidió lo segundo. A los cuarenta y nueve años una mujer no puede llamar a un hombre sin excusas. La más a mano, preguntarle si por casualidad guardaba el programa del congreso, quería ponerse en contacto con la psicóloga que presentó un *paper* titulado «Raíces psíquicas del resentimiento como patología social». Richard la conocía y prometió buscar su dirección electrónica.

–No tengo todavía instalado el servidor de internet –dijo Elvira un tanto avergonzada.

–Debes hacerlo cuanto antes, es fundamental. Puedo enviarte una cantidad de artículos interesantes, estoy suscrito a un grupo de discusión y me mantiene muy al día. Copia mi dirección para cuando lo tengas.

Creo que con esta respuesta la hipótesis del gato queda validada; llamaré a Ingrid a ver si me puede llevar a los puestos de venta de mascotas. De aquí a que ahorre lo suficiente para comprar un automóvil hacen falta muchas sesiones Budenbrook. Ingrid prometió que irían el domingo y le aseguró que el paciente que le había referido estaba al caer. Finalmente no tengo tantos problemas financieros, todos mis gastos están cubiertos y hasta el momento no se ha presentado ninguna eventualidad. Pero el secretario de la embajada ya se curó de su soltería y una sola paciente es poco, y de paso una persona con la que tengo una reacción negativa, probablemente injusta. Casi me interesa más la hermana que ella misma. En ese momento tomó la tercera decisión del día: contrató el servicio de internet que le prometieron estaría activado en cuarenta y ocho horas. Luego bajó al Zia Teresa, un café italiano frente a su edificio, y pidió una *pizza* y una copa de vino. Estaba completamente decepcionada de sí misma, del arranque de haber regresado a Caracas. Por lo menos antes tenía una consulta medio llena, y sentía una cierta alegría de vivir; lo ocurrido con Tom no le permitiría volver a ser ella misma nunca más. Durante el tiempo en que estuvo investigando las causas de su desaparición sentía un consuelo, una energía, un motivo. Como si encontrar las causas fuera encontrarlo a él. Como si el premio de la investigación fuera su reaparición. Eso es. Adriana Budenbrook quiere saber qué pasó con su hermana porque tiene la fantasía de que será como encontrarla viva. Para su pensamiento inconsciente saber quién y por qué la mató será como resucitarla. Le diré eso en la próxima sesión. Esa especulación la reconcilió un poco con ella. Es una mujer glacial, un alma congelada. Quizá fue siempre así o a lo mejor es un efecto de este duelo irresoluble.

El café se animaba con gente joven y estaba muy lleno. Los viernes unos poetas conocidos como «Los hijos de la noche» improvisaban poemas relativos a los clientes. Uno de ellos se quedó mirándola fijamente y recitó: «Érase una mujer glacial, que sostenía un vaso con los ojos perdidos en la pizza». No demasiado extraordinario, pensó Elvira, pero acertó. Yo también soy una mujer glacial, y puedo asegurar que no siempre fue así. Los jóvenes poetas se sentaban en las mesas en las que eran bienvenidos y Elvira le hizo un gesto al que había poetizado la *pizza*.

–¿Por qué hacemos esto? –contestó a su pregunta–. Por nada en especial, quizá para revivir la tradición del *hapenning*.

Era un hombre hermoso y Elvira Madigan lamentó que fuera tan joven.

–¿Vienes siempre?

–Vivo cerca, a veces ceno aquí los viernes.

–Qué raro, no me había fijado en ti.

–No soy muy notoria –contestó Elvira un poco coqueta.

–Sí lo eres, una mujer glacial siempre es notoria.

Elvira lo invitó a tomarse una copa con ella pero no podía quedarse. Hacían la ronda por los cafés de la zona y ya sus compañeros lo estaban llamando.

–Hasta el viernes –dijo él.

Elvira pagó la cuenta y cruzó la calle para entrar en su casa. Me gustaría dar una vuelta pero seguramente Boris Salcedo me diría que me estoy buscando lo que no me ha perdido. Es una frase muy cómica, no la puedo pensar en inglés. Si estuviera en Balzac podría pasear hasta las tres de la madrugada bajo el frío y las estrellas. Entró en su apartamento y encendió la televisión sin ganas.

Ingrid Horowitz parloteó todo el camino hasta la venta de mascotas.

–Te lo agradezco mucho, nunca hubiera llegado hasta aquí sin automóvil.

–Es también una manera de vernos, durante la semana no tengo ni un minuto.

Por cierto, ¿llamó la persona que te dije?

–No hasta el momento, tendré paciencia.

–Es un caso interesante, te gustará.

Estacionaron y recorrieron a pie los distintos puestos. Había pocos gatos, la mayoría eran perros, también algunos pájaros y una boa constrictor. En el penúltimo puesto un muchacho sostenía en las manos un cachorro de husky siberiano.

–Salgamos de aquí, los gatos son horrendos. ¿No hay ningún lugar donde den en adopción gatos abandonados?

–Nunca he escuchado eso, pero serán más horrendos todavía, y probablemente estarán enfermos.

Se subieron al automóvil y cuando Ingrid encendía el motor recibió una orden:

–Espera.

Elvira Madigan se dirigió de nuevo al puesto de los huskies y regresó con un perrito de seis semanas.

–¿Estás segura?

–Probablemente sea un error, pero ahora tengo suficiente tiempo libre y puedo encargarme de su educación.

–Pensé que te gustaban más los gatos.

–En mi casa siempre hubo gatos porque a mi madre le gustaban los gatos, hasta que envejeció y cambió de opinión. Yo también he cambiado de opinión.

El cachorro lloraba en sus brazos.

–Ten cuidado que no me vaya a orinar el asiento, acabo de retapizar la camioneta.

–Llora porque es un bebé separado de la madre tempranamente, pero el criador me aseguró que ya está en condiciones de aceptar el tetero. Después de un silencio dijo:

–Se llamará Nevsky.

–¿Nevsky?

–Sí, es un nombre ruso que le va bien.

Almorzaron en el Zia Teresa y Elvira Madigan se sintió contenta por primera vez desde que había regresado. Quería mucho a Ingrid, le parecía una persona muy sensible, siempre temerosa de equivocarse, con una manera muy suave de acercarse a los demás sin molestar.

–Hubieras sido una buena psicoterapeuta.

–No, qué va, me espantan esos rollos larguísimos de los neuróticos que siempre terminan en hablar de su mamá. Para eso me basta con la mía.

Pidieron más vino e Ingrid sugirió ir al cine, pero Elvira madre no podía aceptar la invitación. Nevsky se removía inquieto en su regazo.

–Un perro complica mucho la vida –afirmó sabiamente Ingrid Horowitz.

–Es verdad, quizá necesito eso, mi vida se ha simplificado demasiado.

Se despidieron y Elvira entró en la panadería para comprar leche, y luego en la farmacia para conseguir un tetero. Mañana buscaré una tienda de mascotas para los demás. Nevsky se había tranquilizado y se tragó su tetero de leche descremada con avidez, luego se durmió en una almohada que Elvira le colocó en el salón, cerca de la televisión.

Por la noche recibió una llamada de Boris Salcedo.

–Hablé con los muchachos, efectivamente se realizó una proyección en el evento, varias diapositivas sobre la vida de Pablo Narval, pero el equipo estaba instalado en el salón.

–Tuvo que ser arriba.

–Bueno, ellos dicen que era abajo.

–¿Qué más saben los muchachos?

–Aseguran que no salió nadie del salón antes de que ellos llegaran.

–¿Cómo están tan seguros si ellos no estaban allí?

–Interrogaron al personal de seguridad privada, dijeron que inmediatamente bloquearon el ascensor; antes de que yo hubiese dado la orden ya se les había ocurrido.

–Genial.

–Y le tengo el informe de balística, los dos informes forenses, y el estilete. Recuerde usar guantes, los mejores son los profilácticos que puede comprarlos en la farmacia.

–¿Qué más?

–Más nada, estoy apuradísimo, chao.

El lunes por la mañana llamaron del servicio de internet para confirmarle que estaba activado.

Elvira y Nevsky tomaron un taxi al Palacio de la Mascota y regresaron con una cesta, una cobija, varios juguetes, recipientes de comida, vitaminas, y resultó que también vendían los guantes profilácticos en el departamento de veterinaria.

–Acuéstate a dormir, voy a estar ocupada.

Activó el comando de navegación y Google se desplegó ante sus ojos. Pablo Narval, *search*. Encontró más de doscientas entradas y le dio pereza leerlas.

Nevsky comenzó a llorar desde el momento en que Elvira Madigan cerró la puerta del consultorio para iniciar la sesión con Adriana Budenbrook. Al principio era un llanto suave, como el de un niño recién despertado, pero progresivamente fue subiendo el volumen hasta hacerse incómodo. Adriana estaba visiblemente molesta porque constantemente debía interrumpirse; el llanto se había convertido en débiles ladridos que delataban la condición del intruso.

—¿Se compró un perro?

—Sí, es un cachorro y todavía no está acostumbrado a quedarse solo mucho tiempo.

Intentaron seguir la sesión pero el ruido las desconcentraba.

—¿No cree que si lo deja pasar puede ser que se tranquilice y nos deje hablar?

Elvira iba a negarse pero recordó que Freud atendía a los pacientes con su chow. Si lo hacía él, por qué no yo.

Nevsky entró en la habitación y, tal como lo previó Adriana, se acostó en silencio a los pies de su dueña.

—¿Tiene más información sobre lo ocurrido?

Elvira guardó silencio. Demasiadas heterodoxias.

—Anoche soñé con Sofía. Ella era una mujer madura y yo una adolescente, estábamos en Viena, en la casa de mis padres en Grinzing. Una casa muy grande, con muchas habitaciones porque éramos nueve personas, pero destartalada, mal calentada, con unos muebles no antiguos sino viejos. Guardo memorias muy desagradables de aquella casa, unas comidas muy largas en las que mi padre contaba infinitas anécdotas de la Segunda Guerra Mundial. Mi padre, creo que ya se lo dije, llegó a hacer mucho dinero. Adrian Budenbrook, no sé si el nombre le es familiar. Creó la Fundación Budenbrook para las Artes.

—La verdad que no.

—La fundación fue la pasión de mi padre. Donó una cuota extraordinaria para constituir la y además logró que muchos de sus amigos y clientes contribuyeran. La Fundación Budenbrook fue la organización más importante en materia de mecenazgo durante varios años. A su muerte nos vimos obligados a cerrarla, doloroso pero necesario. Ninguno de nosotros estaba dispuesto a ocuparse de ella, ni tampoco a proporcionarle más aportes, de modo que se liquidó. Una lástima. Gracias a ella muchos artistas jóvenes pudieron ir becados a las grandes instituciones internacionales, o exponer sus obras aquí.

—Estábamos hablando de su sueño con Sofía en una casa en Viena.

—Cierto. Mi padre compró aquella casa para pasar largas temporadas en el lugar de su infancia, y dejaba los negocios en manos de su apoderado, un hombre detestable, se llamaba Leo Altman. Nosotros estudiábamos en Caracas y pasábamos allí las vacaciones de verano. Me aburría totalmente. No tenía amigos, y los hijos de los amigos de mis padres me resultaban insufribles. Su diversión consistía en salir en bicicleta al Wald o a los viñedos de las afueras para comer morcilla. Cuando terminé el bachillerato me negué a volver. A mis hermanos tampoco les gustaba, así que mi padre terminó por venderla. Yo creo que Sofía estuvo muy poco en esa casa, quizás un verano, pero no mucho más. No sé por qué soñé con ella allí.

Yo tampoco, pensó Elvira, y continuó callada esperando que Adriana le preguntara si había leído su novela familiar, pero no lo hizo.

–¿Qué más ocurría en el sueño?

–Era eso, la escena de nosotras allí en la casa de Grinzing. Yo le pedía auxilio pero no sé por qué. No estaba sucediendo nada. Ella estaba vestida con el *dirndl*, el vestido tradicional tirolés, eso es todo lo que recuerdo.

–¿Le pedía auxilio porque estaba asustada?

–Supongo..., ahora me parece que se escuchaban unos ladridos. Puede ser, mi padre tenía dos grandes pastores alemanes. Fritz y Franz, no muy originales los nombres.

Elvira pensó que esta escena probablemente había sido inducida por Nevsky y no ocurrió durante el sueño.

–En todo caso las edades aparecen invertidas. Es Sofía quien debe protegerla y no usted a ella.

–Siempre quise proteger a Sofía. He pensado mucho sobre esto, es obvio decirlo pero su muerte me deja llena de culpa. Al mismo tiempo pienso que no es justo. Que Sofía asistiera a un acto cultural no tenía nada de particular, ni era nada reprochable, o potencialmente peligroso. Sin embargo no puedo quitarme el peso. Ella me pidió que la acompañara y no quise.

Elvira recordó que había negado esto la primera vez que lo mencionó.

–El sueño revela su impotencia para cuidarla, y a la vez la justifica, usted en el sueño es una adolescente y ella una persona madura que se supone debe velar por sí misma.

–Es cierto. Ese hombre, Altman, era un perverso. Yo le dije a mi madre que lo había visto toqueteando a Sofía cuando era pequeña, pero ella no quiso hacer nada. Dijo que era la mano derecha de mi padre y que era impensable despedirlo.

–¿Ella fue sola al homenaje?

–No lo sé. Lo que pasa es que la policía es incapaz, ¿cómo puede ser que no hayan interrogado a los asistentes? Con seguridad había una lista de invitados.

Elvira asintió interiormente, Adriana Budenbrook tenía razón.

–Es lo más probable, pero siempre en ese tipo de eventos entran otras personas, además de las invitadas.

Estaba ocultando que los asistentes estaban provistos con pases electrónicos pero no quería que Adriana pensara mal de Salcedo. Cómo consigo yo esa lista, debe existir, a no ser que a estas alturas la hayan hecho desaparecer. Nataly, espérame mañana.

–¿Qué más recuerda del sueño? –preguntó para rellenar los minutos que faltaban para terminar la sesión.

–Me parece extraño que Sofía estuviera vestida de esa manera. Nunca usamos un vestido así. Mi madre es venezolana y jamás se le ocurrió ponerse un *dirndl*, ni mi padre lo sugirió. Es una costumbre que consideraba por debajo de nuestra condición de burgueses cosmopolitas.

Elvira no tenía ninguna hipótesis al respecto, así que vio la hora y anunció el fin de la sesión. Adriana dijo desde la puerta:

–Es bonito.

–¿Perdón?

–El cachorro, es muy lindo.

–Se llama Nevsky –dijo muy orgullosa Elvira Madigan.

Un *dirndl*. No sé nada de eso, lo consultaré en internet, tiene razón Richard Wood, será de gran ayuda. Unos perros que se llaman Fritz y Franz. Tampoco se me ocurre nada. Creo recordar que son protagonistas de chistes en alemán. Sonó el intercomunicador y era un motorizado que venía de parte del comisario Salcedo. Elvira corrió a abrirle y recibió un paquete muy bien embalado. Había estudiado una materia de criminología décadas atrás en el máster de psiquiatría, pero evidentemente serían conocimientos atrasados, y además muy olvidados. ¿Por qué una persona mataría con un arma de tecnología reciente y luego con otra tan antigua como el estilete? ¿Por qué, primero, con un instrumento de largo alcance, y luego con otro de cuerpo a cuerpo? Misterios del alma criminal. El informe forense no ofrecía nada que no supiera. La muerte de Pablo Narval se produjo en el acto al recibir el impacto en el cerebro; en el caso de Sofía Budenbrook el forense estimaba que también ocurrió en pocos minutos por herida punzopenetrante que colapsó el ventrículo izquierdo. Leyó el informe de balística sin entender demasiado, salvo que el arma era de fabricación rusa.

Se puso los guantes profilácticos y abrió la bolsa plástica que contenía el estilete. Prueba número 2. ¿Cuántas pruebas coleccionaron los muchachos de Boris? La número 1, la bala, y la número 2, el estilete. No pasaron de ahí. No le pareció un instrumento para abrir cartas como había dicho el comisario, sino más bien una daga. Recordó a Macbeth, *Is this a dagger which I see before me?* La habían representado en el High School de Balzac y Lord Macbeth era el chico más guapo del salón, David Levy, el hermano mayor de las gemelas; nunca se fijó en ella. Era una pieza muy afilada y con una hoja como para cortar un pelo en el aire. Tampoco le pareció antigua, simplemente elaborada con un diseño antiguo. Sofía era una muchacha muy delgada, de acuerdo con el informe pesaba unos cincuenta y dos kilos y medía 1,70; la hoja pudiera tener unos treinta centímetros. Con razón le tocó el ventrículo. La medirá después. Volteó el arma y observó que tenía una mínima inscripción en la parte superior, pegada al mango. Dos cosas que necesito: un centímetro y una lupa. Vio el reloj y eran ya las cinco. Nataly debe haber cerrado la oficina. Paso mañana, querida.

La vio acercarse con horror. Otra vez la vieja gringa dispuesta a amargarle el día.

—¿Cómo estás Nataly? —dijo Elvira Madigan colocando un sobre en la mesa—. Vengo de nuevo porque el señor Hayashi está muy interesado en el Salón Excelsior y te envía esto por tu atención especial. Cualquier fecha disponible estará bien para nosotros. ¿Crees que podríamos pensar en ochocientos participantes?

Nataly abrió el sobre y lo guardó inmediatamente dentro de su cartera.

—No lo creo, las condiciones de seguridad son muy estrictas y eso supera la capacidad de la sala. Es para seiscientas personas.

—Pero en el homenaje a Pablo Narval entraron muchas más.

Nataly parpadeó y la voz le salió un poco distorsionada, como si hubiese pensado decir algo y rectificado en medio de la frase.

—Por eso mismo..., me imagino que sabe lo que ocurrió.

—Sí, claro, cualquiera lo sabe. Estuvo mucho tiempo en la prensa. Eso hace dudar al señor Hayashi, piensa que quizás éste no sea el local adecuado, pero al mismo tiempo le gusta el hotel.

–Para mí, dejar entrar a casi setecientas personas fue un error, se hacían más difíciles las medidas de seguridad, ¿comprende?

–Por supuesto, probablemente los vigilantes no comprobaron si todo el mundo tenía su tarjeta de invitación.

–Sí se comprobó –dijo Nataly defendiendo el honor del personal–, pero a última hora dieron entrada libre. Allí estuvo el error. Vino muchísima gente porque era un escritor superfamoso, y los organizadores, en vez de decir que se había cerrado el cupo, dieron la orden de dejar entrar a todo el mundo. Eso me lo contó Wilmer y yo le creo.

–Muy útil la información, Nataly. Le comentaré al señor Hayashi que la capacidad no puede cambiarse. ¡Qué horrible lo que ocurrió! Tiene que haber sido muy impresionante para ustedes.

–Horrible es poco.

–Sobre todo la muerte de la muchacha, una persona tan joven...

–Horrible, horrible –insistió Nataly–. Fue tremendo para nosotros, después de eso los salones estaban vacíos, nadie quería alquilarlos. Nos salvó el congreso de psicoterapia, todo salió perfecto y nos estamos acercando al ritmo normal de contrataciones. Pero seguimos amenazados. Si la facturación anual no sube probablemente el personal de esta oficina se va a disminuir. Aquí perdieron su trabajo varias personas.

–¿Wilmer?

–Sí, Wilmer Ramírez. Un chico supercompetente, tenía dos años trabajando aquí y lo botaron de una. Lo más injusto del mundo. Yo pensé en irme, pero, al mismo tiempo, tuve que quedarme. Los dos sin trabajo era demasiado.

–Las organizaciones no entienden la importancia de cuidar a su gente, y más a los jóvenes. Son el futuro.

Nataly sonrió comprendiendo la estúpida buena fe de la asistente del señor Hayashi.

–Yo creo que será indispensable que hable con Wilmer.

Nataly se refugió en la silla giratoria.

–¿Para qué?

–Es la persona más informada sobre lo ocurrido. El señor Hayashi recibirá ejecutivos de varias trasnacionales que se alojarán en el hotel, algunos de ellos han expresado reparos a que la reunión se realice en este país por las condiciones de inseguridad y se ha propuesto también Aruba.

–¿Cómo se llama el evento?

–Estrategias y horizontes de las compañías de software.

–Superinteresante.

–Así es.

–Wilmer está trabajando en el Hotel Guaire, es un hotelucho de mala muerte pero es el único donde ha encontrado trabajo.

–Lo conozco. ¿Y qué hace allí?

–Todo.

Elvira Madigan recordó al joven que atendía la recepción, supervisaba a las camareras, y llevaba la contabilidad.

–Bueno, Nataly, hasta pronto. Te tendré informada.

–¿Quiere que le haga una reserva tentativa?

–No es necesario. Volveré.

Encontró a Wilmer Ramírez peleando con una camarera que había olvidado atender las habitaciones del último piso. Cuando estuvo alojada en el Hotel Guaire, Elvira Madigan ocupó un cuarto en ese nivel y no tenía ninguna duda de que parecía estar fuera de la agenda de servicio.

Wilmer recordó su rostro.

–¿Quiere volver al hotel?

–No, gracias, ya tengo vivienda. Vengo por un asunto profesional. Me interesa mucho hablar con usted.

La miró sorprendido.

–¿De qué?

–Soy empleada de una trasnacional muy importante y estoy en trámites para alquilar un salón del Hotel Embajador, entiendo que usted trabajaba allí. Me interesa su versión de lo ocurrido el 17 de agosto. Comprenderá que no puede prepararse un evento si existe riesgo para los asistentes.

–No tengo nada que ver con lo que pase allí. Consulte con Nataly, es la chica que atiende la oficina de eventos y banquetes.

–Precisamente es ella quien me habló de usted. Y, dada la casualidad que yo había estado en este hotel, me pareció que lo mejor era venir a verlo. Usted sabe mejor que nadie las causas de lo sucedido.

–Para nada. Yo supervisé el evento, como hacía siempre, ésa era una de mis tareas. Pero la supervisión era hasta que el evento comenzara. Dejé instalado el video bin en la sala y me fui, de modo que cuando ocurrieron los asesinatos ya yo me había ido.

Elvira decidió otra estrategia de acercamiento.

–Yo no dudo que tú hicieras correctamente tu trabajo, Wilmer. Lo que quiero saber es qué condiciones del local permitieron que sucediera lo que sucedió.

–El local es seguro si se siguen las pautas de seguridad.

–Wilmer, esa noche mataron a dos personas. Algo falló. Tú perdiste tu trabajo, y yo no quiero perder el mío. Si algo malo ocurre en el evento que preparo para mi jefe, me quedo en la calle.

Wilmer la invitó a pasar a un salón contiguo que fungía de sala de espera y bar.

–¿Nataly le dijo que viniera a hablar conmigo?

–Nataly me dijo dónde trabajabas y yo decidí venir.

–Me jodieron. Esa gente me jodió a mí para no cargar con las culpas. Como decía mi abuela, la sogá siempre se rompe por lo más delgado. El personal de seguridad declaró que yo era el responsable. Pero no fue así. Estuve en la puerta del ascensor chequeando que todo el mundo tuviera su pase electrónico. Saqué a varios coleados. Luego, de repente, me llaman por el portátil para decirme que los organizadores dieron la orden de dejar entrar a todos los que estaban en el *lobby* esperando. Les dije que ya habían pasado los que podían pasar y llamé al jefe de seguridad para que me respaldara, pero se burló de mí. Pasaron como cien personas de más. Así se echaban a perder las pautas de vigilancia. Un vigilante cada treinta personas. Quedamos fallos, proporcionalmente faltaban por lo menos tres vigilantes. Además de que no había manera de saber quién entraba. Los pases electrónicos

estaban personalizados con el número de cédula, y dejando entrar a todo el mundo se perdía el control. Un desastre.

–Sin embargo, el problema principal es que alguien tuvo acceso a la sala de proyección. ¿Cómo pudo ser eso posible?

–¿Es de la policía?

–Nada que ver, por favor, te estoy haciendo las preguntas que me hará el guardaespaldas de mi jefe.

–No sé..., me pareció. Bueno, cómo entró alguien en la sala de proyección, no se lo puedo decir. Con el exceso de personas la gente quedó apretujada, se quejaron por el calor. El aire acondicionado, para colmo, se echó a perder. Era fácil en ese apretujamiento que alguien se acercara a la muchacha y le clavara el cuchillo. Si se hubiera mantenido el control de asistentes, la policía tendría el nombre de todos, pero con cien personas de más, pudo ser cualquiera.

–Realmente a mí no me interesa quién lo hizo sino estar segura de que nada malo puede repetirse.

–¿Sabe lo que le digo? Elija otro lugar. No debería decirle eso porque Nataly sigue trabajando allí, pero ése no es un sitio seguro. No se respetan las pautas.

De allí no lo voy a sacar. Elvira Madigan le agradeció su ayuda y salió del Hotel Guaire decepcionada, pero con un dato nuevo: el aire acondicionado dejó de funcionar. ¿Coincidencia? Dejó un mensaje en el portátil de Boris Salcedo: «Espero su llamada, tengo una preguntita».

–Sí y no –dijo Boris cuando se puso en contacto con Elvira–. Puede ser una coincidencia, pero también un dato importante. Tendríamos que saber por dónde pasan los conductos. Deben tener un espacio visitable para el mantenimiento, y por allí pudiera haberse colado el francotirador, habría que ver si están conectados de alguna manera con la sala de proyección.

–Otra cosa. Había una lista de las personas con pase electrónico. Sabemos que entraron unas cien más, pero no es despreciable conocer a los seiscientos asistentes autorizados.

–No, no lo es.

–¿Y?

–Pida la lista en la oficina de eventos. Quizá la conserven.

–Yo no tengo ninguna autoridad para pedir eso. A sus muchachos, ¿no se les ocurrió?

–No creo, me lo hubieran dicho.

–Entonces, ¿cómo hago?

–Use un método lateral, doctora Madigan. Es la única manera.

–Los métodos laterales me salen bastante caros.

–Explíqueme eso a la señora Bokenbrud. Me voy, doctora, aquí tengo varias situaciones.

¿Cuánto costaba Nataly? ¿Hasta dónde aceptaría ser una informante? ¿Otro sobrecito del señor Hayashi? No se me ocurre nada, ¿tú qué dices? Nevsky brincó sobre ella y se colocó en su regazo. Has crecido bastante en dos semanas. Ya estás listo para tu alimento de perro grande. Salieron hacia el Palacio de la Mascota mientras Elvira pensaba en los métodos laterales. No había sido educada para eso. Su educación era de métodos regulares, caminos establecidos para hacer las cosas. La vida la había llevado a la lateralidad. ¿La vida? ¿Qué tenía que ver su vida con el asesinato de Sofía

Budenbrook? Le diría a Adriana que si quería mantener un tratamiento con ella, todo estaba bien de su parte. Pero la muerte de su hermana sería un misterio, y parte del duelo era aceptarlo. También sus padres aceptaron el misterio del suicidio de su hermana Emma. Adriana Budenbrook tendría que aceptar que nunca sabría por qué mataron a su hermana, ni siquiera si quisieron matarla o si fue una equivocación.

Nevsky regresó con su bolsa de alimentos para cachorros y con un juguete nuevo. Elvira activó la contestadora y encontró un mensaje de Richard Wood. La invitaba a una exposición el domingo por la mañana. Vaya, ésta es una lateralidad bienvenida.

A Richard Wood le encantó Nevsky. Naturalmente no podían llevarlo a la exposición pero decidieron pasarlo a buscar después para ir a almorzar a una terraza del Centro San Ignacio. Pasearon frente a las obras con cierta desgana hasta que un grito detuvo a Elvira. Judit Green estaba allí. Elvira sintió que ambas se emocionaron.

–¿Paciente tuya?

–Oh no, es una gran amiga –le explicó a Richard cuando se separaron.

Judit estaba de paso por Caracas, había venido de Nueva York a visitar a sus padres. Tenía un trabajo temporal en una galería y le gustaba su nueva vida, o eso dijo.

–Vengo cada tres meses más o menos, te llamaré la próxima vez, ahora no me da tiempo, salgo mañana.

Elvira experimentó una pérdida. Judit había sido su Watson en la investigación de la desaparición de Tom y le pareció que le haría falta. Por el momento solamente contaba con Boris Salcedo.

Regresaron a buscar a Nevsky y almorzaron en el Yamato Sushi Bar.

–Te noto distraída. ¿Algún problema?

–No, todo va bien. Mi reinserción en Caracas ha fluido normalmente. No que me sobran pacientes, pero voy bien.

–Tengo lista de espera, puedo mandarte a alguien.

–No te preocupes.

–Sí lo haré. Tengo confianza en ti, y tampoco es lógico que la gente se quede esperando indefinidamente, por el momento no tengo horas libres.

–¿Cuántas tienes ocupadas?

–Nueve diarias, más que suficientes.

Elvira se supo invadida por la envidia, aunque trató de no demostrarlo.

–Bastantes, bueno, si quieres, te acepto el ofrecimiento.

–Claro, mañana mismo llamo a varios de los que tienen más tiempo esperando.

Richard Wood fue un hombre atractivo. Continuaba siéndolo. Había sido su primera aventura amorosa después que Santiago se fue, o, mejor dicho, luego ella se fue de Santiago. Una aventura corta que terminó por alguna razón que ya no recordaba. Richard se casó después con una colega y escuchó decir que el divorcio fue tormentoso. Nunca habían hablado de eso, se habían encontrado esporádicamente pero la relación entre ellos quedó congelada.

–¿Sigues sola?

–Sí.

–Yo también.

–Ya.

–A esta edad no es fácil volver a tener pareja. Quedé tan herido de mi divorcio que no he pasado mucho de los tres meses.

–Dicen que si una relación sobrepasa los tres meses puede llegar a los siete años, y si los supera puede durar veinticinco.

–Eso creo, por eso no paso de los tres meses.

Hubo un silencio.

–¿Y tú?

–Oh, por aquí y por allá. Creo que tampoco he pasado de los tres meses.

Elvira estaba mintiendo flagrantemente. Hacía años que nada sentimental había movido su vida.

–Pero estás tranquila.

–Totalmente.

Nevsky se había entrampado la cadena con la pata de una silla y comenzó a gemir.

–Creo que está cansado ya.

Richard pidió la cuenta y dieron unas vueltas por las terrazas del centro comercial.

–Ha cambiado la ciudad, desde la época en que nos conocimos, quiero decir.

Elvira Madigan comprendió que la conversación banal estaba agotada y que si no aparecían temas más complejos se haría francamente insoportable, pero no se sentía con la energía suficiente. Pidió ser llevada de nuevo a su casa y prometió invitarlo a cenar.

–Te haré el asado de *roastbeef* tal como lo preparaba mi madre.

–Eso suena muy bien, llevaré un buen vino. ¿El próximo viernes?

Concertaron la cena y se despidieron con la sensación de que juntos componían un aburrimiento necesario. Cuando dejó todo por Santiago y se fue con él a Perú no se le ocurrió que el aburrimiento llegaría alguna vez. Una mujer que deja su país, su marido, su hijo, sus padres, su casa y su trabajo por alguien no piensa en eso. El aburrimiento era un concepto que comprendió con el tiempo.

Cuando llegó a su apartamento Elvira encendió la televisión. Un método universal contra el aburrimiento. Revisó su agenda para el lunes y estaba vacía; sí, le hacían falta esos pacientes, ojalá llegaran pronto. De momento su única ocupación para el día siguiente era Nataly.

La esperó al final del pasillo.

–¿Tienes tiempo? Quería hablar contigo un momento.

–Ya cerré la oficina. Lo siento.

–Es personal.

–Personal, ¿sobre qué?

–Puede interesarte. Vamos a alguna parte donde podamos conversar.

Nataly siguió a Elvira Madigan hasta la cafetería. Pidió una CocaCola y Elvira un té.

–Yo te voy a decir la verdad. No quiero alquilar nada, estoy haciendo una investigación y hay mucha plata para eso.

–¿De lo que ocurrió?

–Sí, necesito saber dos cosas: una, la lista de las personas autorizadas a entrar, las que recibieron los pases electrónicos; y dos, si hay alguna conexión entre los conductos del aire acondicionado y la sala de proyección.

–No sé nada de eso. ¿Quién es usted?

–Soy investigadora privada, trabajo para gente interesada en saber lo ocurrido. No debes tener miedo, no te va a pasar nada.

–Yo no tengo la culpa de lo que pasó.

–Por supuesto que no.

Nataly consumió su refresco en silencio.

–No tengo nada que ver con eso. Me voy.

Elvira la vio salir de la cafetería y decidió terminar su té. Por nueve mil quinientos bolívares valía la pena.

De pronto regresó.

–Le preguntaré a Wilmer.

–Muy bien. Puedes llamarme a este número.

Extendió una tarjeta y continuó sorbiendo su té como si nada, pero estaba segura de que llamaría.

–¿Diez mil dólares?

–Son dos preguntas, cada una vale cinco mil, por adelantado y en efectivo.

–¿A usted no le parece excesivo?

–A mí me parece una barbaridad –dijo Elvira Madigan pensando en su pensión de retiro–, pero ése es el precio.

–No sé qué decir.

–Entiendo que le produzca desconfianza entregarme ese dinero, si quiere puede hacerlo directamente.

–Tengo plena confianza en usted, doctora Madigan. Solamente que es un chantaje.

–No exactamente. Más bien una compra de información.

–¿Qué garantía hay de que una vez entregado el dinero ellos produzcan las respuestas?

–Ninguna garantía.

–Tengo que pensarlo. No puedo llegar con ese dinero de un día para otro.

–Tómese su tiempo.

–Es inconcebible. ¿No se supone que la policía debe averiguar estas cosas con sus propios métodos? ¿No son responsables de un servicio público?

–He escuchado hablar de eso.

Adriana Budenbrook estaba enrojecida de la ira.

–Usted debería pensar si necesita verdaderamente llegar hasta el fondo. Saber quién mató a Sofía y por qué lo hizo no la devolverá.

Comenzó a llorar muy despacio. Luego se levantó y entró en el baño unos minutos. Al salir estaba recompuesta.

–Excúseme, doctora. Perdí el control.

–No hay por qué pedir excusas de su control. Llorar es parte de lo que le está ocurriendo –hizo una pausa larga–. Antes de terminar su hora quiero recordarle algo que puede ser útil para su decisión. El asesinato de su hermana es un caso policialmente cerrado. El culpable es Yomfry Noriega y está detenido.

Cuando Adriana salió Elvira se dirigió a la cocina y sacó el roastbeef de la nevera. Lo había preparado tal como lo hacía su madre. Puso el reloj del horno para que le avisara que debía meterlo a las siete. Richard Wood había llamado diciendo que llegaría a las ocho.

Mientras lo esperaba hizo un breve recuento de sus amistades. Hubo un tiempo en que tuvo muchas, en su mayoría colegas; de ese grupo sólo le quedaba Ingrid

Horowitz. También estaba el grupo de los extranjeros, varios ingleses, algunos norteamericanos, un francés. Fue una buena época, salían con frecuencia a las discotecas, se invitaban a sus casas, viajaban a la playa, se producían algunos romances. Pero todo aquel escenario se había difuminado, se había perdido en el aire como si nunca hubiese tenido consistencia. Richard era un sobreviviente de aquel tiempo.

Descorchó el vino con mucha elegancia y Elvira sirvió el asado con papas al horno y calabacines. Recibió calurosos elogios. El vino era bueno y Richard había traído dos botellas. Tomaron una y media, lo que era una dosis bastante fuerte para ella porque se había tomado varias ginebras mientras lo esperaba. Cerraron la puerta de la habitación y Nevsky lloró afuera toda la noche.

Por la mañana los despertó el teléfono. Era Boris Salcedo y su llamada ocasionó un ligero ataque de celos en Richard Wood. La conversación fue rápida.

–Sí, tengo el libro, pero no he decidido comprarlo. Muy costoso.

–Era Ingrid Horowitz, no sé si la recuerdas –le dijo a Richard cuando colgó.

–Qué horas de llamar. No son ni las siete.

–Se levanta muy temprano.

Entró en la cocina, le puso la comida a Nevsky que dormía agotado, y preparó unos huevos revueltos.

–Me alegro de nuestro reencuentro –dijo al salir.

–Yo también. Ha sido muy placentero.

Sintió que habían hablado como si se tratara de una cita entre dos vendedores satisfechos. Al fin y al cabo, compramos y vendemos nuestra soledad. Adriana Budenbrook debería hacer lo mismo. Si no financia esta información, creo que me retiro. Es demasiado difícil armar la red. No hay a quien preguntar, ni manera de reconstruir lo sucedido.

«Vamos, Elvira –le dijo McLeod al oído–. Hay mucho que saber acerca de Pablo Narval y Sofía Budenbrook. Está tomando el camino fácil». Recordó que había encontrado en internet un alto número de entradas para Pablo Narval. Salió un rato con Nevsky y luego lo acostó en su cesta. Día de navegación. Empecemos por alguna parte. Pero al poco rato de leer reseñas biográficas que decían más o menos lo mismo, y críticas literarias que no le decían nada, optó por *Law and Order*; le gustaba particularmente la serie Unidad de Víctimas Especiales.

Adriana Budenbrook depositó un sobre en la mesa de apoyo al lado de su sillón.

–¿Cuándo sabremos algo?

–Ni idea. Aquí entramos en territorio comanche. No hay ninguna posibilidad de predecir cuándo tendremos un resultado, ni siquiera si lo tendremos alguna vez.

–Esta semana he estado muy inquieta, había logrado mejorar el sueño pero ayer de nuevo tuve insomnio. Pensar que puedo llegar a saber quién mató a Sofía me produce una enorme ansiedad. Como si fuera conocer al enemigo.

–Es curioso, nunca había expresado nada tan literal. Ciertamente, quien quiera que fuese, era un enemigo. ¿Por qué tendría un enemigo?

–Por ninguna razón. Era una muchacha bastante inconsecuente, muy errática, pero no una mala persona.

–¿Celos?

–Puede ser. Su vida sentimental era, cómo decirle, muy inconstante. Promiscua es la palabra, aunque suena moralista, pero es la que se me ocurre.

–¿Conoció a sus amantes?

–No.

Elvira pensó que había sido un no muy tajante y no quiso insistir. Siguió escuchándola sin demasiada atención. Había cambiado el tema y estaba describiendo las mezquindades de una colega que intentaba bloquear su ascenso a profesora titular. Su trabajo se titulaba «Justicia poética» y era un estudio acerca de los juicios y autoconfesiones ocurridos en Sudáfrica. Le hizo algunas preguntas banales acerca del tema y esperó el fin de la hora.

–¿Sería inoportuno pedirle que me llame si estas personas se comunican con usted?

–La llamaré inmediatamente, pero creo que habrá que tener paciencia. Ni siquiera les he entregado el dinero.

Se escuchó un aullido. Nevsky parecía tener un reloj interno que le avisaba cuando terminaba la sesión. La puerta se cerró tras Adriana Budenbrook y Elvira marcó el número de Nataly.

–Todo listo.

–Luego pasamos.

Mientras tanto nosotros daremos una vuelta. Nevsky ya tenía la correa entre los dientes.

Wilmer y Nataly llegaron por la noche. Elvira miraba un programa de televisión en el que entrevistaban a actores célebres. Lamentó abandonar a Tom Cruise mientras relataba su infancia, y los hizo pasar. El encuentro duró unos minutos. Wilmer contaba los billetes y Nataly esperaba en silencio.

–¿Cuándo me darán noticias?

–No sé, toma tiempo.

–Lo comprendo, era por saber si podían estimar una fecha de entrega.

No hubo respuesta.

–Es un trabajo delicado –dijo luego Wilmer.

–Por supuesto, por eso está bien pagado –contestó Elvira Madigan.

Los vio desde la ventana subirse al automóvil y arrancar con velocidad. Quién sabe, a lo mejor no aparecen más nunca. Se preguntó si ella hubiera aceptado dar diez

mil dólares a cambio de saber qué había ocurrido con Tom, y pensó que sí. Si hubiera tenido ese dinero lo hubiera entregado. Cuando uno necesita saber, el dinero no tiene importancia, nada tiene importancia. Sólo saber. Llamó a Boris y le dejó un mensaje: «Compré el libro. Espero que sea interesante».

Boris Salcedo pensó por un minuto que él hubiera podido hacer el trabajo y ganarse ese dinero lateral, pero rechazó la idea. No tenía tiempo. Estaba obligado a supervisar la seguridad de varias personalidades políticas que siempre estaban metidas en líos y todo lo demás era secundario. Además, necesitaba guardar algunas horas para su chica. Muy joven y muy bonita como para dejarla sola. Probablemente se fastidiaría pronto del portátil que producía constantes interrupciones en sus encuentros, de las frecuentes cancelaciones de citas, y de sus continuas llegadas tarde o salidas intempestivas, pero así era su vida. Encima, Alida lo chantajeaba con la niña y le exigía que la fuera a cuidar porque ahora ella estaba muy ocupada. Boris tenía miedo de que si no le cumplía perdería a su hija para siempre. Escuchó el resto de los mensajes y le parecieron menos urgentes, así que le devolvió la llamada a Elvira y le dijo que pasaría más tarde.

Le ofreció ginebra o el resto de la botella de vino que había traído Richard Wood, pero Boris solamente aceptó un café. Tenía que estar lúcido para continuar el resto de la noche.

–Supongamos que estos chicos traen la información. ¿Cuál será el próximo paso? –preguntó Elvira.

–Vamos por partes. En cuanto a la sala de proyección; si efectivamente tiene una comunicación con el conducto del aire acondicionado, le prometo ir con usted y hacer el recorrido para chequear cómo entró quien fuera que entró. ¿Les pidió un croquis?

–No lo pedí porque usted no me lo advirtió. Sólo que averiguar si era posible entrar en la sala a través de los conductos del aire acondicionado.

–Está bien, está bien. No se ponga brava. Mire que no puedo más con mujeres alteradas. Ya le estoy diciendo que la acompañaré. Luego, la segunda pregunta. Quiénes estaban en la lista. Ahí el problema es más difícil. Estamos hablando de seiscientos invitados. Ni Scotland Yard podría chequear a ese gentío.

–Yo creo que sí podría, hasta la policía de Balzac podría.

–¿Dónde queda eso?

–No nos distraigamos, Boris. Siga con su plan.

–Haremos una selección de la lista, probablemente haya gente del arte y esas cosas. No es un mundo que conozco pero usted podría buscar en la prensa y hacer un mapa. Le prometo también que revisaré la lista, a lo mejor consigo algunos nombres que me suenen.

–Y con los que no le suenen y tampoco aparezcan en la prensa, ¿qué hacemos?

–Ésos serán los más difíciles, pero no nos adelantemos. Puedo chequear si tienen antecedentes penales o qué tipo de gente son. Lo importante es que los muchachos cumplan. Con la plata adelante y en billete, no se sabe lo que pueda pasar.

–¿Usted cree que buscamos a una persona o a varias?

–Cabén las hipótesis. Una persona entra en la sala de proyección y, cumplida la primera misión, vuelve al salón y ejecuta la segunda. O una está arriba y otra abajo. El primero es un hombre, noventa y nueve por ciento seguro. No he sabido nunca de una

mujer francotiradora. El segundo crimen puede ser un hombre o una mujer. No se necesita demasiada fuerza para enterrar un estilete.

–Una daga.

–Bueno, es parecido. Guarde bien el arma. No debería haber salido del depósito de pruebas del departamento.

–Está en buenas manos, se la devolveré pronto. Y si son dos personas, ¿estarían combinadas?

–Tienen que estarlo. Es necesario saber qué vinculaba al escritor y a la chica.

–Tengo guardada una gran cantidad de documentos que encontré en internet acerca de Pablo Narval. De la chica voy sabiendo a través de Adriana Budenbrook. Nada en común hasta el momento.

–¿Tenían una relación quizá?

–Podiera ser. Y los mata una mujer celosa.

–La mujer contrata un francotirador para acabar con él y decide encargarse ella misma de la rival.

–Pablo Narval tenía ochenta años.

–Eso no quiere decir nada, era un hombre rico, ¿no?

–Alguien con miedo a que se lo sacara Sofía Budenbrook. Ahora bien, si la sala de proyección tiene un solo acceso, la persona que entró estaba en complicidad con el personal del hotel.

–Es lo más probable, incluso para meterse por los conductos del aire. El chico ese, ¿le parece que pudo ser cómplice?

–Diría que no, pero solamente noventa y nueve por ciento segura.

–La complicidad la puede haber tenido cualquiera, uno de los vigilantes, otra persona que tuviera la llave de esa puerta. La seguridad privada es muy mala, se las dan de que hacen las cosas mejor que nosotros, pero si yo le contara...

–¿Quiere que le prepare un sándwich?

Boris aceptó y Elvira sacó de la nevera lo que había quedado del *roastbeef*.

–Me temo que no tengo demasiada variedad.

Boris Salcedo se comió el sándwich mientras leía sus mensajes de texto.

–Lo que me temía.

–¿Qué pasó?

–No le puedo decir, pero me tengo que ir ya. Siga adelante, doctora Madigan. Tengo mucha confianza en usted.

Es importante la confianza de los demás. Adriana Budenbrook, Richard Wood y Boris Salcedo, ¿qué tienen en común? Confían en mí. Elvira es una persona confiable, repetía siempre su padre. Lo mismo decía también el viejo McLeod.

Limpió los restos que el comisario había dejado en la mesa de la cocina y apagó la luz. Se acostó y sacó de la mesa de noche un sobre de fotografías. Las tomó en Balzac con una cámara desechable pero no las había revelado hasta ahora. Eran veintisiete instantáneas de las cuales dos quedaron anuladas por algún error. Veinticinco imágenes de la casa de sus padres, eso era lo que quedaba de su pasado. Tomó la lupa que había comprado para leer la inscripción de la daga con la que alguien mató a Sofía Budenbrook y las examinó una a una. La primera contenía la habitación principal. Una cama King con un grueso edredón bastante desgastado, decorado con grandes flores amarillas, azules y verdes; tenía tres ventanas pero solamente se veían dos, la que estaba detrás de la cama y la del lado derecho, ambas cubiertas por unos

visillos blancos con discretos encajes que su madre había comprado por metros en el Home Depot. Cubrían unas ventanas herméticas que solamente se abrían en verano. La alfombra tapaba todo el piso y cambiaba de color y de textura al entrar en el baño; de marrón a verde, una combinación escandalosa, pero a su madre le gustaba el contraste. Frente a la cama una cómoda y un espejo, y a la derecha, cerca de la puerta, un sofá de mimbre tapizado con unos cojines azules. Las puertas del clóset eran de romanilla blanca (también del Home Depot). Todo en conjunto sugería una decoración de los años setenta, con algún detalle de los sesenta. Los muebles habían sido comprados en Hopley's, la mueblería más famosa de Balzac. Su padre siempre comentaba que fueron costosos, pero una inversión valedera, pensados para durar toda la vida, y así fue. Antes de entregar la casa a sus nuevos dueños había sido necesaria una venta masiva de todas las pertenencias, querían la propiedad vacía y eso era comprensible. Vistos a la luz del día eran trastos desechables que nadie desearía para inaugurar una nueva vida. Los compradores eran una pareja joven con un bebé que habían decidido mudarse de Toronto para vivir en un lugar más sano y apropiado para una familia que comenzaba el proceso de crianza y educación de los hijos.

La segunda fotografía contenía su habitación. Allí podían verse los mismos muebles que había usado toda su adolescencia, una cama ancha, de imitación europea, como un Luis XVI de broma, pintada de blanco y dorado, y en juego con la cómoda. En contraste, debajo de la ventana, el gavetero amarillo con flores rosadas, rústico americano. La habitación miraba a la parte de atrás, un *backyard* muy sombreado, que era su sitio preferido para leer durante las tardes de verano. La silla de jardín en que solía hacerlo había desaparecido. Separada por un baño estaba la habitación de Emma, decorada de manera muy similar, aunque con una pequeña biblioteca de fórmica imitando *mahogany*, que la suya no tenía. Sus libros estuvieron siempre apilados en unas tablas sostenidas por unos ladrillos pintados de blanco que su padre había colocado. Luego la decoración fue modificada con un tono más moderno y varonil para que fuese la habitación de Tom. Ésas eran las fotografías de la parte de arriba.

Abajo, la cocina de una madera muy oscura, con una gran cantidad de gabinetes y gavetas, atestada de utensilios de cocina, la mayoría ya sin uso. Viejas tostadoras, licuadoras, cuchillos sin filo, batidoras, medidores de todos los tamaños, y un sinfín de platos y cubiertos incompletos. Al final sus padres usaban solamente una vajilla irrompible y un juego de ollas recién adquirido en sustitución de la amplia batería que su madre orgullosamente había coleccionado. El módulo en el que estaba empotrada la cocina terminaba en un mesón rodeado de taburetes. Enfrente la mesa grande del comedor con seis sillas tipo Country. Toda esta zona estaba cubierta de una alfombra de pelo corto color marrón oscuro en rombos, y continuaba con otra beige, de pelo largo, más acogedora, hacia el *family room*. Estaba amueblado con un gran sofá en L, una mesa estrecha y larga, de pleno estilo funcionalista, con franjas negras y blancas de fórmica, y un sofá de plástico imitando cuero, que era el preferido de su padre para ver la televisión. Al lado del aparato estaba la chimenea, y del otro lado de la chimenea la puerta trasera que abría al *backyard* en el que le gustaba leer.

A la derecha del *family room* estaban dos escaleras, ambas de poca altura; la que subía a las habitaciones y la que bajaba al *basement*. Era muy amplio, verdaderamente. Eso fue, decía su madre, lo que me convenció de que era la casa que queríamos. Estaba dividido en tres partes, un baño, un cuarto en el que se guardaban

las bicicletas, las sillas de extensión, los libros de cuando eran niñas, así como herramientas diversas, y arrumbadas toda una colección de distintos artefactos: ventiladores, infladores de cauchos de bicicleta, carritos para niños, instrumentos de jardinería, calculadoras, juegos de dardos, taladros, y unos cuantos aparatos que con el tiempo terminaron por ser de uso desconocido. Esta imagen quedó muy borrosa, era una habitación oscura sin ventana. La parte más amplia era un gran salón, cubierto con una alfombra amarilla y anaranjada, que contenía un escritorio que su padre utilizaba para llevar las cuentas, sobre el que reposaba una máquina de escribir eléctrica. La tapa era de fórmica blanca y el resto estaba recubierto por planchas plásticas imitando madera, la mayoría despegadas. Habían también unas sillas de mimbre cercanas a la máquina de coser, y un clóset muy amplio que escondía la lavadora y la secadora. Tampoco estas fotos eran muy nítidas, era un lugar bastante penumbroso, pero, aun en la indefinición de las imágenes, Elvira podía reconocer todos los detalles de aquel lugar en el que acostumbraba hacer las tareas escolares en un pequeño pupitre, cercano a la máquina de coser. Aunque la fotografía no lo reflejaba veía un biombo de madera oscura decorado con unas flores de acuarela, varios espejos enmarcados, que siempre estuvieron descolgados y, en el centro, una estufa de gas que su padre no las dejaba encender porque, al parecer, su mecanismo era riesgoso.

Gastó el resto de las fotografías en los exteriores. El verdadero orgullo de la casa. Toda la propiedad tenía dos acres (en realidad acre y medio, pero a su madre le gustaba redondear la cifra), y el jardín era grandioso como un bosque, con sus enormes *maples*, un castaño, un manzano y varios abetos pequeños. Por las tardes se llenaba de pájaros y jugaba a reconocer sus nombres con el Peterson Field Guide, la mayor autoridad en la materia, decía su abuelo. A un lado estaba el huerto en el que su madre cultivaba tomates, brócolis y otras hortalizas; en el invernadero, unas rosas, espléndidas en la primavera. A la derecha podía verse la casa que había sido de los Ughuart, y a la izquierda la de los Alcott, muy similar, pero, según su madre, con una decoración algo pretenciosa. No conocía a sus actuales habitantes. Al frente estuvo la casa de los Levy, ahora convertida en una tienda de ropa y una galería de obras muy dudosas. Decidió terminar el rollo con algunas imágenes de la iglesia metodista, al final de la calle. La iglesia era la más antigua de Balzac, un letrero anunciaba que su fundación databa de 1862, aunque había sido reconstruida en 1932 después de un incendio, y detrás de ella se extendía el cementerio a ambos lados de la carretera. En ese cementerio quedaron enterrados Thomas y Emily Madigan.

Cuando se mudaron a Balzac la localidad era muy pequeña, ahora se había extendido considerablemente y no era posible recorrerla toda a pie, pero cuando llegaron el automóvil no era demasiado necesario. Su madre lo usaba únicamente para ir al supermercado que estaba a más de tres millas, y los fines de semana en los que hacían paseos familiares o iban a Calgary de compras. De resto, Elvira y Emma iban al colegio en bicicleta, salvo en los meses demasiado duros del invierno; entonces su padre las llevaba en el automóvil. Había una pequeña tienda de víveres, lo que los venezolanos llaman abasto, apenas a dos cuadras, y buscaban a pie cualquier cosa que de pronto hiciera falta: velas, leche, pan, bolsas de basura. La tienda, observó Elvira, ya no existía, y en su lugar habían montado un alquiler de videos. Muy cerca continuaba en pie el Ray's Coffee Shoppe, donde vendían periódicos y revistas y sándwiches que compraban los obreros. En verano Ray sacaba unas mesitas que colocaba debajo de un árbol y algunos clientes se sentaban a beber limonada y leer el periódico. Su hijo había

continuado el negocio. Un poco más lejos, frente a la escuela, podían verse inmutables el Town Hall, el Post Office, y la Balzac Public Library, pero no quiso tomar fotos de esos edificios. Eran iguales a los de cualquier otro pueblo de Canadá y le parecieron sin interés.

No había demasiadas diversiones entonces. Los sábados salían en bicicleta hasta el lago en el que después se ahogó voluntariamente Emma, y nadaban o patinaban, según la estación. También tomaban el autobús a Calgary, que tenía un centro comercial con tiendas que les parecían extraordinarias y un cine con dos salas. Comían helados o tortas, y compraban cotufas para ver la película. A veces, para sacarle partido al billete de autobús, se quedaban para ver dos sesiones y regresaban ya de noche a Balzac. Pero esto ocurría entre la primavera y el otoño, en los meses fríos era más sabio permanecer en los *basements* de las casas. Los turnaban para dar más variedad, aunque eran sumamente parecidos; quizá lo hacían para que las madres no tuvieran siempre el *basement* lleno de chicos. Otros fines de semana quedaban comprometidos con las actividades comunitarias. Emma decía que odiaba esta parte de su vida, ayudar en la preparación del gran Bar-B-Q que los padres hacían al comienzo de las clases en septiembre, o la repartición de comida para la gente pobre en Navidad, o el superdesayuno que se organizaba todos los años el Día del Bombero, así como otras acciones que desarrollaba la comunidad metodista, una de las más importantes de Balzac. Sus padres eran también miembros de la Historical Society of Balzac y eso los obligaba a asistir a las reuniones mensuales en las cuales algún orador disertaba sobre anécdotas de los primeros tiempos de la región, o acerca de las variedades de la fauna y flora locales. Emma odiaba todo esto porque confirmaba la modestia de nuestro lugar en el mundo; no se dio la oportunidad de esperar los acontecimientos; de esperar, simplemente, a que la vida fuese tomando el carácter inesperado que la define.

Volvió al presente. No tenía demasiada confianza en aquella pareja, Wilmer y Nataly. A leguas olía que no tenían ningún tipo de principios morales o de lealtad. No le sorprendería que se quedaran con los diez mil dólares y se perdieran para siempre. Para ellos era una fortuna con la que podrían inventarse la vida y salir en busca de otro futuro. No había ninguna razón para que cumplieran el trato. Un trato desesperado, porque sólo la desesperación podía hacer que Adriana hubiera jugado esa carta, aunque, al fin y al cabo, reconsideró, era una mujer con mucho dinero. Las personas con mucho dinero piensan distinto y probablemente esa suma no tenía el mismo valor que para ella. No, con seguridad era diferente. Era la chica de Balzac la que veía con horror que pudieran perderse diez mil dólares de la noche a la mañana. Para Adriana Budenbrook era una suma perfectamente arriesgable.

Y, sin embargo, no así del todo. Adriana regresó a su casa furiosa consigo misma. Se sentía chantajeada, abusada, violada por aquellos intrusos que se daban el gusto de ganarse una buena plata sin el menor esfuerzo. Probablemente producirían falsas respuestas, si es que volvía a saberse de ellos. No le había costado demasiado obtener el dinero, una llamada a su hermano Rainer quien le administraba su parte de la herencia desde Nueva York y otra al contacto local para obtener divisas en el mercado paralelo. Rainer no había hecho ninguna pregunta, pero de todos modos ella inmediatamente antepuso que necesitaba cambiar de automóvil. De ninguna manera

quería que su familia supiera en qué asuntos estaba metida. Averiguar acerca de la muerte de Sofía no sería un *issue* bienvenido por el clan Budenbrook. El único que se desplazó para asistir al entierro fue Wolfgang, viajó un viernes y regresó el domingo. Su madre no vino, lo que era hasta cierto punto comprensible. Sofía no era ya un tema de conversación, su entierro incluía el silencio. Era quizás esto lo que le resultaba más intolerable. En poco tiempo parecería que nunca hubiera existido. La muerte de una persona, si deja de nombrarse, es definitiva. Eso era algo que había sentido en la funeraria, que poco después Sofía desaparecería para siempre. La vida continuaría sin ella y casi resultaría sorprendente mencionarla, como si se hablara de una persona desconocida, de alguien ajeno. Cuando Wolfgang se despidió de ella para irse al aeropuerto no la mencionó y ella tomó exacta conciencia de que Sofía Budenbrook no había dejado huella sobre la Tierra. Dejar de nombrarla era matarla de nuevo. La doctora Madigan no parecía comprender la urgencia que ella sentía por descubrir al asesino. Había sugerido algo como mantener la esperanza de reencontrarla, qué equivocada estaba. No tenía ninguna duda de que Sofía estaba muerta. Lo que quería era, simplemente, dar testimonio de que aquella niña alguna vez existió, y merecía que su asesino existiera también y fuese castigado. Matar es una transgresión universal y señalar un culpable es la única manera de sanar esa transgresión. Establecer como culpable oficial a un pobre muchacho que probablemente no saldría vivo de la cárcel era una ofensa a la memoria de Sofía. Era como no reconocer su muerte, y, por lo tanto, olvidar su vida.

Tanto su madre como sus hermanos y ella eran los herederos de los bienes que estaban a su nombre, el apartamento, el automóvil y la parte correspondiente de la herencia de su padre que también administraba Rainer. Inmediatamente estuvieron de acuerdo en producir un poder para que ella pudiera vender el inmueble. Adriana había aceptado la tarea de disponer del apartamento sin emplear en ello demasiadas energías, lo entregó a una inmobiliaria tan pronto los trámites de la sucesión estuvieron cumplidos, y hasta el momento los posibles interesados no habían pasado de una rápida visita. El apartamento era excelente pero nadie lo compraba. Quizá la conserje o los vigilantes habían hablado de más y nadie quería la casa de una persona asesinada; o, también, la decoración de Sofía, muy inspirada en el estilo New Age, no era acorde con la estética más común. Decidió vaciarlo y vender de cualquier manera los muebles, pintarlo de blanco, y dejarlo con el aire de un apartamento muy común. De todos modos seguía vacío, como si aquel espacio sin nada representara la pregunta por Sofía. Bájale el precio, le sugirió un amigo. Así lo hizo, a pesar de las quejas de la inmobiliaria, y el resultado fue el mismo.

Guardó los trabajos de Sofía en su apartamento. Un portafolio con dibujos de formas clásicas en carboncillo, no demasiado certeros; un lienzo grande a medio terminar en el que había intentado copiar *Las cafeteras* de Alejandro Otero; un cuaderno con anotaciones para un video que se proponía realizar y otro con unos poemas. Sofía había pasado por las distintas épocas del arte de la misma manera, es decir, sin talento. Regaló la biblioteca al Banco del Libro, y el resto, computadora, ropa, papeles, fotografías y *souvenirs*, lo echó a la basura. Ahora estaba arrepentida. En las fotografías a lo mejor se encontraban los rostros de personas que sabían de ella, que podían ser útiles en la investigación, pero ya no tenía caso pensarlos. Estaban destruidas. Conservó únicamente la libreta de direcciones telefónicas. Eso era importante, debía comentárselo a la doctora Madigan. Pero, ¿qué interés tenía aquella

mujer en ayudarla? Adriana Budenbrook estaba convencida de que el único interés de Elvira Madigan era la alta tarifa de sus honorarios. No sentía la pasión por saber, por encontrar los pasos del asesino, ni siquiera por conocer por qué ella, Adriana Budenbrook, necesitaba saber. Le era antipática, una persona que jamás hubiera elegido como amiga, ni siquiera como terapeuta. Simplemente siguió el consejo de aquel comisario porque no encontró una opción mejor. Le daré unos meses, seis meses, si en ese tiempo nada se ha producido la dejaré. Entonces decidiré si renuncio a saber, o si continúo con otros métodos, con otras personas que sean más capaces. Adriana temía el paso del tiempo, le parecía que dentro de seis meses sería todavía más difícil acercarse a la verdad de lo sucedido. O que ella misma comenzaría a perder el interés. Sofía desaparecerá pronto, pensó. Si no obtengo una respuesta, la olvidaré. Todos la han olvidado ya. Si su padre estuviese vivo sería distinto. Él sí, él hubiera tenido como ella la pasión por saber. No olvidaría a Sofía. No la echaría a la basura.

Las sesiones con la doctora Madigan tenían lugar los martes y viernes a las cuatro, días cómodos para ella porque no tenía clases por la tarde. Los dedicaba generalmente a revisar exámenes y trabajos de los alumnos. Se suponía que esa tarea debía realizarla en su cubículo de la universidad pero verdaderamente no le importaba a nadie, de modo que acostumbraba a hacerlo en su casa. Elvira Madigan vivía bastante lejos, así que calculaba al menos cuarenta y cinco minutos para llegar. Esa tarde, sin embargo, el tráfico se detuvo más de lo habitual y entró a las cuatro y diez. Comenzó a dar una larga explicación de los inconvenientes encontrados en la vía, pero Elvira la interrumpió.

–No tiene importancia, Adriana. Hoy tenemos noticias interesantes.

Efectivamente, la pareja había dado señales de vida mucho antes de lo que ambas habían previsto. Fueron honestos con el trato y entregaron las dos respuestas. No, no había ninguna comunicación entre la sala de proyección y los conductos del aire acondicionado; y, dos, presentaron la lista de los invitados que recibieron los pases electrónicos. Era imposible, por supuesto, saber quiénes más habían entrado cuando se dio puerta franca.

Elvira le entregó una copia de la lista y guardó otra para ella.

–Revísela con cuidado, son seiscientos nombres, de modo que tomará tiempo identificarlos a todos.

–¿Usted la ha leído?

–A primera vista algunos nombres me parecen conocidos, probablemente los he visto en la prensa o en la televisión, pero es necesario un chequeo minucioso.

–¿Contra qué?

–Veremos –contestó lacónica Elvira. No quería decirle que Boris Salcedo la ayudaría en ese chequeo–. Se consigue mucha información en internet.

Adriana Budenbrook la miró con desprecio.

–Si es para buscar en Google, creo que yo también podré ayudar.

–Claro que sí, aquí hacen falta varios pares de ojos. Subraye los que le llamen la atención.

Adriana guardó el papel en su cartera y se quedó callada.

–Temía que no volviéramos a saber de ellos. Es un gran paso el que hemos dado hoy –dijo Elvira después de sostener un silencio de quince minutos.

–Sí lo es.

–Sin embargo, no parece demasiado satisfecha.

–¿Usted sabe por qué es tan importante para mí descubrir al asesino de mi hermana?

–Forma parte de lo que debemos ir investigando. Tiene que ser una razón importante. Quiero decir, emocionalmente importante.

–Pero hasta el momento no tiene ninguna hipótesis.

–Puedo tenerla pero no suficientemente clara como para ponerla en discusión.

–Es usted una persona cauta.

Elvira Madigan vio con alivio el reloj. Sólo cinco minutos más de Adriana Budenbrook. No contestará a esa provocación.

–Eso me gusta, yo también soy una persona cauta –añadió.

Vaya, logró sorprenderme. Como cuando en el tenis el jugador espera una bola larga y el contrario apenas la empuja para que pase la red.

–Nos veremos el martes, mientras tanto hay mucho trabajo por delante.

Adriana sintió por primera vez un tono amistoso en la voz de Elvira.

Procedamos con método. Empezaré por introducir la búsqueda en orden alfabético para establecer un fichero de nombres y categorías que indiquen profesión, intereses, relaciones institucionales y edad, si es posible. Después de tres horas de navegación, Elvira había logrado identificar diecinueve. No está mal para el primer día, pensó agotada. Las clasificó en tres grupos: grupo A, personas vinculadas con la cultura, catorce; grupo B, personas vinculadas con las altas esferas empresariales, tres; grupo C, personas vinculadas con el sector oficial, dos. Anotó los datos biográficos asequibles, las obras y premios en el caso de ser artistas o escritores, empresas y cargos en los otros dos. Ninguna de esas diecinueve personas me resulta conocida, lo que, después de todo, no significa nada puesto que pertenecen a mundos con los que nunca he estado relacionada. Quizá Judit Green pudiera ayudar con el grupo A y Richard Wood con el grupo B, sus pacientes pertenecen a las esferas del dinero. Del grupo C se encargaría Boris. Pero, luego de varias llamadas al portátil, comprendió que el comisario debía estar en alguno de sus momentos fuera de cobertura. En cuanto a Judit, prometió ponerse en contacto cuando regresara y no lo había hecho; buscar a Richard Wood pudiera prestarse a interpretaciones equivocadas. No había vuelto a aparecer después del *roastbeef* y una mujer cauta sabe cuándo lo conveniente es esperar.

De todas maneras, ésta es una tarea imposible, buscar la aguja en el pajar. Supongamos que logro identificar a la mitad, ¿cómo podría chequear la vida de esa cantidad de personas? Sin embargo, era información valiosa. Dado el caso de que alguna de ellas obtuviera una relevancia en el posterior desarrollo de los acontecimientos, saber quién es y qué hace es fundamental. Aquí entramos en el terreno de las casualidades, si por casualidad muere otro escritor, o un artista, o uno de estos empresarios, pudiéramos decir que es un investigable. Elvira odiaba las casualidades. Querían decir que el método fracasaba y había sido educada en la valoración del método y el procedimiento. Construiré mi fichero poco a poco y el tiempo dirá si ha sido una pérdida. No se me ocurre nada más hasta que aparezca Boris.

Se preparó un sándwich y se sirvió una ginebra. A las diez de la noche había logrado identificar a treinta y cuatro personas, y añadir el grupo D, periodistas.

Trató de dormir pero no lograba conciliar el sueño. Volvió a activar la computadora y releyó el nombre de los tres periodistas que había identificado. La primera era una mujer nacida en 1968, merecedora de varios premios. Había trabajado para diarios importantes en la fuente cultural y actualmente era una *freelance*, dedicada a las comunicaciones corporativas. Su página web consignaba una publicación reciente, un libro de entrevistas, al parecer un *bestseller*. Joanna Macari. La siguiente era Aída Machado, una persona mayor, no decía la fecha de nacimiento pero había comenzado como reportera a fines de los sesenta. Retratada como un icono del periodismo nacional, la información se refería especialmente a sus labores diplomáticas como agregada cultural en varias embajadas. El tercero y último, un muchacho graduado en 2003, Emilio Samperio; no tenía ningún mérito particular a excepción de que siendo estudiante había ganado el concurso de preguntas «Quiero

ser millonario» y eso le proporcionó cierta notoriedad en los medios. Formaba parte del equipo de redacción de la revista para jóvenes *Mango bajito*. Éstos son, pensó Elvira. Éstos son mis guías en el safari. Éstos son los que conocen a todo el mundo, los que saben quiénes estaban esa noche del 17 de agosto en el Hotel Embajador, los que pueden revelarme las redes que se tejieron alrededor de ese evento. La pregunta es ¿por qué lo harían? ¿Qué razones pudieran llevar a Joanna Macari, Aída Machado y Emilio Samperio a perder tiempo contándome lo que saben?

Trazó un mapa preliminar de sus hipotéticos perfiles. Joanna Macari es una profesional a medio camino en su carrera, proclive al éxito y a la figuración, incorporada en un rango mucho más lucrativo que las noticias culturales, quiere hacer dinero y está cansada de largas horas de trabajo con remuneraciones mediocres. La entrada de Google remitía a su propia página en la que se consignaba minuciosamente su hoja de vida ilustrada con la foto de una mujer atractiva, de frondosa melena, labios sensuales y una sonrisa pícara, probablemente muy bien estudiada. Le pareció un personaje de difícil acceso. Nada en Madigan pudiera sugerirle a Macari un encuentro fructífero. El contenido era exclusivamente profesional y no revelaba detalles acerca de su vida personal, casada, divorciada, hijos, origen. Género: talento envidiado, concluyó. Aída Machado, más difícil todavía. Prestigio acumulado, actualmente parecía retirada, o al menos todos los datos se referían al pasado. Género: vieja gloria. Probablemente era de los tres quien más sabía de todo. El muchacho lucía como el más transitable, las personas jóvenes tienen menos temor a perder el tiempo. Compraré la revista para completar el perfil, en principio, género urbano contemporáneo.

Eran ya las dos, vio horrorizada el reloj de la mesa de noche, pero, al fin y al cabo, qué importa. No tengo nada que hacer mañana. Elvira se sentía desesperada por no tener más pacientes. Adriana Budenbrook no era una verdadera paciente. No era alguien cuyo sufrimiento le importara, o, mejor dicho, no había logrado entender cuál era su sufrimiento. Vivía el sentimiento de duelo por su hermana, pero algo le decía que Adriana era una persona capaz de cargar por sí sola con aquello. No había venido por eso. Elvira Madigan había tratado a demasiadas personas agobiadas por la tristeza de la muerte de un ser querido, y ella misma había transitado por la pérdida. No era ése el caso de Adriana. El viejo McLeod tenía razón cuando le decía en la oreja que el problema que debía ser iluminado era precisamente la razón por la cual aquella mujer estaba dispuesta a pagarle trescientos dólares la hora, si no era porque necesitaba ayuda en el pasaje del duelo. Ocurría, sin embargo, que no lograba dar con ello. Lo más lejos a lo que había llegado era la culpa. Se sentía culpable por la muerte de la hermana. ¿Y no era la culpa una característica del duelo? Una culpa especial, entonces. Una culpa no fácilmente comprensible, una culpa que fuera más allá del «por qué ella y no yo» común a toda muerte. Debo reorientar el tratamiento. He venido considerando a Adriana Budenbrook como una suerte de cliente que ha contratado mis servicios y para quien debo producir resultados. Ésa no es la tarea. La verdadera investigación es por qué Adriana necesita saber, sin caer en el lugar común de que todo agraviado quiere justicia. Adriana es mi objeto de investigación, y si logro verla de esa manera haré de ella una verdadera paciente. La idea de que he sido reclutada para un trabajo que, en rigor, no me corresponde me resulta humillante. Eso es lo que ocurre, me siento humillada, y ese sentimiento tiñe mi relación con ella. Yo no soy un detective privado, un *private eye*, de modo que no tengo por qué asumir esa identidad.

Soy lo que soy y ella es mi paciente, que lateralmente yo la asista en la investigación es una elección que tengo el derecho de hacer. Una concesión para mantenerla porque necesito sus honorarios. ¿Y qué tiene de raro necesitar dinero? Todo el mundo lo necesita, incluida Adriana Budenbrook.

Tranquilizada o exhausta por sus cavilaciones, apagó la luz y no se despertó hasta que Nevsky, desesperado, se subió en la cama para recordarle que no lo había sacado a orinar. Era un perro bien educado.

A Elvira Madigan no le gustaban las casualidades, pero admitía la importancia de su ocurrencia. Durante su estadía en Balzac, mientras acompañaba a sus padres en sus últimos días había leído montones de novelas de misterio. Tenía mucho tiempo libre, particularmente por las noches porque sus padres se acostaban muy temprano. Reencontró la colección que había acumulado durante su adolescencia, y adquirió algunos títulos recientes, que después regaló a la biblioteca pública. Un factor común en todas las historias era la presencia de la casualidad. El detective, por ejemplo, estaba sentado absorto en la contemplación de las nubes, y de pronto una bandada de pájaros le hacía pensar que el criminal, de la misma manera que las aves migratorias, se trasladaba hacia un lugar más cálido, y ésa era la razón por la cual un recibo por la compra de un aire acondicionado había quedado en la escena del crimen. O se daba cuenta de que el horario de los autobuses sufría constantes retrasos los días viernes porque él mismo había usado ese transporte. O mientras esperaba la entrega de su automóvil en un taller mecánico observaba que estaban pintando de otro color una camioneta similar a la que se suponía tenía el asesino. La inteligencia del detective consistía en concatenar los fenómenos casuales con la red de evidencias que había construido. Las casualidades podían multiplicarse indefinidamente. Por ejemplo, en una novela de una autora que particularmente había disfrutado, Martha Grimes, la niña detective se encontraba frente a frente, en una estación de tren, con una persona que resultaba luego ser relevante en la investigación, y que, de no haber sido por ese encuentro casual, nunca hubiese conocido. Ese personaje de la niña detective le había fascinado. Investigaba un crimen ocurrido décadas atrás, sin que a nadie le importara el resultado, y, más aún, sin que nadie hubiese pensado que había ocurrido un crimen allí donde se estableció una muerte común y corriente. De alguna manera se sentía como ella, con la diferencia de que no había dudas de que Sofía Budenbrook había sido asesinada, y existía una persona para quien era vital saber el nombre del culpable, aunque lo más probable era que, aun en el caso de que ese nombre llegara a conocerse, quedaría sin castigo.

La casualidad ocurrió el viernes siguiente cuando salió a cenar al Zia Teresa y se encontró de nuevo con el joven poeta que pertenecía a «Los hijos de la noche». El muchacho la reconoció y se sentó en su mesa. Se llamaba Juan Carlos Rodríguez y Elvira le invitó una copa de vino. En realidad no era ese encuentro tan casual pues sabía que los viernes eran los días que recorrían los cafés de la zona, y sabía también que sólo veinticinco años la separaban de un propósito erótico con Rodríguez. Pero sí era una coincidencia interesante el hecho de que hubiera publicado algunos poemas en *Mango bajito*. Muy orgulloso Juan Carlos se extendió en la importancia que la revista tendría como referencia de la primera década del siglo, y el honor que representaba el hecho de que sus poemas hubiesen sido elegidos por aquel medio de cuyo prestigio presente, y sobre todo futuro, estaba seguro. Le prometió que el próximo viernes le traería un ejemplar. Pero Elvira no podía esperar tanto tiempo.

—Trataré de comprarla. ¿Y cómo lograste que te publicaran? Debe haber un montón de gente intentando lo mismo

—Tuve suerte —dijo Juan Carlos con genuina modestia—. Soy amigo de un chamo que trabaja allí.

Las luces nocturnas se prendieron en el horizonte oscuro de Elvira Madigan.

–La dirige un periodista muy famoso, creo, Emilio Samperio.

–Ése es. Emilio, pana mío. Metió mucha plata en la revista porque quedó rico con el concurso que ganó, el de las preguntas. Es un tipo que navega en la cultura. Imagínate que la última pregunta fue quién era el escultor que hizo la estatua de la Plaza Bolívar. Pues él lo sabía.

–Me encantaría conocerlo.

–Te lo presento cualquier día. A él le interesa mucho nuestro trabajo y a veces viene a vernos. Hoy, por cierto, me dijo que iba a caer por aquí pero no lo he visto. Es superocupado.

–¿Y en qué más trabaja?

–Es muy inquieto, le interesa investigar las tendencias de los jóvenes artistas *underground*, no los chivos que exhiben en las galerías de Nueva York ni nada de eso, sino chicos de los que nadie sabe nada. Él quiere que *Mango bajito* se convierta en el órgano de difusión de todo ese talento. Pero, a la vez, es una persona con sentido comercial, ya verás la revista, tiene una pila de anunciantes.

Convencida de que la admiración de Juan Carlos por Emilio Samperio era infinita, Elvira decidió dar un paso al frente.

–Me gustaría contactarlo, tengo una paciente que es artista y no ha logrado exhibir nada hasta el momento.

–¿Qué tipo de cosas hace?

–Videoarte –contestó sin vacilar Elvira, recordando que era una de las aspiraciones de Sofía Budenbrook.

–Listo. En lo que vea a Emilio le digo que quieres hablar con él. Me ha gustado mucho conversar contigo, a veces me cansa estar siempre con gente de mi edad. Gracias por la copa, otro día invito yo.

Juan Carlos se levantó de la mesa y le dio un beso en cada mejilla. Al final, el muchacho le había regalado algo casi tan bueno como la improbable escena que flotaba en su mente cuando lo veía hablar, lleno de ingenuidad. Emilio Samperio. Además de que había asistido al asesinato de Sofía, quizá la conocía personalmente.

Estaba trazando un plan para encontrar a Samperio y leía *Mango bajito* buscando algunas claves que le permitieran introducir a la videoartista fantasma, cuando recibió una llamada de Vera Gerber.

–Me la recomendó mucho la doctora Horowitz. Quiero una cita con usted. ¿Tiene horas disponibles? –dijo una voz jovial.

Elvira contestó que creía que sí y la citó para el martes. Ojalá me caiga bien, quiero sentir de nuevo el entusiasmo de ayudar a otra persona.

Tuvo suerte en ese sentido. Vera Gerber le pareció una mujer inteligente, educada, con un fino sentido del humor y un mundo interior interesante. Tampoco estaba muy claro el motivo de consulta. Vera era una persona exitosa, había heredado de sus padres una empresa con la que ganaba mucho dinero (tenía razón Ingrid), estaba felizmente casada desde hacía treinta y dos años con un médico muy reconocido, tenían dos hijos estudiando en Estados Unidos, uno medicina y otro química, una bella casa en una buena urbanización, y eran una familia muy bien relacionada con la comunidad judía en general, y también con amistades en el mundo no judío. Vera no quería divorciarse, no deseaba cambiar de vida, no tenía ningún

síntoma incapacitante. Simplemente había estado leyendo acerca del psicoanálisis y sentía curiosidad por conocerse mejor a sí misma, comprender su vida, su historia personal. Era, si se quiere, la perfecta analizada, aquella que no está urgida por resolver algo en particular, ni demanda respuestas inmediatas. Tenía el tiempo, el dinero y el deseo de psicoanalizarse, y cuando su amiga Ingrid le recomendó a Elvira Madigan pensó que era la persona adecuada. Estaba segura de eso.

Por un motivo práctico Elvira acomodó sus sesiones seguidas de las de Adriana Budenbrook. No tenía nada de extraño que los pacientes coincidieran a la entrada o salida de la consulta, cuando tenía las horas llenas eso era lo normal. Daba origen a que los pacientes hicieran comentarios acerca de los otros, pero era una rutina común en la vida de un psiquiatra. Ocasionalmente se conocían, o se dedicaban a inventar acerca de sus vidas, a veces con mucha intuición, otras en forma completamente errática. Cuando Vera Gerber vio a Adriana Budenbrook salir del consultorio no pudo ocultar su desagrado.

–Me sentí muy incómoda al ver a esa Budenbrook aquí. Son gente horrible.

Elvira guardó silencio, no podía delatar la identidad de Adriana aceptando que ése era su nombre.

–Sé que usted no dirá nada, no puede hacerlo por ética, pero el apellido de esa mujer es Budenbrook, no recuerdo su nombre en este momento, pero es hija de Adrian Budenbrook. Un nazi, por si no lo sabía.

Elvira continuó callada.

–Recuerdo perfectamente que mi padre nos contaba que en tiempos de la guerra se hizo una lista negra de los nazis que estaban en Venezuela para reportarlos. No porque al gobierno le interesara, sino que era importante para la comunidad saber quién era quién. Adrian Budenbrook. Es un nombre que no he olvidado. Probablemente las generaciones jóvenes lo ignoren pero los viejos saben muy bien quién fue. Era hijo del cónsul de Austria, con eso le digo todo. Vivían en San Bernardino, no era difícil verlos. Luego los padres se fueron y él regresó, hizo mucho dinero, muchísimo. Un oportunista. Se casó con una mujer de la alta sociedad de aquí. Después montó esa fundación para darse prestigio.

Elvira juzgó que podía intervenir sin tocar la ética de la confidencialidad.

–Quizás al suponerme vinculada con esa persona, usted se siente incómoda conmigo, como si yo fuera su enemiga.

–De ninguna manera, sé perfectamente quién es usted. Conozco su formación y cuál es su origen. No hubiera buscado tratarme con alguien sin conocer previamente algo de su *background*. Estoy hablando de los Budenbrook, no de Elvira Madigan.

Sonaba tan segura que Elvira no encontró respuesta.

–Entiendo que es injusto, no sé nada de esa mujer, pero es la hija de alguien que nos hizo mucho daño. Pertenece a una familia odiada, creo que la mayoría de los hermanos se fue de aquí.

Vera parecía no conocer la muerte de Sofía.

–Cuando dice que les hizo mucho daño, ¿se refiere al Holocausto o está pensando en algo más concreto?

–El Holocausto es muy concreto, ¿no le parece? La mayor parte de mi familia murió. Pero comprendo lo que me quiere decir, ¿si estoy pensando en algo que hizo Adrian Budenbrook?, así es.

–¿Le parece importante que yo lo sepa?

Estaba alterada y dejó de hablar por un largo rato. Después dijo:

–Una vergüenza. Fue una vergüenza. Quedamos humillados ante todos. Tomó mucho tiempo para que mis padres se recuperaran de esa humillación.

Dejó de hablar para contener el llanto y cuando se repuso continuó:

–Cuando Adrian Budenbrook regresó a Venezuela se sabía que estaba haciendo mucho dinero porque Caracas era una ciudad muy pequeña entonces y todo el mundo se conocía. Ninguno de nosotros hubiera hecho negocios con él, por supuesto. Y de pronto saltó la noticia en todas las casas. La socia de Adrian Budenbrook era una prima de mi padre, Sofía Vaiser. Hija de su tía Ester Gerber y Aaron Vaiser, un pobre hombre que tenía una tienducha en la esquina de Tracabordo, murió bastante joven. En ese tiempo las heridas estaban demasiado recientes; que una prima de Max Gerber fuera socia del hijo de aquel nazi era un motivo de habladurías constantes, mucha gente odiaba a mi padre porque le tenían envidia. Mi padre tenía veintidós años cuando salió de Europa y llevaba catorce dólares en el bolsillo, ya para fines de los cuarenta había montado una fábrica. Se pusieron a desacreditarlo con esa historia de su prima, a inventar que él también estaba involucrado en negocios con Budenbrook y que por eso le iba tan bien. Mis padres no le pusieron cuidado a esos chismes, siguieron adelante como si no los oyeran. Pero allí no terminaron las cosas. Alguien dijo que Sofía Vaiser no era solamente la socia sino la amante de Budenbrook. Yo no puedo saber si es verdad, era una niña muy pequeña cuando todo esto estaba ocurriendo. Mis padres habían dejado totalmente de tratar a Ester y a Sofía. En todo caso, verdad o no, todo el mundo quedó convencido de que la hija de Ester Gerber era la amante de un nazi. Lo que en el fondo es injusto. Si su padre fue nazi él no tenía por qué heredar esa culpa. Pero no había muchos matices en esto. Mi padre se sintió humillado, mucho más que con los chismes de que había hecho dinero en sociedad con ese hombre. Renunció al cargo que tenía en la directiva de la comunidad diciendo que estaba demasiado ocupado, y mi madre dejó de reunirse con sus amigas. Todo esto tuvo una buena consecuencia, sin embargo, les obligó a tener relaciones con gente no judía, y mis hermanos y yo hicimos muchos amigos que hemos conservado. Es una historia sexual, comprende, una historia de traición sexual, lo que esta familia representó para nosotros. El tiempo fue pasando y mis padres regresaron a sus vidas muy activas en la comunidad y todo quedó enterrado. Pero yo sé que fue un gran sufrimiento para mi padre. La tía Ester había emigrado con Vaiser mucho antes de la guerra y fue quien ayudó a mi padre a entrar en Venezuela y le dio apoyo mientras conseguía trabajo. Fuimos a su *shiva* una sola tarde. Mis padres, yo y mis hermanos. Nos sentamos un rato en silencio, lo recuerdo perfectamente, como a la hora mi padre se levantó y sin decir nada lo seguimos y nos fuimos. En cuanto a Sofía Vaiser sé que murió porque vi la nota necrológica en el *Nuevo Mundo Israelita*. Mis padres habían muerto también, y decidimos que no había ninguna razón por la cual hacernos presentes. Ésa es la historia de los Budenbrook para mí, para nosotros. Comprenderá por qué me desagradó tanto ver aquí a esa mujer.

–De alguna manera, al venir aquí, usted se ha puesto en contacto con cosas dolorosas del pasado, con sentimientos que tienen que ver con sus padres, su infancia. Y esa persona representa lo no dicho, lo sufrido, que, a pesar de una vida feliz, sigue estando en su interior.

–Creo que tiene razón, me ha ido muy bien en la vida, y ese irme bien me censura los sentimientos negativos que a veces tengo con mis padres. Fueron unos padres maravillosos y me siento culpable cuando experimento rencor.

Ésa me quedó buena, pensó Elvira Madigan. Y en cuanto a las casualidades, brindaré por ellas. Le puso la correa a Nevsky y salieron en busca de una botella de ginebra. Por fin tenía una verdadera paciente.

–Puedo localizar a una persona que quizá supo de su hermana, alguien interesado en la producción de jóvenes artistas desconocidos. Me parece que la mejor manera de contactar con él es llevándole algún trabajo de Sofía. No sé si usted estaría dispuesta a hacerlo.

Adriana Budenbrook la miró con cara de «te estoy pagando para eso», pero dijo:

–Tendría que pensarlo.

–Por supuesto, es delicado. Lo que se me ocurre es decirle que usted desea exhibir su obra póstuma, y quiere la opinión de un experto. Por otra parte, la Fundación Budenbrook es una referencia que no se ha olvidado, puede ser tentador para él entrar en contacto con usted.

–¿Como que a través de mí consiga algún beneficio? ¿Es un artista?

–No, es un periodista. Forma parte de una revista que tiene mucho prestigio entre los jóvenes. No creo que necesiten dinero, tienen buenos anunciantes, pero la vinculación con la fundación pudiera interesarle.

–La fundación tiene muchos años inactiva. Desde que murió mi padre en 1998, para ser exacta.

–Comprendo, lo dejaremos pendiente.

–¿Cómo se llama?

–Emilio Samperio, tiene unos veinticinco años. La revista es *Mango bajito*.

–¿*Mango bajito*? ¿Qué clase de revista es ésa?

Elvira se levantó y buscó el ejemplar que había comprado.

Adriana la estuvo hojeando sin expresión. Rápidamente concluyó:

–Una revista pretenciosa que intenta ser una mezcla de *Gatopardo* con *Letras Libres*.

–No conozco ninguna de las dos. El caso es que los jóvenes la leen mucho y no sería extraño que Sofía también lo hubiera hecho. Sería útil revisar las cosas que dejó.

–Guardé solamente sus trabajos y su libreta de direcciones.

Elvira pensó que eso demostraba una necesidad de diluir rápidamente los recuerdos, pero no parecía el momento adecuado para tomar esos senderos.

–Bien, revise la libreta a ver si aparece el nombre de este joven, o de los otros que forman el equipo de redacción.

–¿Y qué más ha averiguado? –dijo Adriana con tono de «veamos si mi dinero ha rendido».

Elvira Madigan estuvo a punto de decirle que había averiguado cosas muy interesantes acerca de su padre, pero por razones obvias, tuvo que abstenerse. Su silencio irritó a Adriana.

–Lo de este joven puede ser una buena pista, ha sido muy útil que diera con su nombre –continuó más conciliatoria.

–Encontré su nombre en la lista de invitados, estuvo presente ese día.

–¿Y tenemos la seguridad de que todos los invitados asistieron? Lo que esos muchachos entregaron fue una lista de invitaciones, pero perfectamente algunos pudieron no asistir, y en su defecto, asistir otros con tarjetas robadas o regaladas.

–Así es, cualquier cosa pudo ocurrir. No hay ninguna certeza hasta el momento. En cuanto al robo o regalo de los pases electrónicos, es más improbable. Los pases

contenían la cédula de identidad del invitado que debía presentarlo en la entrada y el chip confirmaba la clave de que la tarjeta era válida.

—¿Es algo que usted piensa o se lo dijeron ellos?

—Me lo dijeron ellos, pero a lo mejor me mintieron. El caso es, Adriana, que yo no soy detective sino psiquiatra. Creo que esto es algo obvio pero siento la necesidad de recordárselo. Para una investigación más exacta debería pensar en contratar a un profesional de la investigación criminal.

Elvira dijo todo esto sin respirar, sin que lo hubiese pensado previamente. En general, hablaba con Adriana Budenbrook midiendo todas y cada una de las palabras, como pisando un terreno minado. Pero no fue así en este caso. Adiós los trescientos dólares, no doy más con ella. Nunca será una verdadera paciente, y como cliente es insoportable.

—Yo creo que estoy en buenas manos, he manejado la idea de contratar un servicio de investigación privada, y decidí que no era lo mejor. Se necesita una sensibilidad diferente.

Una sensibilidad para entrar en los vericuetos de tu familia, pensó Elvira, en los que quieres que entre y, a la vez, no. «Eso es —le dijo McLeod al oído—. Eso es, siga por allí».

—Un investigador criminal pudiera ser implacable con los secretos de familia —la frase le vino desde adentro, desde el fondo de su intuición.

—No sé qué quiere decir.

Elvira la dejó a solas con su defensa.

—Doctora Madigan, comprenda mi situación. Quiero saber quién mató a mi hermana, quiero saber qué razones pudo tener esa persona. Si al final se trata de un loco que quiere acabar con escritores famosos y con las chicas que asisten a sus homenajes, muy bien, será así y aceptaré la sinrazón. Pero soy una persona racionalista, tiendo a pensar que los efectos obedecen a las causas, y que los actos humanos tienen motivaciones que permiten comprenderlos desde algún tipo de lógica. Y, como pienso así, creo que quien mató a Sofía tenía una razón para hacerlo. Y necesariamente una razón personal. Y esa razón personal, cualquiera que haya sido, debe relacionarse con la vida de Sofía, con ella misma, de modo que sí, usted está en lo cierto cuando habla de los vericuetos de familia. Mi hermana entró en algún vericuento que la llevó a la muerte.

Elvira no podía creer lo que estaba viendo. Adriana Budenbrook estalló en llanto.

Ni un gramo de consuelo. Por un momento en que te quiebras, te dejo así. A lo mejor logro hacer de ti una verdadera paciente.

Llamó a Ingrid Horowitz para agradecerle la llegada de Vera Gerber y quedaron en salir el domingo, pasear un rato por algún centro comercial, ir al cine, cenar. Ya Nevsky se comportaba como un adolescente razonable y podía quedarse solo unas horas sin comerse las patas de las sillas ni hacer sus necesidades en la alfombra. De Richard Wood no había noticias y supuso que el encuentro con el *roastbeef* y las dos botellas de vino había dejado huellas peligrosas. Esperaré. No es tan vital. Mientras Adriana Budenbrook decidía si quería o no iniciar el contacto con Samperio (no había concretado nada y quedaba en el aire si debía hacerlo ella misma), Elvira volvió a su lista. ¿Quién podía conocer a Joanna Macari y a Aída Machado? Lo mejor sería esperar que surja de nuevo la casualidad, o que caiga alguien del cielo y resulte

ser su amigo íntimo. Revisó de nuevo los nombres del grupo A, y luego la página cultural de varios periódicos. Un artista llamado Juan Sanmartín tenía una exposición el próximo domingo. Comprobó que su nombre estaba en la lista de los invitados. El mercado local es bastante íntimo, menos mal. La exposición abría de once a dos de modo que no alteraba su compromiso con Ingrid. Pensó en llamarla de nuevo y sugerirle que incorporasen esa visita en el programa pero desistió. Mejor sola. No sé si tendré alguna oportunidad de hablar con él y a Ingrid le va a parecer muy extraña la conversación. ¿Conoció usted a Sofía Budenbrook?, vaya pregunta. Espero que se me ocurra algo mejor.

Luego intentó de nuevo con el portátil de Boris Salcedo, y al menos le respondió el buzón. Por la noche devolvió la llamada.

–Estaba fuera del país, tuve que salir a... bueno, salir a algo de mi trabajo. ¿Qué hay de nuevo?

–Un montón de cosas. ¿Cuándo hablamos?

–Puede ser el domingo por la mañana, muy temprano, luego salgo para una misión y estaré de nuevo fuera de cobertura.

–¿Qué es temprano?

–Las cuatro y media. ¿Le parece muy temprano?

–No, más bien un poco tarde.

El domingo se anunciaba pleno de acontecimientos. Volvió a pensar en Richard Wood y decidió que un correo electrónico sería menos atemorizante que una llamada. Un mensaje amable y breve. «Tiempo sin saber de ti. ¿Cómo andas? Yo, afortunadamente, con más trabajo. Un abrazo, hasta pronto». Richard contestó enseguida, se notaba que estaba en línea. «He estado bastante enfermo, me agarró fuerte un cólico nefrítico y me dejó tumbado. Te llamo cuando me recupere totalmente. Quiero estar en buenas condiciones para verte. Un beso, R.». Vaya, el hombre vive y me recuerda. «Lamento mucho, espero tu llamada». No hubo respuesta. Demasiadas emociones juntas, necesita más espacio. En ese momento entró otro mensaje. Había olvidado que le dio su correo a Juan Carlos Rodríguez. Decía que Samperio podía verla cualquier día, simplemente que pasara por su oficina, en la redacción de la revista, y la invitaba a un recital de «Los hijos de la noche» en una librería, el jueves a las siete. Iré, no se sabe por dónde salta la liebre.

El Centro Cultural Trasnoco era un lugar que le agradaba bastante y tenía cierto ambiente cuando había presentaciones de libros o exposiciones. «Los hijos de la noche», sin embargo, no lograron una convocatoria demasiado impresionante y la librería estaba desolada. Los asistentes no pasaban de la docena y los poetas dudaban en empezar de una vez o esperar al improbable público. Finalmente decidieron dar inicio a la lectura y Elvira escuchó atentamente las novedades de la joven poesía urbana caraqueña, pero, en verdad, más que escuchar miraba a su alrededor en posición de caza. Los asistentes componían un grupo de amigos de los poetas, o eran poetas ellos mismos. Terminado el recital se acercó y Juan Carlos, contentísimo de verla, la presentó al resto. Elvira dio un paso al frente.

–Me ha gustado muchísimo su lectura, la he disfrutado enormemente. En general disfruto mucho la poesía joven. No sé si conocen a Sofía Budenbrook, he leído varias cosas de ella y me impacta mucho.

–Sofía murió –dijo alguien.

–¿Cómo va a ser? Una chica tan joven.

–Sí, murió –repitió otro.

Inmediatamente la conversación cambió, el bullicio arrojó las posibilidades de un diálogo personal, y Elvira comprendió que por el momento no había más que esperar de «Los hijos de la noche». En todo caso quedaba establecido que Sofía Budenbrook tenía relaciones con otros chicos de su generación que merodeaban en el mundo de la cultura, no era una absoluta desconocida, y, si el encuentro con Samperio era positivo, se abría un escenario bastante amplio.

Estaba llegando a las escaleras para subir al nivel principal y buscar un taxi cuando detalló a una persona que había visto durante el recital pasar varias veces de un lado a otro frente a la librería. La fotografía de la página web era, sin duda, mucho más favorecedora que la realidad, pero no tenía ninguna duda de que aquella mujer era Joanna Macari. Volvió sobre sus pasos, como si hubiese olvidado algo, y se quedó leyendo los anuncios de las películas en el cintillo digital de la taquilla del cine. Observó que Joanna Macari se sentaba en el café. Era temprano, el recital no había durado más de una hora, y el local estaba animado. La mesa que encontró libre estaba bastante lejos de la de Macari, y, además, interpuesta por otra ocupada por mucha gente, de modo que podía ver sin ser vista. Pidió un té y esperó. Macari debía estar citada con alguien que todavía no había llegado. Pasó una hora y se vio obligada a pedir un segundo té. Macari –observó– pidió una tercera cerveza. No miraba el reloj, como es usual para quien espera. Miraba a la gente pasar. Ocasionalmente alguien se detenía a saludarla y ella correspondía efusivamente. Era una persona muy popular. Elvira contó más de cuatro saludos. De pronto llamó al mesero y pidió la cuenta. Pagó y desapareció en el estacionamiento.

He debido aprovechar esa oportunidad, era magnífica. Joanna Macari para mí sola, sentada como si me estuviera esperando. ¿Qué hacía allí? No quería estar sola en su casa y quería ver gente, aunque parece una persona con muchos amigos, no el tipo de persona solitaria que se refugia en la muchedumbre. Esperaba a alguien que no llegó. O siente nostalgia de cuando era periodista cultural y le hace falta el ambiente. Se le presentó una ocurrencia que le pareció siniestra. Vino por cualquier razón y cuando me vio decidió quedarse y observarme.

Elvira Madigan no era una buena observadora porque fuese psiquiatra o porque le gustasen las novelas de misterio. Su entrenamiento en el arte de mirar provenía de la infancia, cuando salía a pescar con su abuelo en Fort Chipewyan. Se sentaban largas horas en el bote mecido por la suavidad del Peace River en verano y miraban alternativamente el anzuelo y el cielo. Hablaban muy poco, apenas lo necesario. Su abuelo le decía que lanzara más lejos el hilo o ella le preguntaba si quería que sacara de la cesta los sándwiches y el jugo de manzana. Cuando los pájaros atravesaban las nubes y se detenían en los árboles su abuelo los señalaba con el dedo. Elvira los miraba atentamente y después decía el nombre. *Okey*, contestaba su abuelo si era correcto, o *try again*, si era incorrecto. No la dejaba darse por vencida y ella debía seguir intentándolo hasta dar con la solución. Si no lo lograba, cuando regresaban a casa, él sacaba la Peterson Field Guide y ella tenía que buscar los pájaros que habían visto; nunca su abuelo le daba los nombres, Elvira debía encontrarlos. De ese modo sus ojos se entrenaron para distinguir entre un cuello negro y otro azul oscuro; entre un plumaje marrón atravesado por una franja amarilla y otro atravesado por una franja blanca; entre un pico doblado y uno ligeramente encorvado. Los pequeños detalles cambiaban por completo el resultado. Su madre le regaló, el último año de vida de su abuelo, unos binóculos. La exploración se hizo más profesional, pero los binóculos, decía su abuelo, no sustituyen a los ojos. La diferencia está en tus ojos, no en el aparato. Su abuelo tenía un par de muy buena calidad que casi nunca utilizaba. Confiaba en sus ojos.

Elvira, sentada en el café del Trasnoco, había ejercitado sus ojos. La ocurrencia de que Joanna Macari la espiaba no era extravagante, en un par de ocasiones sus pupilas se encontraron en un mínimo parpadeo para ocultar la dirección de la mirada. No tenía ninguna duda de que era observada, pero, se dijo, es probable que ella se diera cuenta de que yo la miraba, y cuando eso ocurre, la tendencia es a que la persona espiada haga lo mismo y sienta curiosidad o incomodidad por quien la mira. En su catalogación del ave Macari, Elvira detalló las incipientes arrugas del cuello que amenazan a toda mujer que pisa los cuarenta, así como las patas de gallo que comienzan a rodear los ojos, no importa cuán bueno sea el maquillaje. Detalló también una mujer delgada en la que un anillo de grasa se insinuaba en la cintura, por lo que usaba una franela más bien floja sobre la que caía un collar de varias vueltas y colores. Estaba vestida con un traje gris de pantalones y chaqueta, tipo ejecutiva, que delataba que venía de su trabajo y no de su casa, del mismo modo como las ojeras señalaban el cansancio de la jornada. Llevaba una cartera grande de la que sobresalían papeles, pero en ningún momento la abrió, salvo para pagar la cuenta de las cervezas. Más que una cartera era un portafolios que corroboraba la hipótesis de que venía de la oficina. No pudo calificar el estilo de su mirada viendo a la gente pasar, una mirada quizás impersonal, o simplemente neutra. La mirada de quien está viendo una rutina conocida, de quien no siente curiosidad por lo que ve. Tampoco detalló ningún momento en que mirara a lo lejos, hacia la entrada del estacionamiento o a las salas de cine, o a las escaleras, como sería lo típico de quien espera a alguien. Elvira estaba segura de que Joanna Macari no estaba citada con nadie. Los encuentros que se suscitaron fueron completamente casuales, y las personas que la saludaron siguieron su camino. Estuvo sentada exactamente una hora y cuarenta minutos, lo que es mucho para quien no espera a nadie, ni hace tiempo antes de entrar en algún espectáculo, ni está aprovechándolo para revisar papeles de trabajo. Joanna Macari permaneció en

una actitud de absoluta inactividad, a excepción de beber las cervezas y mirar a Elvira Madigan, no sin cierto esfuerzo por la manera como estaban dispuestas sus respectivas mesas. Cabía una pregunta (en realidad, muchas), y era si, una vez sentada en el café, cuando vio a Elvira hacer lo mismo, algo despertó su curiosidad; o, si se sentó en el café precisamente para verla. Joanna Macari observó su duda al acercarse a las escaleras y calculó que Elvira Madigan retrocedería. Era todo demasiado vago.

Sentada a solas en el café del Trasnocho era un ave sin rumbo, como perdida de la bandada en su emigración a los países cálidos. Ninguna certeza pero algo es definitivo. Joanna Macari ha sido incorporada a la Madigan Field Guide. Un pájaro que no olvidaré.

Boris Salcedo se presentó a las cuatro y cuarenta de la madrugada del domingo. Elvira había activado el reloj para que la despertara a las cuatro, se vistió con un mono que usaba para estar en casa, y preparó la cafetera. Tenía todo listo cuando Boris llegó.

Elvira lo puso al tanto de las respuestas obtenidas a través de Nataly y Wilmer, y al comisario le pareció que representaban un gran avance. Si no había otra comunicación con la sala de proyección, quien entró lo hizo mediante la complicidad interna. Ya le había preguntado a los muchachos si el proyectista o alguien de seguridad había enfrentado algún tipo de violencia y la respuesta era negativa.

—¿A qué distancia está esa puerta del salón de eventos?

—El ascensor, controlado con llave, abre a un vestíbulo de unos diez metros cuadrados, que a su vez comunica con el salón. A la derecha del vestíbulo sale un pasillo ciego que calculo pudiera tener unos dos metros; allí está la puerta que conduce a la sala de proyección. Es pequeña, hay solamente dos sillas. Creo que ya le dije que los vidrios están ocultos mediante paneles decorativos que solamente se desplazan en el caso de que vaya a utilizarse el proyector.

—Si usted está en el salón, ¿puede ver algo de la sala de proyección?

—Si los paneles están cerrados, no se distingue absolutamente nada, si están abiertos se ven unos vidrios.

—¿El evento era con proyección?

—No estoy segura, Wilmer dijo que sí hubo proyección de diapositivas, pero desde el salón, no desde arriba.

—Es importante definir esto, si no había proyección ese día, quien entró no requería necesariamente de la complicidad, basta con que fuese alguien con habilidad para abrir la puerta sin dejar huellas de haber violado la cerradura.

—O alguien la dejó abierta.

—Efectivamente, pero sigue siendo importante saber las características del evento. Todas las incidencias, con o sin proyecciones, horario del brindis, meseros, secuencia de oradores. En qué momento exacto se efectuó el disparo.

—Para esa información no podemos contar con los chicos. Nataly se fue a las cinco, en su horario habitual, y Wilmer estuvo hasta el inicio, aproximadamente a las ocho. Cuando los organizadores desobedecieron las pautas de seguridad se marchó. Quizá porque su trabajo era supervisar la entrada y no todo el evento, o porque se molestó y abandonó el lugar.

—Pero había un supervisor del evento.

—Creo que no. Por parte del hotel solamente permanecieron los vigilantes, que como se ve no sirven para nada, y quienquiera que fuese el proyectista, en el caso de que lo hubiera. El hotel no permite que los equipos sean manipulados por personal ajeno, pero, en teoría, tampoco debía permitir que se excediera la capacidad del salón.

—Yo creo que hay que volver a ese muchacho, a Wilmer, falta información.

—Dios mío, otros cinco mil dólares.

—¿Eso fue lo que cobró?

—A cinco mil la pregunta.

—¡Qué salvaje!

A continuación Elvira expuso los nombres de los asistentes que había logrado identificar. Hasta el momento iba por el número cincuenta y dos. Le faltaban quinientos cuarenta y ocho. No todo el mundo aparece en internet.

–Eso no se hace así, se va a volver loca.

–¿Y cómo se hace, entonces?

–Basta con unos pocos informantes confiables que le relaten minuciosamente todos los momentos del evento. Por supuesto, si usted escucha a diez informantes, tendrá diez versiones, pero eso no importa. Lo que necesitamos es conocer la secuencia, y determinar si estaba prevista o no la proyección. Se me ocurre pensar que el chico éste, Wilmer, tenga razón, la proyección estaba pautada para hacerla desde un equipo del salón, y el criminal inició otra, imprevista, desde arriba. Esto sorprendió a los organizadores, pero no al público. Unos minutos de proyección implican que se apagaron las luces, la gente se distrajo viendo las imágenes, y entonces ocurrió el disparo.

–Así que ya vio la película.

–Estoy atando cabos, doctora, nada más. Tratando de que la versión que tenemos coincida con lo que verdaderamente sucedió. Yo diría que necesitamos tres informantes. Uno ya lo tenemos: vuelva a Wilmer. Hay más detalles por saber acerca de la organización interna. Quién era el proyectista. Quién era el jefe de meseros. Horario del servicio. El segundo debe ser un invitado, alguien que pueda ofrecer una buena secuencia narrativa, y el tercero, alguien por parte de los promotores del homenaje, que conozca muy bien cómo estaba previsto el evento para que podamos determinar los cambios que se produjeron.

–Ya sabemos uno. Permitieron, contra la opinión de Wilmer, que entrara más gente de la prevista.

–Exactamente, por qué, cuándo y cuánta gente extra entró.

–El criminal está entre ellos.

–Es razonable pensarlo, el criminal pudo ser alguien que entró con su tarjeta. Alguien que asistió a ese evento con la intención de matar.

–¿A Sofía o a Pablo Narval?

–No nos adelantemos. Primero hay que establecer el modo en que operó y eso nos conducirá a identificar qué tipo de persona pudo hacerlo.

La cafetera se había vaciado.

–¿Quiere más café?

Boris Salcedo vio el reloj y salió corriendo.

–Son las seis, y yo todavía aquí.

Todo es muy fácil, según Salcedo. Lo único que tengo que hacer es pedirle a Adriana Budenbrook otros cinco, y encontrar a un asistente y a un promotor que quieran sentarse conmigo a detallarme lo que sucedió, o debería haber sucedido, la noche del 17 de agosto en el Salón Excelsior del Hotel Embajador. Y no es necesario que siga perdiendo los ojos en la pantalla de la computadora porque ya tengo identificadas a cincuenta y dos personas y solamente necesito a dos. Paralelamente, mientras escucho a Adriana, debo comprender los vericuetos de su familia para lograr entender por qué Sofía estaba relacionada con un asesino, y, se me olvidaba, profundizar en la vida de Pablo Narval para saber quién carajo lo odiaba lo suficiente como para dispararle en la nuca y dejarlo tendido el día de su homenaje.

Pero, al pensar esto, Elvira reconoció en sí misma que estaba omitiendo algo. Con o sin los trescientos dólares se había despertado en ella la urgencia por saber lo ocurrido. Pensó en la desaparición de su hijo Tom, aunque este sentimiento era distinto. Era la pasión de Emily Graham, la niña protagonista de Grimes, la que había hecho presa en ella. Era la niña que desarrolló la destreza de reconocer los pájaros al vuelo la que quería saber el plumaje del ave asesina. No conoció a Sofía Budenbrook, y debía admitir que le era indiferente, más allá de la solidaridad común que puede sentirse por el asesinato de una persona inocente. ¿Era inocente Sofía Budenbrook? Nevsky interrumpió su pensamiento y se fueron a comprar unos cachitos para el desayuno.

Regresó para cambiarse de ropa y salir a la exposición de Juan Sanmartín. Tomó un taxi sacando una vez más las cuentas que la separaban de un automóvil propio. Un vecino del edificio estaba vendiendo un Toyota del 93 y la tentaba con el precio. La galería estaba atestada de gente, al parecer Sanmartín era un artista muy famoso, o quizás alguien con buenas relaciones. Repasó sus obras sin demasiado entusiasmo, más interesada en los asistentes que en el arte, sin que ningún rostro le sugiriera nada. La posibilidad de acercarse a Sanmartín y preguntarle por Sofía Budenbrook lucía impracticable. Primero, estaba permanentemente rodeado y, segundo, era un hombre mayor y un pintor muy convencional, para nada el tipo de persona propensa a la amistad con una joven videoartista *underground*. En medio de la bulla de las conversaciones escuchó que alguien saludaba a gritos a una mujer llamándola por su nombre. «Aída Machado, ¿dónde estabas metida?», dijo claramente la voz. Elvira se acercó al grupo y permaneció extasiada ante un atardecer en la playa nostálgicamente plasmado por Juan Sanmartín. La conversación le llegaba por trozos, frases inconexas, vio que Aída y la mujer que la había saludado tan efusivamente se alejaban del grupo e iniciaban juntas un recorrido por la exposición. Esperó un momento apropiado y se acercó al cuadro que contemplaban, en este caso, un paisaje urbano en tonos cubistas.

Aída Machado era una mujer gruesa, de baja estatura, vestida con colores chillones que contrastaban con su piel muy morena. Usaba el pelo teñido de reflejos azules y los labios pintados de un rojo fuerte, casi púrpura. Su voz era ronca, un tanto aguardentosa, pensó Elvira, y movía agitadas las manos recargadas de pulseras. Sus comentarios le parecieron autoritarios y mordaces, llenos de una sabiduría autoatribuida. Estaba destrozando a Sanmartín. La incluyó en la Madigan Field Guide en el subtítulo aves de rapiña.

La dueña de la galería tomó un micrófono y, después de los saludos y las alabanzas de rigor, invitó a los asistentes a pasar al patio trasero, un jardín, en realidad, donde tendría lugar el brindis de honor. Sanmartín procedió a los agradecimientos de rutina, y todo el mundo salió. Aquí la pierdo, pensó Elvira. Una vez en el jardín no habrá ninguna posibilidad discreta de estar al lado de Aída Machado. Sin embargo, la suerte estaba de su lado. Cuando la periodista y su acompañante se dirigían al brindis, oyó la pregunta:

- ¿Y qué has sabido de Joanna? No se la ve en ninguna parte.
- Después de lo que le pasó, imagínate tú, tiene que estar escondida.
- Sí, chica, qué desastre...

Elvira abandonó la galería. No tenía necesidad de continuar allí. Todo indicaba que Joanna Macari fue contratada para las comunicaciones corporativas del homenaje a Pablo Narval. En fin, no todo lo indicaba, pero existía una buena posibilidad de que el desastre aludido por Machado fueran los hechos ocurridos aquel día.

Mientras paseaba con Ingrid Horowitz por el Sambil pensaba en los posibles caminos para llegar a Macari. En su página web tenía un correo para el visitante interactivo. Otras posibilidades: buscar su número en la guía de teléfonos; revisar mejor los datos que había obtenido de ella hasta dar con alguna actividad, empresa o institución, con la que pudiera estar en contacto; volver al Trasnoco, quizás frecuentaba ese lugar.

Se detuvieron en la vitrina de una tienda de zapatos y vieron horrorizadas los precios. Luego entraron en el cine y a la salida Ingrid la invitó a comer, pero Elvira rechazó la invitación. Dijo que había dejado solo a Nevsky demasiadas horas.

—¿Qué tal con Vera Gerber?

—Es una paciente excelente, de verdad que te lo agradezco.

—Ella también está muy contenta, me llamó para decirme que le iba muy bien contigo. Acéptame una copa, Elvira, estoy muy deprimida.

No pudo decir que no y se tomaron un Chardonnay en uno de los bares del nivel Feria.

Ingrid Horowitz estaba deprimida porque su hija le había anunciado que no vendría a pasar con ella las vacaciones que había prometido.

—Tiene mucho trabajo, el marido también. En fin, que no podré ver a mi nieto.

—¿Por qué no vas a verla tú?

—¿Tienes idea de lo que vale el pasaje a Tel-Aviv? Y eso es lo que más me deprime, que ni siquiera me propuso pagármelo para que viajara yo, y sé que les está yendo muy bien.

—Probablemente no mide la importancia que tiene para ti.

—Pero cuando era pequeña medía muy bien la importancia que yo tenía para ella.

—Claro, es así siempre. ¿No lo sabías?

Ingrid Horowitz lo sabía, pero saberlo no le quitaba la depresión y cambió de tema.

—¿Sabes a quién he estado viendo últimamente? A Richard.

—¿A Richard Wood?

—El mismo. Está muy solo después de su tercer divorcio.

Esto es increíble, pensó Elvira, y yo que estaba preocupada por su cólico nefrítico. Pero, al fin y al cabo, no le importaba tanto compartirlo con Ingrid. Si es que sentía de nuevo ganas de comer *roastbeef*. De todos modos regresó contenta a casa, había sido un domingo productivo.

Al llegar encendió la computadora y envió un mensaje desde la página web de Joanna Macari. «Me interesa conocerla y hablar con usted. Atentos saludos de Elvira Madigan». Debajo de su nombre colocó «Médica Psiquiatra, Psicoterapeuta», y su número de teléfono. La suerte está echada al viento.

Pasaron varios días y Joanna Macari no contestó el correo electrónico. Tampoco su nombre aparecía en la guía, como ya había supuesto Elvira. En Venezuela era muy difícil conseguir a alguien a través de la guía telefónica. Sólo encontró un taller mecánico, Hermanos Macari, y allí nadie sabía nada de una tal Joanna. Decidió hacer un seguimiento más exacto del Trasncho, igualmente inútil. En la página web todos sus pasos estaban en pasado. A Joanna se la había tragado la tierra. O simplemente no tenía información suficiente para acceder a ella. En la lista proporcionada por Nataly y Wilmer aparecían las empresas promotoras del homenaje a Pablo Narval. Una jugosa lista, era evidente que se invirtió mucho dinero en el evento, todo perdido de acuerdo con el resultado. Sacó la cuenta: tres entidades bancarias de primera línea; dos empresas de mercado de capitales, muy conocidas ambas; tres editoriales importantes; varios medios de comunicación y telefonía digital; organismos oficiales; una fundación privada dedicada a las actividades culturales; el mismo Hotel Embajador; luego algunos anunciantes de comida rápida y cervezas, y, por último, el único nombre que le era desconocido: CCM Express. ¿Qué querían decir esas siglas? ¿Comunicaciones Corporativas Macari? Era una posibilidad. El título del evento era: «Pablo Narval, un escritor para todos los tiempos». Si estuviera Judit Green la ayudaría con esto, la frase le resultaba familiar. *A man for all seasons*. Para moverse en este mundo del arte y la cultura su presencia le era indispensable, ¿cuándo regresaría?

Inició un *tour* de librerías y volvió con cuatro libros de Narval. Las contraportadas no añadían nada a la información que ya había conseguido en internet. Nació en 1925, en un pueblo llamado Trincheras del Tuy; su padre, hijo de isleños, poseía una finca de hortalizas y su madre provenía también de una familia campesina. Pablo Narval era un seudónimo literario que después adoptó como nombre legal, originalmente se llamaba José Eustaquio Cruz. Cursó los últimos años del bachillerato en el Liceo Fermín Toro, en Caracas, y luego obtuvo una beca para continuar estudios en Madrid. Se quedó viviendo en España y sus libros comenzaron a ser un éxito. Tenía unos cuarenta años en la época del *boom* literario latinoamericano y su obra fue publicada en las grandes editoriales catalanas, así como traducida a varios idiomas. A mediados de los años setenta pasó a vivir a Francia y se residió en la Provenza. No regresó nunca a Venezuela, de hecho había adquirido la nacionalidad francesa. Este homenaje era su primera visita después de décadas de ausencia. En los años noventa obtuvo el Premio Médicis a la mejor novela extranjera traducida al francés y el premio de la editorial Einaudi de Milán; finalmente había coronado su carrera con el Premio Cervantes. Sólo le faltaba el Nobel para el que había sido candidateado varias veces.

Muy cauto en sus declaraciones de prensa, no se pronunciaba de ninguna manera y obviaba la situación política del país. Se limitaba a sus opiniones acerca de la literatura, sus experiencias europeas, y a mencionar a sus grandes amigos Vargas Llosa, García Márquez, Pepe Donoso, Severo Sarduy, entre una gran cantidad de otros escritores y cineastas franceses, polacos, ingleses y, por supuesto, catalanes. Recordaba su entrañable fraternidad con el editor Carlos Barral, con quien había compartido una casa de verano en Cadaqués. Sus respuestas eran un *who is who* de personalidades culturales. ¿Conoció a Adriano González León cuando ganó el Premio Biblioteca Breve de la editorial Seix Barral en 1969? Claro, fue muy amigo de Adrianito, lamentaba haber perdido el contacto con él. Repreguntado por el periodista acerca de

la literatura venezolana contemporánea, Narval prudentemente argumentó que era poco lo que se encontraba en las librerías europeas, a excepción de Uslar Pietri, a quien, desafortunadamente, no conoció en persona, pero, estaba seguro, los narradores venezolanos ocuparían en el futuro el lugar que se merecían. ¿Por qué no había vuelto a Venezuela? Sus padres murieron, y él fue hijo único, de modo que no tenía a quién visitar; por otra parte, la intensidad de su trabajo lo había enclaustrado en su casa de la que sólo salía para cumplir con los compromisos de promoción. ¿Su vida personal? El periodista se enfrentaba a un tanque blindado. De las mujeres que había amado prefería el recuerdo íntimo. ¿De sus gustos y manías?, educado en una familia de escasos medios, era un hombre austero de modo que sus preferencias eran muy modestas y sencillas. Trabajaba de ocho a diez horas diarias, luego daba un paseo a pie, y algunas tardes se sentaba en el bar del pueblo a tomar un vaso de vino con los clientes habituales: vinateros de la región, cultivadores de fresas, pequeños comerciantes. ¿Sus impresiones del país durante tantos años de ausencia? Había cambiado mucho. ¿Para bien o para mal? Todas las transformaciones implicaban aspectos positivos y negativos. Había visitado Trincheras del Tuy y quedó muy impresionado. Antes era una aldea bucólica y ahora una ciudad dormitorio.

Elvira pasó a otro periódico. La periodista, más acuciosa, quería a toda costa obtener opiniones políticas de su entrevistado. Los resultados eran similares, aunque podía detectarse cierta molestia en Narval al tener que rebotar sistemáticamente las preguntas como si se tratara de un juego de ping-pong. Pero no iba a ceder. Elvira pensó que la variedad de los promotores requería diplomacia: entidades privadas de coloración variopinta, organismos públicos, editoriales trasnacionales. El hombre estaba a la altura, y cuando era necesario insertar un comentario acerca del factor ético de la literatura, siempre mostraba la misma cautela: los escritores deben ser vigilantes ante los excesos del poder, pero, a veces, el poder beneficia a los pueblos. La literatura, en todo caso, no debía contaminarse con las coyunturas políticas, estaba por encima de ellas. Era probable que las indefiniciones de Pablo Narval se constituyeran en un obstáculo para el Nobel. Era un defensor radical de los derechos humanos, pero no tomaba posturas antibelicistas demasiado nítidas, aunque, por supuesto, condenaba a los gobiernos dictatoriales. Preguntado por Cuba, aceptó incluirla dentro de ellos, matizando que la presión imperialista había distorsionado la Revolución. Tampoco se declaraba creyente de la izquierda cultural internacional ni demasiado preocupado por la globalización. En general, vadeaba más bien dentro del amor humanista y la valoración de la creación como obra suprema de la civilización; por otra parte, no tenía exilios, ni cárceles, ni censuras que ofrecer. Se fue a Europa porque consiguió una buena beca venezolana y no regresó a su país porque no le dio la gana, a pesar de que (consignaba la periodista) había recibido muchas invitaciones. ¿Por qué ahora y no antes?, preguntó insidiosa. ¿Había, acaso, alguna razón para aceptar una oportunidad que siempre rechazó? Por supuesto que la había. Su edad. Tenía ochenta años y no quería morir sin volver a ver su tierra. La periodista se batió en retirada. Un experto en el arte de la entrevista, pensó Elvira Madigan.

Constató que había acumulado una gran cantidad de información sobre Narval, aunque sin estudiarla detalladamente, un tanto abrumada por su abundancia. Su objetivo era Sofía y había dejado un poco abandonado al primer asesinato de la noche. Era necesario volver sobre Narval y estudiar con más profundidad el caso. Se le ocurrió que pudiera incluirse en los crímenes de odio serial. Un tipo de criminal que

odiara el éxito, por ejemplo, o a los intelectuales. Un fanático que considerara que el Nobel no debía dársele a él sino a otro escritor, o un sector radical molesto por sus indefiniciones. O, más maquiavélicamente, alguien dispuesto a hacer fracasar el evento para desprestigiar a los promotores. Pero había tantas diferencias entre ellos que más bien parecía que Narval hubiera sido utilizado como un simulacro de cooperación e intercambio de poderes. Probablemente este equilibrio era la razón por la que se le había ordenado a Boris Salcedo interrumpir las investigaciones. Todos estaban de acuerdo en que lo mejor era que el incidente se olvidara, y, efectivamente, los medios cubrieron la noticia apenas una semana. Después, el silencio. Sus declaraciones mostraban a alguien comprometido con fuerzas contradictorias, o quizás era simplemente así. Su personalidad era ambigua. Tendría que leerlo para determinar mejor su pensamiento, pero la amplitud de su obra (treinta y dos títulos) la desanimaba. ¿Relaciones que vinculen a José Eustaquio Cruz y Sofía Budenbrook? Mi imaginación no da para tanto.

Iba a dar por terminada la lectura de las entrevistas cuando vio que le faltaba una de *Mango bajito*, correspondiente al número de agosto. Seguía las mismas pautas que las anteriores, Emilio Samperio se desesperaba por hacer hablar a Narval de algo que no fuera su entrega apasionada a la literatura, y lograba los mismos resultados que sus colegas. Pero con una diferencia. Samperio añadió un último tema acerca de los organizadores y promotores del evento. Era una pregunta formal, complaciente, abierta para que el homenajeadó expresara su agradecimiento por todas las muestras de admiración y aprecio que había recibido en su semana venezolana, en la cual había recorrido las más importantes universidades y tribunas culturales. Sin dejar una —era asombrosa su memoria— Narval mencionó a todas las entidades patrocinantes, personas e instituciones participantes. Elvira observó que uno de los patrocinantes de *Mango bajito* formaba parte del listado, de modo que la pregunta obedecía al obvio interés de Samperio de obtener del entrevistado una respuesta halagadora. Pero Narval agregó un nombre: Joanna Macari, la persona que había tenido a su cargo la coordinación de tan apretada agenda, y a quien, decía el escritor, le reconocía su entusiasmo y eficiencia para hacer de su visita un éxito.

Lo sabía, dijo Elvira, sirviéndose una ginebra. Lo sabía.

Revisó los eventos culturales de la semana en busca de un posible motivo de encuentro con ella, y anotó una lista de los que le parecían más probables. Dedicaría el fin de semana a eso. Por ahora estaba muy ocupada con el *roastbeef*. Richard Wood había anunciado su visita en compañía de una botella de vino y una película en DVD. Tenía muchas ganas de llevarla a un restaurante que acababan de inaugurar pero todavía se sentía en recuperación y prefería un programa casero. Hipócrita, pensó Elvira mientras adobaba la carne.

Le pareció que estaba un poco pálido, pero aun así seguía sin creerle lo del cólico nefrítico. Debe ser que está tan metido en su consulta que no le da el sol. Como si le hubiera leído el pensamiento Richard comentó que les haría bien ir a la playa un fin de semana. El trabajo de psicoterapeuta era claustrofóbico, uno terminaba por vivir encerrado. Intercambiaron algunos lugares comunes sobre la práctica y Elvira mintió diciendo que le habían llegado varios casos; en realidad sólo Vera Gerber, pero aumentó un poco la cifra para darse importancia. Richard insistió en que pronto llegarían personas de su parte.

A Elvira siempre le había caído bien Richard Wood. Lo encontraba un tanto parecido a ella; era hijo de estadounidenses que vivieron un largo tiempo en Venezuela mientras su padre trabajaba en una petrolera; Richard decidió quedarse cuando su padre se jubiló y su familia regresó a Estados Unidos. Estuvo un tiempo yendo y viniendo, estudió psiquiatría en Columbia, de allí a San Francisco donde ejerció un par de años, y ocurrió su primer divorcio. Luego pasó una temporada en Frankfurt y se casó con una alemana, de la cual también se divorció. Y, por último, definitivamente instalado en Caracas, se casó por tercera vez con una venezolana con la que tuvo dos hijos. Pero tampoco había funcionado.

—Yo creo que no estoy hecho para la cotidianidad, eso es lo que me pasa. Me enamoro, pero cuando siento que estoy obligado a vivir con una persona a causa de ese sentimiento empiezo a experimentar un malestar que me lleva a producir problemas de convivencia.

—Es posible —contestó Elvira—. Hay gente que no sirve para la cotidianidad.

—¿A ti te ocurre?

—Creo que sí —dijo recordando a Bobby Sawyer, el padre de Tom.

Sirvió la comida y Richard abrió el vino con mucha elegancia. No se le veía demasiado interesado en la continuación del programa porque poco después de terminar la cena manipuló el DVD y comenzó el filme. Había elegido un tipo de película que a Elvira no le gustaba demasiado, género comedia romántica americana. La vieron plácidamente recostados en el sofá, con Nevsky a los pies, y parecían ellos los protagonistas de una historia de amor duradero. Como si estuviesen juntos desde hacía mucho tiempo. Elvira rechazó la idea y agradeció que Ingrid Horowitz estuviera allí para defenderla. Decidió meter un cuchillo en el plácido sofá.

—¿Y has visto a Ingrid últimamente?

—Sí, cómo no, hospitalicé a una paciente mía en el geriátrico que dirige. Está muy bien, creo.

—Es una persona tan adorable.

—Sí lo es, y muy solidaria. Me ayudó mucho con la viejita; yo, la verdad, tengo poca experiencia con gerentes, pero tuve que aceptar el caso porque es la mamá de una antigua paciente mía.

—Nosotras nos encontramos de vez en cuando. Me dijo que hacía tiempo que no sabía de ti.

—Bueno, hace ya un par de meses de esa hospitalización. No la he vuelto a ver. ¿Quién miente? La verdad no me importa tanto. Dio muestras de sueño y Richard captó la señal.

—¿Qué tal el viernes que viene? Vamos a ese restaurante, a ver si es tan bueno como dicen.

Elvira aceptó y se despidieron con un beso profundo que recordaba el *roastbeef* anterior. No tenía sueño en realidad y encendió la televisión. Joanna Macari, ¿dónde estás?

El sábado amaneció lluvioso y sintió mucha flojera de iniciar la ruta cultural que se había trazado. Dos exposiciones, un concierto, y una lectura dramatizada de Ibsen en el teatro del Trasnocho. Esta opción parece la mejor, me saltaré las exposiciones y el concierto. Cuando la lluvia amainó salió con Nevsky a dar una vuelta por el barrio y se paró en el quiosco. Compró varios periódicos y ojeó las revistas. Allí estaba el último número de *Mango bajito*. Abrió el índice y encontró que se anunciaba una nueva

sección: «Joanna pregunta». Era una entrevista de Joanna Macari a unos raperos. Esto me ahorra a Ibsen. Ya sé dónde encontrarla. En *Mango bajito* tengo una doble oportunidad: saber si conocieron a Sofía Budenbrook y dar con el número de teléfono de Joanna.

La chica de la recepción le dijo que esperara. Estaba vestida con unos pantalones morados, una franela escotada, un gorrito de lana muy ajustado, una chaqueta a cuadros y las orejas decoradas con *piercings*. Elvira esperó pacientemente una media hora, Emilio Samperio no había llegado todavía. Cuando entró vio a un joven con el pelo muy corto y grandes lentes de sol cuadrados, que la ignoró completamente, se dirigió a la chica y le ordenó que lo siguiera a su oficina. Miró el reloj, otra media hora más. Ni que dirigiera *The New York Times*, pensó Elvira. Finalmente Samperio abrió la puerta y la invitó a pasar, formulando unas rápidas excusas por la espera. El local se componía, en realidad, de aquellos dos espacios. El mínimo recibidor y una habitación con una larga mesa llena de papeles, y unas paredes con paneles de madera decorados con afiches de las portadas de la revista. La chica preguntó si querían café y trajo unas tazas con un líquido negro que probablemente reposaba desde el día anterior en la cafetera. Samperio, entonces, le encomendó varias llamadas, entre ellas, a Joanna para confirmarle que la esperaba por la tarde.

No debo alargarme, pensó Elvira. El hombre se ve como preocupado. Efectivamente, atendió una llamada telefónica y, por sus comentarios, todo hacía suponer que se le había caído un anunciante.

–Disculpe, ¿me dijo su nombre?

–Elvira Madigan. Me habló de usted Juan Carlos Rodríguez.

–Sí, ya recuerdo, algo sobre una videoartista.

–Soy la tía de una joven que falleció hace poco, Sofía Budenbrook. Me gustaría presentarle sus trabajos para ver si le interesa hacer alguna nota en su revista. Pienso que no recibió la atención que merecía.

Emilio Samperio metió en una gaveta el portafolio que le presentó Elvira.

–Déjemelo aquí, le diré a la persona que se encarga de la sección de arte que lo mire.

–Estoy segura de que le puede interesar. ¿No la conoció?

–No me suena para nada.

–Ya. Bueno, no le quito más tiempo.

Emilio Samperio se despidió de ella casi sin levantar la mirada. Elvira salió de *Mango bajito* con el rabo entre las piernas, generalmente tenía muy buen contacto con los jóvenes, pero no en este caso. Bajó a pie las escaleras, era un edificio cochambroso con el ascensor sin funcionamiento, y recorrió el pasillo oscuro por el que no había pasado una escoba desde la década anterior. Samperio no parecía ser alguien que pudiera guiarla hacia Sofía Budenbrook, pero no todo era pérdida en aquella visita. Había logrado cincuenta por ciento. Salvo que la chica de los *piercings* almacenara el directorio en su cabeza, en alguna parte estaba anotado el número que buscaba. Esa Joanna a quien le confirmaban la cita tenía que ser Macari.

Dio varios días de tregua para que Samperio contestara acerca del portafolio de Sofía, que, por cierto, le había costado trabajo conseguir, porque Adriana, inexplicablemente, se mostró reacia a entregarlo, y decidió llamar de nuevo. La atendió la misma chica. No, el señor Samperio no tenía ninguna respuesta todavía, y,

además, estaba fuera de Caracas. Elvira anunció que pasaría a recoger lo que le había dejado, no podía esperar más. Vale, dijo la chica.

Ahora sólo es necesario un poco de suerte. La recepcionista estaba muy ocupada, el teléfono sonaba constantemente, y Elvira escuchó claramente la voz de Emilio Samperio reclamándola desde su oficina. No sabía qué hacer, si buscarle el maldito portafolio o atender a su jefe. Trató de encontrarlo en el escritorio de la recepción pero la carpeta se había quedado en la oficina. Elvira calculó que tenía muy pocos minutos para actuar. La había visto haciendo llamadas y consultando los teléfonos en un cuaderno. Voy por la M. No estaba allí. Por la J. Tampoco. Entonces, última posibilidad, por la C, CCM Express. Escuchó voces en la oficina, Samperio estaba muy alterado y le llegó algo como «cuántas veces te he dicho la misma vaina». Leyó el número de teléfono de Joanna Macari, pero no había tomado la precaución de estar preparada para anotarlo. La chica de los *piercings* la agarró con las manos en la masa.

—¿Qué está haciendo? No puede tocar mi escritorio.

—Esto está muy lento, señorita, y yo tengo que irme.

—En este momento estoy demasiado ocupada y no encuentro su carpeta.

—La espero, pero, por favor, consígala lo antes posible.

La chica desapareció de nuevo y volvió a oírse a Samperio, esta vez más claramente. «Termina de salir de esa señora». Cuando volvió con la carpeta en la mano Elvira Madigan le sonrió con dulzura. «Gracias, mi amor», le dijo y abandonó muy tranquila las oficinas de *Mango bajito*. Ahora tenía el teléfono de Joanna Macari. Faltaba ver con qué excusa la llamaba.

Decirle que quería contratarla para la organización de un evento le pareció una crueldad innecesaria, y, por otra parte, una mala estrategia. Joanna estaba quemada por la catástrofe y quizá no había transcurrido suficiente tiempo para que se recuperara. Le dio vueltas a distintas explicaciones que justificaran su deseo de hablar con ella, y llegó a la conclusión de que hay ocasiones en que la sinceridad es lo mejor. Preparó un largo discurso para soltárselo cuando le atendiera el teléfono, pero tuvo que colgar. Salió la contestadora y era necesario producir una versión abreviada. Llamó de nuevo.

«Señora Macari, le habla la doctora Elvira Madigan. Soy psiquiatra y la estoy llamando porque me interesa mucho hablar con usted. Es un asunto profesional relacionado con la ayuda a un paciente. Le explicaré con más detalle las razones si me devuelve la llamada al 669 23 83. Le agradecería mucho que lo hiciera».

Marcó el menú de opciones para escuchar de nuevo el mensaje que había grabado y quedó conforme. Caben dos posibilidades, que me responda o que no lo haga. Es decir, de nuevo tengo cincuenta por ciento de posibilidades de éxito. Es bastante.

Efectivamente, Joanna Macari era una persona lastimada. Elvira tuvo la impresión de que le había devuelto la llamada precisamente porque le dio su identidad profesional. No fue necesario recitar el largo discurso que justificaba su interés en verla. Joanna le preguntó por teléfono en qué podía ayudarla, la había sorprendido que la contactara una psiquiatra. Elvira le dijo que atendía a un familiar de Sofía Budenbrook, la muchacha que murió el mismo día que Narval, y para su tratamiento quería saber más acerca de lo ocurrido. Estaba en conocimiento de que ella había coordinado el evento. Era casi toda la verdad. Joanna la citó en el café del Trasnócho,

lo que más necesitaba en el mundo era tener la oportunidad de hablar sobre aquello. La teoría traumática no falla, volver sobre lo mismo, como si contarlo de nuevo cambiara los hechos.

Convenció a las empresas más importantes de que la visita de Pablo Narval se constituiría en el superevento cultural del año, y una oportunidad única para demostrar el valor del sector privado en conjunción con los organismos oficiales. Eso les gustó a todos. Además, inventó que la visita de Pablo Narval a Venezuela era un eslabón fundamental en la decisión de darle el Nobel. Su nombre había sido propuesto por varias instituciones europeas y era un fuerte candidato, pero la Academia Sueca veía con extrañeza que no hubiese ningún comité local promoviendo su nombre. El día del homenaje la noticia principal iba a ser, precisamente, la declaración oficial de que Venezuela lo candidateaba. Si Narval obtenía el premio el prestigio de los patrocinantes sería inolvidable. Su mérito principal había sido reunir voluntades dispersas e inseguras en cuanto a la validez del evento. Ocho meses de trabajo. Si todo hubiese salido como esperaba, su ascenso habría sido fulgurante. Varias empresas estaban en conversaciones para invertir en una fundación dedicada a promover en Venezuela a personalidades del mundo internacional de la cultura, y era un acuerdo tácito que ella sería la gerente general. Un cargo de esa naturaleza la sacaría de estar siempre del timbo al tambo vendiendo ideas y rivalizando con una cantidad de personas que hacían lo mismo. Tenía un buen nombre, todo el mundo pensaba en Joanna Macari a la hora de coordinar eventos y promoverlos, pero era agotador y, sobre todo, inestable. Quería dejar de ser una chica de talento prometedor. El talento estaba demostrado: era el momento de cosechar.

Elvira Madigan la escuchaba hablar y la acompañaba con la cerveza, aunque no era una bebida que particularmente le gustara mucho. Era necesario dejarla divagar sobre las dificultades implícitas en las comunicaciones corporativas, y los obstáculos que supone vender cultura como producto. Hubiese podido meterse por otros caminos, pero ése era el producto que amaba y estaba dispuesta a demostrar que era rentable. Cuando estudiaba comunicación social, mención periodismo, tenía la vaga idea de que quería ser escritora, pero se convenció de que su talento estaba orientado de otra manera. Participó en algunos talleres literarios y concluyó que no servía para eso. Por el contrario, era una persona extrovertida a quien le gustaba la gente, con mucho encanto, talento comercial, persuasiva, bastante audaz. Había luchado mucho para dejar de ser reportera de un diario y entrar en el mundo empresarial, y una vez adentro esperó que se presentara su gran oportunidad. Por casualidad un amigo le comentó que existía un escritor venezolano, casi desconocido en el país, con muchas posibilidades de ganar el Nobel. Este amigo tenía buenos contactos en Francia y le prometió ayudarla. A partir de allí comenzó a tejer su red. Visitó a Narval en su casa de la Provenza, pagándose el viaje con sus propios medios, y exponiéndose a que le soltaran los perros que se decía tenía para defender su privacidad. Soportó sus manías y excentricidades, y su tenaz resistencia inicial. En fin, había dejado las pestañas en el homenaje a Narval y lo ocurrido le produjo una seria depresión.

–No es para menos –comentó Elvira.

–Estuve encerrada en mi casa un mes. Luego llamé a una astróloga que me recomendaron mucho y me hizo la carta astral y el tarot. Parece que la fecha del homenaje estaba mal escogida. Todas las conjunciones en contra, todo mal aspectado. A mí nunca me gustó el mes de agosto, es un mes en que mucha gente sale de la

ciudad y el peor momento para eventos culturales, pero no había otra opción. Narval dijo que solamente viajaría ese mes porque en septiembre comenzaban las ferias y no podía estresarse tanto por su edad. Odiaba los compromisos promocionales, al punto que llegó a tener serios problemas con las editoriales. Fue amenazado por su agente literaria con la posibilidad de suspender la representación. Era un tipo extraño, a todo el mundo le cayó mal, aunque conmigo se comportó como un caballero. Al parecer le gusté. Los primeros tiempos de su carrera vivía como un ermitaño, nadie sabía dónde, no aceptaba lecturas ni conferencias, ni nada por el estilo. Los libros se vendían porque entonces un escritor rebelde estaba de moda, luego las cosas cambiaron y cada vez le exigían más apariciones promocionales. Me contó que hacía lo posible por sabotearlas. Llegaba tarde, o en vez de dar una conferencia se dedicaba a hablar de los vinos que había probado en la ciudad, o de su afición por los gatos, que era, además, completamente falsa. Odiaba los animales. Lo curioso es que esa manera de ser contribuyó a aumentar las ventas. La gente se mataba por una aparición de Pablo Narval, pensando que podía terminar en un escándalo o algo así. Se perdía por varios meses, se iba de la casa que tenía en Francia y se escondía en hoteles de mala muerte, en lugares donde nadie lo conociera.

–Curioso, ¿no?, su única aparición en su país quedó, podría decirse, completamente sabotada.

–Es verdad, no lo había pensado así. De hecho no había pronunciado todavía su discurso. Nadie lo vio vivo esa noche.

–¿Cómo es eso?

–Ya te digo que era una persona extravagante, maniática. Casi un loco, me parece. Yo tenía preparada la agenda de esa noche con las pautas clásicas, un escritor de ochenta años, candidato al Nobel, cuadraba dentro de un esquema clásico. El acto se abría con el Himno Nacional (un poco cursi, ya lo sé, pero los organismos oficiales lo exigieron así), luego entraba el moderador, Julio Salaverría, un actor, no sé si lo conoces. A continuación hablaban dos patrocinantes, uno por el sector privado y otro por el sector oficial, y por último yo tomaba la palabra para mencionar la importancia del evento, bla, bla, bla, y nombrar al resto de las entidades que habían contribuido a su realización. Lo usual. Entonces Julio leía unos fragmentos de sus novelas, y simultáneamente se proyectaban diapositivas de Narval en distintos momentos de su vida, imágenes de época de Trincheras del Tuy, una foto de cuando se graduó en el Fermín Toro con sus compañeros de curso, otras de cuando vivía en París (conseguí una con García Márquez, imagínate), y por último las recientes de los premios más importantes que había ganado. Cerraba la sesión la foto del rey de España entregándole el Cervantes en Alcalá de Henares. Todo esto no debía tomar más de cuarenta y cinco minutos, lo había cronometrado decenas de veces. Al terminar las diapositivas Pablo Narval pronunciaba su discurso y el representante oficial anunciaba la proposición de su nombre al comité de la Academia Sueca del Premio Nobel. A continuación pasábamos al brindis. Hora y media en total. A las 9:30 el acto estaba concluido. Narval había exigido que fuera corto, salía de viaje al día siguiente.

Me rompió el esquema. Me llamó a las cinco de la mañana para decirme que no le gustaba el programa del homenaje, que había sido pensado sin imaginación, como un acto corporativo banal. Tuve que irme al hotel a esa hora. Esa noche casi no había dormido ni comido, estaba agotada y muerta de los nervios. El día anterior me la pasé en reuniones con los organizadores y con el personal del hotel. Narval me recibió

en su cuarto, en bata y pantuflas, no me dio ni café. Estaba furioso, quería decirme que no se prestaba a esa mediocridad. Le dije que él conocía el programa desde hacía por lo menos un mes y no había comentado nada. Imposible discutir con él. Dejó de ser el caballero que había sido conmigo, bastante galante, durante toda la semana de conferencias y de ruedas de prensa. Se convirtió en un viejo insoportable, insultante. Me llamó mediocre, incapaz, qué sé yo. Me aguanté aquella sarta de ofensas, y cuando se calmó le pregunté cuáles modificaciones quería incorporar porque había poco tiempo.

En primer lugar, no aceptaba que la asistencia estuviera limitada a seiscientas personas. Le parecía una torpeza dejar afuera a sus admiradores. Estaba acostumbrado a dar conferencias en las universidades europeas con una multitud sentada en el piso. Le expliqué que se trataba de una cuestión de seguridad, que las condiciones aquí no son las mismas que en esas ciudades, que el personal de seguridad había recomendado el uso de pases electrónicos, en fin, qué no le dije. No hubo forma de convencerlo. Solamente aceptó que se dejara entrar en primer lugar a los invitados con tarjeta para que pudieran tomar asiento, y que después se abriera la puerta a quien quisiera verlo. Estaba harto de que solamente los ricos y poderosos tuvieran acceso al mundo cultural y quería que los estudiantes pobres y la gente humilde pudiera disfrutar igualmente la ocasión. Yo no estaba nada segura de que hubiese mucho más gente esperando afuera, ni pobres ni ricos, a pesar de que la promoción a través de los medios fue bien agresiva. Efectivamente, la audiencia sobrepasó un poco la capacidad del local, pero no tanto, creo que unas diez personas más.

—¿Asistieron todos los invitados?

—Creo que sí, las sillas estaban todas ocupadas. No te imaginas lo que trabajé en el reparto de invitaciones, mensajeros especiales, correos electrónicos, llamadas de chequeo y recontrachequeo. Logré que viniera gente representativa de todos los sectores elite. Los que no tenían tarjeta entraron después, y se quedaron parados al fondo, pero, como te dije, no eran tantos, más que nada huéspedes del hotel, extranjeros a quienes les llamó la atención el evento. Aquí Narval no era muy conocido. Eso era otra cosa que lo enfurecía, que los periodistas que lo entrevistaron no conocían su obra, y en las universidades tampoco nadie hacía preguntas inteligentes porque no lo habían leído.

—Para ser un escritor que rechazaba la exposición parecía demasiado preocupado por su fama.

—Es que toda esa actitud de que no le gustaban las apariciones era una farsa. Estoy convencida de que era una estrategia de mercadeo, pero, en fin, ya está muerto el pobre hombre.

—¿Y qué otras modificaciones pidió?

—Decidió otra modalidad para su entrada. No quería estar en la mesa con los organizadores. Dijo que eso era una vulgaridad, él sentado en medio de un banquero y un burócrata. De ninguna manera. Él entraría cuando todos hubiésemos desocupado la mesa principal, a oscuras, sin que el público lo hubiese visto antes. Su ausencia durante la primera parte del acto aumentaría la expectación. Tenía que ser así: aprovechando la oscuridad de la sala mientras se proyectaban las diapositivas, Pablo Narval entraba en el salón y se dirigía al podio. Todavía dándole la espalda al público se encendían unos focos iluminándolo mientras subía los escalones de la tarima. Bajamos al Salón Excelsior y pedí que lo abrieran para ensayar esta última parte, me daba

miedo que subiera los escalones solo y a oscuras. Era una persona fuerte a pesar de la edad y no hubo problema, los subió perfecto. Yo no estaba muy convencida del asunto, lo veía como demasiado teatral, pero comprendí que no tenía otra opción. Me amenazó con simplemente desaparecer del hotel esa misma tarde y, aunque sonara imposible, no podía tomar el riesgo.

Me fui a hablar con el jefe de seguridad y le expliqué los cambios. No estaba de acuerdo. Me dijo que una medida básica era, primero, peinar la sala, luego dar acceso al público, y entonces a las personalidades. Una vez que entraran se cerraba la puerta y no se permitirían más accesos. Si la personalidad se quedaba afuera podía colarse cualquiera aprovechando cuando le abrieran la puerta, y encima con la sala oscura. Discutí con él hasta que hice lo que nunca debí hacer. Saqué la chequera corporativa que tenía para pagar los costos del evento y le hice un cheque. Le dije que le agradecíamos mucho sus servicios y que las cosas estaban bien como yo decía. El hombre se quedó callado, creo que lo humillé, y me dijo si eso es así usted toma la responsabilidad. No aceptó el cheque y se fue. No me dio tiempo de pedirle excusas ni negociar con él alternativas.

Se apagaron las luces, entró Narval, el foco cayó sobre su cabeza, y al mismo tiempo el disparo. Allí quedó el hombre, muerto en medio del salón. Corrimos hacia él, yo con la esperanza de que se hubiera desmayado, pero no había nada que hacer. Varios médicos que eran parte del público se acercaron y comprobaron su muerte.

—¿Dónde estaba el técnico de iluminación?

—En la sala de proyección, naturalmente.

—¿Y las diapositivas se proyectaron desde allí?

—No, se proyectaron con un video bin ubicado en el salón.

—¿Quién era el técnico de iluminación?

—Bueno, ésa fue otra. Como lo del foco no estaba previsto no habíamos contratado al técnico del hotel, y yo tuve que sacarme uno de la manga. Por suerte Julio Salaverría consiguió a un muchacho que conocía del teatro, y lo contratamos. Tuve que meterlo a la fuerza. Convencí al vigilante de que nuestro técnico era perfecto, y firmé un papel en el que me comprometía a pagar las reparaciones de los equipos si pasaba algo. Ese muchacho no tenía ninguna experiencia en asuntos de seguridad ni nada de eso, sólo había trabajado en teatro de aficionados, y estaba acostumbrado a otro tipo de ambiente. Montajes de amigos donde todo el mundo mete la mano y las cosas se van resolviendo improvisadamente. Me confesó que dejó entrar a otra persona.

Elvira Madigan aguzó los oídos, más todavía.

—¿A quién?

—Al asesino. Ahora sabemos que era el asesino, pero en ese momento lo que ocurrió es que un tipo se acercó a la sala de proyección y tocó la puerta diciendo que era alguien del hotel, o de la organización, yo qué sé, y el muchacho le abrió. Esa persona le dijo que saliera, que había un cambio, y que él iba a hacer la luminotecnia.

—Pero, entonces, ese muchacho sabe quién mató a Narval.

—Quedó en pánico, me dijo que la sala estaba muy oscura, que el tipo llevaba una visera, y que no sería capaz de reconocerlo. Aparte, la policía dejó eso así. Ni siquiera pidieron interrogarlo. Yo tampoco me quería meter en más líos, si se revolvía el asunto se iba a saber que el jefe de seguridad estaba en contra. Los patrocinantes,

por supuesto, me exigieron silencio. Y esa misma noche yo perdí mi trabajo. Y mi nombre.

–Con los aplausos, me imagino que el disparo no se oyó.

–No sé nada de armas, creo que era un arma con silenciador, pero, sí, igual no se escuchó nada. La gente que estaba a los lados del pasillo lo vio caer, gritaron, se encendieron las luces, y, bueno, el resto ya lo sabe. Cuando se descubrió el cadáver de la muchacha, ya eso fue demasiado. La policía estuvo un rato por allí, mandaron a cerrar las puertas, registraron a la gente, yo me quería literalmente morir. Deseaba que hubiese un tercer asesino y que acabara conmigo. Al final, se llevaron los cadáveres, desalojaron la sala, hicieron un par de interrogatorios y más nada. Tengo entendido que volvieron para hablar con el jefe de seguridad y que el hombre se defendió bien. Me fui a mi casa en la madrugada. Me metí en la cama y así me quedé un mes. Una amiga me traía la comida y los antidepresivos. Estuve esperando que me llamaran a declarar pero no recibí ninguna citación. Como a la semana dejaron de salir noticias sobre el caso, y ahora pareciera que nunca ocurrió.

–¿Qué piensas de la muerte de la muchacha?

–Nada, no pienso nada. Creo que la astróloga tenía razón, todo estaba confabulado para la catástrofe.

–Pero, además de la mala conjunción de las estrellas, la coincidencia de dos crímenes en el mismo lugar y a la misma hora es demasiado extraña.

–Sí lo es, pero, sabes qué, no me importa. La muerte de esa chica es muy lamentable, pero a mí la que me hundió fue la de Pablo Narval.

Elvira guardó silencio. Necesitaba urgentemente hablar con Salcedo para poner en orden toda la información que había obtenido. Joanna Macari pidió otra cerveza, estaba dispuesta a continuar.

–Lo peor fue la agente literaria. Narval no tenía familia, había estado casado varias veces, pero la última esposa había muerto. No tuvo hijos con ninguna. Así que la agente era como su familia, su heredera de los derechos de autor y su única amiga; todas esas personalidades literarias que él decía eran sus hermanos, sus panas entrañables, se limitaron a declarar las condolencias. Bueno, tampoco podían hacer más nada. La mujer se presentó en Caracas, en mi casa, para ser más exacta. Tuve que recibir aquella furia de la naturaleza, encendida contra mí y gritándome todas las groserías que sabía en español y en catalán. Claro, yo era el único rostro visible. Pretendió hablar con alguno de los empresarios, con los funcionarios oficiales, y, por supuesto, nadie la atendió. Fue a la policía y le dijeron que ya se había identificado al culpable y que estaba preso. Metieron en la cárcel a un muchacho, un malandrito, que, a todas éstas, no sé cómo se coleó, supongo que estaba dando vueltas alrededor del hotel, y al ver tanta gente se le ocurrió que podía robarse algo. La tipa me acusaba de haber arruinado el mejor negocio de su vida, treinta años trabajando a un escritor, y lo matan cuando está a punto del Nobel. Por venir a este país de mierda, donde, con mucha suerte, su presencia hubiera producido una venta de cinco mil ejemplares. Nunca se había molestado en mandar sus novelas a Caracas. Todo el mundo le había advertido que no permitiera esa visita y ella se dejó llevar por el sentimentalismo de Narval. Quería ver su pueblo antes de morir.

Llegó un momento –continuó Joanna– en que no me importaron nada los gritos de aquella loca. Le pregunté qué se quería tomar como si aquello fuese una visita normal. Me pidió un *whisky* y el trago la tranquilizó un poco. Hasta me ofreció excusas

si se le había ido la mano, yo era la única persona que había podido localizar y se había desahogado conmigo. No se preocupe, le dije, para mí es lo normal. Todo se fue contra mí. Luego me contó que ella quería mucho a Pablo, que Pablo era un genio, que esto y lo otro, la pérdida irremediable para la literatura.

—¿Cómo se llama?

—¿La agencia?, ¿y para qué te interesa?

—Por nada, curiosidad.

—María Escudeller. No se me olvida ese nombre.

—En fin, Joanna, te toca rehacer tu carrera. Estoy segura de que lo lograrás.

—Tengo buenos amigos, mi gente me sigue apreciando igual, pero con el mundo del dinero estoy rayada. Eso lo tengo claro. Creo que no me queda más remedio que volver a empezar, irme por los caminos andados. Por eso le acepté a *Mango bajito* hacerles algunas entrevistas, no pagan casi nada, pero algo es algo. Si te digo lo que me iba a ganar con el homenaje te caes para atrás. No me pagaron ni un centavo. Dijeron que los adelantos que habían dado eran más que suficientes después de lo ocurrido, y me dejaron colgando.

—¿Quieres otra cerveza? —preguntó Elvira deseando que no quisiera, no aguantaba las ganas de llamar a Boris.

—Creo que no, se nos ha hecho tarde. Pues me gustó mucho hablar contigo, no había podido contarle todo a alguien. Los amigos piensan que es mejor no tocar más el tema y a mí me da hasta pena volver sobre lo mismo, pero contigo, como eres, o eras, mejor dicho, una desconocida, me pude desahogar.

—Cuenta conmigo, me encantará que seamos amigas. Y además te estoy muy agradecida, me has ayudado muchísimo con mi caso.

—Dale —dijo Joanna Macari.

Se levantaron y se despidieron en el estacionamiento. Elvira no quiso decirle que no tenía automóvil para evitar que quisiera llevarla. Buscó el nivel de calle y se subió a un taxi. Estaba anocheciendo y le gustaban los atardeceres en Caracas. Al dar la vuelta el automóvil miró hacia el hotel. Increíble. Sentía pena por Joanna, víctima de sí misma. Pero también con demasiada mala suerte.

Al llegar a su casa llamó inmediatamente. Boris prometió pasar al día siguiente más o menos después de las diez.

–Yo creo que el caso Narval está resuelto.

–Puede ser –dijo Boris Salcedo tomándose una ginebra, esa noche no tenía trabajo.

–Tuvo que ser así, no sabemos exactamente cómo arregló los detalles, pero tampoco importa mucho.

–El modo operativo siempre importa, pero es bastante probable la conclusión a la que ha llegado.

–Entonces, no hay conexión entre su muerte y la de Sofía Budenbrook.

–Si está en lo cierto, no la hay.

–No parece convencido.

–Es que en una investigación no es bueno convencerse de nada, se deja uno encandilar por una solución y deja de ver otras cosas.

–Pablo Narval planeó su suicidio como un relato, no pudo hacerlo de un modo simple, tomándose unas pastillas, por ejemplo, o cortándose las venas. Organizó una secuencia que le permitiera al francotirador dispararle sin posibilidades de herir a otra persona. No quiso, o no tuvo el valor de hacerlo por su propia mano, y de la manera en qué ocurrió dejaba a otro esa responsabilidad, además, producía cierta intriga. Quien disparó pudiera haber tenido algún inconveniente, se atasca el arma, o fracasa en la maniobra de entrar a la sala de proyección. Era como jugar ruleta rusa, apostarle a la muerte con los dados cargados y esperar. ¿Se imagina lo que puede sentir una persona que entra en la oscuridad de una gran sala, con seiscientos invitados que esperan sus palabras, sin saber que él está esperando la muerte, y que él mismo ha creado las condiciones para que ocurra, sin tener certeza de los resultados? Una historia en la que es asesinado, sin que nadie pueda explicarse por qué quieren matar a ese viejecillo prepotente, una trama que deje a sus lectores con la sorpresa del desenlace, como si estuvieran leyendo la novela de su propia vida. Regresa al lugar donde nació oscuramente hace ochenta años, convertido en una personalidad, y dibuja su círculo vital con una muerte absurda, que nadie nunca podrá entender. Huye de la banalidad, del destino de cualquier anciano sin familia que termina en una casa de reposo que le buscaría su agente literaria. Impotente, decaído, perdidas sus condiciones intelectuales, incapaz de volver a escribir. De este modo se asegura una inmortalidad biográfica. Añade, por fin, un hecho significativo, dramático, a lo que fue una vida mediocre. Nunca tuvo el mérito de otros colegas, escritores prohibidos, perseguidos, con duras condiciones de exilio. Nada de eso. Los sufrimientos de Narval no pasaron de haber sido un buen administrador de su beca hasta que consiguió legalizar su residencia en España, y encontró trabajo en alguna editorial o algo por el estilo. No tengo muy clara esta parte, pero veo muy bien el broche de oro con el que puso final a su existencia. Un escritor asesinado en un país del Tercer Mundo, que, para colmo, atraviesa una situación política complicada. ¿Se imagina las leyendas que se habrán tejido? Me parece ver los titulares: «La derecha fascista asesina a un intelectual de izquierda». Aunque no se mostró tan de izquierda, pero qué es eso para quien quiera contribuir con la mitificación. Voy a buscar la prensa francesa de esos días, seguro que aparece algo.

Elvira se sentía muy orgullosa de sus deducciones.

–Sin embargo, hay algunos agujeros en esto. Pongamos que él vino con la idea preconcebida, incluso que el francotirador llegó con él, arreglado desde Europa. ¿Cómo sabía Narval las condiciones de un hotel en Venezuela, los detalles técnicos de la organización, que esta mujer iba a contratar un técnico improvisado, capaz de franquear la puerta al que le dijera ábreme ahí.

–La preparación del evento tomó muchos meses. Todas esas son cosas que se pueden averiguar si uno está lo suficientemente loco y tiene el suficiente dinero para pagarlo. Claro que hay agujeros, yo creo que eso era lo más emocionante para él. La posibilidad de que el plan fallara, el suicidio como una historia que estaba escribiendo y cuyo final fuera imprevisible, incluso para el autor.

–No sé, qué quiere que le diga, me parece que pudo ser así, pero al mismo tiempo me queda la duda.

–Estoy segura de que fue así aunque no puedo probarlo.

–De todos modos el interés suyo es con la chica Bokenbrud. Claro que determinar si hay o no vinculación entre ambas muertes sigue siendo importante, pero, por el momento, pongamos la hipótesis de que el caso Narval está resuelto, de todos modos hay que continuar en paralelo, siempre dejando un plan B, doctora Madigan. No se empecine en que ya esto está definido.

–En todo caso, ¿no siente cierta culpa con ese muchacho Yomfry Noriega? ¿Le parece posible que él fuese el asesino?

–No se descarta. Yomfry sería precisamente un buen sujeto para contratar, si es que el francotirador era local.

Elvira Madigan suspiró con impaciencia.

–¿Ha comido algo esta noche, Boris?

–Una arepita hace tiempo.

–Le preparo algo, tengo sopa que puedo recalentar.

–¿De qué?

–*Clam chowder*, se come mucho en mi país.

–Nunca lo he probado. ¿Qué tiene?

–Cómaselo y me dice si le gustó.

Boris Salcedo sorbió la sopa rápidamente y pidió repetir.

–Para completar esta hipótesis del suicidio de Narval tendría que hablar con María Escudeller. La cosa es si Adriana Budenbrook lo permite.

–Más caro fue pagarle a esos chamos.

–Sí, pero esto es distinto, creo que le va a caer mal.

–De todos modos –agregó Salcedo antes de irse–, recuerde que le dije que necesitaba tres informantes. Ya le sacó el jugo a Macari, pero hace falta hablar con ese jefe de seguridad y con algún invitado. Complete las versiones.

Adriana Budenbrook no dio ningún signo de que le cayera bien o mal y continuó hablando de otra cosa. Su amante había regresado de Arabia Saudita y estaban enfrentando una coyuntura difícil. Jean-Paul sería de nuevo trasladado a Francia, donde, por lo demás, le esperaba su esposa. Se imponía la decisión de un divorcio, o en su defecto continuar viéndose en Europa (Viena no estaba tan lejos). La tercera posibilidad era dejar la relación. Terminó la sesión más o menos molesta porque la doctora Madigan no le había dado ninguna clave importante en cuanto a la decisión

que la amenazaba. El insomnio se había agudizado y temía la llegada de la noche. Jean-Paul era el único hombre con quien había experimentado cierta felicidad. Perderlo significaba la soledad total; aunque él pasaba largas estadias fuera, al menos sus correos electrónicos, sus llamadas, sus regresos, imponían una tregua, le proporcionaban una alegría, un motivo para agradecer la vida. A Elvira no se le ocurría nada. Sospechaba que Jean-Paul quería terminar con Adriana y el hombre no encontraba cómo soltárselo, así que era arriesgado ponerla en la vía de buscar soluciones. Prefirió decirle algo como:

—¿Por qué no espera un poco? Es él quien tiene cambios en su vida, veamos qué proposiciones trae.

—¿Esperar? Tiene que presentarse en París antes de Navidad. Si se va sin que esto quede resuelto no lo veré más.

—El peso de la decisión no está de un solo lado.

—Por supuesto que no, ¿qué me quiere decir con esa tontería?

Elvira aceptó que Adriana tenía razón. Comprendió también que aquel no era el día para explicarle la urgencia de hablar con María Escudeller. También yo debo esperar. Le haré caso a Boris. Método y procedimiento. La versión de Joanna Macari la había conducido a la tesis del suicidio de Narval, pero faltaban dos informantes: uno por parte del hotel y otro como invitado. En el primer caso el objetivo era el jefe de seguridad.

Al día siguiente decidió pasar por el hotel para volver a hablar con Nataly.

—Ya cumplimos el trato —dijo secamente.

—Sí, lo sé. Es sólo una ayuda muy sencilla lo que te voy a pedir. Espero que me la incluyas en el precio porque por el momento no tengo más dinero.

—¿Qué será?

—Quiero hablar con el jefe de seguridad.

—No le servirá de nada. Lo cambiaron.

—¿Cómo fue eso?

—Renunció.

—¿Después de lo ocurrido?

—Hace poco.

—¿Y hay alguna manera de encontrarlo?

—No lo creo, se fue.

—¿Se fue adónde?

—A Colombia.

—¿Renunció o lo despidieron?

—Renunció, dijo que su mujer quería volver a su tierra.

—Pero eso no lo dijeron ustedes antes.

—Usted no lo preguntó. Mire una cosa, Wilmer dice que no debemos hablar más con usted. Ya cumplimos el trato.

Enfurecida Elvira salió del hotel. Cómo no se me ocurrió antes hablar con el jefe de seguridad. Por este lado no veo otra posibilidad, estos chicos no darán más, ni pagándoles. Se asustaron. ¿Y por qué? ¿Fueron cómplices? ¿O simplemente es un tema que les asusta? Es fácil asustarse, finalmente mataron a dos personas, Wilmer perdió su trabajo. *No way*. Volveré a la lista de invitados. A Samperio no le gusté, por allí tampoco veo nada. Revisaré de nuevo los grupos identificados. Me parece que ni los empresarios ni los funcionarios oficiales valen la pena. Acceso negado. Por el lado

de la cultura, ¿Aída Machado? ¿Juan Sanmartín? Por Dios, no puede ser tan difícil, entre seiscientas personas debe haber alguien dispuesto a hablar. Juan Carlos Rodríguez tiene que conocer a alguien. Viernes en Zia Teresa para agradecerle el contacto con Samperio. Llevaré a Nevsky, será un motivo de conversación, es un perrito muy cariñoso. Pero hoy es martes, falta mucho. Es increíble la poca atención que Adriana le dio a la lista, ahora con el problema de Jean-Paul menos todavía. Pero antes de eso tampoco volvió a mencionarla. Una académica es una persona con relaciones, conocerá algún nombre aunque sea de oídas. A veces me da la impresión de que me ha dejado sola con la investigación, como si hubiera sido un pretexto para buscar ayuda. «Quizá sí –le dijo McLeod–. Quizás es el tipo de persona con una defensa amurallada que no es capaz de reconocer su vulnerabilidad y tuvo que inventarse una excusa racionalizada para llamarla. No quiere una psicoterapeuta sino una psiquiatra criminalista. El problema no es ella sino su hermana muerta». Pues le recordaré por qué me llamó.

El viernes la dejó hablar toda la sesión acerca del problema Jean-Paul. Cada vez era más evidente que se iba para siempre. No que hubiese mentido sobre el traslado, parecía ser cierto, pero las condiciones para encontrarse en Europa se vislumbraban difíciles. A lo mejor cada tres meses tendría la oportunidad de escaparse a Viena, aprovechando sus viajes al Medio Oriente. ¿Y en París? Imposible. París es un pueblo, increíble cómo todo el mundo se conocía. Tendrían que esconderse en algún hotelucho de un barrio obrero para verse. No era ése el tipo de vida al que habían estado acostumbrados. En Caracas salían a todas partes juntos y disfrutaban una vida muy variada. El divorcio parecía ser una opción definitivamente cancelada, no se lo había dicho nunca pero uno de sus hijos era un niño con problemas de autismo. No podía dejar a su mujer sola con esa carga. Sufriría con estoicismo una unión matrimonial desgraciada. Adriana sabía muy bien que no estaba enamorado de su esposa, nunca lo había estado, en cambio, había conocido con ella la felicidad. Habían sido dos años maravillosos, únicos, debían estar agradecidos por aquel regalo.

Adriana Budenbrook estaba furiosa, era su manera de defenderse de la depresión. Jean-Paul era un cobarde, un hombre pusilánime. No creía para nada ese cuento del niño autista, una fábula que se inventó a última hora porque no tenía cómo justificar su negativa al divorcio. Más de una vez le había dicho que su esposa también tenía un amante y por eso se había negado a acompañarlo durante su traslado a Venezuela, era un matrimonio sostenido por la inercia, la separación entre ellos era inminente y solamente se había detenido porque el paquete de beneficios de la compañía era mejor para los empleados casados. Elvira esperaba pacientemente que terminara la andanada de injurias contra Jean-Paul. Finalmente Adriana la increpó:

–¿No tiene nada que decirme?

–Sólo lo obvio, la relación va a terminar.

–Es decir que pago para escuchar lo que sé.

–Paga por dos cosas, para saber más de sí misma y para saber más del asesinato de su hermana.

Elvira odiaba intervenir de aquella manera tan dura, pero era como si Adriana no aceptara otro modo, como si ella misma propiciara la dureza.

–Tengo la impresión de que no he aumentado demasiado mis saberes en ninguno de los dos temas.

Elvira esquivó el golpe. Tenía bastante razón.

–Un tiempo atrás Jean-Paul me propuso matrimonio, en ese momento parecía decidido a divorciarse, pero yo no quise. No me veo casada con él, no es lo que quiero. Me gusta la relación tal como era, con los encuentros intermitentes entre sus viajes.

–Llegado el momento de las definiciones, Jean-Paul coincide con usted.

–Maldita Elf. ¿Por qué tenían que trasladarlo ahora?

Dijo esto y se echó a reír. El asunto de pronto perdía seriedad, se transformaba en un inconveniente pasajero.

–¿Valdrán la pena esos encuentros trimestrales en Viena? A lo mejor es una manera más suave de ir olvidándonos.

Elvira continuó dejándola sola mientras diluía la importancia de lo que hasta aquel momento había sido un drama amoroso de proporciones operáticas. Cuando Adriana se levantó la invitó a quedarse unos minutos.

–Quizá no he podido aumentar mucho su autoconocimiento, pero he adelantado bastante en el otro lado de nuestro trabajo. No quisiera en este momento informarle acerca de las líneas de investigación que se han abierto, pero requiero su ayuda para definir algunos nudos importantes. Me refiero a la lista que le di, la que contiene los nombres de los asistentes al homenaje.

Adriana Budenbrook miró el reloj.

–Sí, ya sé que su hora ha terminado, este tiempo va por mi cuenta. Porque sigue interesada en saber más acerca de la muerte de Sofía, ¿no es así?

–Claro que sí. ¿Por qué lo duda?

–Me llama la atención, por ejemplo, que no me haya dicho nada acerca de esa lista.

–El regreso de Jean-Paul y todo lo que ha implicado me tomó por completo. Tiene razón, no leí esos nombres con detenimiento. Lo haré ahora, tan pronto llegue a casa. ¿Quiere que la llame si encuentro algo?

–Sería útil.

Es una persona tan frágil, pensó Elvira. Como si quisiera que todo estuviera siempre en el aire, como si concluir y determinar fuera un riesgo demasiado grande. Se equivocó al pensar que vendría a la sesión siguiente diciendo que la ruptura con Jean-Paul le había impedido pensar en Sofía. Dos horas más tarde llamó. Había identificado varios nombres pero eran personas a las que apenas conocía personalmente, a excepción de Tomás Orozco, un novelista. Era alguien fácil de encontrar, ex marido de una amiga. Elvira le pidió que lo hiciera y le explicara directamente su interés; si estaba de acuerdo en cooperar ella lo llamaría después. Es bueno que se comprometa, que experimente las dificultades de lo que quiere obtener. De alguna manera me ha trasladado toda la angustia de la búsqueda, la frustración de no saber, de caminar en la oscuridad. Paga para saber, pero también para que otro sufra por ella. Si mi abuelo tenía razón, le toca a Adriana Budenbrook encontrar sola a Tomás Orozco.

–Encontré su número –le informó por la noche– y hablé con su hija. Hay que esperar, está fuera de Caracas y no tiene portátil.

–Esperaremos –contestó Elvira–. Esto es un asunto de paciencia.

Cuando Adriana le avisó que Tomás Orozco estaba en Caracas y esperaba su contacto, lo llamó inmediatamente. La citó a las once de la mañana en el Café Arábiga, Elvira se presentó quince minutos antes pero él le ganó la mano. Leía el periódico frente a una taza de café y tan pronto la vio se apresuró a saludarla.

–Te reconocí enseguida. ¿Qué tomas?

Elvira pidió un café y Tomás renovó el suyo.

–Estaba en Mérida cuando Adrianita llamó a casa de mis hijos. Estoy escribiendo una novela que se desarrolla en parte allí y me hacía falta una visita.

–¿Qué tal el negocio editorial?

–Pues, no me va mal. No me quejo. El año pasado saqué una novela, y si entrego ésta pronto podría salir el año que viene.

–¡Qué bien!, no he leído nada tuyo, pero Adriana me dijo que eras un escritor excelente.

–La próxima vez te traigo un libro. Hoy salí apurado, tenía que dejar a mi hija en el colegio.

Tomás Orozco parecía estar en una actitud muy favorable y complaciente. ¿Por qué? ¿Por su amistad con los Budenbrook? ¿Porque veía aquí el argumento de una novela?

–Tú me dirás en qué te puedo ayudar.

–No sé si Adriana te habrá contado algo...

–Ya sabes cómo es ella, muy reservada. Me dijo solamente que tú eres una investigadora privada, un *private eye*, como dicen en inglés, a mí me encantan esas novelas, por cierto, y que su familia no había quedado demasiado contenta con los resultados de la policía. Así que te habían contratado. Yo estuve esa noche, fue la situación más espantosa que he vivido, aparte de que soy amigo de Adriana desde hace mucho tiempo, no te imaginas lo que fue presenciar aquello. Por un lado parecía una escena cinematográfica, por otro fue, no sé cómo decirlo...

–Me lo imagino. Dos asesinatos seguidos tienen que producir horror.

–Fíjate que yo no había visto a Sofi. Había tanta gente que era imposible saber quién estaba en el salón. Yo fui porque admiro mucho a Narval, aquí casi nadie lo conocía pero yo he sido lector suyo desde sus primeros libros, y cuando supe del homenaje no me lo quise perder. No me había llegado la tarjeta y la prensa decía que era por estricta invitación; logré que me la enviaran y me fui para allá.

–Me gustaría que hicieras el relato de todo lo que viste esa noche.

–Déjame ver, traje unas notas, fue tan confuso que es difícil recordar exactamente cómo ocurrieron las cosas. Creo que fue más o menos así: Llegué temprano, de eso me acuerdo bien, primero, porque soy una persona puntual y, segundo, porque quería encontrar un buen puesto. Pero no hubiera hecho falta, cada invitación traía marcada la silla, eso me llamó la atención porque es inusual. Era una organización muy profesional. Bueno, me senté en mi silla y todavía el salón estaba bastante vacío, eran como las siete y algo, o sea, faltaba casi una hora. Yo tenía la secreta aspiración de que Narval apareciera y pudiera saludarlo, no me conocía, por supuesto, pero quería presentarme como un novelista venezolano lector de su obra. Es una lástima que nadie me llamara para que le hiciera una entrevista, me parecen muy malas las que vi en la prensa, gente que no había leído una línea de sus libros.

Aquí comenzó una explicación acerca de las características que él había detectado en la narrativa de Narval y Elvira comprendió que el recuento amenazaba con centrarse más en Tomás Orozco que en lo sucedido, pero interrumpirlo hubiera sido temerario. Esperó que volviera al hilo del relato.

—El salón terminó de llenarse como a un cuarto para las ocho. Ya te dije que no vi a Sofi entrar, yo estaba en la tercera o cuarta fila y probablemente ella entró más tarde y se sentó detrás. Las dos primeras filas estaban reservadas para los organizadores y la prensa. En fin, el acto comenzó a la hora con los discursos de siempre, habló uno de los banqueros que pagaban la visita, luego una señora por el Ministerio de Cultura, no recuerdo su nombre, que dijo lo que se dice en esos casos, y trató de hacernos creer que Narval estaba con el gobierno, que era simpatizante, ¿comprendes?, y después habló la chica de la organización con la retahíla de nombres de todos los que habían dado un centavo para aquello. Parecía la guía de teléfonos. Ah, se me olvidaba, antes de empezar los discursos tocaron el Himno Nacional, verdaderamente patético hacer una cosa así. Después vino la sesión de diapositivas, un poco larga para mi gusto, y mientras tanto un actor leyó unos fragmentos de sus novelas, pésimamente escogidos a mi modo de ver. No daban para nada la idea de lo que es la escritura de Narval, trataron de elegir pedazos en los que él escribía sobre Venezuela, y eso era imposible. Su narrativa es lo menos nacionalista que te puedas imaginar, pero de pronto mencionaba algo como un recuerdo de infancia, cosas así, y se fueron por ahí. Bueno, esa lectura duró como unos veinte minutos, a la vez que proyectaban las imágenes, lo que también me pareció una mala idea, porque o te concentrabas en lo que veías o en lo que escuchabas. Además, el aire acondicionado se echó a perder. La gente empezó a abanicarse con el programa, y a mirar a los lados para ver si alguien hacía algo pero no ocurrió nada.

—¿Había algún supervisor del evento?

—No lo sé, quizá, pero inencontrable. Con lo que pasó después nadie se acordó más del calor.

Su versión, apartando los comentarios críticos, no se separaba de la que le había dado Joanna Macari, pensó Elvira, y eso confirmaba la secuencia.

—El momento del disparo fue confuso, me imagino que es por la impresión que me produjo, pero es lo que menos recuerdo. Terminaron las diapositivas y la lectura, y el moderador, que era el mismo que había hecho la lectura, anunció la entrada del escritor. La gente comenzó a aplaudir, todavía la sala estaba oscura. Eso me pareció imperdonable, que entrara con las luces apagadas, como un descuido, ¿no?

Elvira decidió intervenir.

—Probablemente era para dar un golpe dramático.

—¿Dramático? Dramático fue lo que ocurrió. No, a mí me parece que fue un descuido imperdonable, que no cronometraron bien las cosas. Al lado mío estaba un muchacho con una videocámara, quería filmar la entrada de Narval y estaba frustrado.

—Esa filmación, ¿era de la organización?

—No, era un videoaficionado. Me comentó que había pasado la cámara escondida porque los vigilantes no dejaban entrar con cámaras ni teléfonos.

—En tu opinión, ¿las medidas de seguridad eran las normales en un evento de este tipo?

—Para nada, eran medidas mucho más controladas que las usuales. Generalmente alguien pide a la audiencia apagar los portátiles para que no estén

molestando el acto, pero nunca había visto que obligaran a dejarlos afuera. Yo no tengo, pero me fijé en la mesa donde la gente debía colocarlos antes de entrar.

Tomás Orozco siguió hablando y Elvira dejó de escucharlo por un momento. Alguien había filmado aquello.

–¿Por casualidad sabes el nombre de la persona que filmó?

–Ni idea. Con el zaperoco no lo vi más. Todavía oscura la sala se prendió un foco de luz blanca sobre Narval, nadie lo vio entrar, yo, por lo menos, no lo vi hasta el momento en que empieza a subir la escalera para llegar a la mesa de oradores. La sala seguía apagada, dime tú si eso no era un error. La gente que estaba a los lados del pasillo lo ve caer, yo estaba en la otra punta de la fila, me doy cuenta de que las personas se abalanzan al pasillo, ahí fue cuando encendieron las luces, me parece. Y vimos todos lo que había ocurrido. Pablo Narval caído. Los gritos eran espantosos, la gente creía que era un acto terrorista o algo así. En ese momento el desconcierto era total. De pronto se escucha a una mujer diciendo a gritos que hay una persona herida. Con eso todo el mundo quedó convencido de que era un atentado terrorista y trataban de salir, pero los vigilantes cerraron el acceso al ascensor y la salida de emergencia. Otro disparate, allí ha podido morir gente aplastada por los que brincaban encima de las sillas. No sé exactamente cuánto tiempo transcurrió entre una cosa y otra, me parece que unos quince minutos, pero no podría asegurarlo. El gerente del hotel se presentó diciendo que la situación estaba controlada y pidiendo tranquilidad pero nadie lo escuchaba. Veo que la gente se arremolina alrededor de un cuerpo tirado en el piso. Logro acercarme y es Sofía Budenbrook. No te imaginas lo que sentí, yo la conocía desde niña.

–¿Te sorprendió que estuviera allí?

–No, no me sorprendió. Sofi quería ser escritora, vino un día a verme para pedirme consejos y esas cosas. Cuando yo estaba casado iba mucho a casa de los Budenbrook porque Corina, mi ex, y Adriana eran íntimas amigas, estudiaron juntas en el colegio. La vi crecer, una muchacha muy complicada, no me parece que la familia la comprendiera bien. Pero eso es lo normal con los jóvenes que quieren ser artistas o escritores, las familias conservadoras se aterrorizan.

–Creo que ella quería ser las dos cosas.

–¿Artista también? No me extraña, era una chica muy confundida. Cuando vino a pedirme consejo no estaba segura si quería ser escritora o actriz, creo que estaba medio empatada con un director de teatro. Así que no veo nada raro que ella fuera al homenaje de Narval.

–En aquella oportunidad, ¿qué consejo le diste?

–Fue hace tiempo, no me acuerdo bien, creo que le dije lo que se dice en esos casos, que escribiera, que se metiera en algún taller y que me trajera algo de ella, pero no volvió a llamarme.

–Estábamos en el momento en que se descubre que está tirada en el piso.

–Ajá, bueno, ahí estaba. En un charco de sangre.

–¿Y la policía?

–La policía no llegó sino mucho después. La mayor parte de la gente logró salir, se abalanzaron y golpeaban la puerta de las escaleras de emergencia al punto que a los vigilantes no les quedó más remedio que dejarlos salir. Cuando aparecieron los policías el salón estaba prácticamente vacío. Yo creo que fui uno de los pocos que se

quedaron. Ahí no se interrogó a nadie, no me extraña que los Budenbrook quedaran descontentos con los resultados.

–Hay un detenido.

–Sí, vaya cosa. Un pobre tipo que seguramente no tuvo nada que ver. Un malandrino de barrio, imagínate, qué va a ser ése el asesino de un escritor en medio de una conferencia, no tiene lógica. Un tipo así puede matar en un asalto, pero no se va a subir a la sala de proyección de un hotel supervigilado para dispararle a alguien a quien no le puede quitar nada.

–Podiera ser un crimen por encargo.

–Ésa es la versión que más o menos dio la policía. Me parece inverosímil.

–En tu opinión, ¿cuál pudo ser la causa de ese crimen?

–Nosotros no sabemos los intereses que se mueven en ese mundo de las grandes editoriales, quién sabe, no es como aquí, ahí circula mucha plata, alguien que no estaba dispuesto a permitir que Narval ganara el Nobel. Parece que su candidatura estaba muy fuerte.

–En ese caso, contratar como autor material a alguien completamente desvinculado suena verosímil.

–No creo que el asesino sea ese malandro, me parece una excusa de la policía que no encontró nada mejor.

–Bien, continuemos.

Tomás Orozco hizo una seña al mesero y pidió más café. Eran ya más de las doce y la clientela aumentaba. Le propuso sentarse en otra mesa, más al fondo.

–¿No quieres que nos oigan?

–La verdad que no.

Se mudaron de mesa.

–Sigo adelante. Llega la ambulancia y los paramédicos comprueban que hay dos personas muertas, pero no se las llevan. Escuché algo de que era necesario esperar al forense. En ese momento pienso por primera vez en llamar a Adriana, recuerdo que el público tuvo que dejar los portátiles afuera y salgo a ver si hay alguno sobre la mesa. En efecto, encuentro varios, la gente al salir en pánico los dejó allí. Agarro uno y llamo a Corina para que me dé el número de Adriana y le cuento brevemente; Corina, horrorizada, por supuesto. Llamo a Adriana, no me responde, no me siento capaz de dejar un mensaje así en la contestadora, y me limito a decirle que es urgente que se presente en el hotel, que la espero allí. Pero probablemente se había acostado a dormir o había salido. Supo la noticia en la madrugada, cuando la policía encontró su número de teléfono en el portátil de Sofi. Creo que eso es todo.

–Cuando viste a Sofía en el suelo, ¿pudiste detallar algo?

–Nada especial. Estaba boca abajo y alrededor toda la sangre. Un crimen brutal, si los hay.

–¿Alguna hipótesis?

–Me parece un crimen pasional. No hay ninguna otra razón por la cual alguien quisiera matar a una chica tan inofensiva.

–El tema que a mí me parece más confuso es la simultaneidad de los asesinatos. En principio no tienen nada que ver uno con el otro.

–Claro que no tienen nada que ver. La persona que mató a Sofi simplemente la siguió y le pareció que un lugar público, lleno de gente, era un escenario que le permitía no ser visto.

–Es posible. Pero, si era un crimen pasional, ¿por qué no en su casa, o en la calle?

–No soy un escritor de policiales, así que no tengo mucha imaginación para esas cosas, en la calle sería más difícil, y a lo mejor ella no lo hubiera recibido en su casa. No sé, me parece que el anonimato de un evento tan concurrido era una buena ocasión.

–¿A pesar de las medidas de seguridad?

–Ya te digo que no son usuales medidas tan estrictas, pases electrónicos y esas vainas, pero, de todas maneras, tampoco registraban a la gente, y un cuchillo se mete en cualquier parte.

–Me has ayudado mucho, Tomás, de verdad que sí.

–Es lo menos que puedo hacer, se trata de gente muy amiga. Estuvimos, quiero decir Corina y yo, consternados con todo esto. El entierro fue uno de los más tristes que he visto en mi vida. De sus hermanos no vino sino uno, la madre tampoco.

–Es extraño, ¿no?

–Gente rara, los Budenbrook siempre han sido gente rara, pero que la madre no viniera al entierro fue la tapa del frasco.

–¿La tapa de qué?

Tomás Orozco se rió.

–Es una expresión venezolana.

–Nunca la había escuchado, bueno, aumento mi repertorio idiomático.

Se despidieron casi a la una y Tomás prometió de nuevo regalarle algunas de sus novelas. Era un hombre simpático y tierno, y, además, después de dos horas había obtenido un dato que mejoraba la versión de Macari. Un videoaficionado en la sala.

Cuando llegó a su casa le pareció que había dejado muchos temas fuera. Por ejemplo, no le preguntó qué personas conocidas había encontrado en el homenaje. Con seguridad asistieron muchos escritores, y no recordó mencionarle los nombres que había identificado en internet, además de que probablemente él conocía a muchos más. Tampoco le preguntó por los otros grupos, los políticos, los empresarios. Hubiera sido útil conocer las impresiones de Tomás Orozco sobre el público en general. Por ejemplo, Aída Machado, ¿valía la pena entrevistarla? Si era una periodista de mucho vuelo, no tendría nada de particular que Tomás la conociera. De todos modos, es una persona a la que puedo volver. Se mostró entusiasmado, como un buen muchacho con el espíritu del *boy scout*. Llamó a Boris para hacerle una pregunta, cosa que él le tenía prohibida, pero le pareció que era una pregunta fácil.

–Boris, dígame algo rapidito, ¿buscar a un videoaficionado es muy complicado?

–Complicadísimo, hay miles –contestó el comisario cerrando el teléfono.

Pero éste no es un videoaficionado cualquiera. No es alguien que filma una carrera de automóviles o un accidente, o algún disturbio callejero. Éste es alguien que asiste a un evento literario con el propósito de registrar la aparición de un escritor muy famoso, a quien, paradójicamente, nadie conoce. Entra con su cámara y se da cuenta de que está prohibido acceder a la sala con ella y la esconde lo suficientemente bien como para que no la noten; una videocámara es un objeto pequeño, y tampoco el chequeo había sido tan meticuloso como si fuese un aeropuerto después del 11 de septiembre. Es un joven rápido y se mete la cámara en la chaqueta, quizá deja el portátil afuera para que se vea que está cumpliendo las reglas. Una vez adentro, si alguien le dice algo, contestará que no sabía que estaba prohibido filmar. Ahora bien, ¿por qué quiere registrar la aparición de Pablo Narval? Es un periodista, en ese caso para un medio alternativo; los medios importantes tomaron decenas de fotos de Narval en las ruedas de prensa y en las entrevistas. Es un lector de culto y quiere tener su imagen para él solo. Es el propio Narval quien en su locura manda a registrar su propia muerte. Todas esas hipótesis son posibles. Me quedo con la segunda, un novel escritor y uno de sus pocos lectores venezolanos. Su nombre tiene que estar en la lista. ¿Quién hizo esa lista? Joanna Macari.

–¿Sabías que alguien filmó el homenaje?

No pudo resistir el impulso y la llamó.

–Imposible –contestó Joanna–, prohibimos expresamente que se filmara y se tomaran fotos, salvo a los periodistas acreditados. No se permitió el acceso a la televisión porque Narval no quiso, sólo aceptó una entrevista grabada.

–Había un videoaficionado en la sala, estoy segura.

–¿Cómo estás segura?

–Casualmente tengo un amigo que estuvo presente y me aseguró que vio a alguien filmando o intentando hacerlo, por lo menos.

–Bueno, todo salió tan al revés que no me extraña.

–¿Sería mucho pedirte que te reunieras conmigo a revisar la lista de invitados?

–¿Cómo tienes esa lista?

–La tengo.

Joanna Macari sonaba molesta.

–Esa lista era confidencial.

–Tengo la lista porque mi paciente, la persona a la que estoy ayudando, la consiguió. No sé cómo lo hizo, ¿qué importa ya que fuera confidencial?

–Es verdad. El caso es que estoy superocupada. No te imaginas lo que es volver a buscar trabajo después de tanto tiempo. Para esta semana no tengo un minuto, y luego tengo que hacer una promoción para Navidad. Será mejor en enero.

–Puedo esperar.

–¿Y a quién quieres identificar? ¿Al videoaficionado?

–Sería interesante, ¿no?, si grabó algunas escenas que pudieran aclarar las cosas.

–Sabes, Elvira, me gustó mucho hablar contigo y cualquier día de éstos pudiéramos encontrarnos. Pero, de verdad, ponerme a ver si había un videoaficionado allí, entre tantos nombres..., además, un videoaficionado puede ser cualquiera.

Elvira Madigan colgó el teléfono con la impresión de que Joanna Macari había desaparecido para siempre. Le di lo que quería, dos buenas orejas para recoger toda su amargura, vomitó su desencanto, y no quiere saber más de mí. Es cierto que le propongo algo bastante absurdo, sin embargo, era una posibilidad y no podía dejarla pasar sin agotarla.

Un videoaficionado no es lo mismo que un videoartista, pero tienen algo en común, pensó de pronto. Sofía Budenbrook necesariamente tenía algunos amigos que estuvieran interesados en el video. Adriana conservó la libreta de direcciones. ¿Contra qué contrastarla? Sólo tú, amado hijo de la noche, puedes iluminarme. Le escribió un correo electrónico a Juan Carlos Rodríguez diciéndole que necesitaba urgente hablar con él y que esperaba verlo en Zia Teresa el viernes. Otra botella al mar. Llamó luego a Adriana y le pidió que trajera la libreta de teléfonos de Sofía cuando viniera a su sesión. Con un poco de suerte lo identifico. Luego se sirvió una ginebra. Qué tontería. Estoy esperando demasiado de la suerte.

Tomó el teléfono de nuevo y marcó el número de Tomás Orozco.

–¿Que si el videoaficionado se movió de la silla? –dudó unos instantes–. Es difícil asegurarlo, pero tengo la impresión de que sí. Cuando Narval cayó, estoy viendo la escena, no había nadie al lado mío. Cuando me levanté no había nadie a mi izquierda, el hombre estaba a mi izquierda, en la última silla del pasillo lateral.

–¿Si lo reconocería? Quizá, pero no lo puedo asegurar. No tenía nada especial.

Elvira le pidió excusas por interrumpirlo en su trabajo y de nuevo le agradeció la ayuda. Tomás Orozco era alguien consecuente con la amistad. Claro que el videoaficionado se movió, desde ese ángulo no podía filmar bien, se desplazó hacia el pasillo central para filmar la entrada de Narval y, aunque estuviera oscuro, esas imágenes quedaron en alguna parte. De todos modos un dato nuevo, la entrevista de televisión. Había visto el anuncio de unos servicios que ofrecían en venta cualquier programa transmitido por una emisora local. Generalmente el cintillo de propaganda aparecía por las tardes durante un programa de entrevistas; dejó encendido el canal hasta que lo vio y anotó la dirección. No le fue difícil conseguirlo, los programas se localizaban por fechas y tenía que haber ocurrido entre el 10 y el 17 de agosto. Repasó el índice de programación y allí estaba: «Entrevista con Pablo Narval, un escritor para todos los tiempos». Lo compraré sin cobrárselo a Adriana.

Por la noche se instaló frente al televisor con un paquete de cotufas. Quería tener la impresión de que era una televidente dispuesta a disfrutar su video con todas las de la ley. Nevsky recibió un huesito de goma que le encantaba porque tenía un sabor dulce. Activó el DVD y la pantalla se iluminó con una foto congelada de Narval. ¿Y quién era la entrevistadora? Nada menos que Aída Machado. Detuvo la proyección para buscar papel y un bolígrafo. Sonó el teléfono y se levantó de nuevo para bajar el volumen de la contestadora. Cero interrupciones.

Aída Machado, vestida con un traje largo malva, adornado el busto con lentejuelas, aparecía sentada en un sillón de cuero, al lado de otro sillón vacío. Detrás el set mostraba una biblioteca de madera con volúmenes lujosamente encuadernados, probablemente de utilería.

«La presencia de Pablo Narval en nuestro país es un hecho de trascendencia histórica. Yo creo que todos ustedes, los que están presenciando este momento, saben que es así. Pablo Narval salió de Venezuela en 1948, urgido por la oprobiosa dictadura que se había instalado en el poder. Pablo Narval, entonces José Eustaquio Cruz, era un joven lleno de ilusiones, con el brío y el fervor que inspiró en las nuevas generaciones el advenimiento de la democracia, y como tantos otros conoció el exilio, el dolor de perder lo más amado: su patria. Hoy Pablo Narval es uno de los escritores más importantes del mundo y ha venido a Venezuela a compartir una semana con nosotros».

A continuación leía los títulos de sus principales obras, advirtiendo que la lista completa sería demasiado larga, y algunos de los premios recibidos, también muchos para mencionarlos todos.

La cámara abandonaba a la periodista y mostraba un primer plano de Narval, sentado en el sillón que había estado vacío, vestido a la europea con una chaqueta de pana y pantalones casuales, la camisa abierta y en el cuello un pañuelo de seda. No representaba los ochenta. Elvira tuvo por un momento la visión de algún propietario de viñedos que posaba para *¡Hola!*

«Pablo, en Europa no necesitas presentación, pero aquí te están viendo muchas personas que nunca escucharon hablar de ti, jóvenes cuyos padres ni siquiera habían nacido cuando tú saliste de Venezuela».

El escritor miraba de frente a la cámara, con la destreza del que ha sido muchas veces entrevistado, y sonreía en silencio.

«Sabemos que es un privilegio tenerte, no solamente porque es la oportunidad de que el país conozca a uno de sus grandes escritores, un escritor para todos los tiempos, sino porque sabemos también que no eres alguien aficionado a la fama y al pantalleo, como decimos aquí. Pablo, ¿qué te hizo aceptar esta visita a Venezuela?».

Por fin una pregunta, dijo Elvira. Pensé que los quince minutos se iban a la basura.

Pablo Narval miró a su entrevistadora y sin dejar de sonreír contestó:

Ese cielo, ese mar, esos cocales,
Ese monte que dora
El sol de las regiones tropicales...
¡Luz! ¡Luz al fin! –los reconozco ahora:
Son ellos, son los mismos de mi infancia.

Elvira no comprendió el comentario de Aída Machado cuando dijo: «Siempre Bonalde».

«Tu vida en Europa ha permitido la realización de una carrera literaria plena. Los escritores nuestros siempre se quejan de que el mundo los ignora, tú, en cambio, has recibido los más importantes premios de literatura y has publicado miles de ejemplares en las editoriales más importantes. ¿Crees que fue vivir en Europa o dirías que tu talento se hubiera impuesto de todas maneras?».

«No puedo saberlo. Sin duda, estuve en el momento adecuado en el lugar oportuno. No puedo imaginarme cómo hubiera sido mi vida en Caracas. Me faltan las referencias de todo lo acontecido en más de cincuenta años».

«Pero, seguramente, estuviste al tanto del país. ¿O te olvidaste de Venezuela?».

Aída Machado se estaba poniendo insidiosa.

«Nunca. No se olvida el lugar donde se nace, donde uno se hace hombre».

Primera pausa. Elvira había terminado las cotufas y Nevsky se había cansado del hueso con sabor dulce. Se sirvió una ginebra y le puso la comida de verdad en la cocina.

«Volvemos con Pablo Narval, un escritor para todos los tiempos», dijo la chillona voz de Aída Machado.

«Pablo, cuál dirías tú que es tu novela más importante. No me contestes que todas, por favor, elige una, la que haya sido más significativa para ti, la que representó más en tu carrera».

Pablo Narval divagó un rato sobre sus títulos, explicando brevemente los argumentos y las circunstancias de la escritura, los cambios que suponían en su narrativa. Se veía seguro, técnico. Alguien que conoce bien la respuesta a una pregunta que probablemente le habían formulado decenas de veces. No era eso lo que quería obtener Aída. Buscaba, como todos, una declaración más personal y el escritor no se la daba. No estaba dispuesto a dársela.

«¿Te gusta la frase con que se ha titulado tu presencia? *'Un escritor para todos los tiempos'*...».

«Sí, me gusta mucho. Creo que define bien mi obra, he tratado de ir escribiendo según el momento, de acuerdo con la época que transitaba. En conjunto me parece que mi recorrido ha sido el de un escritor clásico, y eso me gusta. Ya no veo con la misma vehemencia los tiempos en que quería ser un escritor vanguardista. La vanguardia es algo nostálgico. Escribo en el presente».

La respuesta de Narval era buena, pensó Elvira, pero no satisfacía a Machado. Seguía dentro de una línea formal y ella quería sacarle el jugo a su personalidad, romper el hielo. Me parece que no vas a poder.

Efectivamente, Narval aprovechó un silencio de la periodista para disertar largamente acerca de la influencia que habían tenido en su obra los movimientos literarios de España y Francia, los países que verdaderamente conocía, y el redescubrimiento de las literaturas de Europa oriental en los años noventa. Esto hubiese dado pie a que Machado entrara en el terreno político, pero era obvio que no le interesaba y lo evadió. Resignada, le preguntó acerca de los autores que consideraba más importantes para él, y tuvo que escuchar una lista de nombres sobre los cuales no parecía estar en condiciones de repreguntar.

Segunda pausa. Elvira activó la contestadora para ver quién la había llamado y encontró un mensaje de Judit Green anunciando que estaba en Caracas y dejando el número de teléfono donde podía localizarla. Ésa era una gran noticia, pero no quería interrumpir la sesión.

De nuevo la cámara mostraba a Narval en foto congelada alternando con algunas imágenes de Caracas en los años cuarenta, y otras de la recepción de sus premios. Elvira supuso que eran las mismas que habían sido proyectadas durante el homenaje.

El escritor entraba en su tercera aparición con un libro en la mano. Leía un breve fragmento de *El hombre sin razones*, su novela de mayor éxito, según Machado. «¿Qué dice ese título, Pablo? ¿Quién es un hombre sin razones?».

«Bien, esa novela obedeció al intento de doblar la novela de Musil, *El hombre sin cualidades*. A raíz de la presencia de los escritores que ya mencioné, sentí el deseo de volver sobre la literatura centroeuropea, leer, y en algunos casos releer a los grandes maestros de los años veinte y treinta, los novelistas de entreguerras, y Musil me resultó una revelación. Por supuesto, *El hombre sin razones* terminó siendo algo completamente diferente pero dentro de la noción de una identidad impersonal, una identidad desrazonada, si puede decirse así, un tanto paradójico».

Vaya, pensó Elvira. El hombre está elevando el tono. Veamos con qué sale Machado.

No parecía que Aída Machado hubiese leído a Musil, cosa que Elvira no podía criticarle porque ella no tenía la menor idea de quién era (Judit, menos mal que te tengo de nuevo), y tuvo que salir de la suerte con algo más familiar. Qué influencias latinoamericanas podía mencionar.

Narval citó otra larga lista de autores, a muchos de los cuales dijo haber conocido personalmente, y con quienes seguía manteniendo contacto. No podía elegir, su amistad le nublabla el juicio y seguramente sería injusto. Todos en conjunto componían un gran corpus literario al que se sentía orgulloso de pertenecer.

Último negro. Ahora o nunca, Aída, puedes hacer que sienta justificado el costo del video. Hasta el momento tengo la impresión de un *déjà-vu*. Nada de lo que ha dicho añade algo a lo que declaró en las entrevistas escritas y en las ruedas de prensa.

Como si la hubiese obedecido Aída Machado entró en acción co-mandando el diálogo en forma más enérgica.

«Hemos hablado mucho de literatura, y creo que nuestros telespectadores han disfrutado de una clase magistral. Ojalá hubiesen muchos programas como éste. Necesitamos aprender a valorar lo nuestro, a conocer la riqueza de la cultura venezolana. Y al decir esto, Pablo, me surge una pregunta inevitable. ¿Te sientes todavía venezolano? ¿O eres ya un francés, no solamente como ciudadano sino como ser humano? Aparte de la cita de Pérez Bonalde no te he escuchado nada que recuerde tus raíces».

Estaba probando con la agresión. Pero el acorazado Narval era indestructible. Recordó sus primeras lecturas, todo Gallegos, todo Pocaterra, todo Rufino Blanco Fombona, los poemas de Salustio González Rincones, Uslar Pietri, los primeros libros del entonces joven poeta Juan Liscano, y el modernismo, claro que había leído a Díaz Rodríguez, y también a Mariño Palacio, y a Díaz Sánchez.

«¿Ninguna mujer?», insistió la entrevistadora buscando alguna grieta. Pero no eran fáciles las grietas con Narval. Teresa de la Parra era una de sus autoras preferidas,

y antes de irse ya habían publicado mujeres que él leyó con fervor: Enriqueta Arvelo Larriva, Ida Gramcko; conocía la breve narrativa de algunas autoras de las que después nada supo: Dinora Ramos, Ada Pérez Guevara.

Por allí Machado no tenía nada que objetar. Una última pregunta: con cuál escritor venezolano se identificaba, si es que había alguno. Pablo Narval se quedó callado. Por primera vez en los cuarenta y cinco minutos de la entrevista a Elvira le pareció observar una huella de emoción, un parpadeo. Retrocedió el video para estar segura. El escritor para todos los tiempos parecía dudar en la respuesta. Congeló la imagen y pudo detallar que el labio superior le temblaba. Por fin Aída Machado había tocado tierra.

«Ramos Sucre –dijo finalmente–. José Antonio Ramos Sucre. Me obsesiona su final».

Éste era el momento para el inicio, pensó Elvira, ahora es cuando dijo algo personal, pero Aída anunció que el tiempo era el dueño y señor de la televisión. Únicamente le quedaron unos segundos para cerrar.

«Mañana, pues, será la despedida de este gran escritor que es Pablo Narval. Estaremos en tu homenaje, no sólo para un escritor de todos los tiempos, sino de todos los lugares. Venezuela espera que este hijo suyo sea el próximo Premio Nobel de Literatura y allí estaremos todos deseando la suerte para él y para el país».

La pantalla se oscureció y apareció el listado de créditos entre los que, una vez más, se leían los nombres de las personas, instituciones y empresas patrocinantes. Apagó la televisión y marcó el número de Judit.

–Te trajo el cielo para mí.

–¿En qué andas?

–En la perentoria necesidad de saber el final de un escritor llamado José Antonio Ramos Sucre.

Escuchó una carcajada.

–No puedo creer que eso sea a estas alturas tan importante.

–Verás que sí cuando te explique todo. ¿Cuándo nos vemos?

Judit había venido por pocos días para pasar las fiestas de Navidad con sus padres. Elvira la tentó con el *roastbeef*; había comprobado, gracias a Richard Wood, que sus habilidades culinarias sobrepasaban el sándwich y la *pizza* recalentada. Quedaron para verse al día siguiente.

Después de cenar Elvira puso el video. Judit Green, apenas comenzó, protestó que la obligasen a ver aquel bodrio.

–Aída Machado, por favor, nunca fue buena. Y el tiempo no ha hecho nada por mejorarla.

–Tengo entendido que es una de las periodistas más reconocidas.

–Probablemente, durante muchos años tuvo un gran poder. Hoy es una *faded glory*. No me explico cómo la escogieron a ella con tanto talento joven.

–Quizá pensaron que para un hombre de la edad de Narval era lo más adecuado. Tienes que verlo todo para apreciar las diferencias, lo que quiero que observes con cuidado es el final, es lo más importante. El único momento en que el hombre parece a punto de quebrarse, y lo salva la campana.

–¿Éste no es el escritor que mataron?, leí la noticia en *Le Monde*.

–¿Cómo reseñaban el asesinato? ¿Algún color especial?

–No recuerdo nada especial, que había sido asesinado en Venezuela por un delincuente común. Una pérdida para la literatura, esas cosas. Pero, ¿tú estás investigando su muerte?

–En realidad la de otra persona que murió en el mismo acto, una joven llamada Sofía Budenbrook. La simultaneidad obliga a pensar que hay una relación entre ambas muertes.

–Lamento que tenga que irme tan pronto, me hubiera gustado ser de más ayuda y recordar nuestros viejos tiempos cuando seguíamos a Susana Saudi. Y en el caso de esta chica, ¿cuál es la razón por la que estás metida en el caso?

–Estrictas razones económicas: trabajo para la familia.

La entrevista llegó al momento de la última pregunta:

«Pablo, si tuvieras que decir un nombre, uno solo, el de un escritor venezolano con el que te hayas sentido identificado, si es que existe tal escritor, a quién elegirías».

«Ramos Sucre. José Antonio Ramos Sucre. Me obsesiona su final».

–¿Qué me dices?

–Retrocede.

Elvira detuvo la imagen.

–Veo como si le temblaran los labios, y la voz y la expresión completamente diferentes del principio. En cuanto a Ramos Sucre, es un escritor de culto, su obra fue sobre todo valorizada después de su muerte, hacia los años cincuenta. Murió en 1930, o 1931, como un poeta ignorado. Su muerte es parte del culto en cierta forma; era muy joven, vivía de un cargo diplomático en Suiza, y se suicidó porque no podía tolerar más el insomnio. Un hombre torturado. Algunos lo han tratado de devaluar porque ese cargo se lo dio Juan Vicente Gómez, quisieron hacerlo ver como un escritor reaccionario, obediente de la dictadura, pero esos tremendismos izquierdistas no pudieron contra el valor de su escritura. Me parece comprensible que a Narval le haya dejado una huella profunda, yo también soy admiradora de Ramos Sucre.

–¿Y a Narval lo conocías?

–No, nunca lo he leído, ¿debo hacerlo?

–Sería una gran ayuda para mí. «Me obsesiona su final». Pareciera referirse más al suicidio que a la obra, ¿no?

–Sí, pero, te repito, en la escritura de Ramos Sucre los temas de la nocturnidad, el sufrimiento, cierta tenebrosidad están presentes. Dice así: «Yo adolezco de una degeneración ilustre; amo el dolor, la belleza y la crueldad, sobre todo esta última, que sirve para destruir un mundo abandonado al mal». El suicidio es como un acto literario dentro de su vida, más allá de que no pudiera dormir bien.

–Es lo menos parecido a Narval. Un hombre de larga vida, que parece haber disfrutado del vino francés, del éxito en vida, y de las mujeres, aunque, muy cortés, nunca las nombra.

–Por algo lo escogió, a lo mejor para quedar bien con los escritores, elegir a Ramos Sucre no falla, y evitaba nombrar a un novelista y sembrar rivalidades. ¿Tienes alguna novela suya?

Elvira le mostró las que había comprado. A Judit le parecieron demasiadas y se llevó solamente la que Narval había citado: *El hombre sin razones*. Prometió leerla y escribirle sus impresiones.

Se quedaron conversando un rato más y Elvira se despidió con tristeza. Nunca había tenido una amiga como Judit Green. Nevsky estuvo de acuerdo, pasó toda la sobremesa montado encima de ella y ladró cuando cerró la puerta al despedirse.

El *affaire* Jean-Paul parecía encontrarse en su fase terminal, el hombre preparaba las maletas, vendía sus muebles y electrodomésticos, y estaba tan ocupado que apenas tenía tiempo para ella.

–Mejor así. De una vez sé que no me quedaré colgada con un asunto interminable que me obligará a estar viajando para unos encuentros fortuitos y probablemente angustiosos. Lo que menos me apetece es ir a Viena.

Elvira recordó el comentario de Tomás Orozco acerca de la ausencia de la familia en el entierro de Sofía. Tomó un paso en esa dirección hasta el momento inexplorada.

–A veces pienso, Adriana, que parte de su necesidad por saber lo ocurrido tiene que ver con el hecho de sentirse la única responsable, y me pregunto si se siente sola, abandonada por su madre y sus hermanos en el duelo por Sofía.

–Los duelos a distancia son diferentes.

–¿Cómo así?

–Bueno, creo que ya le dije que el único que vino fue mi hermano Wolfgang. Para los demás es como si la muerte no hubiese ocurrido, creo. Como si la razón por la que no ven a Sofía es porque están lejos.

–La ausencia de su madre pudo ser para usted una gran soledad en ese momento.

–Sí lo fue, pero también un alivio. No tuve que consolar a nadie, fue un entierro de muy pocas personas, algunos amigos de mi hermana y muy poca gente de mi parte. No le avisé a nadie.

–Tomás Orozco me dijo que estuvo presente.

–Sí, Corina, su ex mujer, fue una gran amiga de adolescencia, son gente muy solidaria. Tomás y ella venían mucho a casa cuando éramos jóvenes. Luego, como pasa con frecuencia, nos alejamos un poco. Se divorciaron, Corina se empató con otra persona, que la verdad no me caía muy bien, y Tomás dejó de venir.

–Pero lo que interesa en este momento es que de nuevo queda sola, Jean-Paul se va, su familia está muy lejos, y su madre, tengo la impresión, es alguien lejano de todas maneras.

–Mamá siempre fue una persona lejana, para nosotros, quiero decir. Su vida giraba alrededor de mi padre, nosotros éramos como satélites, formábamos parte de la constelación, pero el Sol era él.

–Ella es también lejana en su mente, pocas veces la nombra.

–Yo hice mi vida sin ella, desde muy temprano me di cuenta de que sólo contaba con mi madre para asuntos de la convivencia burguesa, es una persona apegada a las formas conservadoras de su familia, y podía estar muy al tanto de las invitaciones que teníamos, el vestido que debía usar para la boda de fulanita o la graduación de menganita, cosas así, pero de resto no le interesaba para nada mi carrera. Para colmo mi matrimonio no le gustó. En el fondo tuvo razón, fue un error, pero eso no quita que hubiera podido estar más pendiente. Desde el primer día dijo que mi novio no era la persona adecuada y de allí no salió. Es una persona muy cerrada, con pocos intereses, salvo reunirse con sus primas y los compromisos a los que iba con mi padre, nada parecía llamarle la atención. Cuando decidió mudarse a Viena fue una solución para mí. Después de la muerte de papá quedó en un estado de

postración que, sinceramente, yo no hubiera podido manejar. Allí es más feliz. Wolfgang es el hijo perfecto para ella. Su esposa y él viven muy cerca y los dos están pendientes de todos sus caprichos. Probablemente él viajó para complacerla, como una suerte de delegado oficial de los Budenbrook en el entierro. Los otros dijeron que estaban muy ocupados, la bolsa y las empresas dan mucho trabajo, como si el museo le dejara a Wolfgang demasiado tiempo libre. Ir a Viena me obligaría a estar con ella y no quiero. Y como Jean-Paul no desea verme en París porque, por lo visto, cualquiera podría espiarnos, tendría que, no sé, viajar a Frankfurt, a Bruselas, a ver si allí el señor se siente cómodo con su amante.

–No tengo muy clara la sucesión de los acontecimientos en su familia.

–Mis hermanos varones se fueron de Venezuela muy jóvenes. Rainer, Otto y Thomas estudiaron en Estados Unidos y ninguno de los tres regresó. Wolfgang se graduó aquí y luego se fue a Berlín para hacer una maestría en curaduría en el instituto de la Bauhaus. Yo también estudié fuera, como le dije, pero siempre con el propósito de regresar. Mi padre murió en 1998 y poco después mamá se fue a Viena. Mi padre dejó un apartamento allá, logró comprar la casa donde vivió de niño con sus padres. Era un hombre muy melancólico, también durante un tiempo conservó la de sus abuelos en Grinzing, creo que se la mencioné, una casa que yo odiaba. Les compró a sus hermanas la parte que les correspondía y de esa manera pudieron pagar un buen retiro para su vejez. Papá las describía como unas mujeres que no tuvieron juventud, la guerra se las quitó, decía. Tenía también un hermano mayor, que murió. Así que mamá se fue a ese apartamento y Wolfgang buscó trabajo en Viena, es una persona muy preparada y lo logró.

–Falta un hermano, creo.

–Sí, Paul, el mayor. No lo conocí. Murió en un accidente de esquí antes de que yo naciera, ¿le había dicho esto antes? Fue una Navidad que mis padres pasaron en Austria, creo que era la primera vez que mi padre volvía, y estuvieron unos días en una estación de invierno. Se cayó de la telesilla. No era algo que mis padres mencionaran mucho.

–Duelos difíciles.

–Sí, duelos difíciles. ¿Hay duelos fáciles?

Elvira Madigan no contestó. Le parecía que hoy Adriana había estado particularmente comunicativa y no quería echar a perder el momento con un comentario duro. La sesión estaba terminando y le preguntó si había traído la libreta de teléfonos para revisarla después.

–Puede hacer esto dentro de la sesión, es el tiempo que tengo contratado.

De nuevo Elvira ignoró el comentario. Leyeron los nombres anotados, no eran demasiados. Probablemente los más importantes los tenía registrados en el portátil, pero formaba parte de las cosas que Adriana había tirado a la basura. Desde luego que si Boris hubiese estado un poco interesado, aunque fuese débilmente interesado, no se lo hubiera entregado. Una llamada recibida ese día, poco antes del asesinato, era una clave elemental. Alguien que quisiera asegurarse de que ella estaría presente en el acto, por ejemplo. Nada que hacer, el portátil de Sofía era inencontrable. De la lista solamente pudieron reconocer dos nombres: Tomás Orozco, lo que añadía poco para Elvira, aunque sorprendió a Adriana, y el de una joven que alguna vez había visto en su apartamento, Xenia Vargas.

–Estoy buscando a un videoaficionado –dijo Elvira–. A través de Orozco tengo la pista de que un joven filmó parte del acto con una videocámara.

–Una aguja en un pajar.

–Sí, pero a veces las agujas perdidas aparecen. Si me deja la libreta puedo chequearla con una persona relacionada con jóvenes artistas.

–Pero un videoaficionado no tiene que ser un artista.

–Es lo más cerca que puedo llegar.

Aquel viernes lucía prometedor. Tenía la libreta de teléfonos de Sofía y Juan Carlos Rodríguez le escribió por el correo electrónico diciendo que la esperaba en el Zia Teresa; Emilio Samperio había jurado por lo más sagrado asistir a la acción de «Los hijos de la noche». Juan Carlos llamaba «acción» a sus actuaciones.

No la reconoció y Elvira lo tomó como un buen augurio. Su primer contacto con Samperio había sido desafortunado. Juan Carlos estaba que nadaba en júbilo, su ídolo quería una entrevista de «Los hijos de la noche» y Joanna Macari los llamaría pronto, no para el próximo número, quizá para el siguiente. Elvira escuchaba la conversación con atención, sin hacerse demasiado presente. Samperio era verdaderamente una notoriedad en el público joven, venían a saludarlo a la mesa, le dejaban papelitos con los correos electrónicos, le preguntaban cualquier cantidad de tonterías con tal de entrar en conversación con él. Tiene poder, pensó Elvira. Buscaba la oportunidad de hablar sobre videos pero de ninguna manera quería que él la relacionara con la señora que le estuvo quitando tiempo con el portafolio de una sobrina, para colmo fallecida. De pronto Emilio Samperio dijo:

–Juan Carlos, ¿tú te acuerdas de una muchacha Budenbrook?

Juan Carlos no la conocía.

–Sí, chico, una poeta, que también hacía videoarte.

Juan Carlos dijo que sí, que vagamente, aunque a Elvira le pareció que era por complacerlo. Sin embargo, alguno de los que estuvieron presentes en el recital del Trasnocho sabía de ella. No era tan improbable.

–Por esas casualidades de la vida estuvo a verme una señora que trajo su portafolio, me agarró un mal día y no le paré mucho, pero Sonny lo revisó y me dijo que era interesante. Cuando fui a buscarlo ya la mujer había pasado por la oficina y se lo llevó. Tenía mucho talento; dice Sonny que leyó los poemas y unas notas sobre el concepto de una obra en video que estaba preparando. Hubiera sido interesante porque estoy pensando en un número dedicado a jóvenes que murieron antes de que su trabajo fuese conocido. Bueno, no tiene demasiada importancia, ya vendrán otros nombres.

Citó a varios jóvenes fallecidos recientemente, accidentes, sobredosis, algún suicidio, y hasta uno asesinado a tiros por la policía. De todos modos esto no me lleva a ninguna parte. Sofía le interesó a Sonny, y Sonny interesó a Samperio, pero obviamente no saben de ella. Aunque, rectifico, si Sofía Budenbrook sale en ese número, alguien que la haya conocido aparecerá también. Ahora o nunca.

–Yo soy la persona que le llevó el portafolio de Sofía Budenbrook.

Emilio Samperio la miró descreído.

–¿Disculpe?

–Que yo soy quien le dejó en su oficina el portafolio de Sofía Budenbrook, estaba muy ocupado ese día y no hablamos mucho tiempo.

–Elvira es una psiquiatra muy conocida –intervino Juan Carlos en su favor–. Está interesada en la poesía de calle. Viene mucho a vernos.

Samperio era el tipo de persona que, como se sabe necesitado por todo el mundo, no quiere que nadie suponga que él también necesita de los demás. Con un gesto displicente contestó:

–Ah, qué bueno. Pues cualquier día me lo deja de nuevo por allá, ya sabe dónde estamos.

Sí, en un cuchitril de la Avenida Casanova que te hace pensar que estás dirigiendo *The Guardian*. No le contestaré nada que le haga sentir que puede despreciarme aún más.

–Vale.

Samperio se iba, tenía un par de compromisos más y «Los hijos de la noche» continuaban su ronda.

Cuando vuelva a *Mango bajito* voy a asegurarme primero de que esté Sonny. Ojalá no se sienta el curador del Whitney. De todos modos, ha sido una semana estupenda. Volví a ver a Judit, y a pesar del dolor de aquel tiempo es alguien que me alegra. Supe que hay algo en este mundo que conmovía a Pablo Narval, el final de Ramos Sucre, lo que a todas luces subraya la hipótesis del suicidio preparado como un teatral homicidio, y existe una mínima posibilidad de dar con alguien que haya conocido a Sofía, además de Tomás Orozco; una tal Xenia Vargas, cuyo teléfono tengo a mano. Adriana Budenbrook a veces se comporta como una verdadera paciente, Vera Gerber es un aliciente en mi decaída vida como terapeuta, Nevsky crece sano y bello, y sólo falta que Richard Wood me invite a ese maravilloso restaurante.

Count your blessings. ¡Cuántas veces le había escuchado decir eso a su madre! Todos los días en que algo negativo, triste, difícil, ocurriese. Cada vez que sacaba una mala nota, o que el muchacho que esperaba la invitara a comer helados no aparecía, o el mes en que disminuían las ventas de la tienda de aparatos eléctricos de su padre, o, simplemente, cuando la veía melancólica como cualquier adolescente aburrida. Hasta cuando murió su hermana Emma, después del entierro, su madre la abrazó, y mirándola dijo *count your blessings*. La vida como agradecimiento. Eso era lo que había sentido el último día en Balzac, cuando visitó la iglesia metodista en cuyo cementerio estaban enterrados sus padres. Era antiguo, con tumbas que databan de mediados del siglo XIX, y registraban personas nacidas a principios de aquel siglo. Los Austin, los Congdon, los Burns, los Havens, los Cartwright, nombres que identificaban las calles; nombres de los que habían sido fundadores del lugar, gente que había estado allí desde que Balzac no era sino un bosque de altos *maples*, castaños y olmos, poblado por venados y alces, decía la leyenda. Nombres de quienes habían producido la riqueza de la zona –extracción de madera, agricultores, comerciantes de ovejas y pieles. Se observaba una ligera tendencia a la endogamia, los Congdon se casaban con las Griffing, y las Cartwright con los Burns. Los más famosos, los Sherman y los Case. Samuel Sherman y Arabella Case habían donado la casa que dio asiento a la Historical Society of Balzac, y Silvester Havens y Sara Austin la que fue sede de la pequeña Balzac Public Library en la que consultaba sus tareas escolares. Elvira Madigan contaba sus bendiciones y eran muchas. La familia en que había nacido, su hermoso hijo, los buenos tiempos con Bob Sawyer, el entusiasmo por lo desconocido que le despertó América Latina cuando llegó por primera vez con Santiago. Los maravillosos amigos que hizo en Caracas, como Judit Green; la solidaridad de personas como Ingrid

Horowitz o Louise Alcott. El afecto y la sabiduría del viejo McLeod, su amado mentor de psiquiatría en los lejanos tiempos en que era estudiante en la Universidad de Toronto. El progreso que logró con su esfuerzo académico (a la larga un tanto desperdiciado en lo que a economía se refiere), la sorpresa de sus padres cuando se presentó con su primer automóvil, su emoción cuando les regaló dos semanas de vacaciones en Londres, el único viaje internacional que realizaron.

Llegó a su casa y Nevsky la recibió urgido de su paseo vespertino. Había olvidado hacerlo antes de salir al Zia Teresa. No era tan tarde, no más de las nueve, pero la calle se veía oscura y sin gente. Decidió de todas maneras sacarlo aunque fuera frente a la puerta del edificio, a él le gustaba que subieran toda la cuadra. Se cruzó con unos vecinos en el ascensor. Buenas noches, doctora, dijeron. Ya formaba parte de la comunidad, asistía puntualmente a las reuniones de condominio y generalmente sus ideas eran bien recibidas. Les parecía una persona sensata, y probablemente lo era, a la luz de sus opiniones era alguien con un buen sentido de prudencia en los gastos, prioridad de las necesidades, visión de futuro. Hacia ella misma no estaba del todo segura. *El hombre sin razones*, pensó en la novela de Pablo Narval. ¿Qué era lo que había comentado? Algo sobre la identidad desazonada. Ése era el libro que le dio a Judit. Compraré la novela de nuevo. Yo creo que también sufro de una identidad desazonada.

Después de las vacaciones de Navidad la chica de los *piercings* había sido renovada por una mujer de más edad, de estilo convencional y que se comportaba más atenta y eficiente. Le informó por teléfono que si quería hablar con Sonny debía venir a última hora de la tarde, los martes como a las siete. De resto Sonny no estaba en las oficinas de *Mango bajito*. Siguió sus instrucciones. La calle no era demasiado acogedora. Los recogelatas, niños abandonados, hombres que vagaban en las esquinas, parecían los extras de un filme en el cual, en cualquier momento, sobrevendría una escena de violencia en medio de la basura sin recoger. Sin embargo, las luces de los bares se iluminaban y los parqueros se veían muy activos ayudando a los clientes que detenían sus automóviles. No comería aquí por nada del mundo, pensó Elvira Madigan. La nueva recepcionista le abrió la puerta y acto seguido le comunicó que se iba.

–Puede esperar a Sonny, está al llegar.

–Pero, ¿la oficina queda sola?

–No hay problema. El señor Samperio dijo que podía esperar aquí.

Elvira era un poco claustrofóbica y la idea de quedarse encerrada esperando a un Sonny, que pudiera venir o no, le pareció poco amigable. La recepcionista se adelantó a su temor y le mostró el pulsador para abrir la puerta por dentro.

–Sonny ya viene, llamó para decir que estaba estacionando. Yo no puedo quedarme porque mi marido está esperándome y aquí no se puede uno parar mucho tiempo.

–Muy bien –contestó Elvira sin estar nada segura de su respuesta.

Detalló la oficina y se dio cuenta de que era un lugar completamente encerrado, se ventilaba con un aire acondicionado que debía datar de los años setenta, como en general todo el mobiliario. El escritorio de fórmica verde, las paredes con paneles de madera, una alfombra que apenas lo seguía siendo y unas sillas de plástico que componían un artefacto con tres asientos que se desbalanceaba tan pronto alguien se sentara. No tenía ventanas y todo el espacio no sobrepasaba los tres metros cuadrados. Lo único que delataba el paso del tiempo era la computadora, el teléfono hubiera hecho un buen papel en un anticuario.

Después de veinte minutos pensó que Sonny no merecía tanto, probablemente, cuando dijo que estaba estacionando, quiso decir que se encontraba en un estacionamiento al otro lado de la ciudad. Pulsó el botón para abrir la puerta y al salir al pasillo se cruzó con un hombre que corría hacia la oficina.

–Soy Sonny, ¿usted es la persona que me estaba esperando? Disculpe el retraso, no encontraba puesto en el estacionamiento y tuve que pararme muy lejos.

Elvira volvió a entrar con él y esperó de nuevo mientras Sonny hacía varias llamadas desde la oficina de Samperio.

–Tengo el portátil sin saldo. Y son llamadas urgentes. Bueno, dígame entonces.

Elvira volvió a la historia de Sofía Budenbrook. Depositó la carpeta sobre el escritorio y le recordó que ya él había visto ese portafolio y, al parecer, le había interesado.

–Sí, me interesó. Emilio quiere un número póstumo, un poco lúgubre, con escritores, artistas, músicos, que murieron muy jóvenes y nadie supo de ellos. Es un número difícil, pero Emilio tiene mucho talento, sabe qué le gusta a la gente, y esto

puede gustar. ¿Cómo es que se llamaba esta muchacha? Ah, aquí está, Sofía Budenbrook. ¿Cuándo murió ella?

–Murió el 17 de agosto pasado, fue asesinada en el homenaje a Pablo Narval.

–Wauu, más intenso todavía.

Sonny no era joven pero trataba de imitar sus modos de lenguaje. Elvira le calculó unos cuarenta, bastante desgastados.

–Ya me acuerdo –dijo como para sí mismo–. Un superevento con ese escritor que era muy famoso, y le dispararon en pleno acto. Y, esta chica, ¿qué tenía que ver?

–En realidad nada. Estaba en el público y alguien le clavó un cuchillo en el pulmón.

–¿Qué tal? Esta ciudad está imposible. ¿Por qué sería?

–No tengo ni idea.

Elvira experimentaba un malestar creciente.

–Bueno, pues, volviendo a su trabajo, yo le di un vistazo y me gustó. Por lo menos hay un par de poemas que me parece valdría la pena meter, luego están las anotaciones para un videoarte conceptual. Claro, no tenemos el material. ¿O sí lo tenemos?

–No lo tenemos.

–Ya, eso no es tan grave, de todos modos somos un medio impreso, pero hubiésemos podido reproducir algunas imágenes.

–No lo tenemos –insistió Elvira.

–Es que me pareció que las anotaciones indicaban que ese video fue realizado. ¿No lo dejaría en su casa, o en su taller?

–Puedo volver a mirar pero me inclino a pensar que no. ¿Usted conoció a esta joven?

–Para nada, nunca la he escuchado mencionar.

–¿Y se le ocurre alguien que pudiera conocerla?

–Pero, ¿usted no es de la familia?

–Sí, pero vivo fuera. No conozco a sus amistades.

–¿En Nueva York?

–No, no vivo en Nueva York.

–Chicos haciendo videoarte hay por montones. Es un medio más económico y en estos tiempos los artistas lo están usando mucho. Pero, imagínese, la cantidad de personas que puede haber en eso.

–El mundo es a veces más pequeño de lo que parece, si me dice de alguien que esté en ese medio a lo mejor puede saber de ella, y saber si el video se llegó a producir.

–De todas maneras no es indispensable para que salga en el número. Están los poemas y las anotaciones pueden publicarse en extracto como una guía. Lo que sí es indispensable es una foto de la artista.

–No hay problema, se la dejo en otro momento.

–Vale, gracias.

–Y volviendo a lo que le pregunté –Elvira no quería dejar la visita a Sonny sin alguna recompensa–, ¿se le ocurre alguien que pueda decirnos más de ella?

Sonny se rascó la cabeza bastante calva y pidió unos minutos.

–El grupo más interesante son los Millenium. Trabajan juntos para compartir los equipos y tienen un tallercito por la Nueva Granada. Me refiero a los más

underground; de los conocidos, que han expuesto en la Feria Internacional del Arte para jóvenes, o en alguna galería importante, hay también bastantes. Lo que pasa es que nosotros trabajamos con los desconocidos, es el *target* de la revista. Esta chica no era de las que eligen los curadores, eso se lo puedo asegurar.

—Con respecto a los Millenium, ¿podría ser más específico en cómo dar con ellos?

—Sacamos un reportaje hace poco, déjeme ver.

Sonny revisó los números anteriores de la revista durante un buen rato.

—Aquí está, fue en el segundo número, imagínese. Generación Millenium, ése es el nombre. Llévase el ejemplar, lo consulta con calma, ahí debe estar toda la información. Tuvo mucho éxito el reportaje, se nos llenó la oficina de gente que quería que viésemos su trabajo. A ver, a ver, no, no hay ninguna Sofía Budenbrook, pero a lo mejor la conocían, quién quita.

Elvira salió a la calle y le dio una propina a un parquero para que le buscara un taxi. Otra cosa que necesito urgente, además del automóvil, es un portátil.

Lo único que *Mango bajito* aportaba era el nombre de los componentes de la Generación Millenium, de resto, una entrevista cuyo contenido no comprendía demasiado, y algunas fotografías de los artistas y sus obras. No mencionaba dónde trabajaban, a excepción de que compartían los equipos, dado lo escaso de su presupuesto. Sus edades oscilaban entre los diecisiete y veintiuno, y eran cuatro: tres chicos y una chica. La chica era Xenia Vargas. Por aquí se abrió la puerta. Una puerta medio entreabierta.

Xenia Vargas no opuso ningún inconveniente para ver a Elvira Madigan, ni le importó quién era ni qué quería. Estaba más allá de todo. Observó sus venas destrozadas por las inyectadoras, sus ojeras, el estado emaciado en que se encontraba. Un conflicto de intereses luchó dentro de sí. Venció la psiquiatra:

—Si sigues así te queda poco tiempo.

—Ya lo sé —contestó Xenia, y se echó a reír—. ¿Quién quiere más tiempo?

—Te calculo un mes si no entras ya en un programa de rehabilitación.

—El mundo es el que necesita un programa de rehabilitación, ¿no cree?

—Probablemente, pero no existe ese tipo de programa. Los que hay son para drogadictos. ¿Cómo logras pagar este apartamento?

—Lo paga mi papá. Así se evita tenerme en su casa.

—Pues lo que debería pagar es la rehabilitación. Hay una casa bastante buena, puedo averiguarte los datos.

—¿Y tú viniste a eso? No lo puedo creer.

—Vine a lo que te dije por teléfono, a que me contaras de Sofía Budenbrook, y me encontré con una muchacha que pesa sesenta por ciento menos de lo que debería, probablemente VIH positiva, y completamente colgada de la heroína.

—Puedes pensar lo que quieras, pero yo no voy a hablar de mí porque no me da la gana ni tengo por qué coño hacerlo. Si quieres hablar de Sofi puedes quedarte, si el tema soy yo, vete al carajo y no me pises más la casa.

Elvira comprendió que debía negociar.

—Está bien, hablemos de Sofi.

—¿Qué quieres saber de ella?

—Quiero saber quién la mató, y para eso necesito información acerca de su vida, de sus amigos...

–De sus enemigos.

–De sus enemigos, por supuesto.

–Yo te soluciono esa pregunta facilito. La mató Quovadis.

–Así de simple.

–Así de simple. Estaban juntos y luego él se fue con otra persona, una tipa horrible, que le prometió que lo iba a ayudar a estrenar en Nueva York, en el Joseph Papp Public Theater. Imagínate esa vaina, Quovadis en Nueva York. Pero él se lo creyó, es tan vanidoso que se lo creyó. Sofi se puso furiosa, estaba entregada a él, era como una pasión, ¿sabes? Una enfermedad. Y una noche que fuimos a ver una obra de él estuvimos esperando a que saliera, y cuando salió le tiró la camioneta encima. Sofi tenía una camioneta. Había otras personas que vieron lo que estaba pasando pero Sofi metió el acelerador y nos perdimos. La gente se quedó desconcertada y no le dio tiempo a tomar la placa. No lo mató pero le quebró una pierna. Él le dijo a todo el mundo que ella iba a pagar por eso, que él había perdido la oportunidad única de su vida porque tenía que viajar a Nueva York para montar su obra y no pudo por lo de la pierna, estuvo como un mes hospitalizado.

–Sofi, ¿también usaba drogas?

–A veces, como todo el mundo, pero no tanto como yo. Compraba coca de vez en cuando. Pero cuando ocurrió lo de Quovadis estaba limpia. Era la enfermedad que tenía con ese carajo, ¿comprendes?

–Comprendo, pero no puede asegurarse que él la matara.

–Claro que sí, ¿con qué lo hizo?, con un puñal. Eso es una clave. Sofi lo conoció porque él montó *Macbeth* una vez y estaba buscando gente para el elenco. Ella quería en esa época ser actriz y se presentó. La contrató porque le gustó, para cogerla, no porque Sofi fuera una buena actriz, y menos para un papel así, Lady Macbeth, imagínate tú. La mató como en la obra, con un puñal.

¿Es una daga lo que veo frente a mí,
Con el puño vuelto hacia mi mano?

Siempre recordaría a David Levy, el chico más hermoso del Balzac High School en su actuación de Lord Macbeth. Fue la última representación antes de la graduación, en tiempos en que Joanne Ughuart parecía ser su peor enemiga porque quería robarle a Bobby Sawyer. Regresemos al presente.

–¿Cómo se llama Quovadis?

–No sé, siempre le decíamos Quovadis.

–¿Tú también tenías algo con él?

–A veces jugábamos los tres, pero quedamos en que no ibas a hablar de mí.

–Xenia, me has ayudado mucho y quiero corresponderte. Soy psiquiatra, puedo llamar a tu papá y explicarle el estado en que te encuentras.

Xenia Vargas se rió otra vez y Elvira presintió que no la volvería a ver. Revisó la nevera y no había sino una botella de leche vencida y unos cambures podridos. En los gabinetes de la cocina no había absolutamente nada.

–Te vas a morir de inanición.

–¿De qué?

–De falta de alimentación. Estás deshidratada. Tienes que beber un líquido con azúcar y comer algo, hazme caso, sé lo que estoy diciendo.

–No tengo fuerzas para ir a comprar comida.

–Voy a buscarte algo.

Elvira Madigan salió a la calle y se dirigió a una panadería. Compró agua, jugos, leche, pan, mantequilla, latas de atún y cereales. Regresó al apartamento pero Xenia se negó a abrir. Tocó varias veces y gritó su nombre sin que respondiera. Decidió dejar las bolsas frente a la puerta.

El deseo de morir es demasiado fuerte en ella. Pensó en la posibilidad de llamar a la policía pero desistió. Aquí no hay un 911 y me voy a meter en un problema indeseable. Llamaré a Boris, él tiene que buscar una solución, encontrar al padre de esta muchacha, lo que sea. Tocó la puerta de la conserje y le dijo que tenía una emergencia y que por favor le prestara el teléfono. La conserje no estaba y la hija no la dejó entrar. Se fue a su casa y desde allí llamó a Boris. Prometió hacer algo.

Por la noche recibió una llamada del doctor Vargas.

–¿Quién es usted?

–Se ha comunicado con el teléfono de la doctora Elvira Madigan. ¿En qué puedo ayudarlo?

–En nada, le agradezco que deje en paz a mi familia.

–Yo no tengo nada que ver con su familia, por circunstancias conocí a Xenia Vargas, que supongo es su hija, y su estado es lamentable. Requiere atención inmediata.

–Soy abogado y si vuelve a molestarla atégase a las consecuencias.

–No creo haberla molestado, si lo dice porque notifiqué la emergencia, más bien debería estar agradecido, su hija necesita ser hospitalizada urgentemente.

–Ahí se presentaron unos policías diciendo que los mandaba el comisario Boris no sé qué porque mi hija era una drogadicta y un peligro para la comunidad.

–No puedo saber qué dijeron.

–Si vuelve a meterse en vainas le aseguro que va a saberlo, váyase a su país, gringa de mierda –colgó el teléfono.

Condenada. Xenia Vargas está condenada. Elvira siguió con el programa de televisión que estaba viendo pero no lograba concentrarse. La historia que Xenia le había contado podía ser cierta, pero también un delirio. De todos modos quedaba un nombre en el aire: Quovadis.

El martes, terminada la sesión, dedicó unos minutos a intercambiar información con Adriana.

–Conocí a Xenia Vargas, la joven que usted dijo recordar como amiga de Sofía, su número estaba en la libreta. Es una muchacha con un serio problema de adicción a la heroína, no creo que dure mucho. Me contó que Sofía tuvo una relación amorosa con un director de teatro, Quovadis. ¿Le dice algo?

–Nada, pero eso no significa que no haya tenido una relación con Sofía, ya le comenté que ella era demasiado promiscua, por lo menos para mi modo de ver las cosas. ¿Fue una relación importante?

–Aparentemente sí. Sofía quiso ser actriz, incluso parece que actuó en una obra que él dirigió, *Macbeth*.

Adriana Budenbrook no pudo ocultar un gesto de miedo.

–Era la favorita de mi padre. Siempre comentaba una leyenda según la cual la obra traía mala suerte. Parece que en su primera representación murió un actor. ¿Lo había escuchado decir?

–Nunca. Volviendo a este *Macbeth*, de acuerdo con Xenia, Quovadis estaba reclutando el elenco y Sofía se presentó. La metió en el papel de Lady Macbeth. ¿Cuán importante era *Macbeth* para su padre?

–Le gustaba el teatro y consideraba a Shakespeare el más grande autor, lo que, por supuesto, no es ninguna particularidad. Dije que era su obra favorita porque le gustaba releerla y a veces lo hacía en voz alta, con un inglés correcto pero con un acento horrible.

–¿A Sofía le gustaba escucharlo?

–Creo que sí, de todos modos, si mi padre decidía leernos algo, igual teníamos que escucharlo, nos gustara o no.

Mientras Adriana hablaba pensó en Boris. Al terminar la sesión lo llamó y le contestó muy bravo.

–En qué lío me metió, apareció el padre de la yonqui y dijo que si no retiraba de inmediato a los muchachos él metía una denuncia en la fiscalía, es un tipo pesado, tiene mucho apoyo.

–Su hija se está deshidratando y él lo único que hace es pagar el apartamento para que se muera sola.

–Doctora, doctora, vaya a lo suyo.

–Es lo que hago, pase luego, ¿puede?

–Más tarde.

–¿Más tarde o más temprano?

–Como después de las dos, antes imposible.

–¿No puede darme un horario más humano?

–Mañana estaré fuera de cobertura por varios días.

–A las dos.

En preparación para el desvelo, mientras esperaba a Boris a las dos de la madrugada, salió a la Librería Americana del Centro Plaza. Tiene que haber un ejemplar de *Macbeth*. Lo encontró a un precio exorbitante. Esto lo pagas Adriana, no necesito las cinco principales tragedias de William Shakespeare en tapa dura. Comenzó a leer la obra desde el principio, y ya estaba terminando cuando sonó el intercomunicador.

—No se me salga de las reglas, doctora Madigan. Primero me llamó el otro día a hacerme una pregunta y ya le tengo dicho que toda conversación debe ser en su casa, o en otro lugar que yo le diga, o cuando yo la llame. No quiero que sepan que la estoy ayudando en esto. Y luego, el doctor Vargas, ¿usted sabe quién es? No lo sabe, entonces no se meta donde no sabe. Es hermano de un general, ¿le parece suficiente?

—Yo no sabía...

—Es lo que le digo, que no se pueden tomar decisiones cuando no se sabe.

—En cualquier momento la peste del cadáver hará que los vecinos llamen a los bomberos.

—Exacto, a los bomberos, pero no al comisario Boris Salcedo. La culpa es mía, no he debido hacerle caso. Bueno, pasemos a lo otro. ¿Qué más tiene?

—Tengo bastantes cosas más pero si usted continúa en ese estado de indignación contra mí no vale la pena que le cuente.

—Déme un café, por favor, y si no es mucha molestia un sandwichito.

Elvira descongeló en el microondas los restos del roastbeef que había preparado para cenar con Ingrid la noche de fin de año y puso la cafetera.

—No debería tomar café a estas horas, le rompe el sueño.

—¿El sueño? Esa palabra para mí no existe. Qué bueno está esto, lo hace excelente.

Se comió el sándwich, pidió otro, y poco a poco a Boris Salcedo se le fue pasando el mal humor. Felicitó a Elvira y señaló dos vías: el director de teatro y el videoaficionado.

—El director puede ser más fácil, de alguna manera podré llegarle, pero, ¿a decirle qué? ¿Mató usted a la ciudadana Sofía Budenbrook en venganza de que la susodicha, llevada por un ataque de celos, lo atropelló y le rompió una pierna? En cuanto al videoaficionado, tengo algunas posibilidades pero muy lejanas. Si fuera un artista sería más fácil, he hecho bastantes relaciones con el mundo cultural venezolano, pero si era un simple aficionado que le dio por filmar el evento, francamente lo veo imposible.

—Ponga un anuncio.

—¿Un anuncio?

—Sí, ofrezca una buena plata. Puede funcionar. Nosotros lo hacemos a veces y resulta.

—No se me hubiera ocurrido, lo intentaré. ¿Y con Quovadis?

—Identifique el nombre y apellido y lo interrogaré.

—¿En serio?

—En serio.

—¿Y cómo?

—Yo puedo interrogar a quien me dé la gana.

—Vaya, no pensé que se involucraría de esa manera.

–Una cosa es que usted vaya por la ciudad conversando con esa pila de artistas y otra es que se meta con un asesino de verdad. No está preparada para eso.

–Así que le parece que ese hombre pudo matar a Sofía.

–Me parece probable que unas chicas desbaratadas por la droga le tiren un automóvil encima a alguien, a cualquier hora de la madrugada, y si eso fue así no puede descartarse que ese tipo haya decidido vengarse. En medio del zaperoco que se armó con el disparo de Narval, no era difícil.

–Pero, para eso, tuvo que asistir con el puñal listo para hacerlo.

–¿Que lo premeditara? Sí, por qué no, la ocasión que se le presentó fue perfecta.

Elvira hubiese querido una botella de champaña para celebrar, pero no la tenía, y además eran las tres y media de la madrugada.

Boris Salcedo se fue y ella se tomó una pastilla para dormir. Estaba completamente desvelada y para Elvira Madigan sí existía la palabra sueño.

Por la mañana decidió elaborar un presupuesto. Había incluido los gastos de transporte y otros varios en los trescientos dólares pero las necesidades aumentaban. Anotó el libro de Shakespeare, ciento diez mil bolívares, y el costo del anuncio, una millonada para que tuviera cierta presencia y se repitiera dos veces por semana durante un mes. Adriana estuvo de acuerdo y se limitó a extender el cheque. Lo escribió así:

«Atención videoaficionados. Si estuviste el 17 de agosto en el homenaje a un célebre escritor, nos interesas. Una copia de ese video puede valer más de lo que te imaginas. Escribe a balzac@yahoo.com».

Por la noche tenía más de quince correos de gente que escribía diciendo que no había estado en el homenaje, pero tenía otras filmaciones muy interesantes, o que vendían la videocámara muy barata, o se ofrecían para filmar bodas y graduaciones.

Decidió llamar de nuevo a Tomás Orozco y proponerle otro encuentro. Al escritor parecía divertirse mucho esta oportunidad de formar parte de una novela de misterio y aceptó enseguida. La invitó a almorzar y la citó en un restaurante árabe de Chacao que tenía fama de barato. Tomás estaba muy entusiasmado con lo que estaba escribiendo y dedicó una buena parte del tiempo a contarle la novela. Transcurría en los años cincuenta y el personaje era un andino que venía a Caracas a hacer fortuna, de ese modo la novela reconstruía el perezjimenismo y finalizaba con la caída del dictador en 1958. Elvira le escuchaba con atención haciendo preguntas que demostraran su interés, y esperando la ocasión de entrar en el tema que le importaba: Quovadis. No quería parecer maleducada interrumpiendo a Tomás. Ya se habían comido el plato combinado para dos cuando terminó de hablar sobre su novela.

–Bueno, Elvira, te he contado mucho de mí, pero seguramente tú tienes preguntas sobre tu investigación.

–Estoy en eso, es bastante complicado reconstruir lo sucedido hace ya cinco meses, pero he avanzado.

–He tratado de recordar más detalles, pero la verdad es que no tengo mucho más de lo que ya te dije.

–A lo mejor pudieras darle un vistazo a esta lista.

Tomás se puso los lentes y comenzó a leer. Identificó varios nombres que de alguna manera Elvira ya tenía marcados, aunque le parecían inaccesibles: empresarios, banqueros, altos gerentes.

–Estaba todo Caracas –comentó Tomás.

Seguía la lista de escritores y editores, la mayoría de los cuales le eran conocidos, algunos amigos, otros eran personas que se encuentran en las presentaciones de libros, o autores que había leído, también algunos enemigos.

–No faltó nadie. Hasta unos cuantos políticos, aunque la verdad no recuerdo haberlos visto ese día.

–¿No había gente de teatro?

–No reconozco a ninguno.

–¿Conoces a Aída Machado?

–¿Si la conozco? Todo el mundo la conoce.

–Vi una entrevista que le hizo a Narval.

–No me gusta participar del canibalismo tribal, pero esa mujer es temible.

–¿Por?

–Bueno, fue un personaje con mucho poder y eso enferma. Hoy en día no es nadie, me sorprende que la pusieran como entrevistadora de Narval, no creo que supiera mucho de su obra. ¿Qué tal la entrevista? No la vi.

Elvira le comentó sus impresiones y abrió una compuerta.

–Yo, personalmente, la detesto. Cuando salió mi primera novela ella tenía una columna importante y la dedicó a destruir el libro. Me hizo mucho daño, a partir de allí se impuso la idea de que yo era un pésimo escritor. Tuve que ganar un par de premios para quitarme de encima la peste que me echó Aída Machado. Una mujer llena de resentimiento, de odio, pero escribía bien, y se acostumbró a que la gente la adulara, la comprara, en cierto sentido, y se convirtió en un monstruo. Caer en boca de Aída Machado era un peligro. Ahora, francamente, no representa nada, y políticamente, pues, te imaginarás, árbol caído. Por eso me sorprende que la eligieran a ella.

No estaba demasiado interesada en el tema de Machado, la tenía descartada de los probables contactos a seguir, y quería llegar a Quovadis.

–¿No había nadie de teatro? –insistió.

–Seguramente, pero deben ser jóvenes que no conozco.

Tomás Orozco volvió a ponerse los lentes y repasó de nuevo la lista. Elvira esperaba en silencio.

–El único que identifiqué es Enio López, un tipo de mi generación. Cuando monta algo utiliza el nombre de Quovadis. Fue el seudónimo con el que ganó un premio importante, hace mil años. Es más bien mediocre, no veo sus cosas.

–¿Qué tipo de obras hace?

–Como dramaturgo es un fracaso, así que se ha dedicado al montaje de clásicos, Ibsen, Chejov, Miller. Cosas así.

–¿Shakespeare, quizá?

–Puede ser, ¿te interesa?

–Trato de tener un cuadro lo más completo posible de la gente que asistió al homenaje.

–Claro, déjame una copia de la lista y la revisaré con más cuidado.

Elvira le dijo que podía quedarse con ella porque tenía otra en su casa. La conversación cambió.

–Y Adriana, ¿cómo está? Siempre digo que la voy a llamar y luego no lo hago. Es una persona que aprecio mucho, aunque no nos veamos con la frecuencia de antes.

–¿Ibas muy seguido a la casa de los Budenbrook?

–Mucho. Conocí bastante al viejo Adrian, un personaje. Le encantaba conversar y contar cosas de su vida, tenía ese orgullo del que ha surgido, del hombre que logra el éxito económico con su esfuerzo y su inteligencia. La madre de Adriana, Josefina, es muy amiga de la madre de Corina, mi ex. A él le gustaba que yo los visitara, sentía mucha admiración por los artistas y los escritores. Ya sabes que hizo una fundación para las artes, ¿no? Fue bastante importante esa fundación, de allí salió un gentío becado que pudo estudiar en centros de arte de Europa y de Estados Unidos. Tenían un salón anual, daban premios. Puso mucha plata en eso, cuando murió los hijos no quisieron seguir con el asunto, es normal.

–¿Crees que la vocación artística de Sofía se relacionaba con su padre?

–Pues, supongo que sí. Cuando ella era niña la fundación todavía estaba muy activa, así que se crió en ese ambiente. Había un gerente pero a Adrian le gustaba ocuparse personalmente. Ya estaba retirado de los negocios.

–¿A qué edad murió Adrian Budenbrook?

–Como a los setenta y tres o setenta y cuatro. Le dio un infarto.

De pronto Elvira sacó unas cuentas.

–Sofía tenía unos quince entonces.

–Sí, era casi una niña. Tiene mucha diferencia con los hermanos mayores.

Elvira continuó con el cómputo.

–Si murió a los setenta y cuatro en 1998, su padre era un hombre de unos cincuenta y pico largos cuando nació. ¿Qué edad tenía, entonces, su madre?

–Josefina era bastante más joven que él.

–Sí, ¿pero cuánto?

–No recuerdo en este momento, unos diez menos.

Tomás Orozco cambió la conversación súbitamente, pero Elvira no estaba dispuesta a dejarlo ir.

–¿Cuarenta largos?, raro un embarazo a esa edad, en esos años.

–No sé si debería decirte esto, a Adriana no le gustaría, pero si te contrató para que averiguaras acerca de la muerte de Sofi debes saberlo. Ella no era hija de Josefina. Adrian la tuvo con otra mujer y Josefina aceptó cuidarla. Parece que fue muy escandaloso al principio, pero ellos lo manejaron bien, se fueron un tiempo de Venezuela, y luego a la gente se le olvidó el asunto. Sofi era la hija menor de los Budenbrook y punto. Yo no los conocía entonces, me lo contó Corina mucho después.

Elvira pensó que se le planteaba un problema ético con Adriana. Cumpliendo con su demanda, sabía de ella cosas que ella misma no le había confiado, igual que ocurría con la historia que le contó Vera Gerber. Eran versiones paralelas que pudieran contener verdades, medias verdades, mentiras o medias mentiras. Aquí estaba en un atolladero. Eso me pasa por aceptar este papel tan incómodo en que acabaré por ser una mala terapeuta y una mala investigadora. Sintió deseos de renunciar, de decirle a Adriana Budenbrook que el juego terminaba. Escuchó a McLeod: «¿Es ésta la primera vez que un paciente oculta información o la distorsiona? Por favor, doctora Madigan, tenga paciencia».

Guardó en la cartera la novela que le había regalado Tomás Orozco: *El intermediario*, premiada por el Consejo Nacional de la Cultura.

–Muchísimas gracias, la leeré con mucho interés.

Seguían llegando mensajes al correo que había colocado en el aviso de prensa. Algunos, inocuos, no representaban más que la pérdida de tiempo en borrarlos; otros definitivamente hostiles. «No trabajo para tombo». «No tengo videocámara pero te puedo lamer la cuca». «Si eres Balzac para qué buscas escritores». Lo dejaré una semana más, esto no va a ninguna parte.

Recibió una llamada de Sonny recordándole que no le había entregado una foto de Sofía. Definitivamente la iban a incluir en el número como poeta, las anotaciones sobre el videoarte no eran suficientes. Prometió llevársela el lunes. Luego un mensaje de Tomás Orozco diciéndole que se le habían ocurrido otros nombres que podían ser interesantes y proponiendo almorzar el sábado. Pero el sábado Elvira había acordado salir con Ingrid Horowitz. Sentía vacía la tarde del viernes. Vera Gerber había cancelado la sesión y Adriana llegó tarde. Era el día de la partida de Jean-Paul y venía de despedirse. Escuchó sus lamentos, que, por otra parte, eran comprensibles, y el rencor que le producían las falsas promesas de Jean-Paul, que amenazaba con visitarla dentro de un mes, aprovechando un viaje a Brasil.

Lo único importante del día era una correspondencia de Canadá informándole que las jubilaciones anticipadas, como era su caso, habían sufrido un aumento de los impuestos, tres con setenta y cinco dólares mensuales, para ser exactos, y esperaban que confirmara que había recibido el aviso. Más caro que el impuesto es pagar el correo, ellos no saben lo que cuesta enviar ese maldito acuse de recibo desde estos países. Se sintió completamente desanimada. Nevsky vino hacia ella y se subió en sus piernas. Era muy sensible a sus estados de ánimo. Encendió la televisión porque era la hora de *Law and Order*. Ésos sí eran policías de verdad, que lograban capturar a los culpables, que contaban con sistemas de información, órdenes de arresto, métodos de investigación científicos, fiscales cooperadores. Se sentía ridícula con su investigación, una mujer extranjera de mediana edad dando vueltas en taxi y en metro por una ciudad en la que a nadie le importaba el crimen que acabó con la vida de un gran escritor y de una joven; tampoco a nadie le importaba ninguno de los homicidios que podían leerse a diario en la prensa, y mucho menos los que ni siquiera aparecían. «La vida no vale nada», es más que un lugar común.

Elvira siempre leía las noticias de niños que caían en los barrios en medio de balaceras; los taxistas que aparecían muertos una madrugada, o el linchamiento de un azote de barrio. Y siempre una mujer asesinada por «su compañero», lo que la prensa denominaba «crimen pasional». No había ninguna pasión en esos crímenes, pensaba, por el contrario, concretaban la banalidad de la muerte. ¿Sería Enio López, Quovadis, un criminal pasional? ¿Tanto como para arriesgarse a entrar con un puñal en un evento de seiscientos personas, con la definitiva intención de clavárselo a una chica de veinte años? ¿Era un crimen pasional que Sofía Budenbrook lo hubiese atropellado delante de otras personas, que se quedaron en silencio porque, como no vieron la placa, quedaban absueltas de cualquier responsabilidad?

Con esta tarea de entrevistar personas que pueden o no saber algo, he dejado olvidada una pista que tengo al alcance de la mano. Buscó la prueba número 2; una de las dos pruebas localizadas por los muchachos de Boris. La tenía muy bien guardada en la parte alta del clóset de su habitación. La sacó y buscó también la lupa. Revisó la daga con los guantes estériles, tal como le había ordenado el comisario, y la detalló.

Simulaba un arma antigua aunque obviamente no lo era, parecía un tosco souvenir turístico. Elvira no sabía nada de las llamadas armas blancas, aunque blanco no le parecía un buen adjetivo para un objeto que hace sangrar. Era como una espada de juguete, con el puño en cruz imitando las de los guerreros medievales; la hoja era afilada, cortante, y medía unos treinta centímetros (veintiocho y medio, exactamente, comprobó). Capaz de ingresar en el cuerpo de una persona si se empujaba con cierta fuerza, suficiente para hacer colapsar un órgano vital si se adentraba unos veinticinco centímetros en una espalda tan delgada como la de Sofía Budenbrook. ¿Se utilizaba un instrumento tan peligroso en el teatro? ¿Por qué no? ¿Acaso habría una inspección de seguridad para preservar a los actores o al público? Elvira Madigan se imaginó lo ocurrido.

Están en la escena I del acto II, corte del castillo de Macbeth, salen Banquo y Fleance, Lord Macbeth queda solo; va a declamar el parlamento de la daga, y no hay daga. El director monta en cólera, insulta al asistente de producción, ¿cómo es posible que no haya una daga en esta vaina? Estamos haciendo *Macbeth*, ¿tú no sabes que hace falta una daga? El asistente de producción es un chico temeroso, que aspira algún día a ser director de teatro, un famoso director de teatro, y por los momentos está trabajando con Quovadis en este montaje. No, no hay daga, no la encontró. Mejor dicho, se le olvidó que la necesitaban. Quovadis va a despedirlo, está furioso, el chico promete encontrar una daga para el día siguiente. Sigue el ensayo con una daga imaginaria. El chico no tiene la menor idea de dónde puede encontrar una daga. Y de repente se le ocurre una idea genial. En la avenida Urdaneta había una tienda de unos españoles que vendían cosas antiguas. La recuerda porque él vivía cerca cuando era niño. Vendían puñales, muñecas vestidas de flamenco y muñecos vestidos de torero, guitarras, castañuelas, sombreros andaluces, disfraces de gitana. La tienda se llamaba El Rincón de Toledo, puede ser que esté todavía. Se monta en una mototaxi y se baja en la esquina de Ibarra. Era más o menos por ahí. Él vivía dos cuadras más arriba, pasó por enfrente miles de veces, dos veces al día por lo menos, durante varios años.

La tienda existe, Dios está con él. Si Dios conmigo contra mí ciento, dice siempre su madre. Entra y revisa como un loco los estantes. La tienda ahora vende otras cosas, hay pantaletas, chancletas, celulares, discos y videos piratas. En unas repisas en lo alto quedan arrumados los muñecos vestidos de torero y los sombreros andaluces. Entre esos vestigios tiene que haber una daga. Le pregunta al dueño, le parece que es el mismo, si tiene espadas, cuchillos, como los que había antes. El hombre se rasca la cabeza y dice que a lo mejor quedan, pero han cambiado el ramo. Insiste. El hombre entiende que es una venta segura, un cliente que sabe lo que quiere. Busca una pértiga y remueve los disfraces de toreros y gitanas. Toca una caja. Busca una escalera y la baja.

Allí están los puñales toledanos. Agarra uno, el que da la impresión de ser más antiguo. Pregunta el precio. El dueño mira la etiqueta en la que todavía se lee una cantidad inverosímil. Ochenta bolívares. Era bien caro, ¿qué pido por esto? Saca unas cuentas y dice ochenta mil. El chico de producción contesta que tiene cincuenta mil. El hombre de nuevo se rasca la cabeza, ¿quién va a llevarse eso? Está bien, lo deja en cincuenta. El chico sale con el puñal metido en el morral, se monta en otra mototaxi, y llega al teatro. Busca a Quovadis y le enseña la daga. Quovadis la ve y dice vale. La próxima ponte pilas. Todo se ha solucionado, cuando comience el ensayo Lord Macbeth tendrá su daga.

Esta historia es lo único que explica la inscripción: «Armerías de Toledo. Plata de Ley. 1957».

¿Es una daga lo que veo frente a mí,
Con el puño vuelto hacia mi mano? Ven, déjame tomarte.
No te tengo, y sin embargo constantemente te veo.
¿No eres, acaso, visión fatal, tan sensible
Al tacto como a la vista? ¿O eres sólo
Una daga imaginaria, una creación engañosa
Surgida de un juicio sometido por la pasión?

¿Quién era Lord Macbeth? ¿El hombre con quien Sofía Budenbrook consolaba el abandono de Quovadis? ¿Quovadis mismo? Quovadis la pudo matar de cualquier manera, pero quiso hacerlo así, con la daga de Macbeth, para asesinar a Duncan.

Cuando llamó Ingrid para avisar que salía a buscarla, Elvira Madigan estaba con mejor ánimo. También Nevsky iba contento, su ingreso al automóvil había sido autorizado mediante la promesa de una cobija que protegiera el asiento trasero. Miraba por la ventana y ladraba para saludar, sobre todo si veía a otro perro. Elvira necesitaba desahogarse pero no quería comentarle la investigación. Era demasiado complicado y seguramente Ingrid quedaría horrorizada. Le contó el estado en que había encontrado a Xenia Vargas y tuvo que dar alguna explicación de por qué había llegado a ella; le dijo que la habían llamado para ese caso pero dudaba en tratarla. Ingrid se alegró de trabajar con ancianos y no con jóvenes drogadictos.

–No la trates. Los padres de los adictos siempre son mala paga.

–¿Por qué lo dices?

–Eso opina Richard Wood.

Elvira comprendió que el silencio de Richard probablemente se explicaba porque había dedicado esta semana a Ingrid. A lo mejor las alternaba metódicamente.

–¿Tienes algo con él?

–Sí y no. O sea, me llama de vez en cuando, viene a casa, trae el vino, le cocino, prometo luego invitarme a un restaurante y desaparece.

Mismo patrón, pensó Elvira.

–¿Y qué le cocinas?

–Hago los *blinis* con salmón y los *varenikes*, como los preparaba mi madre. Le encanta la comida étnica.

La próxima vez le voy a preparar el plato favorito de mi padre, panquecas con *maple syrup*, es lo más étnico que se me ocurre, y más barato que el *roastbeef*.

Llegaron a El Hatillo y se vieron forzadas a un recorrido agotador porque en ninguna parte aceptaban mascotas. Por fin dieron con un restaurancito que permitía la presencia de Nevsky en las mesas de afuera. Ingrid Horowitz volvió a su tema preferido: el abandono al que la sometía su única hija. Había rasguñado sus ahorros y decidido que igual viajaría a Tel-Aviv para ver a su nieto, y la respuesta fue que no era el momento. Demasiado trabajo, por una parte, y por otra la tensión política era muy fuerte. Los últimos atentados, etc.

–No quiere verme, eso es todo.

–Quién sabe, a lo mejor está en crisis con el marido y no quiere que lo sepas, o cualquier otra circunstancia. No saques la peor conclusión.

–Te agradezco la psicoterapia, pero mi hija es una mierda y no me digas que no.

–Te voy a contar una anécdota materna, a ver cómo la piensas tú.

–¿Es de una paciente?

–Sí, me llegó estos días. Bien, el caso es que proviene de una familia de siete hermanos, la menor es una muchacha muy joven. Me puse a sacar la cuenta de los años que tenían los padres cuando nació y la madre era demasiado mayor para tener una hija tan joven. ¿Me estás siguiendo?

–Perfectamente.

–Interrogué un poco y salió la verdad. La última hermana es hija del padre, pero no de la madre. El padre la tuvo con otra mujer y ella aceptó cuidarla como hija.

–La señora no había leído nada del feminismo.

–En serio, Ingrid, ¿tú que pensarías?

–No hay mucho qué pensar, es una mujer completamente sometida, el tipo le impuso esa niña, a lo mejor la amenazó con dejarla, o simplemente la convenció de que la niña quedaría abandonada si él no se hacía cargo de ella. La culpabilizó.

–Eso es.

–¿Y la muchacha lo sabe?

–No estoy segura, mi paciente es una de las hermanas mayores. A la muchacha no la conozco.

–Probablemente lo intuye, pero no lo sabe con certeza. Una buena manera de neurotizarse a una persona, hacerla dudar de su identidad.

–Eso es. Sigue.

–Si la muchacha percibe que no es hija de la madre, se siente como una intrusa. No sabe bien quién es. No puede encontrar su lugar.

–Eso es. Muy bien.

–Pero, ¿a ti te interesa la chica o la hermana mayor?

–Es lo mismo, la hermana mayor tiene muchos sentimientos de culpa con ella.

–Porque sabe la verdad, pero no se lo puede decir porque traicionaría al padre.

–Perfecto.

–La chica es probablemente una persona perturbada, con trastornos de identidad, no sabe qué hacer en la vida, sus metas son confusas.

–Es exactamente así.

–Y, a lo mejor, tiene ciertas pistas acerca de la verdad de su origen y ha intentado hacer averiguaciones por su cuenta porque está convencida de que la familia no le dirá nada.

–Es probable. ¿Cómo era su madre?

–Lo más seguro es que la madre fuese una mujer pobre, no podía educarla y la entregó. O también cabe que estuviera enferma, sabía que iba a morir, y efectivamente murió. Una persona muy sola, en ese caso. Alguien que no tenía más nadie a quien recurrir.

–O el padre la obligó a entregar a la niña.

–También, pero eso lo veo más raro. Una familia con seis hijos, y el padre se empeña en quedarse con la que nació de otra relación. No me suena.

Nevsky se había enzarzado en una pelea a distancia con un perro mucho más grande que él y los ladridos de ambos eran insoportables. Pagaron la cuenta y caminaron un rato por el pueblo. Ingrid había dado en el clavo, la culpa de Adriana hacia Sofía estaba en razón de su complicidad con el padre. Una vez muerto, los hermanos y la madre lejos (probablemente ellos no le perdonaban al padre la situación que impuso con Sofía), ella era la única responsable. ¿Porque era la única hija mujer? Esto explicaba la ausencia en el entierro. Una mujer tradicional, dedicada a su casa y a sus hijos, como era Josefina, con dinero para viajar, y no se presenta en el entierro de su hija menor que muere asesinada. Demasiado inconsistente. Adriana heredó de su padre la custodia de esta niña, que llegó a la familia cuando ella era ya una adolescente. ¿Unos diecisiete o dieciocho años?, chequearía después los datos, pero era más o menos así. Y en ese tiempo en que vivieron las dos en el mismo edificio y se veían con frecuencia, aunque Adriana insistiera en que no hablaban de sus vidas personales, y que ella no estaba al tanto de las relaciones de Sofía, ¿es imposible que haya sentido la tentación de revelar su origen? No es nada imposible, al revés, es muy probable. La culpa es doble, porque calló antes, porque habló ahora. ¿Y por qué

tanta resistencia a ver a la madre? ¿Porque se llevaban mal?, ¿porque a Josefina no le gustaba su marido, que ya desapareció de la escena? ¿O porque le es difícil enfrentarla después que le dijo la verdad a Sofía? Las madres siempre terminan por saber lo que ocultan los hijos. Adriana rompió el pacto de familia. El pacto de silencio. Ésa es una transgresión grave. Y, al hacerlo así, ¿Sofía se trastornó más de lo que estaba?, ¿se metió por caminos indeseables?, ¿tan indeseables como enamorarse de un hombre capaz de matarla?

–Elvira, te estoy hablando y no me contestas.

Ingrid le estaba preguntando si le parecía que valía la pena comprar una cobija de los artesanos de Tintorero. Pero Elvira estaba muy lejos de allí.

–No vale la pena, ¿dónde la vas a poner?

–En ninguna parte, me pareció bonita.

Discutieron un rato el precio y finalmente Ingrid se llevó unas frutas de madera. Elvira encontró un biombo que le recordaba el que estaba en la casa de sus padres y quiso ser indulgente con su nostalgia.

–¿Estás segura de que cabe en la camioneta? –preguntó Ingrid un poco preocupada de que el biombo le rayara la puerta.

Elvira estaba decidida a que cupiera y el chico de la tienda probó a meterlo, después de forcejear un rato lo amarró en el techo. Regresaron a la ciudad y Elvira estaba muy contenta.

–¿Qué te puso de tan buen humor? ¿El biombo?

–Me gusta mucho que seas mi amiga, y, además, una gran psicoterapeuta.

–No creas, si lo dices por las elucubraciones que hice de tu paciente, me atraen los neuróticos en teoría, en la vida real prefiero a mis viejitos.

Elvira entró en el apartamento con la convicción de que tenía que encontrar a Quovadis. Sentía miedo cuando pensaba en él. Era indispensable que Boris Salcedo cumpliera con su palabra de interrogarlo. Como un verdadero policía de *Law and Order*.

Compró más de diez periódicos para establecer la agenda cultural del próximo fin de semana. En el tema teatral aparecían dos opciones con buena posibilidad. La primera tenía lugar en la sala del Trasncho el domingo por la mañana, producían una lectura dramatizada de *Las criadas*; era el estilo de Quovadis, y, por lo tanto, los espectadores pudieran conocerlo. La cola era larga, lo que facilitaba su trabajo. No tenía pensado ver la obra sino hablar con la gente. Comenzó con una pareja joven que se besaba continuamente, alternando los besos con una bolsa de Doritos. Esperó un minuto de paz y les preguntó si conocían al director. Dijeron que no, pero les habían recomendado la obra. Preguntó si, por casualidad, habían visto la versión que hizo Quovadis, y contestaron de nuevo que no. Pero ¿conocían a ese director?, insistió Elvira. No, nunca.

Cambió de *target* y se aproximó a tres amigas de mediana edad que conversaban entre sí con voces educadas. Repitió el esquema con los mismos resultados. Esperó a que todo el público entrara y se dirigió al chico que recibía las entradas. Quería saber si tenían programada alguna obra de Quovadis. Ni idea, la programación la llevaba la gerente y no estaba los domingos. Le dio un teléfono para llamarla el lunes.

La segunda opción tenía lugar a las cinco de la tarde en el Teatro Luis Peraza, en una zona de la ciudad que Elvira no conocía demasiado. Tomó un taxi y llegó como a las cuatro. Nunca había estado en ese teatro, y le gustó mucho su estilo modernista. El público era muy diferente al del Trasncho. Aquí sí voy a tener éxito, pensó. Había gente haciendo cola y pensó en volver al sistema anterior, pero le pareció que no se adaptaba bien al ambiente más intelectual de la sala. Fue directamente a un hombre que parecía ser el encargado de la venta y recepción de entradas, así como de encender las luces y abrir las puertas, y le preguntó si tenían en programación alguna obra de Quovadis. El hombre contestó que hacía tiempo que Quovadis no montaba nada allí. No lo había visto últimamente. Elvira lamentó esto y comentó que creía recordar que la última fue *Macbeth*. Le encantó. El hombre dijo no estar seguro si había sido *Macbeth* o *El Rey Lear*. Le recomendó que entrara a la función de hoy, *El tío Vanya*. Una versión excelente. La sala era muy pequeña y se estaban terminando las entradas.

Elvira le agradeció su recomendación y pensó que de esta manera no llegaría a nada. Recorrer los teatros de la ciudad para saber si alguien había visto a Quovadis, o tenía noticias de sus próximos montajes, era un método imposible. Había estado evitándola, pero la idea se imponía contra todo. La única persona que podía darle información sobre él era Xenia Vargas. Miró la hora y era todavía temprano, la tarde estaba espléndida, con la luz que amaba de la ciudad y una cierta tranquilidad que parecía desprenderse en aquel barrio de calles bien planeadas y edificios de arquitectura noble. Se acercó a la avenida principal y esperó a que pasara un taxi. Xenia vivía a una parada de metro de su casa, de modo que desde allí le sería fácil regresar, lo único malo que pudiera pasar es que no estuviera o no quisiera recibirla. Cabía algo peor, y era encontrarse con el padre de Xenia, pero algo le decía que ése era un riesgo improbable.

El taxi la dejó frente al edificio. No tenía un sistema de vigilancia complicado, simplemente la entrada principal cerrada. Pensó que llamar por el intercomunicador le permitiría a Xenia no abrir, en cambio, si se presentaba tocando el timbre de la puerta del apartamento, le sería más difícil impedirlo. Era cuestión de que entrara o saliera alguien. Una media hora después salió alguien, Xenia Vargas.

La joven la miró y tardó unos minutos en reconocerla, pero cuando estuvo segura se acercó a ella.

—¿Vienes a verme?

—Sí.

—Estoy mejor.

Elvira sabía que estaba mejor, era evidente que tenía un aire más saludable, al menos con cierta fortaleza, la mirada menos vidriosa, los movimientos más coordinados.

—No sé muy bien quién eres pero creo que me salvaste la vida con esa cantidad de comida que me dejaste.

—Era indispensable, te estabas muriendo.

—Lo que fue increíble es lo de la policía. No sé cómo llegaron ni qué pasó, pero llamaron a mi papá y estaba furioso.

—Lo lamento.

–Yo no, fue extraordinario, una de las cosas más extraordinarias que me han pasado. Te imaginas, la policía preguntándole por qué no me metían en una clínica. Se sentía humillado.

–No sé si fue una buena idea de mi parte.

–¿Fuiste tú? No lo puedo creer. Ese día que viniste a pregun-tar-me por Sofía, creo que te traté mal. Yo estaba, no sé cómo decirte, no era yo.

–Estabas casi delirante por la droga y por la falta de nutrientes.

–¿Eres médica?

–Sí.

–Oye, qué suerte tuve. ¿Y a qué viniste hoy?

–Bueno, quiero saber de Sofía y ese día no estabas en condiciones de decirme mucho.

–Acompáñame un minuto al ciber, y luego hablamos. Es que quiero leer mis mensajes y mi papá, de la furia, me cortó el servicio de internet. Es lo único que puede hacer, si me quita el apartamento tendría que llevarme a su casa y la esposa no quiere.

Caminaron hacia el cibercafé en silencio y Elvira pensó que, después de todo, había tenido una buena idea en buscar de nuevo a Xenia. Nunca se sabe por dónde salta la liebre. Esperaba que le dieran con la puerta en las narices y se encontró con una muchacha agradecida. Los mensajes no debían ser muchos porque rápidamente terminó de leerlos. Temiendo que la buena suerte se acabara y Xenia dejara de verla como su hada madrina, le propuso que se sentaran allí mismo. No quería que se le escapara. Pidieron unos refrescos y Xenia dijo:

–Me hace mucha falta Sofi. Desde que murió me siento completamente abandonada.

Cómo será su estado psicológico para sentirse protegida por alguien tan frágil como Sofía Budenbrook.

–No te expliqué bien las cosas, a lo mejor eso te molestó. Yo estoy llevando una investigación acerca de su muerte, la familia me dio su libreta de teléfonos y allí estaba el tuyo. Por eso te llamé.

–¿La familia? No me hagas reír. ¡Qué familia! Sofi no tenía familia, salvo que te refieras a la bicha de su hermana. Era como yo, personas que han perdido a su familia, a su gran familia. El padre de Sofi era un tipo de plata, y el mío también. Éramos hermanas, personas que nacimos en la familia equivocada. Además, ella decía que no era hija de sus padres. Quería saber su verdadero origen.

–¿Crees que tenía razón?

–La verdad, no lo sé. A veces me parecía que lo decía en serio, otras que se lo inventaba.

Elvira sintió temor de que Xenia se fuera en una larga exposición de sus vicisitudes, aunque, por un lado, esas confesiones la acercarían más, pero, por otro, no estaba segura de que su atención permaneciera fija demasiado tiempo. No quería perderla de nuevo.

–En fin, su muerte es un misterio, y quiero saber más de eso.

–No es ningún misterio, ya te dije, ¿te lo dije o no?, la mató Quovadis.

–¿Estabas allí cuando ocurrió?

–No, Sofi me invitó a que fuera con ella, pero no me pareció interesante. Lo mío es el videoarte, estuve un tiempo con la gente de Millenium, pero me botaron, dijeron que con la droga no podía hacer nada y no me quisieron más. A Sofi le interesaba la

literatura y estaba loca por ver a ese señor, de hecho trabajó un tiempo en la organización de la visita para preparar los videos que se iban a hacer, al final desistieron de eso y no siguió con ellos, pero logró que le dieran una invitación.

Xenia comenzó a llorar. Se estaba viniendo abajo.

–Tienes una gran pérdida, un gran dolor.

Pareció recuperarse.

–Es que sin Sofi la vida no tiene sentido. No sé si me entiendes. Bueno, lo que quieres saber es lo que pasó y ya te lo he dicho.

Siguió llorando y Elvira estaba desconcertada. En minutos todo podría desvanecerse. Xenia se levantaría de la mesa y se iría a su casa a inyectarse.

–Pero, ¿quién es Quovadis?, sé que se llama Enio López, pero, ¿qué más?, ¿dónde vive?, ¿qué hace?, ¿cómo lo encuentro?

–No te recomiendo que lo busques, es un coño de madre, capaz de cualquier cosa.

–Sin embargo, tú y Sofi tenían con él una relación cercana.

–Porque no nos habíamos dado cuenta de quién era. Sofi quería actuar y él estaba buscando gente para montar *Macbeth*, allí fue que la conoció, lo conocimos. La metió como Lady Macbeth, un papel superim-portante en la obra, y ella no estaba en condiciones de hacerlo. Ella decía que era lo más grande de su vida porque era la obra favorita de su papá. Según Sofi su papá era un hombre muy culto, dio mucha plata para los artistas. Lo admiraba totalmente. Pero como actriz, en mi opinión, tenía talento pero sin preparación suficiente. Era como una actriz espontánea, intuitiva, no había estudiado ni nada de eso. Bueno, se empataron y Sofi le dijo que él tenía que contar conmigo, siempre había sido así, no sé si me entiendes, y él dijo que estaba bien. Seguimos un tiempo, durante los ensayos, pero al final no pudo montar la obra, no consiguió el dinero, o fue cuando apareció la tipa esa que le dijo que lo iba a llevar a Nueva York. Sí, creo que fue eso, apareció ella y él terminó la cosa con Sofi. Eso fue tremendo, le había dado como una enfermedad con él, no se resignaba. Yo le decía que no valía la pena, que dejara eso así, pero no pude convencerla. Le tiró la camioneta encima y él se vengó después. Eso es lo que pasó.

–¿Tú crees que él fue a ese evento para matarla?

–No sé si fue a matarla o se le ocurrió en ese momento, pero sé que lo hizo.

–Usaron una especie de puñal, como antiguo.

–Sí, ya lo sé, lo vi en el periódico.

–¿Fuiste al entierro?

–Sí fui, claro que fui. La perra de la hermana ni me saludó, me acerqué a darle el pésame y no me miró a la cara.

–A lo mejor en ese momento no te reconoció.

–Claro que me reconoció, me había visto mil veces, me detestaba. Es una bruja.

Xenia volvió al llanto, esta vez más atormentado. ¿Era pensar en Adriana lo que le hacía daño?

–Eso debe haber sido muy doloroso para ti, que la hermana no te quisiera saludar.

–No, eso me daba lo mismo. Yo la detestaba también. Es hablar de Sofi lo que me hace daño, no sé si quiero seguir.

–Pero ese dolor te está matando, si sigues el mismo ritmo de heroína que llevas, tú también morirás.

Elvira sabía que le quedaba muy poco tiempo de conversación con Xenia Vargas. No podía perder una oportunidad que quizá no se volvería a presentar.

–Dime dónde encuentro a ese hombre. No te preocupes, no le hablaré de ti.

–Vive en una pensión del centro, se llama Casa Coima, queda en La Pastora. No vayas sola, oye lo que te digo.

–Xenia, quiero insistir en que pueden ayudarte.

–¿Muy caro?

–Son tratamientos costosos, pero me acabas de decir que tu padre tiene medios para pagarlo.

–De bola que los tiene, pero no va a querer. ¿Dónde es?

Elvira recordaba que Richard Wood le había mencionado un programa de rehabilitación, fuera de Caracas, en un lugar llamado Turgua, pero no tenía los datos precisos.

–Dame tu correo, te escribo con la información.

Xenia lo anotó pero había poca esperanza en su mirada. Sin embargo, pensó Elvira, cuando la conocí creí que no la volvería a ver y no fue así. A lo mejor todavía está a tiempo.

La vio desaparecer por la puerta del edificio y siguió caminando hasta el suyo. Ya había oscurecido pero todavía las calles estaban animadas y se veía gente aprovechando el final del domingo. No quería entristecerse por el destino de Xenia Vargas, una entre miles; había obtenido la información que necesitaba y Boris podría interrogar al primer sospechoso. Todo parecía culparlo, estuvo presente esa noche, tenía una razón de venganza y un arma muy particular que poca gente hubiera utilizado. La daga de Macbeth. Las circunstancias parecían indicar que no había relación con el crimen de Pablo Narval. Enio López quería matar a Sofía Budenbrook, estaba buscando la ocasión, y supuso que estaría en ese evento. Quizás alguien se lo dijo, o la relación entre ellos había continuado sin que lo supiera Xenia. Un evento con seiscientos invitados, en el que servirían un brindis, y la gente estaría apiñada mientras los meseros pasaban las copas. Acercarse, rozarse con otra persona, es muy fácil en una situación así. Un puñal no hace ruido, no ocupa espacio dentro de la chaqueta de un hombre. Enio López localiza a Sofía, pasa al lado suyo, con la misma chaqueta cubre su mano y hunde la hoja en su cuerpo, inmediatamente se aleja, sale furtivamente mientras la gente rodea a una chica caída en el piso. Cuando comprendan lo que ha ocurrido ya él habrá desaparecido. Pero sucedió algo completamente imprevisto, una circunstancia inimaginable. Le disparan un tiro al escritor homenajeado. No habrá brindis, sino momentos de pánico y confusión. Más fácil todavía. Todo el mundo está ocupado en evacuar la sala y en atender al herido. Nadie puede ver que un hombre se acerca a una joven, le clava el cuchillo por la espalda, y procede a huir, tan rápido como lo está haciendo el resto de los invitados ante el miedo de que se repitan los disparos. Cuando llegue la policía estará muy lejos.

¿Cuál es el motivo por el cual Enio López asesina a Sofía Budenbrook? Es un motivo pasional, no le importa nada Sofía, pero considera que le arruinó la vida con ese accidente que le impidió viajar y estrenar una obra en el Joseph Papp Public Theater. Nunca lo hubiera logrado, es un hombre mediocre, más que mediocre, pésimo director y probablemente peor dramaturgo, pero él no duda de sí mismo, no desconfía de su talento, simplemente no ha tenido suerte, o ha sido envidiado al punto que le han cerrado las puertas. En cambio esta mujer que le promete llevarlo a Nueva

York sí comprende su talento, su genio, quizás. Y él no pudo viajar porque tenía una pierna fracturada, ¿por culpa de quién?, por culpa de una loca, una sifrinita loca. Esa loquita se interpuso en su destino, en su camino a la fama, y merece un castigo, ¿unos golpes?, no, merece la muerte. Porque él se siente muerto. No volverá a presentarse una oportunidad como la de estrenar en Manhattan. Y tendrá que seguir mendigando en salas de ensayo para que le dejen hacer clásicos que otros montan mejor, y sacar cuatro centavos que no le alcanzan ni para los costos.

Elvira se preguntaba si Boris Salcedo le permitiría acompañarlo al interrogatorio de Enio López. Probablemente no, querrá ir solo, o con los muchachos. No importa, yo soy la conductora de la investigación. Levantó el teléfono aunque sabía de antemano que una voz contestaría: «El número que acaba de marcar está fuera del área de cobertura. Inténtelo de nuevo más tarde. Gracias por usar nuestros servicios».

Siguió pensando en la conversación con Xenia. De nuevo otro detalle que indicaba que Adriana Budenbrook no hablaba con total sinceridad. Xenia Vargas decía que se habían encontrado mil veces y Adriana apenas reconoció su nombre, aunque aceptó haberla visto alguna vez. Quizá no era un ocultamiento relevante. Para Adriana la amiga de Sofía era una presencia sin importancia, no pensó más en ella. Para Xenia era una bruja. ¿Por qué?, ¿le parecía así o Sofía la había inducido a pensar así? ¿Sofía veía a su hermana como una bicha, una perra, una bruja? ¿O Xenia sentía celos de la relación de Sofía con su hermana mayor? ¿Debía decirle a Adriana que había vuelto a verla? Decidió no hacerlo.

¿Sorprenderla con el comentario de que sospechaba que Sofía y ella no eran hijas de la misma madre? Adriana sabría inmediatamente que el culpable de la infidencia era Tomás Orozco, aunque, pensándolo bien, ella misma podría confrontarla con la evidencia, ¿cuántos años tenía su madre cuando nació Sofía? Tampoco sirve, Adriana dirá que sus padres tenían veinte años de diferencia. Sólo que no eran tantos, estaba segura de que Tomás no mentía. ¿Ir al registro y solicitar una partida de nacimiento de Josefina? ¿Cuál era su nombre de soltera? Eso era algo fácil de saber. Pero, al mismo tiempo, innecesario. Bastaba con preguntarle a Adriana, en el momento oportuno, qué edad tiene su madre. Lo diría con ingenuidad, es el tipo de cosas que las personas contestan cándidamente, a no ser que estuviera definitivamente dispuesta a negarle la verdad. Y, si le negaba la verdad, ¿para qué quería que la descubriera? Quiere que Elvira Madigan averigüe quién mató a su hermana pero sin conocer la novela familiar. Dime esto pero no quiero que te enteres de lo demás. Límitate a lo que te pregunto. Sí, ése era el estilo de Adriana Budenbrook.

La novela familiar. Elvira se quedó con la boca abierta. Estoy buscando la historia de la familia y la tengo desde el primer día. Escrita por Adriana Budenbrook para mí. Contiene mentiras, deformaciones y velamientos, por supuesto, pero también verdades que ella escribió sin saber. Dice sin saber lo que dice. No puede ser de otra manera.

Unas notas para reconstruir la historia de mi familia, algo así había dicho. No quise leerlas en ese momento, aferrada a la noción de que constituían un acto defensivo, escribir en lugar de hablar; controlar con la escritura lo que la palabra pudiera traicionar. Un discurso obsesivamente ordenado no es lo que quiero. Eso es lo que seguramente pensé. Quería a Adriana Budenbrook desnuda, vulnerable. «Fue correcto lo que hizo, doctora Madigan –le susurró McLeod–. En ese momento la paciente se estaba defendiendo, al interponer entre ambas un documento escrito».

¿Qué paciente, viejo McLeod? Aquí lo que hay es una mujer dispuesta a pagar para saber una sola cosa: el nombre del asesino de su hermana. Lo demás no le interesa. Habla a veces de sí misma porque sabe que eso me complace, me mantiene atenta. Igual puede decir la verdad que mentir, o expresarme sus sentimientos que simplemente ignorarlos. ¿Y por qué quiere el nombre del asesino? ¿Logrará que se haga justicia? ¿Es eso lo que quiere, que se haga justicia? No, sabe perfectamente que la justicia no tendrá lugar. La justicia ya actuó y Yomfry Noriega está preso. Pero quiere llegar al final. Saber por qué su hermana mereció un asesino. O es su padre quien la obliga; Adrian Budenbrook, el empresario exitoso, el mecenas, quiere saber por qué su hija encontró a un asesino. Y ella, Adriana, es la única que le perdonó a su padre esa hija, esa imposición de Sofía en un hogar al que no pertenecía del todo. Una ofensa que su madre no perdonó nunca, y ella fue cómplice de esa humillación, porque la toleró, porque la aceptó. Y lo hizo por su padre, por el amor a su padre, no porque le importara demasiado esa medio hermana. Heredó dinero pero también la obligación de cuidar de Sofía, al menos ella debía quedar como custodia de esta falta del padre. Dejar su muerte con el nombre vacío del asesino era como no cumplir con su legado.

Buscó el documento de Adriana, lo había guardado en el pequeño archivador al lado de su escritorio.

Adrian Buddenbrook fue un hombre amable. Amaba la belleza y el orden del mundo y trataba desesperadamente de evadir todo lo que contradijese su amor. El orden del mundo –pensaba Adrian Buddenbrook– es lo mejor que hay, no hay otra cosa, y aquellos que quieren destruirlo no pueden prevalecer sobre quienes desean conservarlo y perfeccionarlo. El orden del mundo es la obra de Dios, el extraordinario espectáculo que Dios creó para sí mismo, y dentro de ese orden los hombres son la más maravillosa de sus manifestaciones. Los hombres han producido a lo largo del tiempo la historia. El recuento de su aventura en la Tierra. Han sido culpables de sus errores, pero también los magníficos protagonistas de la belleza. Cuando veo el mar – siempre me impresiona porque nací en un país sin mar–, pienso en su esplendor porque limita el mundo, pero lo que me hace feliz no es la contemplación de su inmensidad, sino cómo a sus orillas los hombres han construido sus casas y sus barcos. Lo que admiro y disfruto es saber que los hombres han dominado la naturaleza. Adrian Buddenbrook siempre hablaba de los hombres, nunca decía «la sociedad», o «los pueblos». Le irritaba el colectivismo. Siempre, siempre se refería a los hombres como individuos. Quería incluir dentro de esa palabra a las mujeres, por supuesto, pero decía «el hombre», o «los hombres». También le irritaba el feminismo. Todo lo que anulaba el valor principal de la esencia universal del individuo. Cuando visito una catedral, decía, pienso en el hombre que la ordenó erigir y en el hombre que la terminó. Pienso en el artista que esculpió el púlpito, el retablo, las imágenes, en el pintor que decoró las capillas, en el arquitecto que concibió sus naves. Sé que fueron necesarios muchos hombres para construir su belleza, pero yo pienso en cada uno de ellos, en las manos de cada uno de los que fueron dejando su huella allí hasta el final de los tiempos.

Adrian Buddenbrook recordaba a su padre todos los días. Se miraba en el espejo y reconocía en sus facciones los rasgos de su padre; los bigotes káiser, la barba puntiaguda, el sombrero de copa, los ojos muy pequeños y atigrados, como los de un animal vislumbrando su presa. Escuchaba su silencio, su voz pausada y firme para dirigirse a su esposa y a sus hijos en las horas de las comidas o en las sobremesas. Sus cejas alzadas cuando un ruido imprevisto interrumpía su lectura. Sus manos largas y finas tomando el bastón del perchero de la entrada de su apartamento en la Kärtner-strasse y el breve sonido de la puerta, el educado sonido de la puerta que indicaba su ausencia. Su padre, a veces, le preguntaba por sus estudios, se interesaba por sus notas en la escuela y sus progresos en otras lenguas. Menos frecuentemente quería saber de sus diversiones o los nombres de sus mejores amigos. Esto solía ocurrir los domingos cuando juntos, su padre, su hermano mayor Paul y él, salían a pasear y recorrían gran parte del Ringstrasse hasta llegar al Volksgarten. Allí descansaban quince minutos y tomaban una limonada si era primavera o verano, o un chocolate si era otoño o invierno. Su madre, no podía recordar si los acompañaba en estos paseos; probablemente sí, algunas veces, junto con sus hermanas Sidonie y Melanie, aunque, sin duda, con menos frecuencia. El paseo, en general, era entre hombres, y lo hacían en silencio, salvo cuando se sentaban en el café a tomar el chocolate o la limonada. Entonces su padre aprovechaba para preguntarles a sus hijos acerca de otros pormenores. Ellos, Paul y él, contestaban rápidamente (sabían que la conversación no sería demasiado larga); luego su padre miraba las nubes y anunciaba que pronto llovería (lo que no siempre ocurría) y era prudente volver a casa. Para ese momento en

que regresaban su madre indicaba que la cena estaba lista. A veces, en los veranos demasiado calurosos, su madre disponía la mesa en la azotea y desde allí contemplaban Viena mientras su padre hacía comentarios ilustrativos acerca de la historia de la ciudad, de la cual era un gran conocedor.

Toda esa vida había durado hasta 1937. Su padre era un hombre muy versado en política internacional, historia, economía y leyes. Su padre, decía Adrian Budenbrook, era una persona muy respetada en los altos círculos intelectuales de Viena. Era, a su vez, el hijo de un rico industrial que se había arruinado durante la Primera Guerra. Por ello, despojado de su herencia, se había preparado para la carrera diplomática. Era un funcionario de la cancillería, aunque nunca había ocupado un cargo en el servicio exterior hasta 1937. Ese año, era el mes de julio, podía recordarlo porque habían pasado la tarde en el Prater, otra de las alternativas de los paseos dominicales. Allí, sentados todos en un café escucharon música, bebieron limonada y comieron helados, antes de que su madre sugiriera regresar a casa por lo avanzado de la hora, aunque aún no había oscurecido, y, entonces, su padre ordenó que permanecieran sentados un tiempo más porque debía comunicarles una importante noticia. Había aceptado el consulado en un país lejano, Venezuela, en América del Sur. La capital era Caracas. Tan pronto llegaran a casa les enseñaría en el globo terrestre que adornaba su biblioteca el lugar exacto donde se encontraba. Era un país muy interesante, había escuchado decir, con una espléndida naturaleza, y la ciudad donde residirían gozaba de un clima templado y agradable todo el año. En quince días viajaría para ocuparse de los arreglos de su futura vivienda, y ellos, su esposa e hijos, se quedarían unos meses más en Viena mientras desalojaban el apartamento de la Kärtnerstrasse, se vendían algunos muebles y otros se reexpedían a su nueva dirección. Tan pronto llegara haría las gestiones para localizar un buen colegio para Paul y Adrian; Sidonie y Melanie ya eran suficientemente mayores para abandonar la educación escolar, y con seguridad encontrarían allí buenos profesores para continuar su formación en literatura, música y otros conocimientos generales.

Adrian Budenbrook recordaba que vio llorar a su madre. No fue un llanto convulsivo o dramático. Fueron unas lágrimas que secó rápidamente mientras apuraba los restos de la limonada. Sus hermanas permanecieron en silencio, en estado de estupefacción, y Sidonie, siempre de un temperamento más espontáneo y afectuoso que el resto de sus hermanos, inició una protesta que su padre escuchó con atención. A su pregunta de por qué había tomado aquella decisión tan extravagante que cambiaría sus vidas por completo, su padre, recordaba Adrian, había respondido lentamente. Había dicho (podría repetir la frase aunque viviera cien años): «Porque es mi criterio que la vida en Europa será muy difícil y dolorosa». Ocho meses después las tropas alemanas ocuparon Austria y se firmó la Anschluss. Adrian, su madre, Paul, Sidonie y Melanie comprendieron entonces que su padre, una vez más, tenía razón. No viviremos, continuó su padre cuando estaban sentados en un café del Prater, con los lujos a los que hemos estado acostumbrados, mi asignación será pequeña, pero tendremos todo lo necesario, puedo asegurarlo.

De este modo Adrian Budenbrook había llegado a Venezuela un mes de octubre. Exactamente el 14 de octubre. Lo recordaba porque su padre guardó los boletos que fueron sellados a su arribo al puerto de La Guaira, y había inscrito en el libro de familia: «Hoy, 14 de octubre de 1937, llegaron a Venezuela Ilse, Sidonie, Melanie, Paul y Adrian». Tenía doce años y buena disposición para el aprendizaje de

otras lenguas, de modo que no le fue difícil el español. Quizás alguna vez continuó siempre sonando demasiado fuerte en su dicción, pero en pocos meses Adrian Budenbrook hablaba como el resto de sus compañeros de clase, en el colegio de los jesuitas al que entraron él y Paul para continuar el bachillerato.

El padre de Adrian Budenbrook comenzó a ser representante de un país inexistente. Una vez anexionada Austria a Alemania, la delegación consular de Viena perdía sentido. Mes tras mes el cónsul Budenbrook iba al banco a consultar su saldo, y mes tras mes la misma cantidad continuaba apareciendo en su cuenta. Alguien, alguna vez, había dado la orden de transferencia de su sueldo y nadie recordó suspenderla. Su única ocupación consistía en ir al banco los primeros cinco días del mes; de resto, sus colegas diplomáticos habían dejado de convocarlo, el gobierno venezolano también ignoraba su presencia, y él se dedicaba a la lectura y a pasear por la ciudad. Un día esto terminará, pensaba el padre de Adrian Budenbrook. Pero finalizó la guerra y sus hijos continuaron estudiando en la Universidad Central de Venezuela, sus hijas seguían con las clases de piano y de violín, y él con sus lecturas y paseos, hasta que, dos años después, llegó la orden de Viena de reabrir la oficina, de manos de un nuevo cónsul. ¿Cómo ha sido posible esto?, preguntó su esposa. Porque América es sorprendente, le contestó él.

Los Budenbrook reiniciaron la vuelta a la patria. El apartamento en el que habían vivido durante nueve años era alquilado, un edificio en la parte alta de San Bernardino, muy cercano a la montaña. Conocían a todos los vecinos, la mayoría de ellos emigrantes europeos, y su arquitectura modernista era un orgullo comunitario. La despedida fue sencilla. Los alemanes –como los llamaban, aunque no lo eran– alquilaron un camión para transportar todas sus pertenencias al puerto y embarcarlas rumbo a Hamburgo. Dijeron adiós, y rápidamente el taxi seguido del camión se perdió para siempre de los espectadores. Adrian Budenbrook tenía veintidós años y era ingeniero civil cuando llegó a Viena. Una ciudad que desde el primer momento le pareció detestable, con las heridas abiertas de la guerra, el resentimiento de quienes no sabían si la habían ganado o, en realidad, perdido; con la pobreza visible en cada esquina, sus espléndidos edificios y palacios agrisados y vulnerados, los cafés vacíos, los parques ralos y deshabitados. Una ciudad que representaba el llanto constante de su madre y sus hermanas, el malhumor de su hermano, la mirada inescrutable de su padre. Una ciudad, en fin, de la que se había ido sin quererlo, a la que tampoco quiso volver y en la que después se sentía un extraño. Uno más de los que rondaban las calles con el aire de seres sin destino que dejan las catástrofes. Por el contrario, en Caracas, el año 1947 era un año brillante, un año en el que se anunciaba la modernidad y la democracia, la civilidad, en una ciudad que se llenaba de personas y automóviles, de nuevas tiendas y mejores vías de comunicación, con gente cordial y risueña que se sentía en el comienzo de las cosas, y donde había dejado la posibilidad de un atractivo empleo en la compañía de electricidad de Caracas.

Llegaron a vivir a la casa de su abuela materna en Grinzing. Su padre inició las gestiones para tramitar su jubilación como funcionario de la cancillería, y su hermano Paul y él entraron en lo que parecía una búsqueda imposible: empleo. Sus hermanas intentaban dar clases de música en una ciudad repleta de personas que habían estudiado algún instrumento. Tuvieron más suerte con las clases de idioma, y Sidonie y Melanie comenzaron a enseñar español, lengua que nunca hablaron demasiado bien, aunque sus alumnos lo ignoraban. Eran unas clases pagadas con un sueldo miserable,

pero que, al fin y al cabo, contribuían con los gastos de la familia. Su abuela tenía una casa bastante grande, de muchas habitaciones, algunas de ellas alquiladas, y una mínima renta que no podía extenderse a seis personas más. Adrian Budenbrook comprendió que habían viajado para conocer la pobreza. El resentimiento contra su padre fue creciendo dentro de él como un animal al que alimentaba todos los días con la carne de su desengaño. Consiguió empleo como supervisor de unas reconstrucciones que se iniciaban bajo el Plan Marshall. No era propiamente un trabajo de ingeniero civil, como le otorgaba su título de la Universidad Central de Venezuela, sino un trabajo que consistía en supervisar una cuadrilla de obreros desde las ocho de la mañana hasta las cinco de la tarde, para después rendir cuentas al ingeniero jefe. Paul había obtenido un puesto similar, quizá de una categoría ligeramente superior, y su padre comenzó a recibir el dinero de su jubilación. Su madre administraba la comida de todos, hacía el trabajo de la casa, cosía y arreglaba la ropa de siete personas, y trataba de salir a pasear con su marido a los parques, recordando cuando iban al Prater y merendaban pasteles, o cuando pasaban las tardes en el Café Central o el Café Landtman y saludaban a sus amistades que, aparentemente, habían desaparecido. No logró encontrar a nadie de lo que ella llamaba «aquella época».

Adrian Budenbrook se prometió a sí mismo un camino más sonriente. De la misma manera en que su padre anunció sin aviso previo que viajarían a un país remotísimo e ignoto, un domingo por la mañana, después que reanudaron sus paseos de hombres –Paul, su padre y él–, Adrian compró unas castañas asadas y las compartió con ellos, mientras los tres miraban absortos el Volskgarten, al que habían vuelto una vez más.

–Regreso a Caracas –dijo.

–¿Por qué? –quiso saber su padre–. ¿No estás contento aquí?

–No, no lo estoy –contestó Adrian.

–¿Tienes algún proyecto para vivir allá? –preguntó su hermano Paul.

–Aún no.

Tomaron el tranvía hacia Grinzing y el trayecto se hizo largo. Duraba siempre lo mismo pero en esta oportunidad era más largo. Adrian sabía que cuando llegaran su padre no diría nada, y que más tarde, en la sobremesa de la cena, anunciaría:

–Adrian se marcha a Venezuela.

Entonces su abuela, su madre y sus hermanas llorarían de nuevo y su padre se encerraría en la habitación que había constituido como su despacho, un lugar en el que fumaba y leía los periódicos sin la presencia de los demás.

–Es posible que logres un ascenso –diría su hermano Paul–, me comentó el ingeniero supervisor el otro día. Están contentos con tu trabajo.

–Es posible –contestó Adrian–, pero yo estaré muy lejos cuando ocurra.

Su madre se acercó a su cuarto después de la cena. Se había convertido en una mujer mayor, parecía muy frágil y siempre triste.

–No te volveré a ver.

–Vendré a visitarte todos los años, quizá dos veces al año, y te enviaré el dinero para que tú vengas también con mis hermanas. Y compraré una casa en la playa para que puedan pasar allí las vacaciones.

–¿Y de dónde sacarás dinero para todo eso? –dijo muy dulcemente.

–Seré rico. Te lo prometo.

Cuando llegó a Caracas supo que se habían producido enormes cambios. El gobierno anterior había sido sustituido por la fuerza militar, y el presidente, el escritor Rómulo Gallegos, se encontraba en el exilio, así como la mayor parte de sus partidarios. Adrian Budenbrook pensó que los hombres eran así, producían desastres, guerras, traumas políticos, violencia, y tuvo una razón más para odiar todo aquello que conmoviera el orden del mundo y su belleza. Desde que tomó la decisión de volver a Venezuela – había tardado casi dos años ahorrando cada centavo y trabajando horas extras en una panadería– estaba seguro de que su suerte cambiaría. Su primera tarea al llegar fue buscar a sus antiguos compañeros de universidad. Logró dar con Leo Altman. Era emigrante como él, y sus padres, judíos alemanes, habían escapado de Europa al comienzo de la guerra. Su familia seguía viviendo en el mismo barrio que antes, en San Bernardino, en el mismo apartamento, en el mismo edificio cochambroso en donde lo había conocido.

–Construir –dijo Altman–. Construir es el negocio. Pero no tengo manera de pedir un crédito. No poseo nada.

–Tiene que haber alguno de nuestros compañeros que tenga cómo pedirlo. Lo haremos socio.

En aquel momento la universidad estaba cerrada por problemas políticos. Era necesario utilizar la memoria. Leo Altman y Adrian Budenbrook hicieron una lista de los compañeros que habían sido más cercanos, y por teléfono, por correo, caminando de calle en calle, preguntaban ¿es aquí dónde vive Oscar Reyes? ¿Sabe si la familia Mendoza sigue viviendo en esta casa? ¿Tiene idea de a dónde pudo mudarse Juan Cárdenas? Alguien tiene que aparecer, decía Adrian. Seguramente el más pobre, decía Leo. Apareció una mujer, Sofía Vaiser, una amiga de Leo. Y no era tan pobre, su padre había muerto y ella era hija única. Había heredado una casa en San Bernardino y un comercio de telas en el centro de la ciudad. Era la persona indicada para pedir un crédito, con el cual iban a comprar un terreno, que después iban a hipotecar para obtener el dinero e iniciar la construcción; y en la medida en que el edificio estuviera marchando comenzarían a vender los apartamentos en una preventa con mejores precios que la oferta final. El primer edificio constituía un reto. Después todo sería ganancia.

Sofía Vaiser escuchó la propuesta sin darse por convencida. Su madre no quería oír que su hija se metiera en unos negocios tan aéreos, sino, por el contrario, la urgía a conseguir marido antes de que perdiera completamente su juventud. Tenía veinticuatro años, la misma edad de Adrian, y seguía soltera. Su madre era una buena mujer, aunque sus continuas quejas la agotaban. Siempre había una razón por la cual Ester Vaiser se quejara, las hemorroides, la muerte de su marido antes de los cincuenta, la soledad, la emigración, el recuerdo de sus padres abandonados allá en Rumania y muertos en cualquier campo, el estreñimiento que empeoraba las hemorroides, los precios de las cosas, el ruido de los vecinos, el perro que meaba todos los días frente a la puerta de su casa. Y ahora Sofía quería perder toda su herencia arriesgándola con dos hombres a los que apenas conocía y que con toda seguridad planeaban estafarla.

–No soy tan estúpida.

–Lo serás, en algún momento te enamorarás de alguno de ellos y perderás todo, perderemos todo lo que trabajó tu papá.

–No lo perderé y seré rica. De lo contrario pasaremos toda la vida vendiendo al detal y vigilando que los empleados no nos roben.

–Mucha gente ha hecho dinero vendiendo telas –dijo la señora Vaiser.

–Sí, pero en este momento y en este lugar hay que vender viviendas.

Sofía Vaiser había nacido en Caracas y conocía a mucha gente. Llamó a un amigo abogado y le planteó el tema. Era necesario asegurar que todo quedara a su nombre en el caso de que Leo y Adrian decidieran estafarla y huir con el dinero del crédito. El abogado le aseguró que eso no era posible si se hacían bien las cosas. Siempre había estado enamorado de Sofía y ayudarla le parecía una probabilidad, aunque mínima, de que ella reparase en él. Preparó con todo rigor los documentos hasta que estuvo completamente seguro de que el dinero de Sofía permanecía a buen recaudo mientras el negocio salía adelante. Nada de eso hizo que Sofía lo mirara como si él fuera un hombre, lo siguió viendo como un abogado amigo que le estaba dando asesoramiento jurídico gratuito. Sofía era una mujer demasiado hermosa.

Adrian y Leo lo habían hablado entre ellos de la manera en que los hombres hablan de una mujer apetecible.

–Sofía no es apetecible –dijo Adrian–, es una diosa.

Leo comprendió que el tema era sensible y le preocupó que se produjera un enamoramiento entre ellos, si eso ocurría el juego de tres pudiera concluir en que uno quedaba afuera. Dos contra uno y él perdía todo. Adrian comprendió los pensamientos de Leo y le aseguró que no pensaba mezclar la cama con los negocios.

–Dije que es una diosa por su belleza.

De ese modo concluía con las cavilaciones de Leo Altman. Finalmente Sofía Vaiser se presentó con los documentos tal como los había concebido su amigo abogado y los dos socios pensaron que estaba bien. En realidad ninguno de los tres pensaba estafar a los otros dos, solamente que los tres desconfiaban de los otros dos. Era comprensible, tenían historias partidas, vidas que crear desde la nada, todo había sido difícil para sus familias. Adrian Budenbrook pensaba que no siempre todo había sido difícil para la suya, unos pequeñoburgueses que vivían muy felizmente en Viena hasta que su padre decidió aceptar el consulado en Caracas, pero, al mismo tiempo, pensaba que, de no haber sido así, probablemente Paul y él hubieran ido a la guerra y quizá, con toda probabilidad, muerto. Todos los hijos de los amigos de sus padres habían muerto. No hubiese ido a un campo, como Sofía y Leo, puesto que ellos eran los que mandaban en los campos, pero quizás hubiera sido un soldado que vigilaba un campo y ese pensamiento se le hacía insoportable.

Mientras esperaban el crédito Adrian ayudaba en la tienda de Sofía ya que no tenía otro medio de subsistencia y no quería un empleo a largo plazo. Una vez que obtuvieran el crédito el trabajo comenzaba de lleno. A cambio de esa ayuda comía en casa de las Vaiser. Leo había convencido a sus padres de que le permitieran dormir en su apartamento con el compromiso de que a las seis de la mañana ya estaría en pie. El señor Altman salía muy temprano a trabajar y no le gustaba ver intrusos en su casa, de modo que Adrian cenaba en casa de las Vaiser y se iba al apartamento de los Altman alrededor de las once, cuando ya todos estuvieran durmiendo. Desdoblaba un mínimo colchón en el comedor y lo volvía a guardar al despertarse. Era peor que la casa de la abuela en Grinzing pero no sería por mucho tiempo. Estaba seguro de que el negocio resultaría un éxito.

Compraron un terreno en la parte nueva de la ciudad, un reciente desarrollo que se denominaba Altamira, probablemente porque estaba situado al pie de la montaña, al norte, y desde allí podía contemplarse gran parte del valle en el que se extendía Caracas. La gente, entonces, se sentía insegura de vivir en edificios porque la ciudad tenía una historia de terremotos, y, sobre todo, porque no estaban acostumbrados, de modo que los terrenos podían conseguirse a buen precio. No había mucha demanda para vivir en aquella zona que se consideraba solitaria, alejada de todo, casi en la selva. Inmediatamente hipotecaron el solar y comenzaron la construcción. Contrataron los obreros y las maquinarias y ellos mismos, Adrian y Leo, supervisaban el trabajo; Sofía tenía buenas ideas de arquitectura (en realidad hubiera deseado ser arquitecta antes que comerciante, pero su padre no estuvo de acuerdo; no comprendía la necesidad de los arquitectos). Una vez que el edificio estuvo levantado arreglaron los apartamentos del primer piso e instalaron la oficina de ventas que ellos mismos controlaban, no querían gastar en empleados. No era fácil convencer a los posibles compradores de adquirir algo que no existía, la gente, hasta aquel momento, únicamente compraba casas que podían ver. Finalmente lograron vender un apartamento. El primer piso era todavía más barato y alguien se decidió. Dinero de contado. No era el precio total de la vivienda pero era suficiente, alguien había comprado, el edificio estaba vivo, era posible. Y, efectivamente, en un año vendieron todos los apartamentos, pagaron el crédito que había solicitado Sofía, y comenzaron a invertir en un segundo proyecto. Esta vez más ambicioso, con más pisos, mejor decoración, más lujo en los detalles. Sofía estaba resultando una excelente arquitecta y su madre tuvo que ocuparse enteramente de la tienda. Contrata a Willy, le había dicho. Willy era un sobrino que necesitaba urgentemente encontrar un empleo. No era demasiado perspicaz, pero bajo las órdenes de la señora Vaiser podía funcionar. Ester Vaiser redobló sus quejas, cada vez más vieja y con más trabajo, obligada a abrir y cerrar el negocio (antes lo hacía Sofía), y volver a su casa ya de noche, con un problema agudo en las cervicales, que se intensificaba con la posición sobre la máquina registradora, y agachándose constantemente para sacar y meter la mercancía. Eso era lo que le había deparado la vejez. Sofía le prometió que cuando fuera suficientemente rica venderían el negocio y tendría todo el tiempo libre para merendar y jugar cartas con sus amigas.

—Suficientemente rica, ¿quién conoce a alguien que sea suficientemente rico?

—Tú, mamá. Conoces a Sofía Vaiser. Te aseguro que seré más rica de lo que te imaginas.

Durante todo aquel tiempo Adrian no había podido cumplir la palabra que le dio a su madre. Le escribía regularmente explicándole los detalles del negocio, y cómo serían pronto los constructores más famosos de Caracas, pero aún no había llegado el momento de tener el dinero disponible para un viaje. Le enviaba postales de la ciudad y fotos de los edificios que habían construido Leo, Sofía y él. Esa primera compañía se llamó Constructora Moderna. Sus apellidos, pensaron, eran demasiado complicados. Con las ganancias del primer edificio Adrian Budenbrook se mudó a uno de los apartamentos, tomándolo como parte de su beneficio, y comenzó a vivir una rutina de hombre de negocios próspero, sin por ello permitirse lujos o excesos. Había sido educado en la virtud del ahorro y no porque tuviera más dinero que nunca antes en su

vida cambiaría su talante. Empezó también a pensar en la conveniencia de casarse, su madre hablaba de ello en todas las cartas, también su padre. Ya Paul lo había hecho. Sidonie y Melanie, desgraciadamente, no encontraron esposo en una posguerra en la cual una de las ausencias más notables era la de hombres casaderos. Adrian consideraba esa posibilidad pero no parecía estar demasiado apurado por realizarla. Se sentía libre, absolutamente libre, y le parecía que el matrimonio era precipitado, cortar lo que era su primera experiencia de libertad plena. Ésa era una razón, la otra era Sofía.

Adrian Budenbrook sabía que estaba perdidamente enamorado de ella. Ese sentimiento no lo dejaba a solas ni un momento, hiciera lo que hiciera (y tenía muchas mujeres disponibles a su alrededor) nunca podía olvidar la presencia de Sofía, la certeza de que ella existía en el mundo. Hacer el amor con ella comenzó a convertirse en una obsesión. No estaba seguro de que fuera la mujer indicada como esposa porque sabía que ese matrimonio traería muchos inconvenientes. Por parte de la señora Vaiser, le haría la vida imposible. Aunque Sofía no era religiosa, casarse con un no judío (y para colmo un austríaco) era un paso duro. Por parte suya, era identificarse definitivamente como emigrante, siempre sería un «misiú», término utilizado en aquellos años para denominar a los extranjeros. El sueño de Adrian Budenbrook era entroncar con la venezolanidad. Quería ser verdaderamente parte del país no sólo en su presente sino en su historia. Quería que sus hijos fueran venezolanos como los demás, y que, simplemente, añadirían «mi padre nació en Viena», cuando les preguntaran acerca del origen de su apellido. Quería que sus nietos tuvieran apenas un abuelo que alguna vez fue austríaco. No podía suponer que ninguno de sus nietos viviría en aquella ciudad que él estaba contribuyendo a construir con Leo y Sofía. Pero, más allá de todas aquellas consideraciones, Adrian Budenbrook amaba a Sofía y deseaba la belleza de su cuerpo para él. Sabía, podía jugarse la vida por ello, que Sofía también estaba enamorada de él y, conociéndola, que sería capaz de tomar los riesgos que hicieran falta. Cuando hipotecó su negocio demostró que era una persona audaz, alguien sin demasiadas consideraciones conservadoras. Estaba seguro de que si le proponía casarse, ella, en algún momento, aceptaría. Entonces, hacer el amor con ella sin el proyecto de un matrimonio le parecía una mala jugada. Le parecía que contribuiría al desorden del mundo, a la manipulación de las costumbres, que la traicionaría a ella y a sí mismo. ¿Qué clase de hombre era él que no quería casarse con la mujer que amaba y que, todo parecía indicarlo, le correspondía?

Un hombre realista, se decía. Un hombre que se ha trazado un camino y no puede detenerse ante los sentimientos. Amaba a Sofía Vaiser pero estaba seguro de que llegaría a amar a otra mujer lo suficiente como para casarse con ella. Esa mujer llegó con el nombre de Josefina Alfaro, y cuando les comunicó a sus socios la fecha de su próximo matrimonio lo celebraron en grande. Para ese momento eran, como le había dicho Sofía a su madre, suficientemente ricos.

Adrian comprendió que la felicidad era posible y que tendría lo mejor de ambos mundos. Había cumplido treinta años y la vida apenas empezaba. Debía ahora pagar sus incumplidas promesas. Envío los pasajes de avión para toda la familia, incluyendo a la esposa y los hijos de Paul, todos tenían que estar presentes en su boda. La KLM volaba desde Ámsterdam a Caracas en un tiempo récord, veinticuatro horas. Y compró también un apartamento en un club de playa para que su madre descansara allí todo el tiempo que quisiera: Mansión Charaima. Una construcción que cayó en el terremoto

de 1967, y que afortunadamente fue sólo una pérdida material ya que no había nadie de su familia cuando ocurrió la tragedia.

En aquella fiesta magnífica en la que Adrian Budenbrook presentó a sus socios la familia y los amigos de Josefina, Sofía le dijo algo que cambiaría sus vidas.

–Qué bueno que te casas. Ahora podremos ser amantes.

Sofía Vaiser sabía que lo más fácil del mundo hubiera sido llevar a Adrian Budenbrook a la cama, pero no quería hacerlo mientras fuera un hombre libre. Esa circunstancia los hubiese mantenido en una constante tortura acerca del matrimonio, si convenía casarse o no, una pregunta permanente en cada momento, en cada beso, en cada orgasmo. Un obstáculo a la felicidad. No podían ser felices si no se casaban. No se casaban porque alguno de los dos no quería, luego alguno de los dos no amaba al otro. Un tormento que terminaría por volver insoportable el encuentro. El matrimonio de Adrian con una joven inocente, educada para ser lo que sería, una buena esposa y una excelente madre, era lo más conveniente que pudiera suceder para su relación. Toda pregunta quedaba cancelada. Serían amantes furtivos o nada, seres clandestinos que se buscarían en los escasos ratos libres, y que disfrutarían al máximo aquellos regalos del tiempo sin mortificarse con la pregunta: ¿por qué no nos casamos? ¿Era una romántica o una mujer pragmática? Ambas cosas, pensaba Sofía Vaiser, aunque resultaran contradictorias. Tan pragmática como para darle a su amor el mayor tiempo de vida útil. Tan romántica como para querer que su amor fuera una pasión posible. Conocía muy bien a Adrian, trabajar con alguien permite saber de una persona más que ninguna otra condición. Era un hombre que amaba el orden de las cosas, la felicidad que se deriva del orden, y ella sabría ser una amante ordenada. Una amante domesticada que nunca introduciría escándalos o pedidos imposibles, que nunca lo colocaría en situaciones incómodas, que aceptaría los momentos y lugares convenientes sin proponer problemas irresolubles. ¿Por qué me dejas sola en mi cumpleaños? ¿Por qué te vas de vacaciones ahora? ¿Por qué no vendrás a verme la noche de fin de año? ¿Qué hago yo aburrida todos los fines de semana? Ninguna de esas incomodidades surgiría entre ellos. El tiempo sería regulado por lo conveniente, lo ajustado; el orden de la vida de los Budenbrook no tendría ninguna alteración por su parte. Ni tampoco su vida sería afectada por la de ellos. Cada cual en su existencia paralela sería feliz al reconocer los límites de los demás.

Asistió a la boda vestida espléndidamente. Quería ser la mujer paralela. Una, representando la pureza y el destino de una familia; otra, el símbolo de la belleza y el deseo. Habló amablemente con todos los invitados que conocía (que no eran muchos, ya que no tenía vínculos con las relaciones de la familia Alfaro), comió moderadamente, bebió menos aún, y a una hora prudente se retiró en compañía de Leo Altman, también bastante solitario en una fiesta en la que no tenía más amigos que las personas relacionadas con las compañías. Habían fundado varias; una para continuar las construcciones en diferentes partes de la ciudad, y otras para importar y distribuir aparatos electrodomésticos, que en aquel momento era un negocio de límites impredecibles. La sociedad venezolana tenía dinero y necesitaba lavadoras, secadoras, televisores, neveras, cocinas, secadores de pelo, planchas, máquinas para cortar la grama. Leo condujo a Sofía a su casa y le comentó con cierta tristeza que habían dejado de ser un trío, los tres amigos, los tres hermanos.

–Seguimos siendo los tres socios –dijo Sofía.

–Yo creo que las cosas van a cambiar.

–No tienen por qué cambiar, el dinero no cambia.

Cada cual volvió a su rutina. Adrian y Josefina partían en luna de miel a Europa por un mes y les quedaba entre manos mucho quehacer.

Sin embargo a Sofía le preocupaba Leo. Le parecía que había perdido algo de su empuje inicial, que ocupaba una posición secundaria, que era Adrian quien tomaba las decisiones importantes, que cada vez escuchaba menos la opinión de Leo y tendía a solucionar los problemas con su propio criterio. Su opinión, la de Sofía, era siempre escuchada, había llegado a desarrollar un verdadero talento para la arquitectura y, apoyándose en un joven arquitecto, era ella quien verdaderamente proyectaba. Se hablaba en la ciudad de los edificios de Sofía Vaiser, su nombre se había convertido en una firma. Los nuevos negocios, como eran la importación y distribución de productos, le resultaban más distantes, o le interesaban menos. Allí Adrian Budenbrook era el maestro, quien dirigía las operaciones, y Leo cada vez más era una suerte de encargado de cumplir tareas pero sin demasiada decisión propia. «Quizá debas casarte tú también –le dijo Sofía cuando se despidieron la noche del matrimonio de Adrian y Josefina–, busca una buena chica judía que te haga el *gefiltefish*». La broma no le gustó demasiado. «Busca tú un buen chico judío que te haga un hijo», contestó amargo. Pero ambos sabían que entre ellos no había fisuras.

Ester Vaiser había renunciado a que su única hija se casara. No tendrá nietos, se lamentaba diariamente. Serás una vieja solterona, llena de dinero sin saber en qué gastarlo. ¿Para qué quiere uno dinero si no tiene hijos que educar? Sofía cada vez menos se preocupaba por estos discursos, tenía pensado comprar un *penthouse* en el edificio que estaban construyendo, y sólo esperaba el momento preciso para dar la noticia. Si iba a tener un amante era necesario un buen lugar donde recibirlo, y aquel *penthouse* sería el lugar ideal. Cercano a la oficina, en una zona fresca y agradable, donde no tendría nada de particular que los socios se reunieran de vez en cuando, aunque era necesario evitar murmuraciones. Sería el primer edificio de la ciudad con ascensor privado y acceso directo desde el estacionamiento. Una excentricidad en el momento que luego se haría práctica común. Un apartamento diseñado a su propio gusto, con una enorme habitación principal y un gran salón que albergaba una espléndida biblioteca con bar abierto hacia el valle. Cerámicas españolas de alta calidad, maderas de lujo, luces empotradas en los techos. Cuando vieran el *penthouse* de Sofía Vaiser todo el mundo deseará uno igual. Será un estilo que se impondrá. Toda la gente rica de Caracas querrá vivir así. Había estudiado las revistas europeas y norteamericanas de diseño. Se acabó el estilo de maestro de obra italiano de los cincuenta. Entramos en otra cosa.

Cuando Adrian regresó de su viaje de bodas Sofía lo llevó a conocer el *penthouse*, aún en obras de remodelación. Quedó maravillado, nunca habían hecho algo igual. Sin embargo, trajo una propuesta que confirmaba los temores de Leo. Adrian Budenbrook, en la luna de miel, paseando por la ribera del Sena, había estado pensando en sus negocios.

–Creo que podemos hablar de un pequeño *holding* –dijo–, dos empresas constructoras, una importadora y tres distribuidoras es mucho. También pudiéramos pensar en las finanzas, es muy conservador, propio de los venezolanos de siempre, pero mi suegro me sugirió que pensara en invertir en su banco, es miembro de la junta directiva. Las ganancias, al principio, muy por debajo de lo que hemos venido haciendo, pero se abre una oportunidad. Podríamos separar las empresas, cada una

con su director. Tú, la constructora; Leo, las distribuidoras, y yo seguiría con las importadoras y abriría una nueva línea con acciones bancarias, quizás el inicio de una casa de bolsa.

—¿Y qué más pensaste cuando estabas en París?

Adrian la abrazó y rodaron por el piso todavía en escombros.

—Pon una alfombra para la próxima vez.

—Así se hará —contestó Sofía.

Finalmente, siete años después, había logrado que Adrian Budenbrook fuera suyo.

Leo Altman se vino abajo. Adrian dividía las empresas y a él le tocaban las menos sustanciosas, las que requerían menor talento. Se quedaba con lo mejor. Se sentía traicionado. Era en su casa, en la estrecha sala del apartamento de sus padres en San Bernardino, donde había dormido más de un año cuando no tenía nada encima, si no fueran unos mínimos ahorros que trajo de Viena; era él quien había tenido la idea de entrar en la construcción; era él, Leo, quien había logrado dar con Sofía; era él, pues, quien había aportado las bases. Y ahora le tocaban los despojos. Sofía trató de convencerlo de lo contrario. Las distribuidoras no eran despreciables, dejaban una buena parte de las ganancias totales. Adrian no había propuesto que se separaran por completo sino que cada quien se especializara en su área y mantuviera un mejor control. Habían crecido mucho, era complicado que todos estuvieran en todo. Pero Leo Altman no aceptaba argumentos. Si Adrian propone esto —continuaba— es porque quiere quedarse con la mejor parte, sabe que la especulación financiera será el próximo gran negocio en Venezuela, eso lo sabe todo el mundo. Ahora a él se le abre esa puerta por su matrimonio y no nos quiere dejar entrar. Sin nosotros él hubiera tenido que regresar a Viena con las manos en los bolsillos, o mejor dicho con las manos lavando los platos en algún barco porque no le alcanzaba para el pasaje de vuelta. Nosotros fuimos todo para él, le prestamos a nuestros padres, fuimos sus hermanos, sus únicos amigos, y es de esta manera como nos quiere pagar.

Hubiera podido continuar indefinidamente sus reclamos. Sofía comprendió que era mejor dejarlo hablar y desahogar la rabia hasta que se le pasara por completo. Leo Altman no tenía el talento de Adrian para los negocios. Leo no era un hombre talentoso. Era obvio que Adrian arreglaba las cosas para que estuviera en el terreno donde hacía falta menos iniciativa. Lo colocaba allí donde podía ser útil pero también donde su tope estaba marcado, y le dejaba a ella un área que le fascinaba, pero cada vez más competida. No eran ellos los únicos en construir viviendas de lujo. No era ya tan fácil comprar terrenos baratos y vender apartamentos caros. La permisería se hacía cada vez más complicada y más costosa, era necesario pagar altas comisiones para lograr los permisos de construcción. Probablemente su tope también había llegado pero estaba más que satisfecha con lo logrado. La gente rica de la ciudad decía con orgullo que había comprado un apartamento de Vaiser.

—Pero nadie dirá que ha comprado una nevera distribuida por Altman.

—Por favor, Leo, no seas ridículo. Lo que quiero decir es que somos mucho más de lo que éramos, de lo que pensamos alguna vez que pudiéramos llegar a ser. Si Adrian quiere entrar en otros niveles, déjalo en paz, es su vida.

—Siempre estuviste enamorada de él.

—Eso no puede formar parte de los reclamos, ¿o sí?

Leo Altman estaba dispuesto a reclamarlo todo.

–Desde el primer día, esa tarde que hablamos en la cafetería que quedaba en la esquina del apartamento de mis padres, donde iban todas las viejas judías a merendar y hablar *idische*, ese minuto supe que te gustaba y que tú le gustabas a él. ¿Es verdad o no? Dime que no es verdad, miénteme, a Leo todo el mundo le puede mentir. Leo es un bobito. Eso es lo que han venido pensando todo este tiempo. Seguramente estás de acuerdo con él, se pusieron de acuerdo los dos para sacarme a mí, al más pendejo, el que sobra. Cualquiera puede llevar las distribuidoras, contrata a un buen gerente y lo hará mejor que yo. Yo pierdo la paciencia, discuto con los empleados, con los comerciantes. Todo el mundo odia mi presencia. Todo el mundo dice que no está cuando llama el señor Altman. Prefieren que los atienda mi secretaria. ¿Crees que no lo sé? ¿Que no me doy cuenta de lo que piensa la gente a mi alrededor?

Estaba tan perturbado que no podía contradecirlo.

–Leo, tranquilízate, tienes razón en muchas cosas, pero nos ha ido bien, te ha ido bien, ésa es la cuenta que hay que sacar. Nosotros le dimos la base, pero él tiene una visión que nosotros no tenemos, también hay que reconocerlo. Y por alguna razón se lleva bien con la gente, le cae bien a todo el mundo. Quizá nosotros tenemos un carácter más difícil. En cuanto a si estamos enamorados, eso no tiene nada que ver. Somos socios. Eso es lo que cuenta.

–Pero, ¿están enamorados o no?

–Eso es un asunto completamente personal, pero ya que quieres saberlo te diré que no. No estoy enamorada de Adrian Budenbrook ni él de mí. Somos y continuaremos siendo socios como siempre. Hablaré con él, lo que me dijo fue algo rápido, no conversamos los detalles acerca de cómo sería la separación de las empresas, hay mucho que definir.

Sofía Vaiser terminó agotada luego de aquella conversación, si es que podía llamarse así al ataque de resentimiento que había sufrido Leo. En el fondo lo ocurrido era lo mejor. Probablemente Adrian haría mucho más dinero con el negocio financiero, pero ella estaba contenta con lo que tenía, y como amantes era mejor no mezclar las cosas. Las cuentas claras conservan el amor. Había llegado el momento en que cada cual debía disfrutar lo obtenido. Cuando termine el nuevo edificio me iré de vacaciones. Nunca había salido de Venezuela, antes porque no tenía dinero, luego porque tenía demasiado trabajo. Tiempo y dinero, eso es el momento actual y lo voy a disfrutar. Cuando se reunió con Adrian en la oficina le contó lo ocurrido.

–Creo que debes hablar con él, está muy herido.

–No tiene por qué, Leo es mi hermano.

–Pero él te ve como su enemigo. Debes hacer algo, son muchos años de amistad.

–¿Qué ridiculez es ésta? ¿Tengo que ir a pedirle perdón a Leo como si fuera una mujercita malcriada? Leo es mi mejor amigo, mi único amigo, y será siempre mi mano derecha. No puedo prescindir de él.

–Eso es lo que quiere que le digas. Eso mismo.

Sofía pasó entonces a la segunda parte de la conversación. Sabía que a Adrian no le gustaba mezclar los temas. Ya habían hablado de los problemas de la empresa, ahora venía decirle que pensaba que el edificio estaría terminado el próximo mes y pensaba salir de vacaciones.

–El próximo mes es perfecto –dijo Adrian–. Tengo que ir a Estados Unidos para un asunto de mi suegro, podemos pasar una semana en Nueva York.

–Pensaba ir a Europa.

–Puedes ir a Europa después. Tenemos una semana para nosotros. Lo que tengo que resolver es poca cosa, me dejará libre buena parte del día.

–¿Y Josefina?

–Josefina está embarazada y el doctor piensa que necesita reposo estos meses.

–Todo cuadra.

–Si las cosas se piensan bien, cuadran.

Cuando Adrian regresó de Nueva York ocurrió la muerte del padre de Leo. Adrian pasó todas las tardes del *shiva* acompañando a su amigo y se abrazaron muchas veces.

–En un momento pensé que nuestra amistad se había perdido –confesó Leo.

–Nuestra amistad es indestructible –contestó Adrian.

Sofía continuó su viaje a Europa. Quería ver las maravillas de Occidente, conocer las grandes ciudades, sentir el mundo. Quería, además, hacerlo sola. Los días en Nueva York con Adrian no le habían permitido saber mucho de la ciudad. Conoció el hotel, más exactamente la habitación del hotel, y no supo de otros menús que el *room service*. Fue una verdadera luna de miel. Le hubiera gustado preguntarle acerca de la luna de miel paralela, pero Adrian rechazaba totalmente el tema. «Josefina es mi esposa –dijo tajantemente–, ése es su lugar». Cuando nació su primer hijo, el que murió siendo niño en un accidente de esquí, Adrian cambió bastante. Lo sentía muy alejado, enfrascado en el escritorio, mirando a veces por la ventana como perdido. Temió que algo cambiara entre ellos. Que esta nueva vida de padre le haría sentir culpa o malestar por engañar a su mujer.

–¿Puedo preguntarte por qué estás tan raro?

–Tuve una pelea con Josefina.

Un silencio siguió y Sofía tuvo miedo de preguntar más.

–Ella quiere que nuestros hijos se eduquen en colegios religiosos, piensa que deben ir a los jesuitas. Y yo no quiero. Quiero que se eduquen en el Colegio Americano, que tengan una perspectiva más internacional, que hablen un buen inglés.

–¿Eso es todo?

–¿Te parece poco? La educación de los hijos es lo más importante de una familia.

Este diálogo ocurrió después de que Sofía regresó de su viaje a Europa, pero allí, antes de que tuviera lugar, completamente sola por primera vez, había pensado que Adrian era un hombre muy difícil de entender. Alguien a quien nunca estaría demasiado segura de entender. Adrian, por el contrario, pensaba que, si uno amaba el orden y cultivaba el orden en las cosas, la belleza de la vida se desplegaba sola. Era si los hombres introducían actos y pensamientos caóticos cuando la vida se convertía en amargura y desolación para todos. Ordenar la vida era una tarea permanente, era más fácil dejar que las cosas ocurrieran de cualquier manera, pero después se lamentaban las consecuencias. Sólo porque Sofía entendía este principio su relación era posible. Adrian temía que algún día ella dejara de comprender. Las mujeres son más imprevisibles, pensaba. Todas son parecidas en esa manera de dejarse llevar por los sentimientos. La única distinta era Sofía. Es una mujer que piensa como un hombre. Pero en eso se equivocaba.

Cuando habían nacido sus tres primeros hijos, con escasa diferencia entre ellos, Adrian tenía treinta y cinco años. También Sofía Vaiser tenía esa misma edad. La decisión no podía esperar. Ya, de hecho, era un riesgo alto, su médico se lo había advertido. Tomó el riesgo y, efectivamente, quedó embarazada. La parte verdaderamente difícil era decírselo a Adrian. Suponía una tormenta.

Adrian Budenbrook estuvo meditando varios días sobre el asunto sin llegar a una decisión. Dijo que necesitaba más tiempo, que era demasiado fuerte lo ocurrido. Pensaba que se trataba de un error. No podía suponer que Sofía había calculado rigurosamente el embarazo. Eso no entraba en sus posibilidades de imaginación y Sofía persistió en la hipótesis del azar. Siguió pensando varias semanas. La decisión de tener el bebé estaba tomada por parte de la madre, no había vuelta atrás. Lo que Adrian no sabía era cómo aceptar que ya no serían dos mujeres paralelas, sino dos familias. No estaba preparado para eso. Le repugnaba. Sabía que era muy usual, que muchos hombres en Venezuela vivían de esa manera, se sentían contentos, y todo el mundo aceptaba los dos hogares, o, si se trataba de gente más distinguida, simplemente ignoraba la existencia de dos hogares. Pero a él le parecía imposible. Sofía, su amante. Josefina, su mujer. Eso entraba en el orden. Dos familias era un concepto distinto. Era un desorden. Sofía era como una suerte de vida interior, de vida propia, la vida de un Adrian Budenbrook que no le pertenecía a nadie. La de un chico solitario que paseaba con su padre y su hermano en los parques de Viena antes de la guerra; la de un niño que salía de la mano de su madre vestido de marinerito y la acompañaba en sus pequeñas tareas de la casa, para comprar un pedazo de tela, unos pasteles, algunas frutas, o a visitar a la costurera que vivía en el barrio de atrás de la Kärtner-strasse. Un barrio al que a su padre no le gustaba que fueran porque, decía, era de mala vida. Es solamente un barrio de gente pobre, decía su madre, y a escondidas salían en busca de la costurera.

Una sola vez pensó que su padre tenía una amante. Escuchó que su madre y él discutían en voz baja en la habitación y oyó pronunciar un nombre. «Gala, ¿quién es Gala?», dijo su madre con toda claridad. No alcanzó a entender la respuesta de su padre. Tener una amante, una mujer como Sofía, con la belleza que el tiempo no terminaba de disminuir, le parecía hermoso y ordenado. Un lugar para existir dentro de sí, de su alma, ser él verdaderamente, si es que tal cosa podía decirse de un hombre. Sofía con un hijo sería una mujer vulgar, una mujer como cualquier otra, que engordaría su cuerpo y cerraría su espíritu con las preocupaciones caseras que trae un niño. Josefina lo hacía con elegancia, Sofía lo haría con vulgaridad. Estaba seguro, había conocido demasiado a la señora Vaiser para ignorar cuál sería el destino de su hija. Se entregará a la maternidad, dejará la empresa, se olvidará de los edificios que ha construido, y de los que pudiera construir, y su mundo serán las computas, los pañales, la fiebre y las diarreas. Pero había algo más, no era solamente el egoísmo de perder a su magnífica amante, sino el sentimiento de que no toleraría saber que había un hijo suyo en el mundo sin su nombre, sin su presencia. Un hijo como un gatito. Adrian Budenbrook se miraba en el espejo, se veía el parecido con su propio padre, recordaba sus bigotes káiser, la barba puntiaguda, el sombrero de copa, los ojos muy pequeños y atigrados, como los de un animal vislumbrando su presa. Escuchaba su silencio, su voz pausada y firme para dirigirse a su esposa y a sus hijos en las horas de las comidas o en las sobremesas, y no podía aceptar un hijo que nada sabría de él. Porque eso era algo decidido, no quería saber nada de aquel niño en esas condiciones.

Un niño para visitar de vez en cuando estaba bien para sus empleados, incluso alguno de sus nuevos amigos le habían contado de los hijos que tenían «por ahí». Adrian Budenbrook no quería hijos «por ahí».

Su padre estaba muy anciano. Lo había visto hacía unos meses y había sufrido mucho al encontrarlo tan mermado, un viejecillo impotente, sentado en una silla de ruedas, constantemente atendido por sus hermanas. Todavía vivían en la casa de Grinzing, sus padres con Sidonie y Melanie, dos viejas solteronas que parecían haber alcanzado la misma edad que sus padres. Eran cuatro viejecillos arrumados en aquella casa horrible. Pero era su padre, carajo. Pasara lo que pasara, aunque se convirtiera en un saquito de huesos malolientes, en un trasto desechable, en unas piernas escurridas de orina, aquel hombre había sido su padre, el cónsul de Viena en Caracas. Y él lo recordaría así, sentado en la azotea del apartamento de la Kärtnerstrasse mirando la ciudad mientras ilustraba a su familia con sus conocimientos. Cuando muriera él seguiría recordando a aquel caballero elegante, que con sombrero y bastón paseaba los domingos por la mañana con sus hijos y se sentaba a ver las palomas en el Volksgarten. Ese padre nadie podría arrebatárselo, el padre que dijo una vez: «es mi criterio que la vida en Europa será muy difícil y dolorosa». Su padre en 1937. Su padre en el esplendor, en la fuerza de la edad, capaz de arrastrar a su mujer y cuatro hijos a lo que le parecería una selva. Alguien capaz de tomar aquel riesgo por su familia merecía respeto. Y él no podría obtener respeto de un hijo nacido como un gatito. Sofía le estaba imponiendo una humillación intolerable.

La niña nació en buen estado de salud y la madre tuvo un parto feliz para sorpresa del obstetra. La relación con Sofía quedó rota. No quiso saber más de ella, impidió su acceso a la oficina, desvinculó su nombre de todas las empresas en las que figuraba Sofía Vaiser. Prohibió a Leo volver a mencionar su nombre. Su vida paralela quedó borrada. No existía ni nunca había existido. Tuvo tres hijos más con Josefina Alfaro. Tres hijos de los que obtendría respeto hasta el último día de su vida y después de su muerte.

Leo Altman, Sofía Vaiser y Adrian Budenbrook en el terreno que compraron en Altamira en 1949. Sacó de una gaveta de su escritorio la fotografía. Vestido de dril blanco, flaco, con un sombrero de media ala, haciendo el gesto de la victoria con los dedos. La rompió en mínimos pedazos. Luego hizo una llamada.

—Espérame esta noche, no, esta noche estoy ocupado, mañana por la noche. Iré a tu casa mañana por la noche.

Entró en el apartamento de Sofía Vaiser, la saludó fríamente. Leo Altman le invitó a pasar a la habitación de la niña. Pidió que le permitieran verla a solas, en otro momento. Sofía convino en que volviera al día siguiente, por la tarde. Tenía que ir al médico y dejaría a la niña con una empleada. Así ocurrió. Adrian Budenbrook volvió para ver a su hija, una niña nacida como un gatito. Se aproximó a la cuna, sintió su respiración y apoyó su mano sobre ella. Luego avisó a la empleada que la niña estaba dormida y que no entrara a despertarla.

El desorden había sido curado.

Por un lado, concluyó Elvira, Vera Gerber tenía razón. Adrian Budenbrook fue amante de una mujer llamada Sofía Vaiser. Por otro, estaba equivocada. El padre de Adrian Budenbrook no era un nazi, sino alguien que huyó para no serlo. Eso en cuanto a la versión Gerber. En cuanto a la versión Orozco no se desprende con seguridad que Sofía fuese o no la hija de Josefina. Se mencionan seis hijos, puede ser que esto haya sido escrito antes de su nacimiento, o que se refiera a que fueron seis a partir de la muerte del primero. Volvió a leer: «Se aproximó a la cuna, sintió su respiración y apoyó su mano sobre ella. Luego avisó a la empleada que la niña estaba dormida y que no entrara a despertarla.

El desorden había sido curado».

Adriana acusa a su padre de haber asesinado a su hija. Este documento me fue entregado por ella, por su propia voluntad. Este documento pudiera haber sido amputado en su página final, y no fue así. No hay ninguna manera de argumentar que me lo entregó sin conocerlo previamente. No hay modo de pensar otra cosa que Adriana quiso que supiera, desde el primer momento, lo que había ocurrido con esa niña. Demasiado fuerte para decirlo, tuvo que escribirlo. Todo lo demás, la historia de los Budenbrook, quedaría para una novela, lo único que tiene importancia es el final. Adrian Budenbrook, el gran empresario, el mecenas, el padre de familia, el ejemplar ciudadano, mató a una bebé porque le incomodaba su presencia.

Aquí está el doble mensaje. El sentido de la lectura nos hace enseguida comprender que esa mano asfixió a la bebé, pero, ¿dónde lo dice? En ninguna parte. Es una mano que acarició a la bebé, una bebecita dormida que no hay que despertar. Pero, si eso es así, esa niña que debió nacer hacia 1960 es ahora una mujer de unos cuarenta y tantos años. Si esa mujer no existe, o no se comprueba que murió un tiempo después, por cualquier razón, hay una sola conclusión, y es que a los pocos días de nacida fue asesinada por su padre, que no quería niños como gatitos. Un gatito que sobra puede ahogarse. Existió esa niña o Adriana quiere espantarme con este relato siniestro. Si la contraste con el texto, dirá, por supuesto, que allí no se dice nada de asesinato, que escribió de un modo tangencial la caricia de un padre a una hija que no quería. Puedo pasar horas intentando que diga la verdad y no lo hará. Lo que es obvio es que me entregó esa historia para que yo me sienta perdida en una red de sobrentendidos, de malentendidos, engeguedada por una novela familiar intolerable. Los primeros días insistió en preguntarme si la había leído, y después comprendió que yo no le daría una respuesta inmediata, pero que en algún momento la leería. Era cuestión de tiempo. Me dejó como quien alarga el hilo hasta que el pez muerda el anzuelo. He debido recordar cuando pescaba con mi abuelo, tensa el hilo y espera. Eso fue lo que hizo Adriana Budenbrook conmigo, tensó el hilo, arrojó el anzuelo y esperó.

¿Qué papel tengo yo en esta historia? Ella busca o, para ser exacta, acepta la recomendación de Boris Salcedo de tener a su lado una persona que, según el comisario, puede ayudar en la investigación. ¿Soy eso verdaderamente, o soy un testigo? Alguien que Adriana necesita para asegurarse de que no está loca cuando piensa que su padre, el admirado Adrian Budenbrook, fue un miserable. ¿Es eso, McLeod? McLeod estaba silencioso aquella noche.

Quería tener todo listo para cuando Boris Salcedo apareciera, de modo que tomó el metro y se dirigió al centro. No había señas de una pensión Casa Coima en la guía de teléfonos, pero Elvira Madigan estaba acostumbrada a ese tipo de inconvenientes. Fotocopió el recuadro del mapa que aparecía en la guía y consideró que La Pastora no era un barrio tan grande como para no ser recorrido a pie. En algún momento anterior, cuando vivía con Santiago, pasó por allí pero no recordaba nada, y, en todo caso, el barrio estaría muy cambiado. Método y procedimiento. Caminar todas las calles hasta que apareciera el letrero que dijese Casa Coima. Paró a la hora de almuerzo y se refugió en una arepera para comer y beber algo. Hacía demasiado calor pero no estaba dispuesta a dejarse amilantar. Le preguntó al que atendía la arepera si estaba lejos de la Casa Coima, y el hombre le dijo que estaba muy cerca, al voltear la esquina. Efectivamente, allí estaba. En una calle estrecha, con la acera muy alta, como era usual en la parte norte del barrio. Una construcción de dos plantas, con un letrero al que le faltaban algunas letras. C sa Co ma. No había duda, se acercó y preguntó a una mujer que salía de la puerta de al lado si ésa era la pensión Casa Coima. ¿No ve el letrero?, contestó. Es que busco a un amigo y no estoy segura si la casa sigue siendo una pensión. Sí sigue, dijo la mujer, fastidiada con las preguntas.

Elvira bajó las calles hasta la estación del metro. Anotó las esquinas y el número. Estaba agotada pero feliz. Boris no tiene sino que tocar el timbre. Servicio impecable de su auxiliar de investigación, le dijo cuando él la llamó para comunicarle que estaba de regreso. Encontró otro mensaje de Tomás Orozco insistiendo en verla. Le proponía ir al cine, un festival de Sundance. Aceptó. Los lunes eran días muy vacíos y no tenía ninguna otra tarea pendiente. Siempre podía seguir alguna pista con los videoartistas, o volver a Xenia Vargas, pero estaba cansada. Recordó que hoy debería llevarle a Sonny la foto de Sofía, pero no la tenía consigo, olvidó pedírsela a Adriana. Descansó un rato en espera de Tomás. Vieron *Far from Heaven* y después cenaron en un restaurante de nueva cocina italiana que acababan de estrenar. Quizás éste es el que quiere conocer Richard Wood, pero debe estar muy ocupado con los *varenikes* que le prepara Ingrid.

Tomás Orozco estaba contándole su vida. No parecía interesado en volver al tema de Sofía, ni a los nombres que había identificado en la lista. La conversación giraba en torno a su divorcio de Corina, una separación civilizada que les había permitido mantener la amistad. Sus hijos vivían con ella, pero con frecuencia él iba a almorzar o pasaba a visitarlos. Vivía solo, en un apartamento pequeño, bastante cerca. Por las mañanas trabajaba para una editorial corrigiendo y versionando textos y por las tardes escribía. Corina era odontóloga y siempre había ganado más que él, pero esa circunstancia no había incidido en su relación. Tampoco otra persona. Simplemente convinieron en que ya no estaban bien juntos, o juntos todo el tiempo. Luego Corina empezó otra relación y él también, sin que sus respectivas nuevas uniones perturbaran la camaradería. Ahora él estaba solo.

Elvira creyó percibir cierto énfasis en esta afirmación, pero no quiso dar un paso en falso. Tomás era algo más joven que ella, no demasiado, o no tanto como el hijo de la noche, en todo caso. Atractivo, bien portado, sensible. Y más consecuente que Richard Wood. *Wait and see*. Terminaron la cena y Tomás la dejó en su casa. Cuando estaban llegando, súbitamente recordó que no habían hablado acerca de la

investigación. En fin, ya era tarde y tenía que levantarse muy temprano, quedaba para otro día. Una buena razón para volvernos a ver, añadió. Dejaré el hilo tenso y esperaré. Le agradaba Tomás Orozco, aunque no con un gusto demasiado profundo.

Por la mañana llamó a Adriana para pedirle que trajera una fotografía de Sofía cuando viniera a la sesión. Estaba decidida a no mencionar que había leído el documento de la historia de los Budenbrook. En algún momento te desesperarás y tendremos que ocuparnos de eso. La sesión transcurrió sin matices. Adriana estaba indolente, como si no tuviera ganas de hablar, y miró el reloj varias veces. Pidió excusas y explicó que debía hacer una llamada a Viena, por la diferencia de horario no quería que fuese muy tarde. Su madre se acostaba temprano. Había recibido una llamada de Wolfgang diciendo que no estaba bien y su esposa la llevó al médico. Elvira se interesó y preguntó más, pero Adriana no sabía nada, únicamente un mensaje de Wolfgang en su contestadora, por eso quería llamar. Trajo la fotografía y Elvira vio por primera vez el rostro de Sofía Budenbrook. La única referencia que tenía de su cuerpo era el informe forense. Ahora podía ver a una joven, no demasiado bonita, aunque de rasgos agradables, los ojos no se distinguían bien en la imagen, era una foto de carnet de mala calidad. Una sonrisa franca, más bien alegre. Comentó estas impresiones esperando que suscitara algún comentario de Adriana y ella se limitó a decir algunas generalidades y se fue.

Para evitar encuentros desagradables, había movido la sesión de Vera Gerber quince minutos. Era puntual y nunca llegaba antes de su hora. Sin embargo, perspicaz, intuyó que Elvira había producido voluntariamente el cambio y le dijo que se lo agradecía. Entrar en la sesión con la visión de los Budenbrook la perturbaba.

Vera era una paciente hasta cierto punto perfecta. Entendía muy bien el sentido del diálogo con su terapeuta y exploraba sus sentimientos con coraje. No era, además, alguien que estuviera esperando el milagro de una curación, porque, en realidad, no quería curarse de nada. Quería saber por qué, si su vida había estado llena de circunstancias positivas, guardaba un rencor absolutamente injustificado e inconfesable contra sus padres. Exploraron varias alternativas sin llegar a ninguna conclusión demasiado convincente. Si era, quizá, porque ambos trabajaban constantemente y les quedaba poco tiempo para con los hijos; si fueron demasiado exigentes con sus logros; si tenía celos de la relación muy privada y excluyente que existía entre ellos. Todas eran hipótesis plausibles pero sin que Vera llegara a identificar la causa de aquel malestar retrospectivo. Quizá, pensó Elvira, su madre no le dijo nunca *count your blessings*, pero le pareció agresivo. O, a lo mejor, Vera necesitaba una excusa para acudir al psicoanalista. Quería hablar de sí misma, sentir la atención privilegiada de su escucha, y para ello era indispensable tener algún síntoma. No lo había en el presente, lo encontró en el pasado. Algunas veces expresaba ciertas preocupaciones con sus hijos, la nostalgia de cuando eran niños y todos estaban juntos, y ahora, en cambio, separados por muchos meses, aunque Vera y su esposo los visitaban con frecuencia y también ellos venían a verlos. O algún malestar con sus hermanos por diferencias de criterios en la empresa, problemas con los empleados, ansiedades por el destino del país. Elvira anhelaba que en algún momento volviese a contar la historia de Adrian Budenbrook y la prima de su padre. Saber si Sofía Vaiser tuvo una niña. Si esa niña murió al poco tiempo de nacida, o era alguien que existía en alguna parte. «No hay ninguna razón para que le haga esa pregunta, doctora Madigan –dijo McLeod–. Sería una curiosidad poco ética de su parte porque no tiene nada que

ver con el tratamiento de su paciente». Trató de convencerlo argumentando que la historia no estaba completa sin ese dato. Llegó incluso a sugerir que a lo mejor el malestar con sus padres pudiera tener alguna relación con la hija de Sofía Vaiser. Pero nada convenció a McLeod. «No es ético formular una pregunta que sólo interesa al terapeuta». Está bien, viejo McLeod, me doy por vencida. ¿Para qué habré cambiado el horario? Logré que el tema Budenbrook desapareciera de los pensamientos de Vera Gerber.

El miércoles por la mañana fue a *Mango bajito* para dejar la foto de Sofía, no sin antes guardar una fotocopia a color para ella. La recepcionista había cambiado de nuevo y en lugar de la anterior encontró a un muchacho que le recordaba más el perfil de la chica de los *piercings*. Estaba al tanto del asunto porque Sonny había llamado a preguntar por la fotografía, el número entraba en producción esa semana. Elvira había perdido interés en *Mango bajito*, le parecía que todo lo que pudiera encontrar por ese lado estaba listo, aunque, cuando la revista fuera publicada, suscitaría recuerdos, y quizás aparecería alguien que hubiese conocido a Sofía. En realidad, la única persona que le había hablado de ella era Xenia, además de Tomás Orozco. Una joven que pretendía ser escritora, artista, actriz, no podía ser una persona aislada, salvo que todas esas aspiraciones fueran deseos secretos que solamente vivían en su mente. Adriana insistía en su promiscuidad sexual, lo que también apuntaba hacia una persona que buscaba el contacto con los demás. Sé poco de ella, ésa es la verdad. Había leído los poemas que estaban en el portafolio y le parecieron imposibles. No podía deducir nada de unos textos con frases inconclusas, alusiones mitológicas, escritos como para no ser comprendidos. A Sonny le gustaron, sin embargo. Pensó en mostrárselos a Tomás, a lo mejor él les encontraba un sentido. Decidió ocupar el resto del día en la adquisición de un portátil.

Por la noche llegó un mensaje de Judit Green. Había leído *El hombre sin razones* y le enviaba sus comentarios. Ya casi se había olvidado de Pablo Narval, convencida como estaba de que el asesino de Sofía era Quovadis. Recordó lo que le había dicho Salcedo, no es bueno quedarse anclado en una conclusión porque oscurece la investigación. Y al mismo tiempo, debía reconocer, Xenia Vargas no tenía el perfil de una informante veraz. Probablemente odiaba a Quovadis porque había distanciado a Sofía de ella, y, en consecuencia, magnificado la anécdota del atropello, que no pasó de acercarse y gritarle algún insulto, o del simulacro de que le tiraba encima el automóvil. Si Quovadis tuvo una pierna rota era algo que Boris podía averiguar fácilmente, pero, aun así, una pierna podía romperse por muchas razones. Cuando se disponía a leer a Judit entró una llamada de Adriana. Viajaba a Viena, su madre estaba hospitalizada con un infarto. Elvira le dio su correo electrónico para que la mantuviera al tanto de los acontecimientos.

Abrió el documento de Judit.

«Debo en primer lugar aclarar que ésta es la primera novela que leo de Narval. No tengo, pues, conocimientos previos ni prejuicios sobre su obra. El hecho de que fuese candidato al Nobel condiciona la lectura, por supuesto. Comporta la expectativa de que estamos frente a un gran escritor, o al menos un escritor afamado, si es que guardamos una visión escéptica con relación al premio. Más allá de esa circunstancia, y también del hecho de que fuese asesinado (lo que agrega un valor dramático, sin duda), la novela *El hombre sin razones* es conmovedora. El autor sitúa la trama en una época mil veces tratada por la literatura y el cine: el preludio de la Segunda Guerra

Mundial, y, sin embargo, nos produce la impresión de frescura y novedad que sólo una obra de alta creación puede dar a un tema de sobra conocido. El protagonista es un mediocre funcionario de la cancillería vienesa que asume la decisión de solicitar un cargo en el servicio exterior, no importa dónde. Su urgencia es abandonar Europa antes de que Alemania desate la guerra, y logra ser enviado a Caracas, un lugar absolutamente desconocido para él. Aquí el autor naturalmente utiliza sus recuerdos de la ciudad en los años posgomecistas, así como los sucesos que siguen a la Revolución de Octubre, es decir, el alzamiento contra el general Isaías Medina Angarita el 18 de octubre de 1945, y el golpe militar de 1948 contra Acción Democrática. Sin embargo, y esto es lo más interesante, no tenemos la impresión de que quien narra es un conocedor de ese período de la historia; más aún, no nos parece la voz de un venezolano que habla sobre su país. El autor logra con gran maestría que el narrador se coloque en un punto de vista ajeno, de observador, de testigo no comprometido, ni siquiera afectado, y hable como un extranjero que coincidentalmente vive los acontecimientos.

«La parte más brillante del libro es la primera; la referida a la historia familiar del protagonista, y al personaje en cuestión. Los años de la preguerra, el ascenso del nazismo, la tortura psicológica de alguien que ve venir el futuro sin poder evitarlo, y asume una soledad absoluta dentro de un mundo cuyo horror no puede comprender. Los capítulos que narran la mirada de este hombre, que gradualmente asiste al desvanecimiento de su historia, de sus valores, y al envilecimiento de las conciencias, son magistrales. Contienen extraordinarias pinturas de época en cuanto al arte, el pensamiento, la vida intelectual centroeuropea, pero éstas son, si se quiere, menos excitantes. Actúa el narrador como un reconstructor del tiempo, con excelente prosa y erudición, pero sin lograr sobrepasar lo que quizá hemos leído en otra parte. Lo fundamental, repito, es el trayecto de una conciencia desesperada, de un ser humano que observa, saca conclusiones, *sabe* lo que ocurrirá y está completamente solo porque nadie quiere o puede creerle. En cierto sentido este personaje simboliza la conciencia intelectual que se anticipa a la historia, y es despreciada por quienes son sus protagonistas. Allí, en mi opinión, es donde Pablo Narval se sitúa como un escritor universal.

«La novela termina cuando el protagonista, finalizada la guerra, regresa a Europa. Concluye con un relato en cierta forma previsible como es la narración melancólica de quien vuelve a los pueblos devastados, que, más allá de la división entre vencedores y vencidos, conforman el conjunto de una historia que debe empezar de nuevo. Curiosamente la figura de Hitler casi no aparece. Narval, con mucho tino, evade un personaje saturado de información para el lector. No hay, pues, un malvado dictador descrito en la novela; por el contrario, con un efecto más siniestro quizá, continuamente sentimos su presencia, como la de un ser afantasmado que sin ser visto está determinando la desgracia y la condenación».

Elvira se sirvió una ginebra. Volvió a leer y de nuevo llenó el vaso. Olvidar la muerte de Narval como un hecho desvinculado del asesinato de Sofía no era posible. La descripción de Judit sugería que se había inspirado en el padre de Adrian Budenbrook para construir su personaje. ¿Lo conoció?, ¿cómo, cuándo? No lo sabía pero, sin duda, se trataba de una inmensa coincidencia. He aquí que estoy sola, sin que Boris Salcedo dé señales de vida. La historia del cónsul Budenbrook relatada por una de sus descendientes y por un novelista que lo toma como fuente de inspiración. Una

historia intrascendente, de un personaje gris, que ninguno de sus críticos reconocerá como un personaje real. Tiene todas las condiciones para parecer un personaje de novela. En cuanto a por qué Narval eligió al cónsul Budenbrook como protagonista no sé si es tan importante. Lo conoció, escuchó hablar de él, alguien le contó su historia y lo aprovechó de esa manera. Pero hubo una persona que reconoció al protagonista detrás de la ficción, Sofía Budenbrook. Ella leyó el libro, supo de quién estaba hablando Narval, y por supuesto quiso conocerlo. La ocasión única: el homenaje. Esta circunstancia establece una relación entre ambas muertes: una joven asiste al homenaje de un gran escritor porque en una de sus novelas ha creído reconocer la historia de su familia. Tiene la esperanza de que podrá hablar con él y saber más. Una ferviente curiosidad que no necesita de mayor explicación. Hasta aquí creo que piso terreno firme.

Tomás Orozco. Si él es tan buen conocedor de la obra de Narval y, al mismo tiempo, un amigo de la familia que tuvo la oportunidad de muchas conversaciones con Adrian Budenbrook, necesariamente sabe que existe una relación única entre esa novela y su historia. ¿Por qué no la mencionó? ¿Lo deja para otro día, como los nombres que identificó de la lista? Súbitamente desconfió de él. Me dice y me oculta. Como Adriana. ¿Están de acuerdo?

Buscó en su computadora las entradas que había acumulado de Narval. Leyó los comentarios críticos a *El hombre sin razones*; efectivamente, coincidían en señalar algunos de los méritos que Judit había encontrado. Un gran esfuerzo imaginativo del autor, colocarse en la piel de un extranjero, de un hombre con el que no tenía nada en común, y, sin embargo, comprender su psicología y su mundo, bla, bla, bla. La primera edición del libro era de 1992. Es decir que Adrian Budenbrook pudo conocerla.

Eran pasadas las doce y tuvo que resistir la tentación de llamarlo, pero mañana, querido escritor, te sale *roastbeef* a la manera de mi madre.

–Se nos escapó el pajarito.

–¿Qué me quiere decir, Boris? Le di la dirección exacta donde encontrarlo y no pudo. ¿Me quiere ayudar o no?

–Le prometí interrogar a ese tipo y lo haré, pero el hombre ya no está allí. Sus datos eran correctos, vivió en esa pensión, pero ya no. Se mudó.

–¿A dónde?

–Ésa es la cosa, no lo sé.

–Es decir, que usted llega a una pensión de mala muerte, pregunta amablemente por un ciudadano llamado Enio López, conocido como Quovadis, la dueña le dice que ya no vive allí, y usted da las gracias y se retira. Eso lo podía hacer yo.

–No fue exactamente así.

–¿Cómo exactamente?

–Doctora, usted no sabe las presiones a las que estoy sometido. Alida me está exigiendo una pensión de alimentos completamente injusta y la juez me va a embargar el sueldo. Soy un funcionario público, muy difícil ocultar lo que gano. La chica que le mencioné, la que es mi novia, o era, ya no sé, dice que se quiere ir a Miami, que no aguanta esto, y quiere que yo me vaya con ella. Todo porque se me ocurrió mencionarle que una vez me ofrecieron supervisar una oficina de seguridad allá, pero de eso hace mucho tiempo, imagínese, cómo vuelvo yo a encontrar a esa gente. Y luego, no se lo puedo contar mucho, pero usted conoce la índole de mi trabajo. Yo tengo que estar protegiendo a personas que... bueno, es que no se lo puedo contar, personas que se meten en muchos líos, que se ganan enemigos. ¿Me entiende?

–Boris, desde que nos conocimos vengo diciéndole que leo la prensa.

–Entonces se dará cuenta de que yo no tengo vida.

Elvira se sentía desarmada.

–¿Puede contarme de nuevo qué pasó en Casa Coima?

–Esa pensión es de gente fichada, estaban dispuestos a decirme todo lo que yo quisiera, se lo puedo asegurar. No tuve que hacer mayor esfuerzo para que hablaran. Sencillamente el hombre desapareció hace como un mes y no tienen la menor idea de dónde está. Vivió allí como dos años y se fue debiéndoles. Pasaba casi todo el día en su habitación y salía por la noche. A veces recibía muchachas. No daba problemas, tampoco hablaba con nadie. Efectivamente se rompió una pierna y pasó varias semanas hospitalizado, de eso hace casi un año. Le quedó como una cojera. Vea que sí saqué unas cuantas cosas en claro.

–Tiene que llevarles la fotografía de Sofía.

–Usted no me dio ninguna foto.

–No la tenía, ahora sí.

–Muy bien, regresaré. Y también puedo identificarlo, el sistema de información está bastante actualizado. Pero déme un poco de tiempo. Llegué ayer, la llamé, y hoy mismo hice la averiguación. No puede decirme que no la estoy ayudando.

–¿Quiere comer algo?

–Se lo agradezco pero no tengo tiempo.

–¿Otra vez fuera de cobertura?

–No, es que tengo que ir a ver a Alida, necesito convencerla de que me está pidiendo una cantidad imposible. Setenta por ciento del sueldo. ¿De dónde saco yo para vivir?

Tomás Orozco había aceptado la invitación a cenar pero no para esa noche sino para la siguiente, con una variante. Había conseguido los *broccolini* que comieron en el restaurante de nueva cocina italiana y quería probar cómo le quedaban. A Elvira le tocaba el vino. Al menos un cambio del patrón de Richard Wood. Vio sus mensajes y le escribió a Judit dándole las gracias por su reporte sobre la novela de Narval. Recordó que le había prometido a Xenia enviarle los datos del programa de rehabilitación y le escribió a Richard preguntándolos. Nada de Adriana.

Sentía una gran expectación por la cena con Tomás. Salió y compró el libro de Narval, estaría sobre la mesa del salón cuando él llegara. Lo introduciría como un tema de conversación, a continuación le pediría su opinión de experto con algunos comentarios extraídos de la nota de Judit. Quedaría probablemente sorprendido por su conocimiento literario. Luego diría que quería leer todas sus novelas, era un magnífico escritor, y le reclamaría que le diera más. Le encantaba leer novelas, era su distracción favorita. Distracción no, es una palabra que puede sonarle frívola a un escritor. Su pasión; tampoco, sonaba dramático. Diría simplemente que quería leer más libros suyos.

Tomás Orozco, efectivamente, escuchó los comentarios literarios de Elvira con mucha atención. Le dijo que era una lectora muy fina (bien por ti, Judit Green) y que había dado un resumen excelente de la novela, una de las más importantes de Narval. Le valió el Premio Médicis.

Elvira tomó la dirección de la escasa recepción que había tenido en su propio país.

–Pura envidia, diría yo. Con esta novela en particular creo que lo que condicionó el silencio es su punto de vista. El desapego con que narra la parte que sucede en Venezuela. De los pocos comentarios que recuerdo fue alguien que dijo que parecía un novelista europeo.

Tomás comenzó la preparación de los *broccolini* y pidió silencio para concentrarse. Los quería hacer gratinados y un error en la temperatura del horno era mortal. Elvira le sirvió una copa de vino y se sentó a presenciar sus habilidades gastronómicas. Paciencia. No debo apurar las cosas. Después de los *broccolini*.

El plato de pastas con *broccolini* gratinados quedó excelente, y el vino, según Orozco, era una magnífica elección. Siguió un largo entreacto acerca de los mejores vinos que llegaban a Venezuela, las precarias condiciones de conservación, el abuso de los precios, y el acuerdo total en que la opción más sabia la proporcionaban los chilenos. No me vas a dejar con este tour de catador, pensó Elvira.

–Conociste a Narval, me dijiste, ¿o es idea mía?

–Me hubiera encantado conocerlo, encantado es poco, me hubiese fascinado. Ésa era mi expectativa el día del homenaje. Y la única vez que lo vi fue el día de su muerte.

–¿No fuiste a las conferencias?

–Imposible. Tenía un trabajo impresionante esa semana.

–¡Qué lástima!

–Como un destino, me parece.

Elvira decidió meter el acelerador.

–No sabía que Narval conoció a Adrian Budenbrook.

–¿A Adrian? No creo. ¿Por qué lo dices?

–Bueno, por la novela. El protagonista está tomado del padre de Adrian Budenbrook. El cónsul vienés que viene a Venezuela poco antes de empezar la guerra.

–¿Y qué tiene eso que ver con el padre de Adrian Budenbrook? Vinieron a Venezuela porque el padre era maestro cervecero en Austria y aquí estaban montando una fábrica; lo trajeron como experto catador.

Elvira Madigan escuchó la campana anunciando que el match había concluido y lo había perdido por *knock-out*. No se resignaba, sin embargo.

–Alguien me dijo otra cosa, que era diplomático.

–Si le cuentas eso a Adriana se va a morir de la risa.

Estaba furiosa, no iba a tolerar que Tomás Orozco se burlara de ella. Tampoco Adriana Budenbrook. Si estaban de acuerdo en tenderle una red de trampas y malentendidos podían buscar otra diversión. No ella. De pronto McLeod le susurró: «¿Qué le hace pensar que Adrian Budenbrook le decía la verdad a este joven? Nadie que fuese cónsul austríaco en esos años podía escapar de la sospecha de ser un nazi». En todo caso, cuando Adriana regrese de cuidar a su madre, la espero para confrontarla. Ella fue quien me dio ese documento, ella tiene que responder por lo que dice.

Le pareció que Tomás Orozco daba muestras de cansancio, o quizás era ella la que estaba cansada. Tampoco había recordado esa noche el tema de los nombres que decía haber identificado en la lista, después de revisarla con lupa. «Doctora Madigan, me sorprende que no haya entendido el truco inocente de ese hombre. Quiere seguirla tratando y piensa que esa información es lo que más puede interesarle a usted de él, así que la retiene para alargar las oportunidades de verla». Elvira estuvo de acuerdo. Tomás Orozco era muy aburrido y prefería el ocasional *roastbeef* con Richard Wood o la imposible fantasía con el hijo de la noche. Como dándole la razón al viejo McLeod, Tomás se despidió con un beso de significado dudoso. La próxima vez cenamos en casa, añadió por si quedaba alguna duda.

Boris Salcedo la citó en la panadería que estaba en la esquina de su oficina. Tomaron un café apurado mientras le informaba de los resultados de su segunda visita a Casa Coima. Primero, los dueños de la pensión, una pareja que se dedicaba al tráfico de mujeres, reconocieron a Sofía; dijeron que era una de las muchachas que visitaban a Quovadis. ¿Con qué frecuencia? Casi todas las semanas. ¿Cuándo fue la última vez? A pesar de cierta imprecisión en las fechas, estaban de acuerdo en que no había regresado después del accidente. Su habitación era la de la planta alta, un poco más cara que las de la planta baja porque tenía baño privado, y seguía desocupada. La última mensualidad que pagó fue la de agosto, quedó debiendo septiembre y octubre, y luego desapareció. Dejó algunas cosas en la habitación y las vendieron a cuenta de la deuda: un televisor de 13 pulgadas, un equipo de sonido muy viejo, que todavía funcionaba y un microondas. Lo demás eran libros que botaron. La ropa se la llevó toda, tampoco era mucha. Boris revisó la habitación y sacó las gavetas del mueble; metidos en las ranuras aparecieron algunos papeles; eran programas de obras de teatro, entre ellos el de *Macbeth*, presentada a finales del año anterior.

Elvira sintió deseos de besarlo en la frente. El resto de la información también era importante. Enio López tenía dos entradas en la policía. La más reciente por abuso de menores, de la cual salió libre porque la familia, después de poner la denuncia, no compareció más y la abogada encargada de hacer cumplir la Ley de Protección a Niños y Adolescentes dijo que, si la familia no se interesaba en el caso, ella tampoco. La otra, de varios años atrás, por venta de drogas. Lo agarraron durante una redada en una discoteca con un paquete bastante grande, y lo soltaron sin que se supiera bien la razón.

—Le añado que tiene cuarenta y ocho años, nacido en Santa Cruz de Mora, estado Mérida, y aquí le anoto el número de su cédula de identidad.

—¿Regresó a su pueblo?

—A su pueblo no creo porque fue devastado recientemente en una inundación, pero quizás a Mérida. O anda escondido en Caracas. No le puedo decir con seguridad. Para eso tendría que poner a los muchachos en acción, y francamente, porque le debía unos reales a la Casa Coima, no puedo hacerlo. Usted es como todas.

—No le entiendo.

—Inconforme. Le estoy dando oro en polvo y le parece poco.

—Boris, no puedo expresarle lo contenta que estoy y cuánto le agradezco la información que me da. Pero tenía la ilusión de que usted lo interrogara, en un interrogatorio puro y duro, no como una entrevista de las que yo hago, y que de esa manera supiéramos si mató o no a Sofía Budenbrook.

—Ese hombre va a aparecer, oiga mi experiencia, va a aparecer. Chao, no tengo más tiempo.

Elvira Madigan regresó a su apartamento exaltada. La versión de Xenia Vargas parecía confirmarse. Allí tenía en sus manos el programa de *Macbeth*, y, aunque era un afiche muy pequeño y no constaba el elenco, la obra tuvo lugar en el Teatro Arlequín. Allí sabrían más, o eso esperaba.

Se dirigió inmediatamente a la dirección que señalaba el afiche. Una calle ciega que subía por las inmediaciones de la Avenida Andrés Bello, y se transformaba en un callejón. No quisiera venir de noche, pensó. El teatro estaba cerrado, sin embargo,

quedaba una esperanza. Los fines de semana tenían representación, o al menos así decía un cartelito escrito a mano. «Viernes y Sábados a las 8, Domingos a las 6, *El zoológico* de Edward Albee». Ésta es una operación difícil para realizarla sin automóvil. Tomó el riesgo de llamar a Ingrid para pedírselo prestado, y aunque aceptó decidió no hacerlo. Comprendió que el estado de angustia que ese préstamo le desataba no era justo con ella. Descartó a Richard Wood, por razones similares, y a Tomás Orozco porque no quería tenerlo al tanto de sus investigaciones. No importa, iré en taxi. Ahora tengo portátil y puedo llamar para que me vengan a buscar. La zona en la que se encontraba el teatro le pareció sórdida, quizás es el miedo que me produce encontrarme a Quovadis, y ése es un miedo injustificable. Quovadis, por distintas razones, está escondido y no va a presentarse en un lugar público.

El viernes llegó en un taxi a las siete en punto. La taquilla no estaba abierta ni se veía a ningún posible espectador. Tampoco había algún lugar donde esperar. En frente un taller de reparaciones de automóviles cerrado, una licorería abierta, y unas casas abandonadas. El callejón terminaba en unos matorrales y a lo lejos se divisaban unas viviendas precarias. Ésas eran las condiciones de la antesala, de modo que le pareció mejor quedarse de pie junto a la entrada del teatro. En algún momento vendría alguien. Transcurrieron cuarenta y cinco minutos sin que se manifestara alguna presencia humana en los alrededores. Probablemente la representación no tendría lugar. Estaba por llamar a la compañía de taxis cuando observó un movimiento en la taquilla y la ventana se abrió. Se acercó y preguntó si había función y una mujer le contestó que sí, a las nueve. Le pareció inútil comentarle que el cartelito decía a las ocho. La licorería cerró y con ella la única luz que quedaba en el callejón. Espere adentro, si quiere, dijo la mujer, y Elvira aceptó de inmediato la invitación. La encargada de la taquilla abrió la puerta y, aunque la sala de espera estaba a oscuras, pudo al menos sentarse.

Hacia las ocho y cuarenta y cinco entraron algunas personas, Elvira contó cinco. Se sentaron a su lado y a los pocos minutos la mujer anunció que abría la taquilla. Elvira salió de nuevo y compró su entrada. A las nueve y quince sonó un timbre y los seis espectadores se dirigieron al interior. Quizá fue una buena sala, pensó Elvira, reunía las condiciones de un teatro profesional, la acústica era impecable, las butacas cómodas, aunque muy maltratadas, y el piso estaba cubierto por pedazos de alfombra y lleno de cotufas. Comenzó la representación. No lograba concentrarse sino por momentos, pero no estaba allí por Albee sino por Quovadis. Trataba de elaborar un plan. Si no lo ejecutaba con rapidez la función terminaría y todo el mundo abandonaría la sala sin que hubiese tenido tiempo de averiguar nada. Pensó en acudir a la mujer de la taquilla, salir un momento y buscarle conversación, aunque no parecía demasiado inclinada a socializar con el público. De todos modos lo hizo pero fue inútil. La taquilla estaba cerrada de nuevo y la mujer había desaparecido. Sólo quedaba una opción, aprovechar el momento de la salida para acercarse a alguno de los espectadores. Eran tan pocos que resultaba fácil aproximarse a ellos, y al mismo tiempo le pareció una maniobra estéril. ¿Qué podían decirle? ¿Que sí o no estuvieron en la representación de *Macbeth*, más de un año atrás? ¿Que sí o no recordaban el nombre de los actores? No tenía sentido. Su propósito había sido hablar con algún empleado del teatro que pudiera saber algo de Quovadis, y allí no había nadie. ¿Los actores, quizá? ¿Recordaban si Quovadis había realizado *Macbeth* el año anterior? ¿Por dónde salían los actores? ¿Y a qué hora? Quedarse sola en aquel lugar le parecía un riesgo

innecesario. Vistas todas esas consideraciones decidió irse mientras todavía había gente en la sala, y llamó de una vez al taxi.

No conocían la dirección pero Elvira logró dar algunos datos de referencia, enfrente hay una licorería y un taller mecánico, no se ve el nombre de la esquina de la calle pero está el abasto Covadonga nada más voltear. La operadora le aseguró que la unidad estaría en quince minutos y se dispuso a esperar.

La puerta se abrió y salieron los espectadores. Volvió a contarlos y eran seis. Antes eran seis con ella, es decir, alguien entró después, con la sala oscura. Ése que no contó al principio era él. Estaba segura. La edad correspondía y, a pesar de la escasa visibilidad, pudo distinguir que cojeaba ligeramente. Alguien se subió a su automóvil y los faros se encendieron y lo iluminaron. No había duda, era un hombre que cojeaba. Si perdía esta oportunidad podía no presentarse nunca más. El taxi llegó en ese momento y tomó una decisión extrema. Le dijo al conductor que tenían que recoger a otro pasajero. Le indicó al hombre que cojeaba, y cuando el taxista se detuvo abrió la ventana y le habló:

–Quovadis, ¿necesita una cola?

El hombre la miró como si no experimentara sorpresa. Transcurrieron unos segundos, y se acercó al automóvil.

–¿Dónde quiere que lo deje?

Se acomodó en el asiento, al lado suyo, sin mirarla. Como si estuviera solo. Luego dio una dirección. El taxista comentó que la tarifa aumentaba porque esa dirección estaba muy lejos de la solicitada por teléfono. Elvira le dijo que estaba okey. El automóvil arrancó y ellos seguían en silencio. Sólo se escuchaban los ruidos del radiocontacto mientras le daban al conductor la tarifa del viaje a la Avenida Fuerzas Armadas. Circulaban con rapidez porque no había tráfico, no podía perder tiempo, en cualquier momento llegaban a su destino.

–Yo lo conozco, aunque usted a mí no. Tengo una sola pregunta que hacerle, y usted verá si me la quiere contestar o no.

–¿Qué pregunta?

–Tiene que ver con Sofía Budenbrook. Si la respuesta es satisfactoria puedo pagarla bien.

No había consultado ese costo con Adriana pero tomaba la responsabilidad.

–Bien, ¿como cuánto?

–Ponga el precio.

Quovadis pidió un millón y Elvira se sintió aliviada, temió que aspirara mucho más.

–De acuerdo, no tengo eso conmigo. ¿Mañana a las doce en el teatro?

Quovadis le indicó al taxista en cuál esquina debía parar y se bajó.

–Hasta mañana –le dijo a Elvira desde la acera.

Adriana en Viena significaba que el dinero tenía que adelantarlo ella. Fue al cajero externo del banco y sacó el monto acordado con Quovadis. Espero que no me haya visto nadie retirar esta cantidad. Y que Adriana regrese pronto, no me pagó la última semana y todavía no me ha entrado la mensualidad de Canadá. Llamó un taxi y a las doce menos cuarto estaba frente a la entrada del teatro. De día el escenario resultaba más optimista. Además, Boris prometió estar por los alrededores supervisando el encuentro y eso la tranquilizaba. Él consideró que, tal como se habían

desarrollado los acontecimientos, lo mejor era que Elvira cumpliera su trato. No asustarlo y escuchar lo que iba a decir. Si algo fallaba, entraría en acción.

–No creo que la haya matado –dijo Boris–, en ese caso no hubiera aceptado.

–Algo sabrá.

–Veremos, a mí todo esto me parece una imprudencia suya, doctora Madigan. Es un delincuente y vio el cielo abierto con usted. Va a contarle cualquier pendejada, y si no le paga...

–Si no le pago me atacará, pero eso no ocurrirá porque yo le voy a pagar salga sapo salga rana. ¿Se dice así?

–Sí.

–¿Y qué debe salir, sapo o rana?

–Nunca lo he sabido.

Subiendo lentamente la calle apareció Quovadis. De día parecía un hombre de más edad, al acercarse lo vio francamente acabado. No lo había detallado bien la noche anterior, pero ahora tenía frente a ella una persona abatida, con una flacura que delataba hambre, y con la miseria saliéndose por los costados de la ropa.

–Aquí estoy –dijo.

–Aquí estoy también –contestó Elvira.

Había visto a Boris comprando algo en la licorería y se sentía confiada.

–¿Dónde hablamos?

–Aquí mismo.

Elvira no quería salirse del radio de acción de Boris.

–Diga.

–Usted tenía una relación con una chica que mataron. Yo quiero saber qué pasó.

–Le puedo decir que no fui yo.

–La policía sospecha de usted, con el dinero que le voy a dar se puede ir lejos. A Mérida, por ejemplo. Tiene familia por allá, alguien que lo proteja. Aquí se está muriendo de hambre.

–No sospechan de mí para nada. No trate de engañarme porque tengo más horas de vuelo que usted.

Elvira pensó que Quovadis tenía razón.

–Yo no maté a Sofía, tenía razones para hacerlo, era una bichita que me jodió la vida. Pero no lo hice. No soy un santo, doctora Madigan, pero tampoco un asesino.

Elvira entró en pánico. ¡Cómo demonios sabía su nombre!

–Yo la conozco, sé que anda investigando la muerte de Sofi, tengo muchos amigos todavía, no crea. Y el mundo es un pañuelo, como dicen. ¿O pensó que me monté en el taxi porque no tenía cómo llegar a mi casa? Para empezar no tengo casa. Me dejan dormir aquí en el teatro porque les doy lástima y algunos me recuerdan con solidaridad. Mucha gente se subió a las tablas conmigo. Usted vino ayer a buscarme, a saber algo de mí, siempre salgo un rato, a dar una vuelta antes de acostarme, y la vi entrar. No la conocía de vista pero era obvio que usted era la famosa doctora que anda averiguando qué pasó con Sofía Budenbrook.

No puedo distraerme ahora tratando de saber quién le habló de mí, tengo que concentrarme en el momento. Boris seguía enfrente, conversaba con el dueño de la licorería, y eso le daba ánimos.

–Muy bien. Las cosas están claras, así que vamos a lo que nos interesa. Si usted no lo hizo, ¿quién?

–No tengo la menor idea.

–El dinero está en otra parte, iremos a buscarlo cuando me dé una respuesta que valga el millón.

Estaba mintiendo pero necesitaba mantener la calma.

–Yo estuve allí ese día, probablemente ya eso lo sabe. Y fui porque quería verla a ella, no porque me interesara un carajo el escritor que mataron. Quería hablar con ella, decirle que me había jodido la vida para siempre, no matarla, pero sí quería asustarla, hacerle sentir miedo, verla cagada después de lo que me hizo. ¿Usted sabe lo que me hizo?

Elvira asintió.

–¿Cómo estaba seguro de que ella asistiría a ese evento?

–¿Cómo estaba seguro? No podía ser de otra manera, tenía una obsesión con ese escritor. Decía que en una de sus novelas hablaba de su familia. Sofía estaba obsesionada con su familia. Era desesperante. Pensaba que no era hija de su mamá, cosas así. A veces me daba lástima.

–¿Se le ocurre por qué lo hicieron con una daga? Una daga como la que pudo usarse en *Macbeth*, cuando actuó de Lady Macbeth, dirigida por usted.

–La única razón tiene que ser para incriminarme a mí. No se me ocurre otra, alguien que sabía de nuestra relación. Pero las pistas se fueron por otro lado, leí que pusieron preso a un muchacho. Yo no estaba cuando la mataron. La había visto entrar, la tenía localizada, y estaba esperando que terminaran los discursos y empezara el brindis para acercarme. Después ocurrió el disparo y salí como todo el mundo. No la vi más. Déme la plata, ya le dije todo lo que sé.

–¿Por qué decía que no era hija de su mamá?

–No soy psiquiatra como usted. Para mí eran las drogas, siempre estaba colocada.

–¿Y usted se las proporcionaba?

–No, ella las conseguía por su cuenta. Ella y la amiguita, siempre drogadas.

–¿Le prestaba dinero?

–¿A mí?, nunca. Yo no estaba entonces como estoy ahora. ¿Sabe dónde como? En un programa de la alcaldía para repartir comida, allí está Quovadis, el hombre más importante del teatro venezolano, recibiendo una porquería junto con los recogelatas, los locos y las mujeres llenas de niños desnutridos. Eso es este país. Y la única oportunidad que tuve en la vida de llegar a ser quien merecía ser me la jodió Sofía Budenbrook. ¿No le parece que tenía motivos para odiarla?

–Estoy dispuesta a subir el precio si me dice por qué esperó tanto tiempo para esa venganza.

–No hace falta, se lo digo por la misma oferta. Estuve mes y medio hospitalizado, tenía fracturadas las dos piernas en varias partes y el húmero derecho, no podía caminar ni con andaderas. Me traían la comida algunos amigos, gente que había trabajado conmigo, luego salí del hospital completamente desmoralizado y me fui a mi pueblo, a Santa Cruz, me quedé con mi madre allá, hasta que decidí volver. No sé vivir sino en esta ciudad de mierda. Ahora, de todas maneras, no podría regresar ni que quisiera, mi madre perdió la casa en la inundación del Mocotíes. Volví a Caracas y la depresión no me dejaba hacer nada, perdí una oportunidad de montar algo de

Chejov, me estaban esperando para eso pero yo no quería nada. Un buen día veo en la televisión que Aída Machado le está haciendo una entrevista a ese escritor y que había un homenaje en el Hotel Embajador. Aída es una vieja amiga, y le pedí que me consiguiera una entrada. Eso es todo.

Boris Salcedo hablaba ahora con el mecánico. Había estacionado su automóvil en el taller y revisaban una falla. Elvira sacó de la cartera un sobre y lo entregó. Quovadis lo abrió y contó los billetes. Los metió en un bolsillo y entró en el teatro por una puerta lateral. Elvira le hizo un gesto a Boris y bajó a pie hasta la avenida. Desde allí pidió un taxi y cuando llegó a su casa se quitó la blusa empapada de sudor.

La mató o no, imposible saberlo. Su historia suena verosímil, pero igual puede ser falsa. Lo que no tiene duda es que Sofía reconoció a su abuelo en *El hombre sin razones*, y, más que eso, también ella sacó las cuentas y le pareció imposible ser hija de Josefina Alfaro. Aquí sigo en terreno firme.

Adriana regresó de Viena un viernes por la mañana y llamó inmediatamente a Elvira diciendo que estaba demasiado agotada para asistir a la sesión y que la vería el próximo martes. Muy bien, te tomaste tus vacaciones, pero aquí te espero con noticias. Su madre estaba mejor, el peligro había pasado, aunque seguía en una situación complicada porque el infarto fue muy invasivo. Tal como lo relataba era imposible percibir si estaba afectada, simplemente cansada del viaje o absolutamente indiferente. Adriana, de todos modos, no pagaba por adentrarse en esos matices. El martes escuchó pacientemente las informaciones que Elvira tenía para ella, así como los gastos en los que había incurrido sin su aprobación. No estoy dispuesta a pedir excusas, si no lo quiere pagar, así quedará. Adriana no estaba insinuando que no los pagaría, en realidad, únicamente quería establecer que los gastos fueron consumados sin previa advertencia, pero, naturalmente, entendía que se presentó una emergencia.

—No una emergencia exactamente, sino la oportunidad de hablar con un hombre que mantuvo una relación con su hermana por bastante tiempo, y sobre quien recae una sospecha importante en mi opinión. En primer lugar, desapareció de Caracas poco después del crimen y, en segundo lugar, tenía un motivo. Vengarse.

—Por supuesto negó ser el culpable.

—Si la versión de Quovadis es cierta, Sofía lo atropelló en un ataque de celos porque él la había dejado por otra persona. Pudo haberlo matado, pero solamente le fracturó las dos piernas y un brazo, lo suficiente para impedirle realizar un proyecto que para él era de absoluta importancia. He corroborado esta versión con una amiga que estaba con ella ese día. Confirma que Sofía le tiró encima el automóvil y, en cuanto a que él tuvo fracturas, también tenemos otros testigos. De acuerdo con él, estuvo presente en el homenaje con la intención de insultarla, de asustarla, pero no la mató.

—¿No es un poco *naïve*, doctora, pensar que quien ha sido víctima de un atentado de homicidio se consuele con decirle unas malas palabras a su agresora?

Elvira permaneció en silencio. Sí, tenía razón Adriana, pero Quovadis era un hombre tan lleno de resentimientos y fracasos que quizás un insulto constituía su mejor aspiración.

—Por otro lado, contó también otras anécdotas de Sofía que me gustaría contrastar con usted.

Pasó a comentar el libro de Narval y expuso sintéticamente el argumento que permitía la hipótesis de que Sofía considerara que esa novela hablaba de su familia.

Adriana no reaccionó como Tomás Orozco había previsto. Quedó verdaderamente perturbada.

—Es imposible que Sofía supiera eso.

—Puede ser que Quovadis la mató y mienta, lo más normal es que un asesino niegue su acto, pero no hay ninguna razón comprensible para que inventara una mentira tan inútil y tan complicada como ésta. Es demasiado particular, ¿no cree?

—Ese hombre dijo eso...

—Sí, lo dijo.

O se quiebra ahora o nunca.

—Usted ha ido muy lejos, demasiado lejos.

—Creí que me pagaba para eso.

–Quiero saber quién mató a Sofi, solamente eso.

Ésa es Adriana Budenbrook, pensó Elvira. Separe las verdades, déme las que quiero escuchar.

–Me temo que no es posible investigar el asesinato de una persona sin saber nada de su vida. Pero esto tiene solución, Adriana. Dejémoslo así. Quizá con lo que le he dicho tiene suficiente para sacar sus conclusiones.

–Lo pensaré.

Salió del consultorio sin decir nada más. Elvira pensó que no era oportuno revelarle el resto de la conversación con Quovadis.

Salcedo pasó por la noche sin avisar. Quería felicitarla por su coraje y saber qué le había sacado a Quovadis.

–Estoy muy agradecida con usted, Boris. Ver que estaba allí protegiéndome me dio el valor para hacerlo.

Procedió a contarle la conversación y Boris estuvo de acuerdo con ella.

–Para empezar, si él fuera el asesino no hubiera aceptado verla. Por más tranquilo que esté, el miedo a caer lo habría frenado. Tomó el riesgo porque supuso que usted podía comprarle la información, pero dudo que lo hiciera si verdaderamente la hubiese matado. Esto lo descarta, por lo menos en noventa y nueve por ciento. Y complica más las cosas, aquí se abre un espacio en blanco. Pasa siempre cuando se cae la hipótesis del primer sospechoso, no se desanime, doctora.

–Lo cierto es que creo que aquí termina la investigación.

–Pero ¿cómo? No puede dejarlo aquí, hemos avanzado mucho.

–He averiguado un montón de cosas más, que no he tenido tiempo de contarle, o, mejor dicho, que usted no ha tenido tiempo de escuchar.

Boris dijo que esa noche tenía todo el tiempo del mundo y Elvira hizo un resumen de la novela de Pablo Narval, sus coincidencias con el documento de Adriana, y los comentarios que había añadido Quovadis acerca de Sofía y su obsesión por la familia.

–No entiendo por qué quiere dejar la investigación. Por primera vez tenemos una relación entre los dos crímenes.

–Porque yo no hago esta investigación por mi cuenta sino para Adriana Budenbrook y no sé si ella quiere continuarla.

–Está asustada, eso ocurre mucho. Las familias quieren saber quién mató a la víctima y luego se echan para atrás.

–Porque no quieren saber la verdad.

–Porque a veces la verdad es muy incómoda. Con frecuencia el homicidio ha sido cometido por alguien cercano. Todos quieren que sea un asaltante, un delincuente desconocido, y no siempre es así.

–Quieren que sea Yomfry Noriega.

–Así es.

–Si la investigación continúa me gustaría hablar con él.

Sabía que Boris no iba a estar muy de acuerdo, pero la vio tan alicaída que aceptó a medias.

–Veremos si se puede. Tendría que mandarla con uno de los muchachos, no es conveniente que vaya sola para allá. ¿Hoy no hay sandwichito de rosbif?

–No he cocinado estos días, le preparo uno de queso.

Elvira regresó con el sándwich y un vaso de jugo.

–Dígame una cosa, si la hermana quiere parar la investigación porque teme que yo averigüe la verdad, ¿para qué se empeñó en que la hiciera? Bastaba con dejar a Yomfry en la cárcel y olvidar el asunto.

–Eso es más de su campo que del mío. Probablemente quiere saber la verdad, y tuvo miedo cuando vio que usted estaba cerca. Espere a que se le pase el susto. Bueno, me voy.

–¿Y qué pasó con Alida? ¿Le rebajó la pensión?

–Logré algo, es que las mujeres son muy tercas, pero la convencí de que lo que pedía es imposible. Ella está acostumbrada a la época en que yo podía hacer los negocios laterales y últimamente no he tenido tiempo ni para eso.

–Boris, ¿le parece descabellado pensar que Adriana está asustada porque de alguna manera es culpable de la muerte de su hermana?

–No es descabellado, pero nos faltaría el móvil. No se mata a una hermana así como así.

–Y sería demasiado absurdo que si tiene algo que ver con su muerte contrate a una persona para revolver más el asunto.

–Allí hay gato encerrado, estoy de acuerdo. Ahora sí me voy.

Elvira no podía evitar un sentimiento de culpa, en algunos momentos no sólo no veía a Adriana como una paciente, sino como una enemiga. «Si le oculta información, la confunde o desvía, no puede atribuirle una intención maligna; es parte de su propia neurosis, querer saber y no querer saber lo ocurrido con su hermana». Está bien, McLeod, pero tú no la conoces personalmente. No sientes su distancia, su condescendencia, su desprecio. «En fin de cuentas, doctora Madigan, lo único que puede hacer es esperar a que su paciente vuelva, y si no es así, resignarse y seguir adelante con otros casos». Con ese consejo de McLeod Elvira recogió la mesa y se fue a acostar. Nevsky la siguió a la habitación y se montó sobre la cama. Sólo por hoy, estoy deprimida.

Richard Wood contestó su correo con los datos de la casa de rehabilitación y se lo reenvió a Xenia Vargas. Necesitaba volver a hablar con ella, pero no quería, sin embargo, presionarla demasiado, su fragilidad podía hacer que en cualquier momento la percibiera como alguien peligroso y cortara el vínculo. Decidió dar tiempo a que se produjera alguna respuesta a la información que le estaba enviando. De resto, Richard comentaba que atravesaba un período de trabajo intenso que lo obligaba a posponer la invitación al restaurante de nueva cocina italiana. Bien por ti, Ingrid.

La semana transcurrió sin novedades. No encontraba otras vías de investigación. Por un lado, esperaba el próximo número de *Mango bajito* con la fotografía de Sofía y sus poemas. La revista acostumbraba a realizar algún pequeño evento para dar a conocer la aparición de las publicaciones y era una oportunidad de que surgieran nuevos informantes entre los asistentes, jóvenes que la conocieron, o al menos la recordaban. Por otro, la mención que hizo Quovadis de Aída Machado le pareció significativa. Quizá la había descartado prematuramente y era alguien con quien valía la pena pasar un rato. Pero todo ello estaba supeditado a la decisión de Adriana Budenbrook. Si no quería continuar, Elvira tampoco. No sólo porque la investigación implicaba gastos constantes que no estaba dispuesta a financiar sino también porque perdía su sentido. Alguien tiene que querer saber la verdad, alguien tiene que sentir la pasión de que esa verdad se haga presente. Cuando investigaba la desaparición de su hijo, no sólo ella necesitaba vitalmente conocer lo ocurrido.

También Judit Green lo deseaba por otras razones; en cambio, ahora esa necesidad se diluía. Boris Salcedo era un buen compañero, su ayuda era insustituible, pero no estaba comprometido con el resultado. Y ella misma sentía a veces desfallecer su interés. Si Adriana no quería seguir, todo quedaría inconcluso. A veces, sin embargo, le parecía que aquella joven apuñaleada merecía saber su muerte. La muerte sin causa es intolerable. Podemos aceptar la indiferencia de la naturaleza, pero la muerte causada por otros exige la intención. No puedo acostumbrarme a que se mate por nada. Si alguien acude a un evento cultural con una daga en el bolsillo, y procede después a clavarla en el pulmón de una chica de veintidós años, está ejecutando una venganza.

Elvira se detuvo en sus reflexiones. La raíz de *Macbeth* es la ambición, no la venganza.

¿Por qué sacaste estas dagas de su lugar?
Deben permanecer allí; llévalas; y salpica
Con sangre a los sirvientes mientras duermen.
No iré más allá.
Me asusta pensar lo que hice;
No me atrevo a pensarlo de nuevo.

El criminal quedaba aterrado de su hecho, o así lo quería Shakespeare. ¿Era ése el estado de quien había asesinado a Sofía Budenbrook? ¿Alguien que compró una daga en alguna tienda de antiguos *souvenirs* turísticos para matarla? ¿Alguien que permanece en la oscuridad y, por lo tanto, no conozco? ¿Qué ambición se satisfacía con la muerte de Sofía? Ninguna, que yo pueda imaginar. ¿Alguien desconocido que salió por la noche como un animal sediento de sangre, con una daga, en la búsqueda del placer por ver morir a otro animal, más pequeño e indefenso, y se sintió estimulado por el crimen de Pablo Narval? ¿Alguien sin un plan preconcebido, que, al ver caer a un hombre con un disparo en la cabeza, siente una urgencia incontrolable de matar? ¿A quién? Al cuerpo que estaba más cerca, al que parecía más inmediato, y que resultó ser el de Sofía Budenbrook. ¿Fue así? ¿Tan indiferentemente así?

Adriana dedicó los primeros veinte minutos de su sesión del viernes a dar parte de novedades. Su madre había salido del hospital, practicaba los ejercicios de rehabilitación cardiovascular y estaba autorizada a hacer su vida de rutina; el médico estaba satisfecho con los resultados, y, a pesar de la gravedad de la lesión, confiaba en un buen pronóstico. Wolfgang y su esposa se habían mudado temporalmente al apartamento de la Kärtner-strasse para cuidarla, y todo parecía adquirir un ritmo normal. Por el otro lado de los acontecimientos, Jean-Paul había escrito más de veinte correos electrónicos y efectuado cuatro llamadas que generalmente ocurrían en la madrugada, para confesar su agonía amorosa. La situación con su esposa era intolerable, quería asegurarse de que Adriana no lo olvidaba porque él, en cualquier momento, tomaría la decisión del divorcio.

Elvira hizo algunos comentarios acerca de las estadísticas de las cardiopatías en mujeres mayores de cincuenta y después saltó con una pregunta. Ahora o nunca.

—¿Qué edad tiene su madre?

Adriana contestó que había cumplido setenta. Elvira estaba preparada para esa respuesta y tenía las cuentas sacadas.

–Quiere decirse que tuvo a Sofía cerca de los cuarenta y ocho.

Adriana quedó en blanco y ella dispuesta a lucir todo el arsenal de información que había consultado.

–Actualmente el uso de nuevas técnicas de fertilidad asistida han producido embarazos en mujeres cercanas a los sesenta, lo que ha introducido un debate ético. Por un lado, las mujeres acreditan su derecho a ejercer la maternidad sin discriminación de edad, pero, por otro, hay consideraciones en cuanto al tiempo de sobrevida que les queda para la crianza del hijo. Es interesante, pero no recuerdo que fuese así a principios de los ochenta.

–Fue un embarazo tardío e inesperado, por supuesto –contestó Adriana secamente.

–Me imagino el desconcierto que creó en la familia. Después de seis hijos, y la última ya con...

–Dieciocho. Yo tenía dieciocho años cuando nació Sofía.

Se había repuesto, los momentos de quiebre en Adriana eran muy breves y había perdido tiempo con toda aquella información médica. Pero no quiso seguir profundizando esa duda y dejó que Adriana continuara.

–Volviendo al tema que hablamos la vez anterior. Este hombre, Quovadis, sugirió que Sofía estaba obsesionada por la historia de la familia y, al parecer, había encontrado algunas similitudes en la novela de este escritor Narval. No la he leído, lo haré, pero entiendo, por lo que usted me dijo, que el protagonista es hijo de un diplomático vienés que llega a Venezuela antes de la Segunda Guerra Mundial. Ése es exactamente el caso de mi abuelo, Heinz Budenbrook, y así lo escribí en el documento que le entregué, y que supongo conoce. Lo que no puedo entender es cómo Sofía sabía eso. La versión oficial de la familia es que mi abuelo era maestro cervecero y vino a Venezuela contratado por una fábrica de cervezas. Mi padre inventó esa versión cuando regresó solo a Caracas después de la guerra. Tenía temor de que, si decía la verdad, lo confundieran con el hijo de un nazi. Probablemente eso no hubiera ocurrido, o no con las consecuencias que él se imaginaba, pero es un temor comprensible en una persona que había vivido en la Europa de posguerra. Se inventó otro origen. Mis abuelos llevaron en Caracas una vida muy aislada, no tenían muchos amigos, nadie los recordaba; poco después de su llegada ocurrió la Anschluss y mi abuelo dejó de representar al gobierno de Austria. Todo eso está escrito, doctora Madigan, me pareció que era una información importante.

–Pero no escribió que era una información clasificada.

–No, no lo hice, es cierto. Soy la única persona a quien mi padre contó la verdadera historia, me acostumbré al secreto. Mi madre y mis hermanos la ignoran.

–¿Y cómo hicieron para que sus abuelos la ocultaran? ¿Hubo un pacto con ellos?

–No fue necesario. Mis abuelos tampoco querían recordar. Vinieron una sola vez a Venezuela, para el matrimonio de mis padres, y cuando nosotros viajábamos a Viena nunca se hablaba del pasado.

–Así que su padre tenía con usted una relación muy especial. Su única confidente.

–Fui la primera hija después de cinco varones y verdaderamente era la preferida. Mis hermanos se quejaron siempre de esa predilección. Me llevaba con él a todas partes, me tenía al tanto de todos los asuntos de la fundación, creo que

consideraba que tenía más sensibilidad que mis hermanos para los temas culturales. Mi madre también se sentía celosa, me parece. Y un buen día le pregunté algo acerca de mi abuelo y él me contó muchas cosas de él y de la vida de su familia en Viena. A mí en ese momento me pareció muy emocionante la historia que me estaba entregando, no entendía del todo por qué la había inventado, pero dos versiones de la misma familia me resultaba un misterio muy atractivo.

–Y nunca rompió la confianza.

–Jamás.

–¿Alguna hipótesis de cómo Sofía pudo llegar a saber esto?

–La única posible es que mi padre también se lo contara.

El tiempo estaba terminando y Elvira decidió tomar otro riesgo.

–La sesión pasada quedó una duda acerca de si quería continuar o prefería dejar las cosas hasta aquí.

Adriana la miró desde la altura de su condescendencia.

–Pensé que había comprendido.

–No estoy segura de qué debo haber comprendido.

–Si volví es porque quiero continuar.

Elvira se levantó de su sillón y formuló la conocida frase:

–Lo dejamos por hoy.

Tomás Orozco insistía en invitarla a cualquier cosa. Había abandonado la excusa de que tenía más información que ofrecer y simplemente propuso que fueran el sábado al cine del Trasncho, había un festival canadiense y le parecía que Elvira estaría encantada. Aceptó y terminada la función pasaron al *lounge* para tomarse un trago y comentar la película. Se acomodaron en la barra y pidieron las bebidas. Tomás, cumpliendo con lo prometido, inició su lectura del filme esperando que Elvira, conocedora de los escenarios y la psicología de los personajes, la enriqueciera. Conversaron un buen rato y aceptaron una segunda ronda. El local se animaba. Tomás saludó a un par de personas que pasaron cerca y continuó con su conversación. De nuevo fue interrumpida por otra aparición. Aída Machado y Joanna Macari.

Tomás se sorprendió de que Joanna y Elvira se conocieran, y de que Aída Machado lo saludara tan efusivamente. El tiempo ha transcurrido y ya no considera que soy un escritor de pacotilla, pensó. Aída insistió en que se sentaran todos en una mesa y a Elvira le pareció una oportunidad espléndida. Guardó silencio y dejó que la conversación girara en torno a personas y anécdotas de las que no tenía ni idea. De ese modo podía observar mejor y esperar un momento adecuado. Pero Aída Machado no era alguien capaz de tolerar un testigo silencioso y rápidamente la incluyó en el grupo de un modo que a Elvira le resultó violento.

Era una mujer autoritaria. Su sentido del humor un tanto grueso, altisonante. Su voz obligaba a los interlocutores a escucharla, solamente a ella, a considerar sus opiniones, sus bromas y sus chismes. La trató como si la conociera de toda la vida y Elvira Madigan recordó con nostalgia el tono reservado y distante de sus compatriotas del filme.

—¿Y sigues investigando lo de esta muchacha Budenbrook?

Era obvio que Joanna Macari había hablado de más. Trató de aparentar que no había escuchado la pregunta y comentó algo acerca de la película que acababan de ver, pero Aída no compraba una excusa tan barata.

—Epa, chica, te estoy preguntando si sigues metida en la muerte de la Budenbrook. Te puedo ayudar. Mira que yo sé todo lo que pasa en esta ciudad. ¿No es verdad, Tomás, que a mí no se me escapa nada?

Tomás Orozco percibía la incomodidad creciente de Elvira y comenzaba a sentirla él también. La invitación obedecía al propósito de salir con ella y no al reencuentro con una persona que odió por mucho tiempo, pero no encontraba la manera de zafarse. Elvira decidió agarrar el toro por los cuernos.

—Efectivamente, investigo su asesinato, es un asunto privado.

También Joanna Macari daba signos de malestar comprendiendo que había sido un error comentarle a su colega el tema. Pero ya no había nada que hacer.

—Bueno, aquí me tienes. Pregunta lo que quieras —dijo Aída.

Si ella es directa, yo también puedo serlo.

—¿Conociste a Sofía?

—No, a ella no la conocí. Pero a Adrian Budenbrook mucho. Trabajé para él cuando comenzó la fundación. Le hacía la prensa y te aseguro que le iba muy bien conmigo. Un buen día se arrechó y me botó. Craso error. Contrató a otra persona, que no voy a decir su nombre, y la fundación perdió muchísimo perfil. Hay que conocer el

medio, comprendes, y el tipo que contrató venía de otra fuente. Estaba perdido. Luego quiso que yo volviera de nuevo pero qué va, mi amor. A mí me botan una vez.

Elvira la escuchaba pensando que, más que ilustrarla en el tema Budenbrook, Aída continuaba hablando de sí misma. Tomás intentó desviar la conversación a la gestión de las nuevas fundaciones que habían surgido en los últimos años, y Joanna entró en un mutismo perseverante. Elvira tomó las riendas.

–Vi tu entrevista a Pablo Narval, excelente.

–¿Verdad que sí? Era un gran escritor, una persona insoportable, Joanna te lo puede decir, ¿no es verdad, Joanna?, aunque como escritor hay que quitarse el sombrero. No ha habido otro como él desde Rómulo Gallegos. Mi padre conoció mucho a Gallegos, por cierto.

Elvira temió que todo derivara ahora hacia las antiguas historias de la familia Machado, pero, afortunadamente, Aída recordaba su misión.

–Increíble que vino a recibir un homenaje y encontró su destino. Morir en Caracas. Una ciudad que odiaba.

–¿Ah, sí? Cuando vi la entrevista pensé que sentía mucha nostalgia.

–Nada de eso. Un farsante. Pablo Narval, empezando por su nombre, era un gran farsante. Nunca sabías con quién estabas hablando. Si vieras las cosas que me contó cuando estábamos esperando en el estudio de grabación, porque, por supuesto, exigió que la entrevista fuera grabada y verla antes de que saliera al aire. Al final no quitó nada, se convenció de que yo era una entrevistadora con experiencia y que la sesión quedó perfecta, pero tuvo que verla y hacerme perder tiempo. ¿Te acuerdas, Joanna, que te lo conté? Estuvimos seis horas en eso.

Joanna se limitó a asentir y continuar con su bebida.

–Coincido contigo, Narval es el gran escritor de la segunda mitad del siglo XX venezolano –intercedió Tomás.

Pero Aída Machado estaba más interesada en el hombre que en el escritor y omitió el comentario.

–Odiaba Caracas, y yo te diría que odiaba Venezuela. Traté en la entrevista que desnudara sus sentimientos con el país pero el carajo era muy vivo, muchas horas de vuelo con los medios, y se defendió bien.

–¿Por qué tanto odio? –entró Elvira de nuevo.

–Porque consideraba que su obra no había sido valorada, porque no lo habían ayudado, por tantas cosas.

–Sin embargo, se fue a Europa con una beca oficial.

–Sí, una bequita de nada. Una ayuda, más que una beca, que le dio el gobierno de Gallegos poco antes del golpe. Es mentira que se fue exiliado, yo lo insinué en la entrevista porque era verosímil, pero no fue así. Aparentó ser militante de Acción Democrática, que no era, te lo puedo decir con conocimiento de causa. Lo que sí es verdad es que pasó muchas dificultades esos primeros años en España, tuvo que emplearse de mesonero en un barcito de la Gran Vía y vivía de las propinas. Después consiguió trabajo en una librería y luego en una editorial como mensajero. Él quería ser corrector de pruebas, pero los españoles consideraron que su castellano no se adaptaba a las pautas y lo dejaron de mensajero. Por esos años hizo su primera publicación, que no tuvo tanto éxito ni mucho menos, con una editorial medio marginal de Barcelona y se mudó para allá. Trabajaba como vendedor de entradas en un cine y seguía pelando, así que pidió prestado a un amigo y se vino a Caracas para

solicitar una beca de la Fundación Budenbrook. En esa época era prácticamente la única fundación que atendía el sector cultural. Y allí lo conocí yo. ¿Te acuerdas, Joanna, que te lo conté? Yo le insistí al señor Budenbrook, que de paso, te digo, era un caballero, aunque mucha gente lo detestaba, pero yo considero que era un caballero. Le insistí porque me pareció que tenía talento, y que a la fundación le interesaba apoyar a un escritor que vivía en el extranjero, eso trae imagen, comprendes, se le daba la ayuda con el compromiso de que en todas las publicaciones apareciera el sello de la fundación, pero ellos tenían sus criterios, un comité evaluador y esas pendejadas, y no estuvieron de acuerdo. El hombre no se quedó con eso, estaba desesperado. Tenía deudas, apenas si podía pagar la comida y una habitación en el barrio del Raval, y necesitaba subsistir unos meses más en Barcelona para que le diera tiempo a terminar la novela. Pidió una reconsideración de la negativa y la fundación no se la concedió. ¿Qué crees que hizo? Se puso a averiguar el pasado de Budenbrook, como buscando si tenía rabo de paja, para presionarlo. Ése era José Eustaquio Cruz. Se imaginó que si tenía tanta plata era porque había estado en algo sucio, pero no encontró nada, por supuesto, y Adrian lo supo. Literalmente lo echó de la oficina. Después la suerte le cambió. Publicó su segunda novela y tuvo más éxito, y después una tercera que ganó un premio importante, y a partir de allí las puertas se le abrieron.

Elvira estaba fascinada con la maledicencia de Aída Machado. No tanto Tomás, que veía insistentemente el reloj hasta que no pudo más y tomó la decisión unilateral de pedir la cuenta. Aída protestó inútilmente y poco después salieron del *lounge*. Tomás estaba malhumorado.

–No ha cambiado, sigue siendo la víbora que fue siempre.

–Es un personaje interesante –dijo Elvira muy diplomática.

–La próxima vez iremos a un lugar con menos gente, tengo muchas ganas de conversar contigo y esa bruja me rompió el momento.

Me gusta más aburrirme con Richard Wood, en la imposibilidad del hijo de la noche, pensó Elvira cuando Tomás tomó su mano antes de que se bajara del automóvil.

La oportunidad de volver a ver a Aída Machado quedaba abierta. Había insistido en darle su número de teléfono para que la llamara cuando quisiera, pero sin el tonto de Tomás Orozco, para conversar sabroso. Ése había sido su último chiste. Le pareció que era suficiente. Existió una vinculación entre Adrian Budenbrook y Pablo Narval, breve y amarga. Eso es lo importante y era improbable que ella supiera más. La inundaría con anécdotas, murmuraciones y difamaciones que no servirían para nada. Aída Machado quedaba en reserva, en caso de necesidad. Otro tanto Joanna Macari. ¿Quién conocía a Pablo Narval de verdad? Allí estaba la clave. De acuerdo con la narración de Machado, ese viaje de Narval tuvo lugar a finales de los años sesenta o principios de los setenta, de modo que Adriana era una niña y Sofía no había nacido. Tomás Orozco decía no haberlo conocido en persona y no tenía ninguna razón para dudar. Si se fue del país en 1948 solamente escritores muy mayores podían recordar algo de esa época. Faltó preguntarle eso a Machado, quiénes fueron sus amigos o conocidos antes de salir del país, pero probablemente hubiera contestado que a José Eustaquio Cruz no lo conocía nadie.

María Escudeller. La agente literaria, su única amiga, la heredera de sus derechos. ¿Qué razones pudiera tener esa señora para hablarle de Pablo Narval? Ninguna. Era un *wild shot*, pero valía la pena intentarlo. Hablaré con Adriana el martes.

Si he comprendido bien, mientras acuda a las sesiones el mensaje implícito es que quiere continuar la investigación, y por razones antes mencionadas, ésta se traslada a Barcelona.

El domingo salió con Ingrid Horowitz a su acostumbrado paseo de fin de semana, pero decidió evitar a toda costa el Centro Trasncho. No quería más cultura. Fueron al Sambil y vieron *Alejandro el Grande*, más tranquilizante que *La invasión de los bárbaros*. Después cenaron en un panasiático y conversaron sin ansiedades. Ingrid no mencionó el tema de la visita a su nieto, y más bien centró sus problemas en la posibilidad de tomar una semana de vacaciones en Margarita. Estaba agotada y tenía dieciséis meses seguidos sin parar.

—¿Por qué no vas con Richard Wood?

—¿Con Richard? Estás loca, tengo más de un mes que no sé de él.

Dónde se meterá el condenado, pensó Elvira. Creí tenerlo localizado.

—Se lo voy a proponer a David Seligman, un viejo amigo, pero como hace tiempo que no lo veo no estoy enterada de su vida. De pronto está con alguien.

—Tengo un enamorado.

Esta súbita confesión suscitó el interés de Ingrid por un buen rato y Elvira describió a Tomás Orozco.

—Suenan bien.

—Suenan bien, pero me aburre.

—A estas alturas del partido una no se debe poner con tanta exigencia.

—Lo pensaré. ¿Quieres algo más?

No querían nada más y se fueron del restaurante.

—¿Ha llegado alguien nuevo? —preguntó Ingrid cuando ponía en marcha el automóvil.

—Nada de nada.

—Bueno, menos mal que tienes a la de los trescientos dólares. ¿Sigues yendo?

—Por el momento está enganchada.

—¿Y qué haces con tanto tiempo libre?

Una cosa que Elvira tenía clara era que no quería contarle la investigación. Sentía a veces la necesidad de desahogarse, pero conocía bien a su amiga y sabía que eso sería para ella una fuente interminable de angustia.

—Te aviso si me voy por fin a Margarita. ¿Segura que no quieres venir?

—Segura, no puedo dejar a Nevsky, y además no me gusta el sol, me pongo roja y sufro con el calor.

Por otro lado, tengo intenciones de viajar más lejos.

Revisó de nuevo las informaciones que había encontrado en internet y comprobó que Narval se había mudado a Francia en 1973, es decir, después del viaje a Venezuela y cuando ya su tercera novela le proporciona dinero y fama. Coincidió con la versión de Aída Machado. El viaje a Caracas tuvo lugar entre la primera y tercera publicación, es decir, entre 1965 y 1973. ¿Cuándo comenzó la Fundación Budenbrook? Esa precisión limitaría el rango de tiempo probable.

Adriana le informó que la fundación inauguró sus actividades en 1968, y, para sorpresa de Elvira, se mostró abierta a la idea del viaje a Barcelona.

—Si piensa que debe ir, es porque es importante.

—Lo es. Pude confirmar que Pablo Narval solicitó una beca de la fundación entre 1968 y 1973. La beca fue negada. Ese detalle sugiere una vinculación entre Narval y su

familia. Al menos, la primera vinculación de hecho, si dejamos de lado lo que contó Quovadis acerca de que Sofía había leído una novela suya y encontrado similitudes con la historia familiar.

–Puedo buscar ese dato. Guardo todos los archivos de la fundación.

–Sería muy útil.

La sesión continuó por otros senderos. Adriana parecía deprimida. Los signos de su depresión se manifestaban en una actitud distraída, como si olvidara el control de su discurso, y pasaba de un tema a otro con un ritmo más rápido que el usual. Estaba preocupada por su trabajo de ascenso a profesora titular, lo había descuidado en los últimos meses, y también escuchado que el jurado que le habían adjudicado le era adverso. Por otro lado Jean-Paul quería a toda costa verla y le proponía un encuentro en São Paulo, a donde tenía que ir en las próximas semanas. Su madre decía que seguía bien, pero Wolfgang y su cuñada la notaban disminuida, con poca energía, sin ganas de nada. Se preguntaba si debía ir a ver a su madre o a Jean-Paul. No podía solicitar dos permisos en la facultad.

Elvira la escuchaba como si fuera una verdadera paciente. Por primera vez le parecía una persona con preocupaciones y ansiedades normales, y no un cliente que, por un lado, le exigía resultados, y, por otro, resistía recibirlos.

–He estado pensando en Sofía. En ella como persona, no como cadáver. ¿Me entiende? ¿Cuándo, cómo supo la verdadera historia de los abuelos? A la luz de hoy me parece una historia banal, pero tuvo que ser un choque fuerte encontrarse con que le habían ocultado la verdad. Para mí, al menos, lo fue. La confianza en mi padre se tambaleó, crecí creyendo en un origen familiar que luego resultó ser otro. Me he estado preguntando si debería decirles la verdad a mi madre y mis hermanos, y, a la vez, creo que no. Sería como aceptar no solamente que mi padre nos engañó a todos, sino que también yo participé de esa mentira. O quizá mi padre me hizo pensar que yo era la única que sabía, y no era así. A lo mejor se lo dijo a todos, pero uno a uno, y todos pensamos que éramos los únicos depositarios del secreto. Que Sofía lo supiera ha sido una revelación brutal para mí.

Se echó a llorar y Elvira tuvo la intuición de que estaba a punto de sobrevenir una confesión. No quería ni respirar para que Adriana no se asustara. Era cosa de segundos; si lograba retomar el control la confesión quedaría para más adelante o para nunca. No se atrevía a presionarla porque no tenía la menor idea de qué estaba pasando por la mente de Adriana, a excepción de que tenía que ver con algo culposo. Un paso en falso era peor que el silencio.

El llanto continuaba y los minutos transcurrían demasiado rápido. Si Adriana se daba cuenta de que la sesión había terminado se levantaría del sofá sin ni siquiera secarse las lágrimas. McLeod le insistió en que tuviera paciencia y esperara la ocasión. «No puede apurar las cosas, doctora Madigan». Usted no la conoce, viejo McLeod, voy a ciegas, pero voy.

–¿Qué otras verdades sabía Sofía?

Adriana la miró fijamente y dejó de llorar.

–Creo que supo que era mi hija.

–Su hora ha terminado, pero me parece que requiere una prolongación.

Elvira trató de utilizar un tono afectuoso, pero no demasiado. Podía no soportarlo.

–No necesito demasiado tiempo, doctora. A los diecisiete años salí embarazada y me negué a un aborto. Se hubiera podido manejar el asunto de distintas maneras pero Adrian Budenbrook tenía la solución. Nos fuimos a Viena, él, mi madre y yo. Cuando regresamos mi madre había dado a luz una niña.

Ahora sí, McLeod, puedo esperar a la próxima sesión para los detalles. «Siempre le he dicho, doctora Madigan, que el mejor consejo de un supervisor no debe sustituir la comprensión inmediata que el terapeuta tiene dentro de la sesión». Elvira sonrió. McLeod nunca daba su brazo a torcer.

Una vez instalada Elvira miró Las Ramblas desde la ventana de su habitación y pensó que debería haber escogido un hotel un poco más caro pero mejor situado y equipado. Hacía frío y no tenía buena calefacción, y si cerraba las ventanas para aislarse del ruido de la calle se asfixiaba. La ducha dejaba salir algunas gotas de vez en cuando y se vio obligada a usar la bañera, que era algo que detestaba. La habitación era larguísima pero medía escasos dos metros de ancho y estaba arreglada de un modo deprimente. Se sentía responsable de aquel gasto y no estaba nada segura de que el viaje aportara algo a la investigación, de modo que, fuera del pasaje de avión, trató de minimizar los costos para Adriana y ahora estaba arrepentida. Tampoco quiso cobrar el hotel de Nevsky, le pareció que ése era un asunto demasiado personal. Era un buen hotel de perros y quedó tranquila de que sería bien tratado. Lo echaba de menos, se había acostumbrado a su constante compañía y a que la gente se detenía en la calle para mirarlo porque era muy hermoso.

Viajar a Barcelona y encontrar la dirección de la Agencia Literaria María Escudeller fue fácil. Los problemas venían después, ¿cómo lograr una cita? La primera llamada había sido infructuosa. La persona que atendió el teléfono contestó de plano que no recibían más manuscritos por el momento, y sin darle tiempo a nada cortó. Decidió esperar a que se le ocurriera algo mejor pero no le venía ninguna idea. La única referencia que hubiese podido citar era Joanna Macari, y de acuerdo con su relato María Escudeller no guardaba un buen recuerdo de ella. Salió a la calle, todavía aturdida por el *jet-lag*, y paseó un rato la avenida. Nunca había estado en Europa y se dejó llevar por la novedad. Cenó en una tasca, sin que le gustara demasiado la comida porque le pareció muy pesada, y regresó a su cárcel. Estaba demasiado cansada para otra cosa y durmió profundamente hasta las diez de la mañana, hora en que la avenida volvió a funcionar como un despertador implacable.

Compró un plano y emprendió un recorrido turístico por la ciudad. Quizá respirando un poco las calles y observando la manera de ser de la gente, encuentre un modo de abrir la puerta. A las nueve de la noche volvió agotada sin que ninguna idea brillante le hubiera sorprendido. Yo no puedo regresar sin haber visto a esa señora, sería inmoral de mi parte, o tendría que devolver el dinero. Repitió la llamada al día siguiente, en este caso diciendo que venía de Venezuela para un asunto del señor Narval, y obtuvo un resultado similar. La voz que le atendió le dijo que las citas de la señora Escudeller estaban copadas por el resto del mes. Dio las gracias y cerró. Métodos más directos, no cabe otra solución.

Tomó un taxi a la agencia. Estaba situada en un barrio bastante lejos del centro, surcado de algunos pequeños comercios y no demasiados lugares públicos. Al menos ninguno frente a la casa donde estaba la agencia. Eran las diez y media y no podía suponer si María Escudeller estaba ya adentro o no. Le desconcertaban los horarios españoles. Tampoco la conocía ni tenía ninguna pista de su apariencia. Era cuestión de olfato. O en todo caso de aceptar que le contestaran de mala manera si preguntaba por ella. Allí tendría que permanecer de pie, en una esquina discreta, hasta que su objetivo apareciera. Por suerte vio que la calle terminaba en una placita con algunos bancos. La visual era buena. Alrededor de las dos aguzó la vigilancia, suponía que María Escudeller tendría hambre en algún momento. Salieron varias personas, que calculó eran empleados. Detrás, unos quince minutos después, estaba segura de que la

mujer que caminaba hacia un automóvil era María Escudeller. Venía hablando con otra, Elvira se acercó a una prudente distancia; la mujer se despidió, y ella inició la maniobra de encender el motor. Afortunadamente traía unas carpetas en la mano y le tomó un tiempo situarlas en el asiento de atrás. Cuando Elvira Madigan le habló María Escudeller empalideció pensando que la estaban asaltando en plena vía.

–Tengo mucho interés en hablar con usted, he venido de Venezuela para eso.

María Escudeller respiró, pero no por eso bajó la guardia.

–Si es para un manuscrito no tengo tiempo.

Elvira puso la mano sobre el automóvil para intentar detenerla. No creo que me quiera atropellar.

–Señora Escudeller, sé que es una imprudencia lo que estoy haciendo, pero es muy importante que me escuche. No tengo nada que ver con manuscritos. Quiero hablarle de Pablo Narval.

–¿Qué quiere con Narval? ¿Es de su familia?, porque si es por los derechos de publicación los tengo todos...

–Investigo su asesinato.

María Escudeller seguía empalideciendo. Al mismo tiempo parecía estar a punto de que emergiera de ella la furia de una diosa herida.

–Pero ¿usted quién es?

–Me llamo Elvira Madigan, soy investigadora privada.

El acento anglosajón que inundaba el español de Elvira fue beneficioso.

–¿De qué?, ¿del FBI o algo así?

–De algo así.

Escudeller no hallaba qué hacer. Dudaba entre tirarle el automóvil encima, arrancar violentamente o invitarla a entrar.

–Ya estuve en Venezuela para eso y perdí el tiempo, no me recibió nadie ni creo que resolvieron el caso.

–Esto es diferente, conduzco una investigación privada.

–¿Tiene alguna credencial?

–No conmigo. Es un servicio confidencial y no puedo llevar ninguna identificación.

–Estoy citada para comer, volveré a mi oficina a las cuatro. Llamaré a mi secretaria para que la deje pasar, pero no la puedo atender más de diez minutos.

Elvira Madigan tuvo la impresión de que la oficina estaría defendida por rejas, perros de presa y alarmas electrónicas. No era nada así, sin embargo. La agencia funcionaba en un local que probablemente fue una vivienda familiar, la recepción era más o menos la sala de la antigua casa, y las oficinas eran tres habitaciones que abrían al pasillo. En la planta alta estaba María Escudeller. La secretaria le dijo que esperara. A las cinco subió las escaleras y tocó la única puerta. Escuchó que podía entrar y obedeció la señal de sentarse mientras Escudeller terminaba de hablar por teléfono.

–Usted me dirá.

–Primero quiero agradecerle su generosidad en darme este tiempo. Voy a los hechos para no alargarme. El día que mataron a Pablo Narval mataron también a una chica, su nombre era Sofía Budenbrook. Ese apellido no sé si le dice algo.

–Nada absolutamente.

–Cuando Pablo Narval empezaba su carrera tenía muchos problemas económicos y solicitó en Venezuela una beca a la Fundación Budenbrook. Esa beca fue

negada y Pablo Narval tuvo un encuentro muy fuerte con el patrocinante de la fundación, el padre de la chica que mataron.

–Pues yo a Pablo no le conocía entonces.

–Lo sé. Usted lo conoció después que ganó el Premio Formentor en 1973, con la novela *El naufragio*.

–Efectivamente.

–Los dos crímenes ocurrieron en el mismo momento. Inicialmente la policía pensó que no había relación entre ellos, pero el hecho de que Narval solicitara esa beca sugiere que tuvo una vinculación con la familia Budenbrook.

María Escudeller la miró con escepticismo.

–Hay más. En su novela *El hombre sin razones* Narval utilizó elementos biográficos de los Budenbrook.

–¿Usted qué me quiere decir con todo esto?

–Le quiero pedir que coopere en esta investigación. Usted fue la persona más cercana a Narval, su amiga, su agente, la heredera de sus derechos.

–¿Quién le ha dicho eso? Ojalá fuese la heredera de sus derechos. Lo único que tengo son los porcentajes de la agencia por los contratos a tiempo indefinido, de eso sí que me aseguré, pero de resto, de lo que eran sus *royalties*, no me toca un euro. Se lo dejó todo a una universidad norteamericana para que mantuvieran una cátedra con su nombre, eso y los archivos. Todo lo que usted quiera saber de Pablo Narval está en Chicago.

–Entiendo, pero yo no soy investigadora literaria sino criminal. Me interesa lo que usted pueda decirme de él.

–Después de más de treinta años de relación comprenderá que es mucho, a ver si me aclara.

La conversación fue interrumpida por una llamada de la secretaria anunciando que la persona de la siguiente cita había llegado. Escudeller miró impaciente el reloj.

–Volvamos a *El hombre sin razones* –dijo Elvira.

–Una maravillosa novela, lo mejor de Pablo. Lo quise mucho, ¿sabe?, era un gran escritor, un poco insoportable, pero todos somos un poco insoportables. No acostumbraba a contarme cosas de sus novelas, me entregaba los manuscritos listos y ya. Así que si se inspiró en esa familia, pues, ni idea.

–¿Qué estaba escribiendo cuando murió?

–Destruí el manuscrito. Me dio tanta rabia cuando me enteré de que, después de lo que yo había hecho por él, le dejaba todo a esa dichosa universidad a la que no le hacía falta nada, que me fui a su casa, no sé a qué, a pasar la rabia. Yo tenía sus llaves, me las entregó por si le ocurría cualquier cosa, vivía solo después que murió su mujer. Era muy metódico y guardaba los papeles con mucho orden y encontré la carpeta de lo que estaba escribiendo. Esa novela la destruí porque era impublicable. Para empezar no tenía la calidad Narval, ya estaba mayor, hay que entender eso también, y además incompleta. La revisé con cuidado, a ver si un buen corrector podía sacarla adelante, con ayuda de algún escritor que le conociera bien el estilo, pero llegué a la conclusión de que no. No iba a ser bueno para su nombre. Ni para el mío.

–Un escritor que estaba por ganar el Nobel...

–Yo no le puedo explicar a nadie lo que fue la muerte de Pablo para mí. El trabajo de tantos años, y encima se muere el año que verdaderamente tenía oportunidad de ganarlo. No quise nunca que viajara a Venezuela. Usted no debe ser

venezolana así que no me da nada decirle que ése es un país que no vale la pena, hombre. Un país que es una porquería, de una inseguridad, de una falta de seriedad. No se imagina los líos que tuve con los organizadores de la visita. Es que todo parecía hecho de mala manera, como si fuera la primera vez que veían a un escritor.

–Tiene razón, hubo fallas importantes en las medidas de seguridad.

–Si es que tenía que haberlas, ¡cómo va a ser que llegue un tío y le dispare al señor del homenaje!

Elvira sentía que María Escudeller era suya.

–Fallas muy graves. Ésa fue la primera parte de la investigación. Por supuesto la persona que disparó lo hizo por encargo y probablemente no la encontraremos nunca, mi trabajo consiste en dar con los autores intelectuales.

–Claro, el que lo hizo sería uno de esos sicarios que hay por allí.

–Probablemente.

–¿Y sabe algo?

–Sé que tiene que ver con las novelas de Narval.

Elvira no había pensado eso nunca antes, fue una idea que vino de pronto a su mente.

–Pues, de las novelas de Pablo, no sé. Usted las puede leer, están todas a la venta.

–Menos la última.

–Ya le digo que me pareció de una calidad inferior. Se había metido Pablo en unos caminos que no le iban bien. Todas sus novelas eran de ambiente europeo y aquí le dio por volver a lo venezolano. En *El hombre sin razones* sí había algo de allí pero muy por encima. En esta última trazaba una suerte de reconstrucción de los años cuarenta y cincuenta, la expansión urbana de Caracas. Nada de eso con interés para nuestros lectores. Y el personaje es un extranjero que hace mucho dinero, y se queda a vivir allí. Luego tenía un asunto un poco sórdido, que no era para nada su estilo, porque sus novelas eran muy conceptuales, y aquí entra en unos líos con el personaje, lo vuelve un criminal, que mata a un niño o algo así. Un cambio de género que no me parecía a mí que iba a gustar.

–¿De verdad destruyó el manuscrito?

–Pero ¿usted cree que le voy a dedicar más de media hora que llevamos en esta tertulia para mentirle?

–No, no, por supuesto. Me expliqué mal, quería decir si en algún momento tuvo la tentación de guardarlo.

–La tuve pero no quise hacerlo. Cuarenta años en el oficio serán para algo, ¿no?

–Yo no quiero quitarle más tiempo, su ayuda ha sido invaluable.

–Pues si se descubre quién lo hizo me alegraré de saberlo. Pasé muchas noches que no podía dormir pensando en eso, el disgusto que me daba la barbaridad de que Pablo tuviera esa muerte.

Se despidieron y en la puerta Elvira estudió un gesto que había visto mil veces en el cine. Se volteó y dejó una última pregunta. La que la persona contesta rápidamente ante el temor de que el interrogatorio continúe.

–Por casualidad ¿no lo visitó una joven venezolana antes de que él viajara a Caracas?

–Sí, dos. Una que se llamaba Macaco o no sé qué, una tonta, a ésa la conocí porque arregló las cosas conmigo, luego la vi cuando viajé a Venezuela, y también hubo otra, una chica muy joven, no recuerdo el nombre.

–Muchas gracias, señora Escudeller. De verdad ha sido usted muy generosa. María Escudeller sonrió por primera vez.

–Es usted la única persona que me ha dicho generosa. Todo el mundo piensa lo contrario.

Al llegar al hotel llamó a la línea aérea para adelantar su regreso. Cobraban una penalidad de doscientos dólares, pero sacando la cuenta era menos que sus gastos por el resto de la semana. Del aeropuerto tomó un taxi directo al hotel de perros.

Adriana esperaba ansiosamente el regreso de la doctora Madigan. Había decidido no viajar ni a Viena ni a São Paulo. Wolfgang le dijo que no era indispensable, el médico pensaba que su madre estaba bien, solamente necesitaba reposo y continuar con sus ejercicios de rehabilitación. Y en cuanto a Jean-Paul le pareció que tampoco era tan importante su presencia en un hotel, mientras él pasaba el día en las oficinas de Petrobras. Decidió más bien emplear su tiempo en el trabajo de ascenso.

Estaba arrepentida de su confesión. Decirle que Sofía era mi hija me avergonzó absolutamente. Nunca, a nadie, le dije eso. Fue como si no hubiera sucedido. Di a luz y minutos después nada había ocurrido. Mi madre tenía otra bebé, su séptimo parto. Cuando volvimos a Caracas entré en la universidad y todo quedó como antes. No sé si debo guardarle un eterno agradecimiento, o más bien un eterno odio. No sé si me protegió o me despojó. Mi padre tampoco volvió a hablar de eso. Mis hermanos ocultaron sus sospechas; los amigos a quienes les pareció un poco raro ese embarazo guardaron silencio. Tampoco puedo saber si la quería o la detestaba. Aquella niña, que había salido de mí, era una amenaza constante. Nunca podría decirle la verdad. Nunca podría reclamar lo que fue mío, ni ella conocer su origen, los cuerpos que le dieron origen. Mi vida quedaba simplificada. No tenía otra obligación que ser una buena estudiante; Sofía era la niña de mamá, y mamá era una madre a toda hora, tal como lo fue con sus hijos. La vida de todos quedaba simplificada. Sofía era una hermana nacida en otra generación, cuidada y mimada al máximo, excesivamente.

Toda la vergüenza de su nacimiento regresó cuando le confesé la verdad a la doctora Madigan. Estoy arrepentida. Me falló el control sobre mis emociones, también eso me avergüenza. No me explico por qué lo dije, fue algo que surgió de mí, como si hubiera estado esperando que me lo preguntaran, deseando que alguien quisiera saberlo. Y ella quiso saberlo. Eso fue. Elvira Madigan fue la primera persona de mi vida que quiso saberlo. No lo sospechaba, estoy segura. Ella quiso que yo lo dijera. Ahora me espera un tormento, expresar la culpa de no haber sido la madre para esa niña, el remordimiento de haberle ocultado la verdad, de que muriera sin conocerla. Sofía no fue mi hija, nunca lo será, porque murió ignorándolo. Y yo nunca pude ser madre para otro, porque mi maternidad fue arrancada ese día, en la mejor clínica de Viena, cuando mi madre la tomó en brazos y la alimentó por primera vez. Adrian Budenbrook y el médico llegaron a la conclusión de que lo más indicado era evitar la lactancia. Impedir el contacto estrecho entre la niña y yo para que se acostumbrara a la que sería su verdadera madre. Entró en el consultorio con los lentes oscuros que no se quitó en toda la sesión y esperó a que Elvira Madigan se apiadara de ella.

Sé que no puedo tocarle la herida, demasiado reciente. Habrá tiempo para volver sobre esto, pero hoy no.

Después de hacer un recuento de su conversación con María Escudeller ambas llegaron a la conclusión de que Sofía era la chica que había visitado a Pablo Narval antes de su viaje a Caracas. La promoción comenzó con mucha antelación. Joanna Macari se había esmerado en que así fuera, pensando que no era alguien conocido en el país y, por lo tanto, era necesario crear la expectativa. Elvira exploró la prensa y encontró que las primeras señales de su presencia ocurrieron al menos tres meses antes.

—No tenía ese dato. Mi primera búsqueda se limitó a la semana previa y, por supuesto, a los acontecimientos posteriores. Quiere decirse que cualquier persona atenta a las noticias culturales pudo saber que Pablo Narval venía a Caracas.

—¿Por qué fue a verlo?

—Yo creo que hay una sola razón. Había leído *El hombre sin razones* y estaba convencida de que Narval conocía a su familia. Quería saber por qué, y si él se proponía continuar utilizando ese tema en sus próximas novelas. Lo que no me explico es cómo dio con él y por qué él la recibió; un hombre muy famoso, que llevaba una vida retirada, no es fácil que atendiera a una joven desconocida.

—A lo mejor le gustó por eso.

—Es una posibilidad, se sintió halagado, una chica muy joven, atractiva. Pudo estar en su mente la idea de tener una aventura con ella, un hombre muy mayor con la nostalgia de la carne fresca.

—Puede ser. Aun así me pregunto por qué era tan importante para Sofía conocerlo.

—Sofía era una niña en busca de su origen. Una persona que había renunciado a saberlo a través de su propia familia. Adriana, no le conté toda la conversación con Quovadis, pensé que necesitaba graduar la información. En fin, este hombre, entre las cosas que dijo, mencionó que la obsesión de Sofía por la historia de su familia estaba relacionada con la duda acerca de su filiación. Los hijos de padres adoptivos tienden a sospechar. No está demostrado pero es un fenómeno recurrente. Si Sofía supo que había dos versiones para explicar el origen de su abuelo, no tiene nada de raro que sospechara que también había dos versiones para explicar el suyo. Una hija a los cuarenta y ocho era un motivo muy fácil para dudar, ¿no crees?

Sin querer la había tuteado.

—Y, en su desesperación por saber, se le ocurrió que si ese escritor conocía la historia de su abuelo también podía conocer la de sus padres.

—Es la única explicación para que fuera a verlo, de resto, sería pensar que lo hizo porque lo admiraba mucho. No es imposible pero no me parece suficiente.

—¿Por qué no esperó a que llegara para el homenaje?

—Hay muchas cosas que probablemente no sabremos.

Elvira hizo una pausa. Los lentes oscuros le pedían otra intervención.

—No tienes que avergonzarte de lo que me contaste.

—No lo estoy. Un embarazo indeseado es muy común en la adolescencia.

—Sí que lo es. No tanto la resolución que se le dio.

Adriana quedó en silencio. Luego dijo:

—No, no tanto.

Se produjo una segunda pausa y añadió:

—Estuve revisando los archivos de la fundación y no aparece ninguna solicitud de Pablo Narval.

—¿Dice a quién becaron ese año?

—A Juan Sanmartín, un artista que recomendó una tal Aída Machado. ¿Le suena?

—La conozco.

Si Narval hubiese sabido eso no le hubiera concedido la entrevista, pensó Elvira, pero ya eso no tiene importancia.

Después que Adriana se fue volvió a la computadora. Había revisado la noche anterior las noticias de prensa previas a la venida de Narval y quería hacerlo de nuevo, a lo mejor se le había escapado algo. Las leyó con más atención, pero no encontró nada significativo. Estaban redactadas con las mismas pautas: sus premios, publicaciones y fotos. Se anunciaba la próxima visita con la repetición incansable de los nombres de las entidades patrocinantes y las fechas de sus apariciones. No se mencionaba entonces la realización del homenaje, o en todo caso en términos vagos. Las notas de prensa seguían un patrón de frecuencia de quince días, es decir, seis apariciones anteriores a la semana del 8 al 17 de agosto. Era información suficiente para quien quisiera saber cuándo estaría el escritor en Venezuela y cuáles serían sus principales actividades. ¿Por qué Sofía leyó su novela? ¿Por qué quiso visitarlo antes? ¿Cómo lo logró? Nada que agregar por el momento.

Pasó luego a revisar el correo y encontró tres mensajes. Xenia le escribía dándole las gracias por los datos de la casa de rehabilitación. No había ningún comentario personal, aunque era un buen signo de que la comunicación seguía abierta. El hijo de la noche le anunciaba que el jueves sería la presentación del nuevo número de *Mango bajito*. Compromiso pendiente. Y el tercero era una respuesta a su oferta de compra.

«Tengo tu video. Si sigues interesado/a en el video del 17 de agosto, dime cuán grande es tu interés y te contestaré cuál es el mío», enviado por Videoasta.

No hablé esto con Adriana, hasta se me había olvidado. Esperar hasta el viernes es demasiado. La llamó por teléfono. Ninguna de las dos tenía experiencia en la compra de videoaficionados, y especularon que quinientos mil podía ser una cantidad razonable, con posibilidades de subir si la subasta crecía.

«Mi interés es tan grande que llega a 500», contestó Elvira. El videoasta probablemente estaba en línea porque de inmediato replicó: «Buuu». «Uno 500», envió Elvira. «Tres o nada, pichirre». Elvira consultó con Adriana, no quería incurrir de nuevo en gastos sin aprobación. Escribió: «Vale», y de inmediato recibió el contrato final. «Te conozco, nos vemos en la presentación de *Mango bajito*».

Su primera hipótesis fue que sabía el nombre y apellido del videoasta: Juan Carlos Rodríguez. Luego pensó que el hecho de que hubiera encontrado los mensajes al mismo tiempo no tenía ninguna relación. Detalló las horas de recepción y habían entrado con tres horas de diferencia. Pero, ¿por qué la conocía?, ¿quién podía suponer que asistiría a la presentación de *Mango bajito*? ¿Sonny? ¿Emilio Samperio? ¿Xenia Vargas? Quovadis la reconoció, al parecer su investigación era algo sabido en la comarca. ¿Por qué tardó tanto en aparecer el videoasta? Había suspendido la inserción del aviso de prensa, harta de recibir tonterías. Lo importante es que dio señales de vida. Esperaremos el jueves.

Richard Wood llamó una hora después. Precisamente quería invitarla el jueves a cenar en el restaurante de nueva cocina italiana. A estas alturas ya no debe ser tan nueva, pensó Elvira. Imposible aceptar. Le propuso cambiar para otro día, pero Richard salía el viernes una semana de viaje.

—¿Vas a Margarita?

—Sí, ¿cómo lo supiste?

—No sé, se me ocurrió.

—Me invitaron unos amigos que tienen casa allí.

—Fantástico, llámame cuando regreses.

Así que Ingrid Horowitz había resuelto su semana de playa. Le parecía absurdo que le ocultaran aquella tontería. Le tendió una celada y la llamó para invitarla a cenar en su casa el viernes. Efectivamente, Ingrid viajaba a Porlamar. Debe ser que le gustan más los *blinis* que el *roastbeef*.

El jueves salió con media hora de anticipación, quería explorar el escenario antes de que llegara la gente. Era una librería que no conocía, situada en un centro comercial en el que nunca había estado, y bastante lejos de su barrio, en el otro extremo de la ciudad. Cuando llegó estaban disponiendo unas sillas y la mesa con los vasos para el brindis. Dio unas vueltas hasta que encontró un buen lugar desde el cual observar la entrada de los asistentes. La convocatoria parecía muy nutrida, en veinte minutos contó más de cincuenta personas. De hecho, ya no cabían más dentro del local y comenzaron a llenarse los espacios exteriores. Vio pasar a Emilio Samperio, a Joanna Macari, al hijo de la noche, a Sonny, y a algunos jóvenes que recordaba del recital de nueva poesía urbana. Cuando el acto comenzó logró colocarse en las últimas filas y escuchó las palabras de Samperio y las de otro joven. Samperio dedicó unos minutos a exaltar los nombres de los artistas y poetas fallecidos que aparecían en el número y el joven leyó algunos de los poemas, ninguno de Sofía. De inmediato se procedió a mostrar la revista y se sirvió el vino. Elvira tenía la sensación de que había perdido el viaje.

Salió al pasillo exterior y Joanna Macari la distinguió y fue a saludarla. Samperio no la vio o no le interesó verla, y luego el hijo de la noche le dedicó unos minutos pero no demasiados. Elvira observó que se enfocaba hacia una chica de lentes vestida de negro y consideró que era generacionalmente esperable. El videoasta no aparecía y no había ninguna razón para continuar allí. Estaba cansada. Probablemente aquel era un buen momento para buscar conversación e indagar si alguno de los asistentes conoció a Sofía Budenbrook, pero no tenía energía suficiente. Sonny se acercó a ella y le preguntó qué tal le había parecido todo. Magnífico, dijo Elvira. Estuvieron de acuerdo en que la idea de Samperio, como todas las que se le ocurrían, era genial, y Sonny le trajo una copa de un vino que probablemente se acercaba al sabor de la coca-cola con vinagre. Elvira brindó con él y discretamente buscó algún lugar donde depositarla.

–Bueno, vamos a lo nuestro.

–Así que eres tú.

–Sí, Samperio me mandó para que grabara el evento con la idea de hacer algo con eso después, pero a la final decidió dejarlo así. Mala vibra.

–Lo comprendo. ¿Lo trajiste?

–Claro, dame tu sobre y yo te doy el mío. Lo que es igual no es trampa. Está sin editar, te aviso.

Elvira pensó que su sobre contenía tres millones de bolívares en billetes de cincuenta mil, y a lo mejor el que iba a recibir estaba vacío, pero ya era tarde para esa reflexión. No tomó medidas de seguridad para el intercambio. Hizo lo que le indicaba Sonny y metió el sobre en la cartera.

–Que lo disfrutes –le dijo él y se alejó muy contento.

Esto como que fue un negocio de buena fe, tampoco Sonny sabe si el suyo contiene recortes de papel. De lejos le hizo una seña de adiós y Elvira llamó a un taxi. ¿Por qué Sonny tardó tanto en contestar el aviso? No lo sabía y probablemente no

tenía importancia. En el taxi abrió el sobre y comprobó que el video estaba en formato VHS, pensó en pedirlo prestado a algún vecino y llamó a Boris.

La conserje tenía un VHS y estuvo dispuesta a cedérselo por una noche. Era un equipo muy viejo y sintió temor de que fuera a dañar la cinta. Lo colocó a punto y esperó a que llegara Boris Salcedo. Quería verlo con él. El video tenía una duración de dieciséis minutos. Las primeras imágenes eran unas tomas muy rápidas y poco consistentes de la sala, antes de comenzar el acto, luego se detenían en los discursos. Después unas imágenes rotas que enfocaban el piso, como si hubiese querido captar a Narval caído. Por último, algunos momentos en medio de la confusión en el que se veían personas atravesando por delante de la cámara a toda carrera.

Boris le pidió que volviera a pasarlo. Observaron más detalladamente y detuvieron la proyección varias veces. El comisario insistió en verlo por tercera vez. Elvira estaba completamente decepcionada y dejó el control remoto en sus manos.

—Vamos a verlo paso a paso. Estamos esperando que salga el criminal disparándole a Narval o clavándole el cuchillo a la chica Bokenbrud y eso no va a salir. Hay que ver lo que hay.

Paró el video cada treinta segundos. Elvira estaba segura de que la cinta no resistiría la operación, pero de todos modos la cinta no servía para nada si no encontraban algo. En la cuarta pausa Elvira gritó que congelara la imagen. Buscó la fotografía de Sofía y se la enseñó a Boris.

—Se parece —dijo él.

Retrocedieron y pudieron establecer que una chica se acercaba a un hombre, y salía de ángulo. El audio ambiente era un ruido indiscriminado de conversaciones.

—La resolución no es muy buena pero es lo que tenemos. Los muchachos del departamento de tecnología audiovisual son muy capaces. Les voy a dar el video para que amplifiquen unas fotografías. Después las paso a los muchachos de identificación de perfiles a ver qué dicen. Pero, eso sí, con paciencia. No me esté llamando a cada rato.

Elvira prometió esperar sus noticias.

—Si la chica es Sofía, ¿qué debemos pensar?

—Con quién está hablando. A primera vista el tipo me pareció un malandro, encorbatado, pero malandro. Los huelo de lejos.

Elvira pensó que quería dos cosas incompatibles. Que la imagen fuera de Sofía y que no lo fuera.

Boris se despidió repitiendo:

—Yo la llamo, no me esté llenando el buzón de mensajes.

Debí aceptar la invitación de Ingrid. Me hace falta un descanso, hubiese podido quedarme en el *resort* leyendo o contemplando el mar, pensando en mí misma. Vio el calendario y pensó que habían transcurrido cinco meses en Caracas, todavía le quedaba tiempo antes de volver a Canadá, y si lograba terminar la investigación a lo mejor calzaba unos días de vacaciones. Su viaje a Europa en realidad no lo había sido. No he visto el London Bridge ni la Tour Eiffel ni el Coliseo. A Elvira no le gustaba el turismo, pero quizás era así porque nunca había podido disfrutarlo. Los días de Barcelona no calificaban como turismo. Probablemente es una ciudad magnífica y no pude saberlo, mi mente estaba en otra cosa. Me gustaría ir a Nueva York. O pasar unos

días en una montaña de New England y ver el cambio de las hojas en otoño. Pensar que sus vacaciones tuviesen lugar en Balzac le parecía deprimente. Louise Alcott le había enviado varias novelas policiales –Sarah Paretsky y Batya Gur– que no había tenido tiempo de leer. Cuando éramos niñas Louise y yo nos prestábamos los libros y compartíamos la pasión por las novelas de misterio. Las comprábamos en una venta de libros usados que tenía lugar antes de las vacaciones de verano. La gente llevaba sus libros y los colocaba en unas largas mesas frente a la iglesia; todo por un dólar, ése era el lema. A mi madre le gustaba comprar libros de cocina, y a Emma novelas europeas. Sobre las mesas habían unas cajitas que decían «caja de dinero», y los compradores depositaban sus billetes sin dudarlos. Nadie hubiera querido llevarse un libro sin dejar el dólar correspondiente. Una vez un muchacho lo hizo y fue una vergüenza. Los padres lo obligaron a regresar y pagarlo. Todo el mundo se dio cuenta. Fui educada en la idea de que el mundo era un lugar decente, poblado por personas justas. Ahora no estoy nada segura de si eso era verdad, o solamente una manera de ver las cosas.

Cuando esto termine volveré. No tengo nada qué hacer aquí. Volveré a Balzac, o quizá busque otro lugar. Seguiré mi propio destino. O monto una agencia con Boris Salcedo. Estoy segura de que sería un éxito, Madigan & Salcedo, Private Investigators. Tenía el sentimiento de que Boris era su amigo, pero a lo mejor no era así. Últimamente la duda se había instalado en su corazón. Tenía nostalgia de cuando era una persona con fe. Las convicciones parecían haberse despedido para siempre.

Limpió un poco el consultorio antes de la llegada de las dos pacientes. La sesión con Adriana transcurrió lenta. El tema Jean-Paul ocupó la mayor parte del tiempo, así como las intrigas que sospechaba estaba tejiendo una de las profesoras que sería jurado en su trabajo de ascenso. La odiaba sin razón y ahora se le presentaba la ocasión de demostrarlo. Una sesión de rutina. Imposible atravesar su coraza y entrar en sus sentimientos con Sofía. ¡Qué bárbara la solución de Adrian Budenbrook! ¿Y quién era Josefina Alfaro para haberla aceptado? Una niña robada. Una niña despojada. O, mejor dicho, dos niñas despojadas. Sería muy difícil que Adriana se dispusiera a expresarle este sufrimiento, confesó el hecho casi por un milagro, o porque comprendió que era demasiado importante para la investigación.

Quince minutos después entró Vera Gerber. Las sesiones con Vera eran una suerte de bálsamo. En poco tiempo había avanzado mucho en su conocimiento interior y, a pesar de que en algunos momentos ese conocimiento le resultaba doloroso, experimentaba el placer de explorar y elaborar sus conflictos infantiles. Sus asociaciones eran fluidas, inteligentes, a veces cómicas. En algún momento, recordando la llegada de sus padres al país, mencionó que había visitado la exposición «Ruinas y esplendores de la modernidad. Caracas, 1945-1955». Le recomendó vivamente que la viera.

–¿Algo en particular? –preguntó Elvira.

–Sí, algo muy particular. La exposición, como le dije, está muy bien montada, con un sentido didáctico. Tiene interés para la visión urbanística de la ciudad pero también es una radiografía sociológica de esos años. Me gusta ver fotografías antiguas y le dediqué un buen rato a esa parte, más que a las maquetas. ¿Qué cree que encontré? Una fotografía del primer edificio de la Constructora Moderna. Ésa era la empresa de Adrian Budenbrook y la tía Sofía.

Ya tengo plan para mañana, pensó Elvira.

Salió a dar una vuelta con Nevsky y compró algunas cosas en el automercado. Luego siguió a pie hasta la exposición que estaba instalada en la sala cultural de una entidad bancaria. Era muy extensa así que la recorrió con calma. Método y procedimiento, en alguna parte está esa fotografía.

La observó detenidamente, el edificio aún existía –estaba bastante segura– en la urbanización Altamira. Luego pasará a detallarlo. De momento la información que podía obtener era sucinta: «Edificio Europa, Constructora Moderna, 1950». Pensó si Adriana sabría algo más, pero lo descartó, demasiado anterior a su nacimiento. Éste debe ser el primer paso de la fortuna Budenbrook. Cuando regresó a su casa volvió a leer el documento de Adriana. Allí se mencionaba a los primeros socios de su padre. Si el pasado de su familia obsesionaba a Sofía era necesario ir hacia atrás.

Leyó despacio, subrayando. Aquí están los nombres: Leo Altman y Sofía Vaiser. Observó la repetición del nombre Sofía como algo a tomar en cuenta. Sofía Vaiser, la amante de Adrian; Sofía Budenbrook, la nieta de Adrian. ¿La nombró así en su recuerdo? Adriana, en ese caso, no pudo participar ni en la elección del nombre de su hija. De pronto tuvo una duda. ¿Verdaderamente Adriana había escrito ese documento? ¿Por qué la insistencia en entregar por escrito toda aquella narración que igual hubiera podido decir en las sesiones? Inicialmente le pareció una maniobra defensiva, pero, a la luz de lo que ahora sabía, no tenía sentido. Adriana ocultaba confesiones mucho más duras que la banalidad de que la amante de su padre tuvo una niña. ¿Demasiado terrible para formularlo en alta voz? De pronto le pareció ingenuo considerarlo una estrategia de defensa. Adriana le estaba diciendo mucho más y ella no lo había entendido, seguía sin entenderlo, pero comenzaba a vislumbrar que el mensaje era otro. El medio es el mensaje. El medio indica que la persona no puede comunicarse directamente, y no lo puede hacer porque está muerta. Estoy segura, este texto lo escribió Sofía. Muy probablemente lo negará, veremos, pero si mi hipótesis es correcta Sofía denuncia aquí el crimen del padre. Releyó el párrafo final:

«Entró en el apartamento de Sofía Vaiser, la saludó fríamente. Leo Altman le invitó a pasar a la habitación de la niña. Pidió que le permitieran verla a solas, en otro momento. Sofía convino en que volviera al día siguiente, por la tarde. Tenía que ir al médico y dejaría a la niña con una empleada. Así ocurrió. Adrian Budenbrook volvió para ver a su hija, una niña nacida como un gatito. Se aproximó a la cuna, sintió su respiración y apoyó su mano sobre ella. Luego avisó a la empleada que la niña estaba dormida y que no entrara a despertarla.

El desorden había sido curado».

¿Por qué Adriana utilizaría ese tono novelesco para relatarme la historia de su familia? No es su estilo, en cambio Sofía quería ser escritora, tenía algunas condiciones para ello, según Tomás Orozco. Adriana no me mintió cuando habló de su abuelo, desde el primer momento dijo la verdad. Estaba decidida a que yo obtuviera la versión original y no la versión duplicada de Adrian Budenbrook, un experto en falsificaciones, según va demostrándose. La única verdad que Adriana me ocultó es que era la madre de Sofía, y es coherente con ella misma, algo demasiado doloroso para decirlo el primer día. ¿Por qué me dijo que ese texto era suyo y no de Sofía? No lo sé. ¿Lo conocía?, ¿lo leyó antes de entregármelo? Tampoco lo sé. Creo que no. Me pareció realmente sorprendida cuando le dije que Sofía sabía la verdadera historia de su abuelo, aunque pudo engañarme, por supuesto.

El texto termina en una denuncia. Quien lo escribió sugiere fuertemente que Adrian Budenbrook mató a esa niña. No la consideraba su hija, sólo un gatito. Ésta es la percepción de quien escribe, pero es la percepción de alguien que está describiendo a un asesino. Leo Altman y Sofía Vaiser, ellos saben lo ocurrido. ¿Saben? Elvira sacó la cuenta y, en el caso de estar vivos, tendrían unos ochenta años. ¿Muy tarde, quizá? Muy tarde para Vaiser. Recordó que Vera Gerber mencionó en algún momento que había muerto. Quedaba Altman como única posibilidad. Vera no la había mencionado y McLeod le tenía prohibido enturbiar su tratamiento con una pregunta totalmente fuera de sus intereses. Había que esperar el regreso de Ingrid de su romance playero con Richard Wood para que le abriera las puertas. Era la única persona que podía hacerlo. Altman formaba parte de la generación de sus padres, en una época en que la gente se conocía y nada pasaba oculto. Leo Altman tenía que constar en alguna parte.

Por otro lado –Elvira continuaba apuntalando su hipótesis–, si Sofía sabía que le fue ocultado su origen, su resentimiento contra el padre era grande; no era, en realidad, su padre. Eran unos abuelos impostores que le habían arrebatado a su madre para no perturbar el orden.

«Amaba la belleza y el orden del mundo y trataba desesperadamente de evadir todo lo que contradijese su amor. El orden del mundo –pensaba Adrian Budenbrook– es lo mejor que hay, no hay otra cosa, y aquellos que quieren destruirlo no pueden prevalecer sobre quienes desean conservarlo y perfeccionarlo».

Sofía, si voy bien, vio en Pablo Narval un alma gemela. Alguien que también odiaba a Adrian Budenbrook. Alguien que intentó hurgar en su pasado para encontrar algún trapo sucio con que chantajearlo y no obtuvo nada. ¿O sí? Alguien como ella, en busca de las miserias de los Budenbrook; como Pablo Narval, un escritor para todos los tiempos. Sin duda, el antiguo tiempo, el tiempo de su pobreza, de su posible fracaso por falta de medios para subsistir, había terminado, pero ahora podía volver a él. Escribirlo. Ejercer esa mínima venganza de la que nadie sabría, y que para él sería un placer íntimo e infinito relatar que Adrian Budenbrook no era el hijo de un modesto cervecero sino de un representante del régimen nazi. Y he aquí que una niña inocente descubre su mezquina retaliación. Una de mis pocas lectoras en aquel triste país al que no he querido volver sabe de lo que estoy hablando, se diría. ¿Cómo lo sabe?, no lo puedo determinar, pero estoy segura de que Sofía estaba al tanto de que su abuelo era una persona de mentira fácil. Hábil con las narrativas que ordenan el mundo mejor que la vida desordenada. Sofía era dueña de la mejor entrada para que Pablo Narval la recibiera. Bastaba con decir: soy la hija de Adrian Budenbrook, el hombre que te negó lo que más necesitabas en el momento en que más lo necesitabas.

Decidió llamar a Tomás Orozco. Tenía que leer aquel documento y decirle si le parecía posible que lo hubiese escrito Sofía.

Ingrid llegó encantada de su semana en Margarita. Llamó enseguida para establecer un relato detallado de las bondades de la isla y de la vital necesidad de descanso que había estado posponiendo. Elvira le tendió otra celada pero no cayó.

–¿Y a Richard cómo le fue? ¿Le gustó el resort?

–¿Richard? Yo no fui con él, te dije que iba a llamar a David Seligman, pero al final tampoco podía y me fui con su hermana, son viejos amigos, muy queridos.

Sonaba verosímil, decidió no insistir por el momento.

–Ingrid, tengo que pedirte un enorme favor, una ayuda que sólo tú puedes darme.

Ingrid Horowitz temblaba en esas ocasiones. Quería mucho a Elvira, pero le horrorizaba la idea de que pudiera necesitar una cooperación en sus investigaciones. Y ella también era intuitiva.

–No me metas en problemas.

–Ingrid, oye bien, no es algo peligroso lo que te voy a pedir, ni nada que te comprometa. Es simplemente que me ayudes a encontrar a Leo Altman, una persona más o menos de la edad de tus padres, que vino a Venezuela por la misma época.

–Nunca he escuchado su nombre.

–¿Y no hay un registro de las personas de la comunidad y esas cosas?

–Claro que lo hay, pero yo no lo tengo.

Ingrid podía ponerse terca.

–Me imagino que no lo tienes, pero a lo mejor me puedes orientar.

–No te lo van a dar. Y menos después del allanamiento del colegio.

–Ingrid, por Dios, debes saber quién puede localizar a ese hombre. Es un anciano, quizás esté inscrito en algún programa de tercera edad, o es miembro de alguna institución, o simplemente alguien lo conoce y puede decirte dónde vive.

–Veré lo que puedo hacer. ¿Altman?

–Leo Altman.

–¿De dónde vino?

–De Alemania.

–¿Cuándo?

–Antes de comenzar la guerra.

–¿Y la esposa vive?, ¿cómo se llaman los hijos?

–No sé nada más. Promete que me vas a ayudar.

–Lo intentaré, sin prometértelo.

–¿Salimos el fin de semana?

–Creo que voy a tener guardias por los días que no estuve. Te llamo si estoy libre.

El *affaire* Wood florece en pleno esplendor, pensó Elvira, pero tengo a alguien que seguramente apreciará mi cocina.

Preparó el *roastbeef* a la manera de su madre, con papas al horno bañadas en crema agria, coronado por un *pumpkin pie*, y esperó los comentarios. Tomás Orozco consideró que era el mejor *roastbeef* que había comido en su vida y halagó el Undurruga de ocho mil bolívares como si se tratara de una cosecha especial de la Casa Rothschild. Elvira se sentía un tanto indigna, pero aceptó unos besos furtivos que prometían un encuentro de larga duración. Insistió, sin embargo, en que no esa noche,

estaba con la energía muy baja. No quería llegar tan lejos para no profundizar su indignidad. No sentía por él la menor curiosidad erótica, eso estaba claro, y lo lamentaba. Ingrid Horowitz tenía razón en cuanto a que no atravesaba una edad propicia para la exigencia.

Cuando terminaron de cenar Elvira se levantó a buscar el documento y al tenerlo en las manos cambió de idea. No quería traicionar a Adriana; fuese o no su escrito se lo había entregado bajo el pacto de confidencialidad. Jugó otra carta. Le enseñó la revista *Mango bajito* y le pidió que leyera los poemas de Sofía. Tomás obedeció y se puso los lentes.

—No soy un buen crítico de poesía, pero, a primera vista, te diría que no me interesan demasiado. De todos modos es bonito que lo hayan publicado. ¿Cómo lo conseguiste?

Elvira le contó que, tratando de saber más de ella, había conocido a jóvenes artistas y escritores, y por esa vía surgió la posibilidad de publicación. Tomás lamentó una vez más su muerte y se interesó por los avances de la investigación. Elvira recordó entonces que él había mencionado unos textos que Sofía le entregó para saber su opinión.

—¿Por casualidad guardaste esos papeles?

—Tendría que buscarlos, hace bastante tiempo. Puede ser que sí, ahora que me acuerdo prometí dárselos a un amigo editor, no lo hice, la verdad, no me parecieron suficientemente buenos como para una publicación, pero ella insistió tanto que le di esa esperanza. Te aviso si los encuentro.

—Es muy importante, por favor, dime si aparecen.

—Yo guardo mis promesas, ¿y tú?

Elvira comprendió que no podía negarse. Al fin y al cabo es un hombre guapo. Pero dando y dando.

El domingo por la tarde le puso la cadena a Nevsky y se dirigió al edificio Europa. Un buen ejemplar de la época, un nombre que sugiere la vinculación con la universalidad, la reconfiguración del país a partir de la emigración de posguerra, representa los espacios ilustrados del tardomodernismo venezolano, así decía la leyenda de las fotografías de la exposición. Su estado actual era algo ruinoso, pintado de un gris que no era el color original, las rejas de las ventanas oxidadas, plagado de aparatos de aire acondicionado. La puerta principal estaba abierta y entró. Alguien le preguntó a quién buscaba y dijo: a Leo Altman. Ese señor no vive aquí, contestaron. El edificio estaba muy cerca de la Plaza Altamira y se dirigió hacia ella. Nevsky le ladró a otro perro que paseaba con su propietario, y el interpelado contestó; tiró de la correa para evitar una continuación del concierto. Se sentó en un banco y experimentó la sensación de detenimiento que le sobrevenía de vez en cuando. Sé muchas cosas y ninguna. Demasiados cabos sueltos, demasiadas historias sin tejer. María Escudeller, el edificio Europa, los escritos de Sofía, el video de Sonny. Hacía ya una semana que Boris lo tenía en sus manos pero debía permanecer a la espera, si no había llamado era porque los muchachos no habían tenido tiempo de elaborar las fotografías. Igual ocurriría con Ingrid, mientras averiguaba algo de Altman, y con Tomás, que encontraría o no los escritos de Sofía, y con Adriana, que debía explicar mejor las circunstancias de su embarazo, la vida con aquella hermana que era su hija. Gente rara los Budenbrook.

Volvió al Europa y detalló una placa que señalaba el año de construcción: 1950. La placa en piedra tenía la forma de un pequeño pergamino, era un elemento

romántico, como si al inaugurarlos hubiesen anticipado su declive. Ruinas y esplendores de la modernidad venezolana. De acuerdo con el texto la Constructora Moderna fue muy significativa en la expansión urbana de la época; seguramente los edificios marca Vaiser estaban regados por la ciudad. Un arquitecto interesado en la historia urbanística sería un buen aliado. Recorrer el camino de sus construcciones, ¿la llevaría a alguna parte? Muy improbable. ¿Conoció usted a la famosa Sofía Vaiser que construyó este edificio? No, dirían. Lo compré hace cinco años. O hace veinte. O treinta. Los edificios de Vaiser debían estar entre los cuarenta y cincuenta años de edad, muy viejos para Caracas. De aparecer con vida, ¿cuál sería el estado de conservación de Leo Altman?

Regresó a su apartamento y activó la computadora, buscó a Vaiser y Altman en el navegador. Ningún resultado. Escribió Budenbrook y la pantalla mostró un par de entradas completamente desactualizadas acerca de la fundación. Encendió las luces y la televisión, y descongeló un pollo en el microondas. Afortunadamente esa noche pasaban otro capítulo de *Law and Order*, particularmente interesante.

El caso quedaba resuelto gracias a la experticia de lingüística forense. No había escuchado nunca acerca del tema y realizó una exploración en internet. De acuerdo con la información obtenida, era muy probable demostrar la autoría de la escritura. Los expertos investigaban los patrones de sintaxis, el uso de conectivos, adjetivos, adverbios, sustantivos, verbos, etc., mediante un *software* específico y podían determinar con un nivel de confiabilidad de noventa y siete por ciento si dos textos correspondían a la misma persona. Cuando Boris apareciera le preguntaría si los muchachos contaban con ese departamento; al parecer era un procedimiento usual en todas las policías del mundo.

El primer resultado de su espera vino de Tomás Orozco. Su aspirante a amante había encontrado los papeles que le dejó Sofía en una repisa de su archivo. Le tomó toda la tarde del domingo dar con ellos y llamó el lunes temprano. Elvira se sintió como la dama a quien su caballero rescata del dragón. No podía negarse a la invitación, esta vez Tomás sería el cocinero y preveía un salmón al horno, receta de su ex, que él había mejorado considerablemente. Sin embargo, el caballero no cobró sus favores, y la cena transcurrió dentro de los límites de la amistad. Elvira le pidió que le prestara unos días los papeles y Tomás dijo que podía quedarse con ellos.

De todos modos tenía la intención de preguntarle directamente a Adriana si era ella quien había escrito el documento. Sería más fácil que el espinoso recorrido de la lingüística forense, a la que seguramente Boris opondría varios obstáculos. Pero Adriana no quiso facilitar las cosas e insistió en que lo había escrito ella. Leyó los papeles de Sofía durante la sesión y pidió guardarlos. Elvira le prometió una copia, eran indispensables para la investigación.

Parecía muy conmovida con aquella lectura.

—Tenía cierto talento, ¿no?

—No soy la persona más adecuada para opinar, Tomás Orozco pensó que eran interesantes, aunque todavía una escritura muy inmadura para publicación.

—¿Y cómo los tenía él?

—Parece que Sofía se los mostró para consultar su opinión. ¿Te parece raro?

—No sabía que Sofía trataba a Tomás por su cuenta, quiero decir fuera de cuando él y Corina venían a casa.

—Supongo que era el único escritor que conocía.

Los textos eran unos cuentos breves y Elvira pensó que serían perfectos para compararlos con el otro documento. Quiso insistir.

–Adriana, si lo escribió Sofía, ¿por qué no decirlo?

Dudó como si fuese a aceptarlo, pero volvió a su versión original.

–Ese documento lo escribí yo para que tuviera una idea de nuestra familia.

–Entonces debes saber quiénes son Sofía Vaiser y Leo Altman.

–Claro que lo sé, fueron los primeros socios de mi padre. Altman permaneció trabajando en las empresas hasta que se jubiló. Yo lo conocí, lo odiaba. Mi madre también, pero papá tenía plena confianza en él.

–Sofía no era únicamente su socia, de acuerdo con lo que dice ese documento.

Adriana parecía la niña que acaban de descubrir sin hacer la tarea.

–Probablemente le puse mucha imaginación. Ya ni me acuerdo lo que escribí.

–Adriana, por favor, aquí dice que tu padre vivió una relación amorosa con Sofía Vaiser, y que ella tuvo una hija de él.

–Debió ser así –aceptó después de unos minutos.

–Es muy importante determinar quién lo escribió. Si fue Sofía significa que sabía muchas cosas de la familia, además de la historia de tu abuelo.

–Debió ser así –insistió.

Elvira estuvo a punto de amenazarla con el análisis de lingüística forense, pero le pareció agresivo.

Transcurrieron días en blanco. Había lanzado las botellas al mar y hasta tanto alguien diera respuesta no encontraba otras pistas a seguir. Pensó dubitativamente en llamar de nuevo a Xenia Vargas, pero no tenía ninguna pregunta concreta que formularle y le pareció mejor no malgastar la ocasión. En cuanto a la presentación de *Mango bajito*, había sido decepcionante. Nadie mencionó a Sofía Budenbrook y pasó como una más de los publicados. Recoger la invitación de Aída Machado para un nuevo encuentro era también una opción que prefería dejar abierta; no la descartaba. Seguramente conocía a algún amigo de Pablo Narval, alguien a quien él vio en ese viaje a Caracas cuando vino a solicitar la ayuda de la Fundación Budenbrook. Aída Machado no había contado todo esa noche en el *lounge* del Trasncho. Aunque fuese una mujer detestable, no podía cerrarse a verla, pero también decidió dejarlo para más adelante.

Por fin apareció Ingrid Horowitz. No fue tan difícil dar con Leo Altman. Llamó a su tía y obtuvo todo lo que podía saberse de él. Vivía en San Bernardino, en el antiguo apartamento de sus padres. Estaba solo, nunca se casó. Lo veía con frecuencia en la sinagoga. Se conservaba bien, viejo como ella, pero todavía activo. Suficiente, dijo Elvira. Ingrid merecía todo su agradecimiento. Lo único que faltaba era la localización exacta del edificio, la tía no lo sabía. Viernes a las seis tengo *Shabat*, pensó Elvira.

Llegó a las seis en punto y se apostó en la acera frente a la sinagoga. Si Leo Altman venía en automóvil estaba perdida, había demasiados y sería muy difícil verlo, pero algo le decía que él vendría a pie. Cruzó para situarse al lado de la puerta y esperó. Cuando la gente empezó a salir ya había oscurecido. Un anciano caminando solo y despacio es lo que busco. Subía la Avenida Marqués del Toro lentamente, al llegar al final cruzó a la izquierda por la calle Manuel Felipe Tovar y continuó su paso hasta detenerse en la entrada de un edificio de cuatro pisos sin ninguna iluminación en sus ventanas. Eran pequeñas, sin rejas ni aparatos de aire acondicionado. Otra gloria del tardomodernismo venezolano. Sentía una injustificada confianza en que no sería difícil hablar con él.

—Señor Altman, espere, por favor.

Leo Altman se volteó hacia la voz que le hablaba.

—No tenga miedo.

—No tengo miedo, usted es una mujer decente.

—Vengo a visitarlo.

—¿Por qué me quiere visitar?, nadie me visita ya.

No esperó su respuesta y abrió la puerta.

—No hay ascensor —dijo.

Elvira lo siguió. Observó muchas ventanas rotas, las baldosas faltantes en el piso, la pintura sucia de las paredes emborronadas con *graffitis*. Parecía un edificio abandonado. Leo Altman se detuvo en el tercer piso y entraron en el apartamento. Los muebles se veían en buen estado, aunque no debían tener menos de setenta años, quizá más. Las cortinas eran muy pesadas, de terciopelo oscuro, y el espaldar del sofá estaba protegido por unos paños de encajes. Encendió la lámpara que iluminaba la mesa del comedor y una de pie al lado del sofá.

—El bombillo del techo está quemado y no he podido cambiarlo. ¿Quiere un té? Elvira aceptó el té y se sentó en un sillón también de terciopelo oscuro. Desapareció en la cocina y tardó un largo rato en volver con las tazas y la tetera, las depositó

cuidadosamente sobre la mesa de centro. Eran parte de una vajilla de imitación europea, le recordaron un juego de café que su madre guardaba para ocasiones especiales. Trajo también unas pastas rancias. Se sentó frente a ella en el sofá. Elvira detalló los cojines con bordados dorados.

—¿Y qué quiere usted del viejo Leo?

No sabía qué decir. Sentía cansancio de repetir la historia con la que había abordado a tantas personas. Leo Altman le ahorró el esfuerzo.

—Seguramente quiere saber algo de otros tiempos, no hay ninguna razón para que quiera hablar conmigo de lo que ocurre hoy en día. ¿Le interesa la historia de nuestra comunidad? Hace unos años vino a verme una periodista del *Nuevo Mundo Israelita*, estaba escribiendo algo acerca de los primeros emigrantes. Le dije todo lo que sabía, no recuerdo si lo llegó a publicar. Pero, usted no es judía, ¿no es verdad?

—No.

Leo Altman le acercó el plato con las pastas y se quedó callado. No tengo más remedio que entrar en materia. Por alguna razón Elvira sentía miedo. No del anciano que tenía delante sino de la atmósfera en la que se encontraba.

—Verá que el edificio es muy viejo. En realidad está deshabitado, lo van a demoler pronto. Metí los papeles que me dijo el abogado para que me dejen vivir aquí y he logrado pararlos un poco, aunque no será por mucho tiempo. Tampoco creo que lo necesitaré. Compraron todos los apartamentos pero yo no quise vender, eso les ha complicado las cosas. No me pueden obligar, pero me presionan constantemente. No recogen la basura, se meten los muchachos del barrio a hacer sus necesidades en las escaleras, me tiran gatos muertos en la entrada. Pero aquí me quedo. Me costó mucho trabajo adquirirlo y no lo voy a dejar así como así.

—Es el apartamento donde vivían sus padres, ¿no?

—Sí, ¿cómo lo supo?, seguramente sabe muchas cosas.

—Debo decirle que le pregunté a algunos amigos para que me ayudaran a localizarlo. Tengo mucho interés en hablar con usted.

Leo no preguntó por qué y siguió hablando.

—Aquí viví hasta los treinta y cinco años. Mis padres lo tenían alquilado y cuando murieron pasó a otros inquilinos. Me empeñé en seguirle la pista hasta que logré comprarlo. Tengo muchos recuerdos aquí, ¿comprende? Si me sacan no me quedará otro remedio que irme a uno de los hogares de la comunidad, me han llamado varias veces las muchachas que trabajan en eso. Señor Altman, múdese, estará mucho mejor. Le prometemos que estará muy cómodo, puede llevarse con usted las cosas que quiera, señor Altman. Llevarme una mesa, unas tazas de té, esos son trastos viejos. No me podría llevar los recuerdos, ¿no cree?

Elvira decidió tirarse en picada.

—Los recuerdos de Sofía Vaiser, por ejemplo.

—¿Vino para eso? ¿Para hablar de Sofía?

—Sobre todo de Adrian Budenbrook.

Leo Altman se levantó y sacó del aparador unas copitas de licor y una botella que probablemente tenían medio siglo guardadas. Las sirvió como si realizara una operación muy delicada.

—Adrian Budenbrook... ¿y qué sabe usted de Adrian Budenbrook?

–Sé que fue su socio cuando llegó de Viena, que tuvo con usted y con Sofía una empresa de construcción muy importante, que hicieron mucho dinero, que luego él fue amante de Sofía y tuvieron una hija que probablemente murió.

–Está bien informada.

–El caso es que otra hija suya murió hace varios meses, fue asesinada.

Sorbió el licor y Elvira hizo lo mismo tratando de no tragar demasiado líquido.

–Adrian era un miserable. Un hombre que no conocía el agradecimiento. Únicamente la ambición. Una ambición mezquina, no crea que el dinero era lo que más le importaba. Le gustaba ser rico, ¿a quién no?, pero eso no lo llenaba. Él quería tener una vida perfecta de principio a fin, que todo a su alrededor generara orden y perfección. Por eso estaba dispuesto a cualquier cosa. Le habla alguien que lo conoció bien, le habla alguien que fue su hermano. Más de treinta años haciendo negocios juntos. Después me compró todas mis acciones y pasé de socio a empleado, eso sí, un empleado distinguido. Su hombre de confianza. Yo sabía hasta el último céntimo las inversiones de Adrian Budenbrook, dinero honesto, puedo decirle. Claro, ayudado por su matrimonio. Se casó muy bien, Adrian. Y un buen día me dijo que me jubilaba. Me jubiló generosamente, y además yo gané mucho dinero con las empresas que tuvimos. La gente cree que soy un viejo pobre pero no es verdad. Lo creen por la manera en que vivo pero es el estilo que me gusta, no porque no tenga medios para otra cosa. ¿Y qué es lo que usted quiere saber de él?

–Lo que quiero saber es quién mató a su hija.

–¿Cuál de las dos? Porque la primera, se lo puedo decir, la mató él. No me vea con esos ojos. ¿Le parece muy raro que alguien cometa un crimen? Se cometen miles de crímenes diariamente. Las personas matan por muchas razones o por ninguna. Adrian no podía aceptar una hija que le ensuciara su vida, la vida que había creado, el mundo en el que había entrado. Le echaba a perder el plan.

–Muchos hombres tienen hijos de uniones extramatrimoniales.

–Pero no él. Eso le parecía una deshonra, cosas de los venezolanos, pero no de él, se las daba de europeo aristocrático, de que su familia había sido muy valorada en Viena. Pendejadas que creo se inventaba.

–Se inventó también que su padre vino para trabajar en una fábrica de cerveza.

Leo Altman soltó una carcajada.

–¿Cómo sabe usted eso?, pensé que nadie lo sabía. Sí, hombre. Adrian un día me dijo: desde ahora mi padre vino a trabajar con la Cervecería Caracas. Pero ¿por qué?, le pregunté. Porque me parece mejor así. Ése era Adrian Budenbrook.

–¿Usted cree que fue por temor a que la gente lo relacionara con los nazis?

–Puede ser, Adrian no daba explicaciones. Yo conocí a su padre, una bella persona. No tenía nada de nazi, era un pobre hombre asustado que no quiso quedarse en su país cuando vio lo que iba a suceder. También conocí a su madre, y a sus hermanos. Gente muy decente, me trataban con mucho cariño, nosotros estudiamos juntos, ¿sabía eso?, yo iba con frecuencia a su casa y él a la mía.

Elvira no contestó, no quería que Leo midiera toda su información.

–¿Cómo pudo matar a esa niña?

–¿Cómo? Lo más fácil del mundo, entró en la habitación y la asfixió. ¿Cuánto tiempo cree usted que se necesita para asfixiar a un bebé?

–Señor Altman, tengo casi una hora con usted y no me ha preguntado siquiera mi nombre, no sabe quién soy ni para qué he venido, ¿cómo es posible que me diga todo esto?

–¿Quiere que le pregunte su nombre y por qué está aquí? Pues dígamelo.

–Me llamo Elvira Madigan, soy psiquiatra, quiero saber las causas que llevaron a la muerte a Sofía Budenbrook, y la razón por la cual quiero saberlo es porque me pagan para averiguarlo.

–Muy bien, ya lo ha dicho. ¿Más tranquila?

–¿Se imaginaba algo así?

–No, pero usted me está regalando la ocasión que he esperado toda la vida. Pensé que me iba a morir sin que ocurriera, y el destino la trajo. Al final llega la justicia. Siempre he creído eso. Lo demás no me importa. Le deseo suerte en su investigación, aunque no creo que pueda ayudarla mucho.

–¿Qué es lo que le he regalado?

–¿Le parece poco la ocasión de decir en voz alta que Adrian Budenbrook fue un asesino? ¿A quién le podía decir eso? ¿Quién nos hubiese creído a nosotros, a Sofía y a mí? Sofía se fue con ese dolor y yo no pude hacer nada por evitarlo. Su impunidad, eso era lo que más nos dolía. Cuando compré este apartamento nos vinimos a vivir juntos, no éramos una pareja, ella nunca estuvo enamorada de mí, estaba enamorada de él, pero ya eso lo había perdonado. Y le dije, Sofi, vamos a vivir juntos en esta casa, mi casa de infancia. Hubiéramos podido comprar cualquier apartamento de lujo, pero no quisimos. Era aquí donde podíamos ser felices, ¿sabe por qué?, porque aquí podíamos ver la sombra de nuestra infancia. No que fuéramos unos niños felices. Yo tuve una infancia muy triste, sin penalidades, pero oscura, sin el brillo que me imagino debe tener la infancia. En cambio Adrian me contaba la suya en Viena, una infancia luminosa, decía. Su padre un hombre ilustrado, su madre una mujer de educación aristocrática. Tenían una vida maravillosa, decía él. Sofía tampoco fue una niña feliz, era la hija única de una pareja que vivía para su comercio en la esquina de Tracabordo y querían que ella se dedicara toda la vida a vender telas. Una muchacha con el talento de Sofía.

Aquí fue como si empezáramos otra vez, volvíamos a ser los niños que no fuimos juntos. Recordábamos las cosas de nuestros padres y nos burlábamos de ellos. No que no los quisimos, fueron personas muy valientes y muy decentes, pero nos gustaba burlarnos de ellos, imitar su acento, ridiculizar sus costumbres. Nosotros éramos venezolanos, ¿entiende?, no sé si lo entiende, usted no es de aquí. Era como si todo volviese a empezar y nosotros fuésemos los niños de entonces, pero felices; o como si fuésemos nuestros propios padres, pero distintos. Nos infligíamos el sufrimiento de nuestra infancia, y al mismo tiempo la mejorábamos. Recordábamos los momentos en que nos sentimos niños miserables, niños obligados a escuchar el sufrimiento milenario de nuestra herencia, eternamente agradecidos por el pan que nos comíamos, y luego nos imaginábamos otra infancia, como si hubiésemos sido inocentes. Sufríamos el dolor de muchos recuerdos, y luego tomábamos vino y escuchábamos música y nos reíamos. No sé si esto le parece extraño, pero si es psiquiatra debe entenderlo.

Leo Altman se sirvió otra copa de aquel licor al que Elvira no había logrado ponerle nombre.

–Yo creo que la hice feliz en los últimos años hasta su final. Murió muy pronto, hubiéramos podido disfrutar mucho más tiempo juntos. La muerte de la niña le arruinó la vida, a partir de entonces tuvo muchos problemas de salud, si no era una cosa era otra. Siempre enferma. Esa niña iba a ser mi hija. Estábamos de acuerdo en que nos íbamos a casar y yo le daría mi nombre. Mi vida fue siempre aceptar las sobras de Adrian; él no quería esa hija, muy bien, yo la tomaría. Le propuse que el matrimonio se efectuara lo más pronto posible para que estuviésemos casados antes del parto, pero Sofía quiso esperar hasta la última oportunidad, que la niña naciera para que él pudiera verla y entonces tomara la decisión definitiva. Eso fue lo que hizo.

–La vida pareciera haberse vengado, perdió dos hijos.

–Sí, la muerte del primero, de Paul, lo afectó mucho. La de esta última, él no la vio.

–Fue un crimen sin explicación.

–Era una criatura inocente.

Elvira sintió la tentación de decirle que no era hija de Adrian pero se contuvo.

–¿Y conoció a los demás hijos?

–Por supuesto, visitaba con cierta frecuencia su casa, aunque nunca le gusté a su mujer, una persona muy altiva, nariz parada como dicen aquí, no le gustaba la gente que le recordaba los primeros tiempos de su marido. Ella quería que Adrian fuese desde el principio el hombre que llegó a ser, un patriarca, un mecenas, un capitán de empresas. Nunca me invitaban con sus amigos, solamente algunos domingos a almorzar con la familia. A él le fascinaba que yo presenciara su felicidad. Pasar lista de todas las compañías que habíamos iniciado juntos. Celebrar nuestros éxitos. Por supuesto, el recuento omitía a Sofía. Es increíble cómo llegó a borrarla.

Leo Altman se levantó de nuevo y sacó algo de la cómoda. Elvira sabía de aquella fotografía.

–Aquí estamos los tres, en 1949. El flaco del sombrero es Adrian. En el terreno donde hicimos el primer edificio, el Europa.

Eran casi las diez.

–Le quité mucho tiempo.

–Venga cuando quiera, me gusta hablar con usted, es una persona que sabe escuchar.

–Si quiere llamarme alguna vez, no dude en hacerlo, aquí le dejo mi teléfono.

Leo tomó la tarjeta y la guardó con la fotografía.

–Disculpe que no le ofrecí nada de cenar, es que yo no como de noche.

Elvira se dio cuenta en ese momento de que tenía bastante hambre, acostumbraba a comer temprano. Llamó un taxi y bajó las escaleras. Lo ocurrido la había dejado en un estado de extrañeza, como si perteneciera no sólo a otro tiempo sino a una vida paralela. Todo lo que había escuchado era verdad, pero quizá no toda la verdad. Tampoco ella había dicho todo lo que sabía. Cuando llegó a su casa todavía se sentía viviendo una escena irreal, los ladridos de bienvenida de Nevsky la devolvieron a la cotidianidad. De pronto un pensamiento le cruzó la mente: a quién le va a dejar su dinero Leo Altman.

–Usted es un caso, doctora Madigan.

–¿Por qué me dice eso?

–Vengo a traerle un montón de informaciones y me recibe preguntándome si los muchachos tienen un departamento de lingüística forense. ¡No juegue!

–¿Lo tienen o no lo tienen?

–Claro que lo tenemos, desde hace varios años, pero no sé si estará muy al día, esos *softwares* los cambian a cada rato.

–Es importante.

–Todo es importante. ¿Sabe dónde debería estar yo ahorita?

–Fuera de cobertura.

–Exactamente, fuera de cobertura. Una de las personalidades tuvo un accidente y me toca averiguar si fue un atentado.

–Si vino a verme es porque tiene tiempo.

Boris Salcedo se rió.

–Ya me está conociendo. Bueno, voy al grano. Los muchachos de audiovisuales sacaron varias fotografías del video. Les dio mucha curiosidad saber para qué las quería y les dije que era un asunto privado, así que por ahí habrá que tirarles algo, ¿me entiende? Me llevé las fotografías para identificación y el hombre es conocido, era, mejor dicho. Se llamaba Tirolargo, experto en larga distancia. Aquí lo tiene.

Puso las fotografías sobre la mesa y Elvira miró la imagen. Un hombre de unos veinticinco años, blanco, delgado, bastante alto, vestido con traje y corbata.

–¿Cuándo murió?

–Hace como dos meses, los muchachos se metieron en el barrio donde vivía y cayó. Se llevó a tres de los nuestros, así que bien muerto está.

–¿Qué otras muertes debía?

–Imposible saberlo. Estuvo metido en distintas cosas, trabajó un tiempo para la Disip y luego se quedó por su cuenta.

–¿Lo mataron por eso?

–No creo, hubo una plomazón y lo quemaron. Ése era su destino.

Elvira se rascó la cabeza decepcionada.

–Sabemos quién fue, pero ¿quién le pagó?

De pronto enmudeció. Buscó la fotografía de Sofía Budenbrook, la misma que le dio a Sonny para *Mango bajito*, y la lupa.

–Vaya que está bien equipada –dijo Boris.

Detallaron la fotografía comparándola con la obtenida del video y la conclusión se impuso sobre ellos.

–Es la chica Bokenbrud, no hay duda.

–¿Está seguro?

–Completamente. Observe bien.

Las fotografías elaboradas por los muchachos eran buenas ampliaciones. Elvira Madigan no quería aceptarlo, pero resistirse era tonto.

–Sí, es ella.

–Vea bien, doctora. Aquí tiene la primera secuencia, la chica avanza hacia el hombre, en la segunda los vemos juntos y la chica está con la boca abierta, y en la

última el hombre sigue hacia delante. Vemos su espalda y la chica avanza la pierna como continuando su paso en dirección contraria.

–Puede ser una casualidad, se cruzan por un instante, ella abre la boca porque se tropiezan, pide disculpas y sigue.

–¿Y dónde está el tropezón?

Elvira buscó unos vasos y sirvió la ginebra.

–¿Está de servicio?

–Sí, pero tengo varias horas por delante.

Bebieron juntos y Boris encendió un cigarrillo.

–Creí que lo había dejado.

–No del todo.

–Bien, los hechos son lo primero. Sofía Budenbrook conocía a Tirolargo, se encontraron en el homenaje a Narval y hablaron. ¿Usted cree que la deducción más verosímil es que Sofía tiene que ver con el asesinato?

–Dígame usted por qué razón una chica de tanta alcurnia iba a conocer a Tirolargo.

–No sé.

–Bueno, entonces dígame por qué razón Tirolargo iba a estar en el homenaje a un escritor. ¿Para saber de literatura? ¿Para ver si se robaba algo?, no, esa gente es muy especializada. Un francotirador no se mete a ver si se lleva un par de celulares y la cartera de una señora. Fue a matarlo, estas imágenes fueron tomadas antes de que se efectuara el disparo, todavía no habían dicho los discursos, ¿cuántas personas hablaron?, como tres, ¿no?, a diez minutos cada una, que seguro fueron más, tuvo media hora para subir a la sala de proyección.

–De acuerdo, pero no puede establecerse que lo hiciera por encargo de Sofía Budenbrook.

–No, porque no sabemos qué dijo ella, pero estaba hablándole. ¿Un amiguito que acababa de conocer? Por favor, doctora, no se lo tome así. Si uno se pone a investigar no puede después asustarse. Mató el tigre y le tiene miedo al cuero.

–¿Le tengo miedo a qué?

–Es un refrán, lo que le quiero decir es que todo indica que ella habló con él antes de empezar, ratificó la orden, o dio un dato que hacía falta en ese momento.

–¿Y dónde tenía escondida el arma Tirolargo?

–Ah, usted ve, ésas son cosas de experto, eso no lo sabemos ni lo vamos a saber. Lo que le traje es la confirmación de que un hombre que disparaba armas de larga distancia estaba en el homenaje del escritor. No me imagino que hubiera varios, ¿no? Éste fue, no le dé más vueltas.

Estaba arrepentida de haberle comprado el video a Sonny. Que Sofía hubiese asesinado a Narval ya no tenía importancia, no era posible castigarla y Yomfry Noriega pagaría por esa muerte, pero ¿cómo decirle a Adriana? No se sentía capaz, sería destruirla.

–Yomfry Noriega –dijo en voz alta.

–Ésa es la segunda parte de la información. Se la tenía reservada para lo último. ¿Le queda más ginebrita? Póngale la tónica que queda mejor.

Elvira no tenía agua tónica porque le gustaba tomar la ginebra sola y sin hielo.

–Voy un momento al abasto –dijo Boris.

Elvira Madigan se quedó contemplando las fotografías. Nunca me he convencido de que la verdad es saludable. La verdad es para cierto tipo de personas. ¿Es Adriana una de ellas? He descubierto lo que querías, tu hija mató a Pablo Narval. ¿Por qué? Ni idea, pero hay evidencias de que conversó con un francotirador minutos antes del crimen. ¿Qué quieres que te diga? Tu hija era también una asesina. Después de eso, ¿te interesa saber quién la mató a ella? Gracias por los honorarios, y siempre a la orden. No. Diré que me rindo, que no he podido avanzar, se perdieron las pistas, y si quiere continuar su tratamiento, *its up to her*.

Boris entró con dos latas de agua tónica y sirvió los vasos.

–Traje limón también. Usted toma a la brava.

–Veamos la segunda parte de las noticias.

–La segunda parte es así. Fui a ver a Yomfry Noriega, ya sé que usted quería ir pero no me pareció, eso no es ambiente para una persona como usted. Y tampoco creo que iba a sacar más que yo. No es su área. Noriega conocía a Tirolargo, trabajaron juntos cuando eran chiquitos, pero luego Tirolargo se especializó y Noriega se quedó como un malandro normal, asaltos a quintas, robo de automóviles, esas cosas. Noriega, por cierto, no tiene antecedentes de homicidio, eso lo puede favorecer un poco, y le dije que si cooperaba pudiera clasificar como informante arrepentido.

–¿Cómo qué?

–Es una cosa nueva que está en el Código Procesal. Bueno, lo que le digo, el muchacho está muy abatido, lo metieron en El Rodeo, y ya se imagina cómo es aquello. Lo han violado varias veces, está en muy malas condiciones de salud, lo veo que no dura. En fin, lo interrogué y él colaboró muy bien, tenía la esperanza de que con eso pueda ayudarlo. A lo mejor sí, a lo mejor no. Tirolargo lo buscó y le ofreció pagarle para que fuese con él. No le dijo qué iba a hacer, pero Noriega lo sabía. Está destruido con eso, piensa que lo agarraron porque se metió en un crimen y se le fueron los poderes que lo protegían, el espíritu de su madre. Le tenía prometido a su mamá que nunca mataría a alguien. Era algo que ella le decía siempre, hay muchas cosas que se pueden hacer pero Dios dijo: no matarás. Siempre obedeció y le fue bien. Aceptó ir con Tirolargo porque estaba claro que él no tenía que quemar a nadie.

–¿Le parecía que si él no accionaba el arma era como si no formase parte del crimen y que su mamá dejaba de protegerlo porque hubo un muerto?

–Son otros códigos, doctora, no trate de compararlos. El caso es que él se fue para allá con Tirolargo, necesitaba que le abriera la puerta de la sala de proyección y Noriega es muy mañoso. Y que se quedara por ahí por si acaso aparecía un vigilante. Era solamente eso. Luego podía marcharse. Tirolargo no salía y se puso nervioso, decidió irse de una vez. Pero cuando llega al ascensor encuentra el acceso cerrado, ya se había formado el zaperoco. Lo único que se le ocurre es meterse en la sala y tratar de salir con el resto de la gente. En eso llegaron los muchachos y ya no pudo. Lo cacharon y le encontraron un arma. Lo demás ya lo sabe.

–No todo. Es necesario saber si Yomfry Noriega conocía a Sofía.

–Eso no se lo pregunté, no me dieron mucho tiempo para el interrogatorio, pero, además, no es importante. El que disparó fue el otro.

–Todo es importante, dice usted siempre. Yo quiero ir con usted.

–No la voy a complacer en eso, doctora Madigan. Tenemos claro el asunto. Tirolargo dispara, Yomfry es cómplice, claro que no merece la pena que tiene, está por

homicidio sin atenuantes y en flagrancia. La chica Bokenbrud probablemente fue la autora intelectual, pero está muerta.

–Pero ¿qué flagrancia si nadie lo vio clavándole el cuchillo a Sofía?

–Bueno, casi flagrancia. Estaba armado.

Elvira suspiró impotente.

–Seguimos sin saber quién la mató y por qué quiso ella matar a Narval, en el caso de que haya sido así. Pero no me interprete mal, ha sido un gran trabajo y de verdad se lo agradezco.

–¿Le va a decir a la hermana todo esto?

–No por el momento. Es muy duro.

–Sí lo es. Bueno, ya me voy.

Elvira Madigan hizo algo inédito en sus relaciones con Boris. Lo abrazó.

¿Cómo llegaron esos delincuentes al homenaje de Narval? ¿Quién les facilitó las invitaciones? ¿Estaban entre las personas que esperaban afuera a que dieran puerta franca? Imposible. Nadie va a calcular un asesinato con esa incógnita. Tirolargo entró con los invitados, se vistió para la ocasión y pasó sin llamar la atención. Yomfry Noriega probablemente se quedó en el pasillo. ¿En qué punto controlaron las invitaciones? ¿Al tomar el ascensor o al entrar en el vestíbulo? No le pregunté eso a Wilmer y Nataly, se fueron con sus diez mil dólares sin dar ese dato. La lógica indica que las controlaron antes de subir al ascensor pero no estoy segura de que la lógica sea la respuesta. Volvamos atrás. Tirolargo muestra alguna de sus cédulas de identidad, debe tener unas cuantas. Se mueve entre los invitados unos minutos, chequea con Sofía y sale al pasillo. Su grado de especialización no incluye violación de cerraduras, así que allí está Yomfry Noriega que le ayuda a abrir la puerta. Entra a la sala de proyección y le dice al técnico de iluminación que se vaya, que hay un cambio de seña y que él va a operar, el técnico se va. Si hubiese estado el técnico del hotel, ¿qué hubiera ocurrido? Se hubiese resistido probablemente. Algo como: usted no puede entrar aquí, o llamar a seguridad si el intruso insistía. Entonces Tirolargo lo hubiera dejado tendido allí mismo. Pero no sucedió así. El técnico era un muchacho inseguro que no supo qué hacer. Le dicen, vete, lo voy a hacer yo, y desaparece. De acuerdo con Joanna Macari, se pierde para siempre. Imperdonable, era un testigo clave.

No que podamos saber dónde guardó Tirolargo el arma, probablemente la escondió antes en la misma sala de proyección. Dispara. No sale inmediatamente y Yomfry Noriega se pone nervioso. ¿Escuchó el disparo o quizá no se oía desde fuera? (preguntar eso a Boris). Yomfry se dirige al ascensor, los vigilantes han cerrado el acceso. La gente pide a gritos salir. No quieren dar salida esperando a que llegue la policía. Por fin aparecen los muchachos y cachean a la gente (preguntar a Tomás Orozco), ven a un muchacho con aire marginal y dicen: éste es. Efectivamente está armado y se lo llevan. Así que el sistema de seguridad estaba atento a que no metieran celulares pero no se ocuparon de que alguien llevara una pistola. No había detector de metales, eso está claro, y, además, ¿para qué? Nadie estaba esperando un homicidio. No querían celulares para que el ruido no molestara a los oradores, era un evento cultural, no una sesión de negociaciones con las Farc. Elvira guardó el documento y unos minutos después lo abrió y continuó escribiendo:

Lo descrito es la mecánica, el modo operativo, falta lo importante: por qué. Sofía Budenbrook contrata a un asesino para que maten a Pablo Narval el día de su

homenaje. *Doesn't make sense.* ¿Tiene cómplices? ¿Quién sabe algo de esto? Xenia Vargas. Estuvo marcando el número hasta bien tarde pero no contestaban.

Richard había llamado a Elvira para verse el sábado y Elvira le anticipó que el horno no funcionaba, no tenía ganas de cocinar. Richard insistió en que salieran, había llegado la gran ocasión de ir al restaurante de nueva cocina italiana. La comida resultó bastante mediocre, por la expresión de su patrocinante al pagar la cuenta debía ser muy cara, y el servicio era de los peores que podían imaginarse. Salieron del restaurante bajo un aguacero y el parquero tardó siglos en traer el automóvil. Se subieron y cuando el hombre preguntó dónde estaba la propina, Richard le contestó que dónde estaba el paraguas. Al arrancar golpeó levemente el faro de atrás de otro automóvil y se dieron a la fuga. Nada indicaba un buen epílogo.

Llegaron al edificio de Richard y Elvira lo miró con cierto desconcierto.

–Tratemos de mejorar esta salida, tengo un buen *whisky* 18 años.

Hoy me toca a mí, se dijo Elvira. Entraron en el apartamento y Richard se cambió la ropa y le ofreció un suéter para que se quitara la blusa, estaban empapados. Sacó el *whisky*, puso un *jazz* suave y bajó la intensidad de las luces del salón. Elvira comentó con entusiasmo la decoración, particularmente alabó la lámpara de metal, estilo industrial, sobre la mesa del comedor. Hicieron el *tour* por todo el apartamento y con el trago en la mano contemplaron la ciudad desde los ventanales.

–Está muy nublado esta noche, pero tiene una vista magnífica –comentó Richard.

Elvira respondió con más comentarios positivos acerca de la vivienda de Richard Wood y se sirvió de nuevo. Fue bastante intenso esta vez, pensó cuando volvió a su apartamento, pero no se lo contará a Ingrid. Tiene la ilusión de ser la preferida, y a mí me da lo mismo.

Tenía previsto pasar el domingo en casa, las lluvias continuaban y quería quedarse leyendo, chequeó sus mensajes y encontró uno demasiado importante. Xenia Vargas le escribía diciendo que estaba en el centro de rehabilitación que le había recomendado. Era su primera semana y tenía derecho el domingo a una visita corta entre once y cuatro. El mensaje era del día anterior pero el *affaire* Wood la había apartado de la computadora. Llamó a Ingrid inmediatamente.

–¿Con esta lluvia irnos a Turgua? Es una pésima idea, si quieres salir vayamos al cine.

–Ingrid, sabes que no tengo automóvil.

–Oye, pero es un programa tan poco atractivo.

–Ya lo sé, es una posible paciente, me está llamando desesperada y es la oportunidad de hacer contacto con ella, probablemente quiera seguir una terapia cuando termine la rehabilitación. Hazme esto y te prometo que seré tu esclava para siempre.

Ingrid resistió un rato más pero Elvira venció el partido.

–No puedo continuar con solamente dos casos, la inflación me está comiendo los honorarios y la pensión de Canadá llega con mucho retraso.

–La inflación me come también a mí y no me llega nada de ninguna parte.

–El día está mejorando. Te prometo no llevar a Nevsky, y si quieres ir al cine nos da tiempo.

–Está bien –dijo Ingrid derrotada.

–No vengas muy tarde, las visitas son hasta las cuatro.

Afortunadamente la lluvia había parado, pero de todas maneras la carretera hacia Turgua estaba en muy mal estado. Les tocó un tráfico infernal en la autopista y la desviación hacia el centro de rehabilitación fue muy lenta por los huecos y derrumbes.

—Si nos quedamos pegadas en este barro, tú vas a hacer algo, no sé qué, pero algo que nos permita regresar.

Elvira iba en silencio. También sentía el temor de que la camioneta se quedara varada en cualquier momento. No había demasiado tráfico en la carretera secundaria y ése era el lado positivo de la excursión; el lado negativo era la dificultad de encontrar el lugar que buscaban. Tenía la información que le había enviado Richard Wood tiempo atrás pero resultaba insuficiente. En cierto momento les pareció que estaban perdidas, y era así. No se veía a nadie a quien preguntar. Finalmente, en una curva apareció una taguara en la que en algún momento ofrecieron pollo a la brasa y parrilla de cochino.

—Párate —ordenó Elvira.

—¿Como para almorzar? —contestó Ingrid ya muy molesta.

Elvira se bajó y dio varias vueltas alrededor de la casa. Ingrid la llamaba con la bocina exasperada. En eso una mujer se asomó a la ventana. Después de una larga explicación comprendió lo que estaban buscando: la casa de los locos. Las indicaciones fueron certeras y llegaron enseguida. Estaban muy cerca pero habían dejado atrás la entrada. Era un camino de tierra sin ninguna señalización, y la mujer les explicó que era la segunda vuelta a la izquierda y luego la tercera a la derecha.

Una vez adentro comprobaron que era un excelente lugar. Estaba compuesto por una casa central con las dependencias de comedor, biblioteca, salas de encuentro y pequeños cubículos para sesiones individuales. Alrededor estaban situadas las cabañas para vivienda y detrás un campo deportivo, talleres de trabajo y un huerto. Les recibió uno de los facilitadores y les dijo que esperaran, advirtiéndoles que la persona que buscaban estaba recién llegada y sólo tenía derecho a una visita de treinta minutos. En las primeras semanas era necesario limitar el acceso al mundo exterior. Elvira Madigan era la única visita para Xenia Vargas.

—¿Y la familia no ha venido? —le preguntó Ingrid.

—Por lo que se ve no, tuve suerte.

Ingrid se quedó en la sala de espera y Elvira entró en uno de los cubículos reservados para las visitas personales. Poco después llegó Xenia Vargas.

—Cuánto me alegro de esto, no te imaginas lo bien que te ves. Otra persona.

—Sí, eso me dicen aquí, parece que tengo buen pronóstico.

Xenia le contó que su padre accedió a la internación.

—Decidí que no me quería morir a los veintiún años y lo convencí. El programa básico son tres meses, y de acuerdo con los progresos puedo quedarme un tiempo más, o salir y venir para la terapia durante el día.

Elvira volvió a felicitarla, de verdad se sentía contenta de verla así.

—Te lo debo a ti, un ángel de la guarda que me llegó de la nada.

—Yo me alegro de que me escucharas, a veces los ángeles de la guarda se quedan muy solos porque nadie les hace caso.

Miró el reloj, quedaban veinte minutos. Duro como fuese, era necesario acelerar la conversación.

—Xenia, has tenido la suerte de conservar la lucidez y tomar esta decisión. Hoy necesito de ti. No puedo explicarte todos los detalles porque no tenemos tiempo,

puedo hacerlo otro día, pero ahora te voy a preguntar algo muy concreto. Necesito saber si Sofía conocía a una persona llamada Yomfry Noriega.

Xenia se quedó cortada. Quería seguir hablando de ella misma, y desde luego no quería contestar esa pregunta.

–Dime lo que sepas, cualquier cosa será útil –insistió Elvira.

–Yomfry era nuestro contacto.

–¿Con qué frecuencia lo veían?

–Dependiendo, a veces, en los momentos de más intensidad, como dos veces por semana.

–¿Iban a verlo o él las encontraba?

–Generalmente nos citábamos en alguna parte. A veces iba yo y otras Sofía.

–Pero no siempre iban juntas.

–No, no siempre.

–¿Tú dirías que es un asesino?

–¿Yomfry? No, era un pobre muchacho que vendía droga. Seguramente hacía otras cosas, pero nunca me pareció un malandro malo, nunca le tuvimos miedo, por lo menos. ¿Lo dices porque lo pusieron preso? Eso fue lo más injusto del mundo. Le vieron cara de marginal y por eso lo agarraron.

–Pero él estaba en el hotel la noche que mataron al escritor y a Sofía. ¿Qué hacía él allí?

–No me lo puedo imaginar. Debe ser que tenía algún control. Él le vendía a mucha gente. Nosotras lo conocimos porque nos lo recomendó Quovadis, antes teníamos otro, pero Yomfry vendía mejor, de mejor calidad, quiero decir. No quisiera pensar más en él, me hace daño para el tratamiento. Una cosa muy importante nos dicen aquí es romper todos los vínculos con el pasado de la droga.

–Es correcto, pero a Yomfry Noriega no lo verás más, dudo que salga vivo de la cárcel.

–Yomfry estaba como enamorado de Sofía. A veces nos burlábamos de él, era como una ilusión que tenía. Cuando controlaba con ella se vestía como acomodadito, con ropa de marca. Una vez creo que la invitó a salir, o algo así. A mí me daba lástima, le decía a Sofi que no le diera cuerda.

El facilitador tocó la puerta para advertir que faltaban cinco minutos y Elvira pensó que la información obtenida era suficiente. Los dedicó a Xenia, a conversar sobre los planes que tenía cuando terminara el tratamiento y prometió volver.

–Puedes visitarme cualquier domingo, de mi casa no va a venir nadie, eso te lo aseguro.

Encontró a Ingrid metida en el automóvil. La lluvia arreció de nuevo y el regreso fue lento y oscuro.

–¿Y qué? ¿Quiere seguir contigo después?

–Pues me parece que es probable.

–Menos mal, porque el paseíto no ha sido tan divertido.

–Ingrid, tú eres mi mejor amiga. Estaré para lo que necesites cuando lo necesites.

–No te pongas sentimental, Madigan, que no es tu estilo. Y además, no perdí el tiempo. El chico que nos recibió se quedó hablando conmigo y quiere internar a su abuelo en la clínica.

Cambiaron de tema. Ingrid quería saber cómo había funcionado el encuentro con Leo Altman. Elvira le dijo que muy bien, pero esa respuesta no satisfacía su curiosidad.

–Es para una investigación, no te puedo contar.

–No me habías dicho que estabas investigando algo.

–Tampoco tú me cuentas todo.

–Si te refieres a Richard Wood...

Se rieron las dos.

–Bueno, sí, es verdad, vengo saliendo con él, y estuvimos juntos en Margarita.

–Pero me habías invitado a ir contigo.

–Se me ocurrió después, no es una relación formal, es algo como...

–Como los *blinis* y los *varenikes*, y él trae el vino.

Se volvieron a reír.

–¿Y tú que le preparas?

–El *roastbeef* a la inglesa, con la receta de mi madre.

Cuando llegaron a Caracas estaban cansadas y era tarde. Decidieron dejar el cine para otro día. Elvira se sentía derrotada. ¿Cómo fue que dijo Boris? ¿Qué maté el tigre y le tengo miedo a los pelos? Algo así.

Llegó un correo de Judit Green saludándola y diciéndole que había suspendido su próximo viaje a Caracas porque la galería la envió a visitar a varios artistas en Barcelona, Ámsterdam, Praga y Varsovia. Acababa de regresar de un viaje de tres semanas y el trabajo pendiente era demasiado para salir de nuevo. Concluía el mensaje con una posdata: «Encontré en Barcelona una biografía de Narval, ya te la puse en el correo». Elvira maldijo a María Escudeller; por qué no me informó de la existencia de ese libro.

Mientras llega el paquete de Judit hay mucho quehacer. Chequeó los puntos pendientes. Confirmar las invitaciones de Yomfry Noriega y Tirolargo para asistir al homenaje (¿con quién?). Confirmar si el documento sobre la historia de la familia Budenbrook era de Adriana o de Sofía (lingüística forense), y, lo más difícil, confirmar si Sofía contrató a Tirolargo. Es indispensable ir a la cárcel y hablar con Yomfry, de modo que el cuarto punto pendiente es convencer a Boris Salcedo de la urgencia de esa visita. Mientras tanto llamó a Tomás Orozco para preguntarle si sabía de la existencia de una biografía de Narval. Dijo que no, pero le parecía muy normal que alguien la escribiera algún día, era un género muy del gusto europeo. Trató de convencerla para ir al cine, un festival de filmes españoles en el Centro Plaza, pero Elvira no aceptó. He decidido ser monógama. Convino vagamente en asistir a una conferencia que Tomás daba la semana siguiente.

Método y procedimiento. Volver a la lista de invitados era inútil, se la sabía de memoria, y con seguridad Tirolargo y Yomfry entraron con nombres y cédulas falsos. Joanna Macari se había mostrado muy reticente las últimas dos veces que la había visto y le parecía que no sería de ayuda. Aída Machado. Decidió tomar ese camino y prepararse con un impermeable antimaledicencias y otras difamaciones. Eran esas cualidades, precisamente, las que la hacían interesante. Le dejó un mensaje en el portátil y esperó la respuesta. Estaba segura de que llegaría pronto, Aída no iba a perderse la oportunidad de colmarla con sus conocimientos acerca de la escena cultural venezolana.

La citó en el Arábiga, el café donde se encontró por primera vez con Tomás Orozco; probablemente porque es un lugar en el que puede ser vista por gente del medio. Quiere que la recuerden. Tal como previó Aída Machado dedicó unos cuarenta y cinco minutos a exaltar sus glorias pasadas, su importancia en la prensa cultural, sus vinculaciones con los importantes y la magnitud de sus pasados amantes, entreverado todo ello con algunas de las malignidades de las que había sido objeto durante cuarenta años de profesionalidad. Por el segundo café, Machado preguntó si deseaba saber más acerca de la Fundación Budenbrook. Elvira no quería parecer demasiado ansiosa, temía que entonces ella se regocijara con sus informaciones secretas y la mantuviera en vilo otros cuarenta y cinco minutos. Contestó que seguía interesada en el caso, por supuesto, pero no la había llamado por eso, más bien porque le gustaba conversar con personas que la ilustraran acerca de la sociedad venezolana. Para una extranjera, aunque con muchos años en el país, algunas cosas eran sorprendentes. Esto animó a Machado y pidió un tercer café, Elvira pasó al té.

Alguien se acercó a saludarla y Elvira aprovechó para comentarle que era increíble la cantidad de personas que la conocían. Aída contestó que era raro alguien de la cultura que no supiera de ella. Aquí decidió incidir más directamente.

—¿Y con la gente joven también tienes mucho contacto?

—Por supuesto, no te imaginas cómo me buscan los periodistas jóvenes cuando tienen que hacer algún reportaje. Saben que yo tengo información privilegiada, en mis tiempos entrevisté a todo el mundo.

—Claro, por eso fue que Joanna te contrató para hacer la entrevista de Narval.

—Bueno, en ese caso, te hago la confidencia, fui yo quien llamó. Conozco a Joannita de toda la vida, desde que ella empezó a dar los primeros pininos en el periodismo, y me debía que la saqué del periodicocho donde estaba trabajando y se la recomendé al jefe de redacción de un periódico grande. La llamé y le pregunté si no pensaba hacer una entrevista para televisión. Imagínate que no estaba segura, le tenía pánico a Narval, que no le fuera a gustar eso. Yo le dije, Joanna, si no lo llevas a la televisión no has hecho nada. Luego me llamó ella para preguntarme qué tal me parecía que lo entrevistara Romero Téllez, un muchacho de lo más pedante que puede haber. Joanna, esto requiere experiencia, y mucho conocimiento de la literatura venezolana. No le dije más nada pero ella entendió. Me propuso que hiciera yo la entrevista.

—Es muy capaz Joanna Macari.

—Sí es capaz pero puso la torta. Ella sabe que la organización fue un desastre y que no se tomaron las medidas de seguridad como había que hacerlo. Yo le dije que contratara una buena agencia, gente seria, comprendes, pero ella no quiso porque eran muy caros, y se quedó con la seguridad del hotel, que fue un desastre como quedó demostrado.

—De todos modos lo ocurrido fue bien extraño, ¿no?, como bastante impredecible que maten a un escritor el día de su homenaje.

—Si tú te metes en un evento de esa naturaleza, con los enemigos que tenía Pablo, tienes que cubrir todas las eventualidades. Seguro mató a confiado.

Elvira no entendió la frase, pero obvió esto para continuar.

—¿Y por qué tenía tantos enemigos? Pensé que era muy poco conocido.

—Poco conocido en las librerías, pero en el ambiente literario todo el mundo sabía quién era Pablo Narval, y el poder que tenía con las editoriales. Si yo te contara... no te imaginas la cantidad de gente que iba a visitarlo a su casa de Francia para que les echara una ayudadita con su agente literaria. Pablo no quiso nada con nadie. Detestaba a todo el mundo, y cuando le llevaban manuscritos se burlaba de ellos, pero seguían llevándoselos, no perdían la esperanza. Incluso, en una entrevista que le hicieron en una revista alemana, se dedicó a hablar mal de los novelistas venezolanos, como disuadiendo a cualquier editor que se le hubiera ocurrido esa posibilidad. No, Pablo no era querido aquí, y Joanna debió tener eso en cuenta.

—Pero, caramba, una cosa es que no fuese querido y otra asesinarlo.

Aída Machado la miró con condescendencia y dijo:

—No creo en brujas, pero de que vuelan vuelan.

La visión de las brujas voladoras le resultaba incomprensible y la alejaba de su punto de interés.

—Sin embargo, se tomaron muchas precauciones con las invitaciones, pases electrónicos y todo eso.

–Ay, Elvira, por Dios. ¡Pases electrónicos!, eso debe funcionar en tu país, ¿pero aquí?, no, mijita, aquí esas pendejadas no sirven para nada. Cómo sería que, a cualquiera que llamase a pedir unas invitaciones, se las daban. Joanna pensaba que meter seiscientas personas era fácil. A última hora se vio con que podían sobrarle más de doscientas tarjetas y empezó a repartirlas por todos lados. Imagínate lo que iba a ser el salón con un treinta por ciento de sillas vacías. Hasta yo le busqué gente. Ah, mira, me acordé de algo que a lo mejor te interesa. Me llamó la hija de Adrian, esa pobre muchacha, y me dijo que tenía varios amigos muy interesados en ir pero no les habían querido dar la invitación. Yo no la conocí personalmente, pero ella sabía que había trabajado con su papá en la fundación, y por supuesto se las conseguí. Siempre estoy dispuesta a un favor cuando me lo piden de buena manera. Menos mal que no la vi muerta, me hubiese quedado un recuerdo horrible. Yo logré salir enseguida. Soy un poco claustrofóbica y me siento siempre al lado del pasillo. Ese gentío corriendo y brincando por encima de las sillas, qué horror, pudo ser una tragedia mayor de lo que fue.

–¿Y las tarjetas las controlaron antes de subir por el ascensor o una vez arriba?

–Pues ni me acuerdo, creo que fue abajo, al llegar el ascensor, pero eso no cambia nada. El que entró a matar a Pablo tenía su tarjeta. Te aseguro que había gente rarísima.

Dejó que Aída Machado continuara la conversación, que luego derivó hacia el mundo del arte, donde también su presencia había sido inmortal, y se limitó a escuchar en silencio. Todo estaba dicho. Sofía Budenbrook consiguió las invitaciones para Yomfry Noriega y Tirolargo. Negarse a que las evidencias la señalaban era inútil. Rectificó, no son evidencias, son pruebas circunstanciales. Pero unas circunstancias bien evidentes. Recordó que en la primera conversación con Xenia ella había comentado que Sofía le insistió en que la acompañara; ahora comprendía porque ella obtuvo todas las tarjetas que quiso.

Aída Machado inició la despedida. Le propuso invitarla a su casa un día con unos amigos que le encantaría conocer y Elvira deseó que ese fuera un día lejano. Se fue caminando hasta su casa pensando que Boris tenía que entender la urgencia de que ella hablase con Yomfry Noriega. Si Yomfry confirmaba que entró en ese hotel con una tarjeta obtenida por Sofía Budenbrook las circunstancias pasaban a evidencias.

Por la tarde tenía sesión con sus dos únicas pacientes. La de Vera Gerber transcurrió sin incidentes; le preguntó si había visitado la exposición que le recomendó y Elvira le dijo que sí y que la disfrutó mucho. Vera no insistió en su fantasma Budenbrook y el diálogo derivó hacia sus hijos, se debatían entre regresar o no a Venezuela después de que terminaran sus estudios y Vera y su marido no sabían qué decirles. La de Adriana fue fuerte.

Nunca se sabe cuándo estalla un duelo, pensó Elvira Madigan al verla entrar con ropa negra y lentes oscuros. Lo primero que dijo es que había ido al cementerio. Estaba abatida.

–Hoy hace ocho meses. Pedí una misa esta tarde en la parroquia de mi urbanización. Estaré allí, sola. En la misa de difuntos por mi hija. No lloré el día de su muerte, anoche me acordé de la fecha y lloré durante horas. Luego me tomé una pastilla para dormir. Es como si el dolor hubiera regresado todo junto. Como un animal encerrado en mi propia casa, que estará donde yo vaya. No podré escapar nunca de este dolor. Todo lo ocurrido es por mi culpa. Mi culpa por no haber defendido que esa

hija era mía, por haber dejado que una falsa identidad la persiguiera toda la vida, y la hiciera una persona emocionalmente débil. Una persona confundida que nunca supo el nombre de sus padres, y que seguramente vivió un infierno de dudas. Todo eso es mi culpa. Esa carga la llevó a conducir de mala manera su vida, a reunirse con personas enfermas, con delincuentes, con drogadictos, con irresponsables. Yo la veo ahora, cuando era niña, y siento ganas de matarme. He pensado en eso, en matarme, porque no merezco vivir. No merezco seguir mi estúpida vida enseñando la política internacional de las grandes potencias con los países colonizados, preocupada por las injusticias históricas que se cometieron en África, cuando yo cometí la mayor injusticia que puede pensarse, no ser la madre de una niña que estaba allí, a mi lado, de la que nunca me ocupé un momento porque estaba demasiado recargada con mis obligaciones académicas. Una niña que le dejé a mi madre, sabiendo que nunca la quiso. ¡Ah, pero mi madre!, ¡qué gran señora es mi madre!, ¡cómo se ocupó de su colegio, de su ropa, de sus clases de tenis! La educación Budenbrook en gran escala. Colegio bilingüe y campamentos de verano en Austria para que hablara inglés y alemán como todos sus hijos; piñatas de doscientos niños para que todos los nietos de sus amigas la conocieran; viajes para que su espíritu se cultivase en el cosmopolitismo; profesores particulares porque siempre fue mala en matemáticas. Y Wolfgang, qué decir, ofertas para que se fuera a Viena y entrara en el verdadero mundo del arte. A su muerte le dedicó cuarenta y ocho horas, las indispensables para estar en el entierro. Los demás, una llamada telefónica para saber si tenía problemas con «los procedimientos». Ésa fue la expresión de Thomas. Otto dijo algo como «los arreglos inevitables», y Rainer se excusó por dejarme sola con «las tareas». Mamá, eso sí fue fantástico, Josefina Alfaro *at her best*. Mi madre preguntó de qué tamaño era la nota necrológica que había insertado en el periódico. Le contesté que no había nota necrológica. No podía entenderlo, ¿cómo iban a saber sus amistades la hora y el lugar del entierro? Le dije que no era tan necesario puesto que ella no estaría para recibir los pésames.

—Sabes, Adriana, yo creo que la soledad ese día fue muy terrible. Como si te hubieran dejado sola con la muerte, como si el dolor fuese sólo tuyo, y por eso ahora te sientes llevándolo todo, y se hace inconmensurable.

Adriana dejó de llorar y se quitó los lentes oscuros. Me miró a los ojos y dijo:

—Claro que es sólo mío, ¿no se ha dado cuenta? Sofi era sólo mía.

Comprendí que había llegado el día.

—Sofía nació de mi relación incestuosa con Adrian Budenbrook, mi padre.

Elvira lamentó que Adriana no utilizara el diván. Su mirada frente a frente reflejaba un sufrimiento que en aquel momento no sabía cómo manejar. «Respire profundo y espere —dijo McLeod—. Ella va a dar la pauta».

—No vinieron al entierro por eso, porque el juego había terminado. Se acabó la comedia de las equivocaciones. Se agotó la leyenda de que Adriana salió en estado de «un desconocido». Ese día de su muerte me dijeron: es toda tuya. Si papá hubiese estado vivo no habrían actuado así. Le tenían demasiado miedo. Pero solamente estaba yo y ese día pudieron condenarme. Ese día yo fui la miserable que tuvo una hija con su propio padre. Ese día Josefina Alfaro se liberó de las ignominias de su marido. Ese día todo el mundo quedó liberado de la afrenta que era la presencia de Sofía. Y ese día también yo comprendí que era mi hija, y que la había perdido para siempre. Era necesaria su muerte para que yo aceptara dentro de mí que Sofía fue mi hija. ¿Usted

cree que yo puedo vivir así? ¿Usted cree que voy a seguir preocupándome por si el idiota de Jean-Paul quiere o no ser mi amante? ¿Usted cree que yo voy a angustiarme porque una profesora mediocre esté decidida a negarme el ascenso?

«No vaya a decirle cualquier banalidad, doctora Madigan. Mejor callada». Claro, McLeod, ¿cómo se le ocurre que voy a estropear el momento más importante de la vida de esta mujer?

Ambas permanecieron en silencio el resto de la sesión. Cuando terminó Elvira dijo:

–Mañana por la tarde tengo libre esta hora. ¿Te espero?

–Espéreme.

Cuando Adriana se fue quiso servirse un vaso pero Boris se había terminado toda la ginebra. Llamó a Nevsky y salieron a la licorería. ¿Cómo no va a necesitar saber quién lo hizo? Ella confió en mí y yo le debo una respuesta. «Usted no le debe nada, doctora Madigan, sino su trabajo honesto». Hay veces que eres insoportable, viejo McLeod.

La siguiente sesión con Adriana fue igualmente difícil. Las ideas suicidas se habían fortalecido y Elvira consideró oportuno recetar un antidepresivo. Tenía la intención de retirar el trabajo de ascenso y renunciar a la universidad al terminar el año escolar.

–En este momento no es prudente que tomes decisiones, deja pasar unos días hasta que estés mejor.

–Nunca estaré mejor. Estoy condenada a ser yo misma, y eso no tiene curación.

–Te odias a ti misma porque estás profundamente humillada.

–¿No es humillante haber permitido el abuso de mi padre? Me abusó desde el inicio de la adolescencia, hasta que se produjo el embarazo. ¿Cómo toleré esa situación en silencio?

–Es lo más común, la víctima tiene miedo de denunciar al victimario, particularmente si es alguien de la familia.

–Me defienden las estadísticas, entonces. No, doctora Madigan, eso no es suficiente para tranquilizarme. ¿Por qué no hablé con mi madre o con alguno de mis hermanos mayores? ¿Por qué no pedí irme a estudiar a otro país? Tuvo que suceder lo que sucedió para que mi padre me dejara tranquila. Mi madre aceptó que yo había metido la pata con «alguien» y era necesario tapar el desaguisado, luego bajó la cabeza y estuvo de acuerdo con aquel viaje para que terminara el embarazo fuera. ¿Cómo puedo yo estar mejor de eso que me ocurrió? Miraba a mi madre y sabía que nos odiaríamos para siempre. Yo a ella porque cerró los ojos, y ella a mí porque nunca pudo estar segura de la verdad. No es algo con lo que se puede vivir salvo olvidándolo. Y eso fue lo que hicimos todos. Decidir que eso no ocurrió nunca. Creo que todo el mundo deseaba que Sofía muriese en la infancia como Paul, pero no fue así. Era una niña sana, una niña fuerte. Nunca estuvo gravemente enferma, nunca tuvo el menor accidente. ¿Cómo aceptaron que el embarazo continuara? Debieron forzarme a un aborto.

–En ese caso sentirías que te habían doblemente violado.

–¿Violado? Yo no creo que mi padre me violó. Nunca hubo violencia. Me abusó porque me sedujo pero yo consentí. No tengo ni siquiera esa excusa. Si está viendo la escena de mi padre agarrándome las manos y tapándome la boca mientras me cogía, le digo de una vez que no. Yo acepté estar con él, acepté sus caricias, acepté sus besos,

y un día acepté que me penetrara. Yo era, según él decía, la más hermosa mujer que había tenido. Una vez le pregunté si yo era su hija, llegué a dudarlo. Él se indignó, ¿cómo se me ocurría pensar que mi madre hubiera podido tener un amante? Por supuesto que era su hija, su hija más querida. La que compartía su sensibilidad por las artes, la hija ilustrada, una verdadera Budenbrook.

—¿Y dónde ocurría todo esto?

—En distintas partes, a veces en casa si estábamos solos, o en las oficinas de la fundación, o en el apartamento que teníamos en la playa.

—¿Y por qué se produjo el embarazo después de varios años de esta situación?

—Porque se le rompió el preservativo, tan simple como eso. Pasé muchos años con la idea de que tener relaciones sexuales me producía ganas de vomitar. Todas mis amigas tenían novios y yo no podía lucir ninguno hasta que llegó Enrique. A él no le importaba mi frialdad. Nos casamos rápidamente y nos fuimos del país, yo quería estudiar un posgrado y eso fue la solución. Quería pensar que fuera de aquí sería una persona normal, y creo que logré serlo. A costa de olvidarme de mí misma. Enrique no me interesaba demasiado, no estuve enamorada de él, pero era, por lo menos al principio, un buen compañero. Después, cuando regresamos a Venezuela, las diferencias se hicieron notar, no teníamos nada en común. Pero no era tan detestable como mi madre pretendía. Ella aspiraba a que yo hiciera un mejor matrimonio. Permitted que mi padre me rompiera la vida y a la vez quería que yo fuese feliz.

—Quizá por eso mismo.

—No trate de disculparla. No lo voy a aceptar.

Elvira consideró que era mejor que Adriana sacara todo el odio por sus padres y no lo dirigiera hacia ella, de modo que la dejó hablar por el resto de la sesión, y al terminar comprobó que estaba más aliviada. Todas estas revelaciones habían impedido volver sobre el tema del documento familiar. Estaba cada vez más segura de que lo escribió Sofía, pero tenía demasiadas peticiones para Boris Salcedo, y hablar con Yomfry Noriega parecía más importante que el análisis de lingüística forense. Si Adriana había tenido la confianza emocional de entregarle aquellas barbaridades también le diría la verdad sobre un punto que resultaba mucho menos comprometido. ¿O no era así? Adriana la había buscado para saber quién mató a Sofía, pero pudo tener una segunda pregunta que se escondía debajo de la primera, y era saber si Sofía era la autora intelectual del crimen de Narval. ¿Qué relación había entre aquella historia de la familia Budenbrook y el crimen? ¿Por qué se decía allí que Leo Altman toqueteaba a Sofía? Parecía muy improbable. ¿Adriana denunciando abusos sexuales imaginarios porque no pudo hacerlo con los verdaderos?, ¿o Sofía buscando respuestas a un origen que intuía? En cualquier caso aquellas preguntas tenían que esperar. Lo mismo que Yomfry. Sabía que Boris no iba a querer y que estaría muy ocupado con el asunto del accidente. La prensa continuaba dándole visibilidad al caso y sugería entre líneas que se trataba de un atentado. De todos modos le dejó un mensaje en el portátil. «Llame cuanto antes. Hay *roastbeef* recién hecho». Tenía pensado prepararlo para su próxima visita. Boris Salcedo merecía tanto o más que Richard Wood.

No se presentaron acontecimientos de importancia durante la semana. Adriana reaccionó bien al antidepresivo y prometió aceptar la invitación de unos amigos de la facultad. El lunes (habían incorporado una tercera sesión) relató que pudo dedicar unas buenas horas al trabajo de ascenso y tenía cierta confianza de que sería difícil que

su enemiga encontrara argumentos sólidos para rebatirlo. Tomás Orozco llamó para recordarle que su conferencia era el martes por la noche. Se trataba de un ciclo breve sobre narrativa venezolana y su tema sería Pablo Narval. Había despertado mucha expectativa.

Elvira supuso que se extendería en disquisiciones estéticas sobre sus novelas y estaba decidida a aburrirse, no quería perder el contacto con Tomás. Sin embargo la conferencia versó más acerca de la personalidad y datos biográficos del autor. ¿Había leído el libro que esperaba de Judit? ¿Lo había conocido personalmente más de lo que le decía? Elvira observó que los asistentes compartían su sorpresa. Era un público especializado, a juzgar por sus comentarios, y, sin embargo, ignoraban la mayor parte de las anécdotas que relataba el conferencista. Uno de los que intervinieron en la sesión de preguntas quiso saber si Tomás Orozco había conocido personalmente a Pablo Narval. Todo lo que había expuesto era novedoso para la audiencia. Tomás contestó que nunca lo había visto en persona y la información era producto de sus investigaciones. Fue muy alabado y terminó con grandes aplausos.

A la salida insistió en que lo acompañara a tomarse unos tragos junto con algunos amigos. Una vez en el bar la conversación se diluyó en otros temas y nadie volvió a mencionar a Narval. Judit, ese libro tiene que llegar pronto.

Salieron en el automóvil de Boris Salcedo. El comisario iba refunfuñando y fumando todo el camino. La única mujer que lo quería era su mamá, siempre pensaba en él, en tenerle su ropa y su comida, en ayudarlo a superarse. Siempre se sacrificó por su futuro y sin pedir nada. Hasta le daba pena cuando él le pasaba dinero, no le gustaba aceptárselo. Tienes una mujer y una hija, piensa en ellas, no en nosotros. Su mamá merecía todo. Las mujeres eran egoístas, sólo servían para reclamar y pedir. ¿Por qué él tenía que hacerles caso? Alida, después de semanas de negociaciones, le había arrancado casi la mitad del sueldo, encima para vivir con su nuevo marido, que seguro ganaba más que él. La chica con la que estaba saliendo era peor. Lo único que sabía decir es que arreglara las cosas para irse a Miami, y como no se podía entonces quería que la llevara de compras a los centros comerciales. Papi, vamos al Boleíta Center, todos los sábados lo mismo. Ésas eran las que recordaba pero estaba seguro de que todas las que había conocido eran iguales. Boris pensaba que, si lograba montar una agencia de seguridad en Miami, se iría solo. Allí conocería otro tipo de mujeres, personas más independientes que no le harían la vida imposible. No tendría mujer fija. Eso era lo mejor. Una chica distinta todos los días para que no esté pidiendo nada.

—Aquí también puede conseguir una chica distinta para cada día —dijo Elvira.

—¿Usted sabe de eso? No juegue, ¿usted también me va a decir lo que debo hacer con las mujeres?

Elvira decidió un silencio táctico. El camino hacia el penal era largo y temía que en cualquier momento Boris diera la vuelta y regresara al punto de partida. El tráfico de la autopista estaba cada vez más pesado y la lluvia arreciaba empeorándolo. Cuando llegaron Boris le dijo:

—Bienvenida al infierno.

Estacionó el automóvil y le ordenó que esperara adentro. Tardó más de media hora.

—Bájese, nos van a dar quince minutos.

Cuando se acercaron al edificio el ruido era ensordecedor. Cientos de hombres casi desnudos chocaban objetos de metal contra las rejas. Muchos tenían la cabeza tapada con pedazos de tela y otros los labios cosidos.

—Esto es así, camine rápido y no se ponga a ver. Hay una amenaza de que los familiares se van a autosequestrar para pedir que venga la fiscalía porque los presos están sin comida y sin visitas. Si eso ocurre, aquí nos quedaremos varios días. ¿Qué tal?

—Pensemos lo mejor, Boris. Todo va a salir bien.

Llegaron al interior y un soldado habló con Boris unos minutos. Elvira se quedó atrás esperando. Observó que Salcedo le introducía unos billetes en el bolsillo.

—Tuve que darle algo, luego me lo abona porque yo no estoy para gastos.

Elvira asintió. Estaban de pie en un pasillo, el ruido disminuía en el interior pero el olor le producía ganas de vomitar. Le recordaba cuando era estudiante de medicina y tenían prácticas de anatomía forense. El soldado se acercó y les hizo un gesto señalando un rincón. Se situaron allí y siguieron esperando. Veinte minutos después Yomfry Noriega caminó hacia ellos. El soldado se sentó en una silla a poca distancia.

—Hablen, pues —dijo.

Yomfry tenía los brazos amarrados a la espalda con un mecate y estaba sin franela, vestido con un short y unos zapatos de goma, podía verse el estado de flacura en que se encontraba. Era un hombre de poca estatura, aparentaba unos veinte años.

–Pana, aquí la doña quiere hablar contigo. Ayúdala porque eso te mejora el expediente.

Los ojos de Yomfry Noriega no traslucían ninguna expresión, parecían mirar el vacío. Elvira se sentía mal de que Boris le estuviera ofreciendo una esperanza. Nada indicaba que había esperanzas. Detalló una herida en el costado y le preguntó por ella. Yomfry no contestó.

–Doctora, vaya a lo suyo –dijo Boris.

–Yomfry, he venido para hacerte una pregunta.

–Está bien –contestó–. ¿Me puede dejar algo de plata? No tengo ni para cigarros. Aquí todo es muy caro.

Elvira sacó varios billetes del bolsillo y Yomfry le dijo que se los metiera dentro del *short*.

–La pregunta es esta: ¿cómo se llama la persona que te dio la invitación a ti y a Tirolargo para entrar en el Hotel Embajador, y cómo se llama la persona que le pagó a Tirolargo?

–Son dos preguntas –dijo Yomfry.

Elvira introdujo más billetes en su pantalón.

–Fue la misma.

–¿Se llama Sofía?

–Sí. A ella la quebraron esa noche.

–¿Tú sabes quién fue?

–Yo no fui.

El soldado le hizo una seña a Boris de que se apuraran.

–Comisario, yo no hice nada, dígame a la jueza que yo no hice nada. Aquí me van a matar.

Se tocó la herida.

–Mire cómo me dieron.

Boris empujó a Elvira y la obligó a salir.

–No me pude despedir –dijo ella.

Se subieron al automóvil y la lluvia los acompañó hasta Caracas, permanecieron en silencio la mayor parte del recorrido, como si no quisieran hablar hasta entrar en otro territorio. Boris conducía con una mano y con la otra controlaba sus mensajes de texto, y Elvira escribía su conversación con Yomfry en un cuaderno.

–Boris, no quiero que esté molesto conmigo. Usted sabe que era necesario.

–Mire lo que me están diciendo aquí, media hora más y nos quedamos bloqueados con el autosequestro. Eso era lo que me tenía mal. Pero me siento aliviado de que lo hayamos hecho. Ese muchacho no va a durar, la tienen cogida con él y al próximo chuzazo lo matan. Ahora no quedan dudas, doctora. La chica Bokenbrud es la autora intelectual.

Elvira no contestó. Estaban acercándose a su casa cuando Boris volvió a hablar.

–Averigüé un poco más sobre el análisis de lingüística forense; efectivamente teníamos un departamento pero lo cerraron, parece que se usaba poco. La persona que lo hacía es un argentino, entiendo que es muy bueno en el tema. Le puedo buscar sus datos para que lo localice si sigue interesada.

Elvira dijo que sí, pero no podía olvidarse.

–No podemos dejar que ese muchacho se muera de esa manera.

–Yo creo que lo mejor para usted es no pensar más en él, hay miles como Yomfry Noriega. Y el caso que le interesa no es éste. ¿Qué va a hacer con la hermana?

–Nada por el momento. Ella quiere saber quién mató a Sofía y yo sigo sin saberlo.

–Ella fue a matar y alguien la mató a ella.

–¿Qué me quiere decir con eso?

–Se hizo justicia.

–Eso es una barbaridad lo que me está diciendo.

–Doctora, yo tengo estudios especializados en Estados Unidos y en Francia, creo que se lo dije alguna vez. Yo sé cómo es la justicia, o cómo debe ser. Yo sé cuáles son las operaciones legales para que un criminal pague su pena. La cosa es que yo trabajo aquí, no allá.

–En todas partes se viola la justicia.

–Seguramente.

Llegaron frente al edificio de Elvira y ella le recordó que tenía pendiente invitarlo a cenar.

–La otra semana –dijo Boris–, pero que no sea para hablar de nada de esto.

–Se lo prometo. ¿Sabe una cosa? Usted juega al duro de la película y lo hace malísimo.

Boris Salcedo arrancó el automóvil a toda velocidad, como hacía siempre. Un día le van a poner una multa, pensó Elvira.

Eran apenas las cuatro de la tarde pero la tormenta caía tan fuerte que el apartamento estaba oscuro. Encendió las luces y notó que Nevsky no ladraba para recibirla. Estaba echado al lado de su cama. Le tocó la nariz y la sintió caliente. Fiebre, tengo que llevarlo enseguida al veterinario. Pidió un taxi pero por la lluvia no había ninguno disponible. Empezó a desesperarse. Llamó por teléfono a la clínica veterinaria y el doctor le dio algunas instrucciones mientras tanto. Salió a buscar las medicinas al Palacio de la Mascota y regresó estornudando. Se cambió la ropa y le dio las pastillas. Nevsky movió un poco la cola y le pareció una buena señal. Una hora después consiguió un taxi y pudo llegar a la clínica.

El doctor examinó a Nevsky y concluyó que era necesario intervenirle de inmediato. Tenía un absceso en la boca y esperar a que los antibióticos lo mejorasen era riesgoso. Elvira aceptó y el veterinario le aseguró que sería rápido y se recuperaría bien. Se sentó sola en la sala de espera, eran las siete y media y habían terminado las consultas. Poco después el doctor salió y le dijo que podía verlo, pero era necesario que el perro se quedara a dormir en la clínica. Elvira habló con Nevsky un rato y le explicó que ella tenía que dejarlo allí. Vendría a buscarlo temprano al día siguiente. Se fue reconfortada porque el doctor le confirmó que todo estaba bien, y que luego le daría las indicaciones posoperatorias y el tipo de alimento que podía tomar los primeros días. La compañía de taxis confirmó que la unidad llegaría en treinta minutos pero pasaron cuarenta y el taxi no aparecía. Volvió a llamar y le indicaron que debía esperar treinta minutos más, la ciudad estaba colapsada por la lluvia. Decidió irse a pie, calculó que le tomaría una media hora y abrió el paraguas.

Cuando llegó a su casa se dio cuenta de que estaba llorando. Se sirvió una ginebra doble y se dejó ir. Lloró todo lo que quiso. Se despertó muy temprano y el cielo

estaba claro. Al entrar en la clínica por la mañana Nevsky la olió y ladró desde el cubículo, parecía ser el mismo otra vez. Necesitamos un automóvil, le dijo, y unos días de vacaciones, pero ambas cosas tienen que esperar.

Esa noche estuvo pensando en sus padres. Si les hubiese contado lo que había visto en el penal no lo hubieran creído, eran personas que no conocieron el mundo fuera de la provincia de Alberta. Personas preparadas para luchar contra el frío, la escasez, la adversidad. Personas que durante años recordaron el crimen de un niño que apareció estrangulado en la estación de autobuses (nunca se apresó al culpable) y el robo de la agencia bancaria de Balzac que ocurrió a plena luz del día y en el que murió un empleado. La opinión pública consideró que esa muerte inocente se debió a los errores cometidos en la operación policial y se produjo un debate acerca de si el dinero de los impuestos que pagaban estaba siendo bien administrado, concluyendo todo ello en la destitución del jefe de la policía. Otros incidentes delictivos que registrara la prensa local solían ser de animales que sus dueños habían dejado solos negligentemente, venados atropellados por conductores imprudentes, automóviles mal estacionados en Main Street, ocasionando graves riesgos para el tránsito, y robos en algunas casas vacías; particularmente fue notoria una epidemia de robo de bicicletas en el estacionamiento de la escuela. También un incendio provocado en un antiguo granero que solamente causó pérdidas materiales; una venganza de Kevin Stuart contra los Griffings, que lo dejaron sin trabajo, y por la que pagó dos años de cárcel. El caso fue muy comentado en su familia porque Kevin estudió con Emma en la secundaria. En fin, ésa era, más o menos, la estadística criminal que sus padres conocieron. Sucedian, por supuesto, otros hechos de los que no hablaban, situaciones ocurridas en la intimidad de las familias, pero hubiesen considerado inapropiado mencionar en voz alta que el esposo de Jane McClean era un maltratador, o que muy probablemente el arresto de Joe Hunt se debió a una denuncia de abuso sexual. Ésas eran realidades que las esperaban cuando fuesen personas adultas, por el momento vivían protegidas en su casa, y su carga más pesada, además de obtener buenos resultados escolares, era colaborar con su madre en el trabajo doméstico y en la recogida de las hojas del otoño; también palear la nieve durante el invierno, si su padre llegaba demasiado cansado. Otra responsabilidad, la que más le gustaba, era atender en la tienda de electrodomésticos cuando él debía salir para hacer los repartos. Sin duda su educación fue muy distinta a la de los Budenbrook. Afortunadamente era jueves y no veía a Adriana. No sabía qué decirle.

La llamada de Leo Altman la sorprendió a medias. Tenía la impresión de que no le había dicho todo lo que sabía acerca de Adrian Buden-brook y que se había quedado con ganas de hacerlo. La invitó a visitarlo y Elvira temió que tuviera que comerse el resto de las pastas que guardaba en algún gabinete de la cocina, y tragarse el desconocido licor que probablemente su madre había conservado en el aparador. Decidió comprar unos pasteles y llevarlos en prueba de su civilidad. La cita era a las cinco de la tarde, pero las lluvias continuaban y Leo Altman seguía sin cambiar el bombillo de la lámpara central, de modo que la oscuridad y la decoración le hacían pensar que estaba invitada a merendar en Cracovia.

Leo estaba de buen humor, parecía muy contento de ser su anfitrión y también había comprado pasteles frescos. Conversaron un rato acerca de las inundaciones que estaban produciendo las lluvias y Elvira comentó que un árbol se había caído sobre la acera de enfrente.

–¿Dónde se estacionó? Por aquí es peligroso dejar el automóvil en la calle.

–Vine en taxi, no tengo automóvil.

Esta declaración llevó a Leo Altman a la rememoración de otros tiempos en los que se movía por la ciudad a pie o en transporte público, y comentó que había vendido el suyo porque ya no se sentía capaz de conducir.

–Visité una exposición sobre las construcciones y el desarrollo urbano de los años cincuenta –comentó Elvira–. Vi la foto de uno de los edificios de la Constructora Moderna, el Europa.

–¿Sigue en pie? Hace mucho que no voy por esa zona.

–Sigue en pie y en buenas condiciones.

–Ése fue el primero, y para mi gusto el mejor. Sofía no era arquitecta pero tenía un gran talento para el diseño. Los arquitectos se quedaban asombrados.

Elvira guardó silencio esperando la continuación del tema.

–No quiero hablar de Sofía. Me pone demasiado triste. Mire qué bella era.

Señaló una fotografía que estaba sobre una pequeña biblioteca. Elvira no la había observado la vez anterior y se levantó para verla de cerca. Estuvo de acuerdo en la belleza de la protagonista.

–En esa foto tenía unos treinta y cinco, me parece.

La tomó en sus manos y con mucha delicadeza la sacó del marco.

–Sí, aquí está la fecha, 1961, tenía treinta y seis años.

Había declarado no querer hablar sobre ella pero todo indicaba lo contrario, de modo que Elvira preguntó:

–¿Cuándo murió?

–A los cincuenta y ocho. Un cáncer.

Anunció que iba a preparar el té y se dirigió a la cocina. Tomaron el té en silencio y elogiaron mutuamente los pasteles.

–Mi madre nunca perdió la costumbre de merendar. Se turnaban las casas con las amigas y jugaban cartas. ¿Su madre también jugaba cartas?

La idea de Emily Madigan jugando cartas le produjo una sonrisa. No, nunca jugó cartas, contestó, y Leo Altman quiso saber si sus padres vivían.

Elvira aceptó un breve interrogatorio acerca de su vida. Sus padres habían muerto. No, no tenía más hermanos. No, no venía de Estados Unidos sino de Canadá.

Sí, estuvo casada y ahora divorciada. Había vivido más de dos décadas en Venezuela. Sí, le gustaba más que vivir en su país. No, no lo echaba de menos. Sí, demasiado frío, y sí, tenía una buena consulta profesional.

Leo pareció satisfecho con las respuestas e insistió en que se comiera otro pastel. Le estoy muy agradecida señor Altman, pero esto no puede ser todo, pensó Elvira. Me ha ayudado a comprender mejor la naturaleza de las relaciones de Adrian Budenbrook, y sobre todo el tipo de persona que era. La revelación de Adriana no lo dejaba muy bien parado, y de acuerdo con su interlocutor era, además, un asesino. La denuncia de Leo podía ser cierta o no, pero no era imposible. Aunque tampoco rectificó su pensamiento, es lo mismo abusar de una hija que matarla. Dos veces había escuchado esta versión, una en un escrito que lo sugería sin afirmarlo y otra de un hombre que alguna vez fue su mejor amigo. Leo Altman no la había llamado para comerse unos pasteles (de la mejor pastelería de Caracas, la misma donde los compraba su madre), tenía que venir algo más, aunque no encontraba la manera de que ocurriese. Había algo tan pausado y discreto en la escena que introducir un elemento extraño resultaba una vulgaridad. Sin embargo, quedaban pocos pasteles y si no tomaba las riendas la visita terminaría sin novedades. Leo era un hombre muy solo, necesitaba interlocutores, pero no podía aceptar ese papel indefinidamente.

—La otra vez que conversamos, señor Altman, le mencioné a Sofía Budenbrook, la hija menor de Adrian.

—Claro, lo recuerdo perfectamente, usted investiga su asesinato.

—Así es. Un crimen inexplicable.

—¿Y qué, sabe algo?

—Poco. No he logrado hablar con personas que la conocieran y eso hace difíciles las pistas.

—¡Qué interesante! Es como una novela policial.

—Pero ocurrida en la vida real. Usted me dijo, si la memoria no me falla, que la conoció de niña.

—El tío Leo. Así me llamaba Sofía. Era una niña muy dulce.

—¿Y qué más recuerda de ella?

—No la vi crecer, como a los otros hijos de Adrian, porque después que me jubilé, me jubilaron, quiero decir, ya no fui con tanta frecuencia a su casa. A los muchachos los dejé de ver pronto porque se fueron a estudiar fuera y no regresaron más; a Adriana sí la traté por más tiempo, pero nunca nos caímos bien. Creo que es una profesora muy destacada, escuché decir hace tiempo.

—No vio más a los Budenbrook después de la jubilación.

—Fui al entierro de Adrian. Sentí que debía ir. No me pregunte por qué, no sabría contestarle. Lo vi en el periódico y fui. Murió en 1998, mayo de 1998, el 14 de mayo de 1998.

—¿Y cómo se sintió al verlos de nuevo? Un choque fuerte, su--pongo.

—Bueno, aquello no era un entierro sino una manifestación. No se imagina la cantidad de personas que asistieron. Claro, Adrian era una figura pública, allí estaba toda la elite económica, gente del gobierno, gente de las artes, por la cuestión de la fundación. Toda Caracas. Hice la cola para dar el pésame a los deudos y apenas tuve unos minutos para saludarlos. Josefina, creo que se lo dije, no era particularmente simpática conmigo, así que ese día menos. Y los hijos, no sé si me recordaban.

—¿Tampoco Sofía?

–En el primer momento no me reconoció, es natural, cuando dejé de verla era muy pequeña, pero en un momento dado la vi sola y me acerqué. Soy el tío Leo, le dije. Y ella me abrazó llorando. Nos pusimos a hablar un rato y me pidió mi número de teléfono para que nos volviéramos a ver otro día. Debía tener unos quince años. Se había convertido en una muchacha muy bonita. Luego de esa conversación me fui del cementerio, me pareció que no había más nadie interesado en mi presencia.

–¿Y apareció de nuevo?

–Yo pensé que me había pedido el teléfono por la emoción del momento, nunca creí que me llamaría. Y, en efecto, pasaron varios años sin que lo hiciera. Yo me había olvidado ya de eso, y un buen día me llama. De eso no hace tanto tiempo, como dos años si acaso. Me llama y me dice que quiere visitarme. Cuando quieras, le contesté. Hicimos una cita y vino. Yo le expliqué que en este apartamento había vivido su papá, se rió mucho cuando le conté que tenía que levantarse antes de que lo hiciera mi padre porque no quería encontrarse a nadie durmiendo en la alfombra de su sala. Adrian cenaba en casa de las Vaiser y luego venía a dormir para acá; Ester Vaiser no aceptaba que durmiera en su casa. Le conseguí un colchón y Adrian lo ponía todas las noches ahí, en ese espacio entre la mesa del comedor y el sofá donde está usted sentada, y a las cinco en punto sonaba el despertador, se vestía, recogía el colchón y esperaba que mi madre preparara el desayuno. La muchacha se divertía con aquellos cuentos, le parecía imposible que su papá, un hombre tan rico, hubiese pasado por aquellas situaciones. Vino a verme varias veces hasta que un día me salta con esto: tío Leo, yo quiero que tú me digas la verdad. Yo no sabía de qué verdad estaba hablando y me dio miedo que fuera algo de Sofía, no le quería contar nada de eso a la muchacha. Pero no, no era de Sofía lo que le interesaba. Me dijo: yo sé que no soy hija de mi mamá sino de mi hermana, pero no sé quién es mi padre. Si tú lo sabes, dímelo.

Leo hizo una pausa y se sirvió más té.

–Usted se imaginará cómo me sentí, no tenía la menor idea de la barbaridad que estaba diciendo aquella niña. Ella no me creía, pensaba que yo le estaba ocultando las cosas. Estaba desesperada, dijo que ella no podía seguir viviendo así, en medio de mentiras, que nadie en su familia quería decirle la verdad de su nacimiento. Bueno, cosas que serían para alguien como usted que es psiquiatra, pero yo, imagínese, un ingeniero dedicado a la construcción y luego a la distribución de neveras, de dónde sacaba yo una respuesta para ella, si ni siquiera tuve hijos. Traté de tranquilizarla como pude, pero ella se puso furiosa. Dijo que yo también era como ellos, que no era más su tío Leo, que era un coño de madre, perdone la expresión, pero así me dijo, y se fue y no la vi más. Lo único que supe de ella fue la noticia cuando la mataron, y mataron a ese escritor que era muy famoso, yo nunca escuché su nombre, pero al parecer era muy importante y la prensa le dio mucha cobertura. La muerte de la muchacha no creo que hubiese salido tanto, pero como ocurrió todo junto la nombraban, y ahí me di cuenta de que era ella.

–¿Por casualidad asistió al entierro?

–No, no fui. Qué cosa rara ésa, ¿no?, que los mataran el mismo día, porque no creo que tuvieran nada que ver. Yo pensé que sería algo como un atentado, una cosa terrorista, no se me ocurre por qué alguien quisiera matar a esa niña. ¿Usted cree que fue algo así? Tenga mucho cuidado, sabe cómo están las cosas... no la vayan a mezclar en algo feo.

–No sé por qué la mataron pero estoy segura de que no fue nada político.

–Ah, menos mal, menos mal.

–¿Por qué cree usted que Adrian le puso a su última hija el nombre de Sofía?
¿No le parece raro?

–La psiquiatra es usted.

–A mí me parece que fue como una deuda con su pasado, pero quiero saber su opinión.

–¿Deuda con su pasado? Suena muy bonito pero ése no es Adrian Budenbrook. Su pasado era una historia que él siempre modificaba. Esa anécdota que le conté, de que dormía aquí, en el piso, eso no se lo mencionó a sus hijos. Y la manera como empezamos los negocios, con un crédito que consiguió Sofía hipotecando la tienda que había heredado de su padre, eso tampoco. Decía que yo era su socio, pero a Sofía, por supuesto, no la nombraba delante de la familia, y se ufanaba de que el crédito lo logró él hablando con no sé quién y no sé cuántos. Yo fui quien trajo a Sofía a la sociedad con Adrian. Llegué a Venezuela a los catorce años, Sofía había nacido aquí, y fuimos compañeros los últimos años del bachillerato, luego nos seguimos viendo en las fiestas judías y esas cosas, a mí me parece que ella estaba enamorada de mí hasta que apareció él, bueno, pero ésa es otra historia que a usted no le interesa, lo cierto del caso es que fui yo quien se la presentó, y el crédito lo obtuvo ella. ¿Con qué iba a sacar un crédito Adrian si no tenía un centavo? Ni casa, ni trabajo, ni familia. Pero eso no es lo que él contaba después, sino que *él* me asoció a *mí* en sus empresas. Así que nada de deudas con el pasado, doctora.

–Por eso mismo es que quiero su opinión, porque estamos hablando de una persona que usted conoció íntimamente y yo nunca.

–Pero ¿eso tiene que ver con lo de la muchacha?

–Todo es importante –dijo Elvira recordando a Boris Salcedo.

Leo Altman me miró a los ojos. Hasta ese momento no lo había hecho. Es un hombre tímido, inseguro, como siempre pidiendo perdón por existir. Pero en ese instante sentí su mirada muy dura sobre mí. Fue un hombre guapo, Leo Altman, y Sofía Vaiser no eligió bien.

–Cuando Sofía le confesó a Adrian que estaba embarazada, decía: no quiero un hijo como un gatito, ésa era la frase que repetía. También me la dijo a mí cuando le avisé que la niña había nacido. Y, si esa muchacha era de su hija soltera, es que era otro gatito, nacida en la calle, eso es lo quería decir Adrian Budenbrook.

Está confirmado, pensó Elvira. Dos hijas como gatitos merecen el mismo nombre.

–¿Es el mismo nombre que Sofía le puso a la bebé?

–Los judíos acostumbramos a poner los nombres de los abuelos y no de los padres. Yo quise darle mi apellido y que llevara el nombre de mi madre que ya había fallecido, la niña fue registrada como Rilka Altman.

Una idea me cruzó sin explicación. Era indelicado pero no sabía si volvería alguna vez a hablar con él.

–Le voy a hacer una pregunta, señor Altman, que puede ser muy molesta para usted. Le ruego que si no la quiere contestar me lo diga con franqueza, pero, por favor, no la tome a mal.

–Diga lo que quiera, no hay preguntas sino respuestas indiscretas.

–¿En algún momento usted pensó que la hija de Sofía podía ser suya y no de Adrian?

–No tengo ningún inconveniente en contestárselo, aunque no sé de qué le sirve saberlo. No podía ser hija mía porque Sofía y yo no teníamos relaciones sexuales en esa época. Después fuimos amantes un tiempo, mucho después de todo eso, y luego, al final, vivimos como hermanos en esta casa hasta su muerte. Sé que es una relación extraña de entender, pero así fue. Y le digo algo, aunque no me lo haya preguntado y probablemente no le interese, no me arrepiento. No me arrepiento un solo día de mi extraña vida con Sofía Vaiser.

–Creo que fue una vida muy hermosa –le dijo Elvira antes de despedirse.

Nada de la conversación con Leo Altman era materia para Adriana. Todo el diálogo con Yomfry Noriega, cuatro frases cortas como mucho, era esencial y doloroso. Solamente que no sé cómo le explico que su hija consiguió las invitaciones para que dos delincuentes entrasen al homenaje, con la misión de ejecutar a Narval. Uno está muerto y el otro confiesa que Sofía realizó un pago por el encargo. ¿Miente Yomfry Noriega? ¿Me dijo que sí porque quería complacerme creyendo que Boris lo va a ayudar? Repasó las notas que tomó de la conversación. Al leerlas se dio cuenta. Cometí un grave error. Formulé una pregunta de respuesta cerrada. «La pregunta es esta –dije–, ¿cómo se llama la persona que te dio la invitación a ti y a Tirolargo para entrar en el Hotel Embajador, y cómo se llama la persona que le pagó a Tirolargo?» «Son dos preguntas», dijo Yomfry, luego pidió más dinero y añadió, «fue la misma», y aquí viene mi error. Yo repregunté: «¿se llama Sofía?». ¿Ese nombre es el que quieres oír?, pensó, pues la respuesta es sí. Yo misma le mencioné el nombre y le resolví la tarea. Imperdonable. ¿Qué hubiera dicho si yo me limito a decirle: quiero el nombre de la persona que pagó? Es culpa de Boris Salcedo, todo el tiempo haciéndome señas de que me apurara.

Nevsky estaba mucho mejor y el veterinario había autorizado que le diera comida blanda. Se echó al lado suyo, a los pies de la mesa de la computadora. Nevsky, Nevsky, tu propietaria cometió un error sin remedio. Aun en el supuesto negado de que Boris me llevara otra vez a la cárcel, y de que Yomfry Noriega siga vivo, ya él me contestó. *No way*. Tengo que trabajar con hipótesis, por imbécil, cuando he podido agarrar con las manos la verdad. Ahora todo es posible. Es posible que las tarjetas que Sofía Budenbrook le pidió a Aída Machado fueran para Tirolargo y Yomfry Noriega (al menos Xenia Vargas confirma que conocía a Yomfry); es posible que Sofía fuera quien contrató a Tirolargo; es posible porque Yomfry Noriega dijo sí, tanto como hubiese podido decir no, o no lo sé. Pero, en todo caso, algo firme, cuando le hice la pregunta él contestó: «son dos preguntas». Quién consiguió las tarjetas y quién pagó. Y él espontáneamente dijo: «fue la misma». Es decir una mujer. ¿Había otra dispuesta a buscar las tarjetas para que entraran en el homenaje de Pablo Narval y a pagar para que un francotirador le disparara? En el reino de las probabilidades, sí, podía haber otra, incluso con el mismo nombre. ¿Me estoy enredando porque no quiero aceptar el hecho de que Sofía Budenbrook era una asesina? Por cierto, con antecedentes. Xenia Vargas la adoraba y, sin embargo, confirma que la vio atropellar voluntariamente a Quovadis. Homicidio frustrado, ¿no es así? Si lo mandó mes y medio al hospital, el asunto no era broma. Le tiró el automóvil con todas las ganas. Elvira Madigan, acepta lo que está frente a tus ojos. Tienes a la autora del primer crimen. No sabes por qué lo hizo. Y te falta el culpable del segundo crimen, así como su móvil. Has llegado a veinticinco por ciento de la investigación.

En cuanto a Adriana, voy a acercarla poco a poco. Le voy a decir exactamente eso. Hay cuatro preguntas, quién mató a Narval y por qué, quién a Sofía y por qué. Conozco la primera respuesta. Además es indispensable determinar quién escribió el documento que me entregó Adriana. O me dice algo convincente o busco al argentino.

No se atrevió al discurso de las cuatro preguntas. Esperó el momento adecuado y entró directamente con su propósito.

–Adriana, tengo la seguridad de que Sofía, efectivamente, dudaba de su filiación. Me lo han dicho tres personas: su amante, su mejor amiga y una tercera cuyo nombre me voy a reservar. Me parece que es suficiente para establecer que ella estaba en la búsqueda de una respuesta que le aclarara sus dudas. No puedo determinar si sabía quién era su padre, pero sí que estaba al tanto de que tú eras su madre biológica. Tampoco puedo explicar cómo lo sabía pero es bastante frecuente que los hijos que sospechan de su origen terminen por averiguar las cosas.

–Volvemos con las estadísticas.

–Volvemos con un dato que necesito establecer, si es que quieres que algún día termine esta investigación. Yo pienso que ese documento que tú me entregaste lo escribió ella. No hay ninguna razón para que yo piense así, es una intuición. Tampoco quiero decir que seas una mentirosa, sino que, cuando me lo entregaste, no habías decidido todavía decirme la verdad de muchas cosas. No podías decir que lo había escrito ella en ese momento, su contenido implica un conocimiento bastante profundo de la familia y preferiste decirme que era tuyo. Pero ha pasado el tiempo, creo que me has confesado todo lo que llevabas en silencio, y este último dato sigue estando borroso.

Adriana no dio su brazo a torcer.

–Muy bien, seguiré con mis intuiciones. Pero para ser totalmente honesta me gustaría pedirte que me traigas alguna muestra de lo que estás escribiendo para tu trabajo de ascenso. Cualquier cosa, necesito compararlo.

–No hay problema, lo traigo la próxima sesión.

–Muy bien, eso ayudará mucho.

En realidad no sé cuál será la ayuda. Es una intuición fuerte de que en ese escrito hay una clave importante. Si lo hace es porque verdaderamente lo escribió, o a lo mejor porque no cree que yo puedo sacar algo de esa comparación.

Llamó a Boris y le dejó un mensaje corto para decir que esperaba conocer pronto a su amigo. No creo que le moleste, no es un mensaje comprometido.

El experto en lingüística forense se llamaba Antonio Pellegrini. La citó en su apartamento a las diez de la mañana, parecía alguien muy puntual con su tiempo. Le dio una explicación detalladísima de cómo localizar su dirección. Debía bajar por la Avenida Sanz y, cuando estuviera a una cuadra del parque, inmediatamente debía doblar a la izquierda, la primera a la izquierda antes del parque. Era necesario fijarse bien porque se abrían dos calles en Y, lo que inducía a confusiones. La que debía tomar era la primera, según venía bajando. Allí entraría en un conjunto residencial con varios edificios y varias calles internas, debía buscar la segunda a la derecha y el edificio B, el cuarto a mano izquierda. Él estaría pendiente mirando por el balcón porque el intercomunicador no funcionaba y no había conserjería. Sus honorarios eran variables, de acuerdo con la calidad de los documentos, no podía anticipar una cantidad.

–Póngase cómoda, doctora. ¿Le apetece un café?

Elvira aceptó un vaso de agua, estaba acalorada. El taxista era un hombre tozudo y se empeñó en buscar la dirección subiendo la avenida y no bajándola, como había explicado Pellegrini, lo que ocasionó que tuvieran que dar varias vueltas. Afortunadamente siempre calculaba más tiempo del necesario. Llegarle tarde a Pellegrini hubiera sido fatal.

–Yo al comisario Salcedo no le conocí, creo que no estaba en el departamento cuando yo trabajaba para ellos. Conocí mucho al comisario Graterol. Muy bella persona. ¿Usted lo conoció a Graterol?

Elvira contestó que no.

–¿Y de dónde es usted, si no le parece inoportuna la pregunta? Tengo buen oído para los acentos y el suyo no me pareció de Estados Unidos.

Elvira explicó que había nacido en Calgary, aunque no era exactamente así, pero no imaginaba que Pellegrini pudiera diferenciar el acento de Fort Chipewyan del de Calgary.

–Ah, canadiense. Qué bien, qué bien. Tengo unos conocidos en Vancouver, éramos muy amigos con mi mujer. No los vimos más desde que se fueron. Se ha ido tanta gente...

De pronto parecía que no se sabía para qué estaba allí. Decidió entrar en materia.

–Y, bueno, en qué la ayudo.

Elvira procedió a explicarle que necesitaba determinar la autoría de un documento comparándolo con otros dos. Había extraído el final, no quería que la parte sobre la niña apareciera. Se lo entregó junto con los cuentos de Sofía y un fragmento del ensayo preliminar del trabajo de ascenso de Adriana.

–Muy bien, muy bien. Marcamos éste como el documento A, el que queremos determinar, y los otros serán documento 1 y documento 2. ¿Puedo escribir sobre ellos o son originales?

Elvira le dijo que todos eran copias.

–Así que, veamos si tengo claro, usted quiere saber si el documento A fue escrito por el autor del documento 1 o por el autor del documento 2.

–Exactamente.

–No hay problema, lo podemos hacer. Naturalmente esto duplica los honorarios, son dos análisis lo que usted pide. Tengo que comparar A con 1, y luego A con 2. ¿Quiere también comparar 1 con 2?

Elvira contestó que no era necesario.

–Mire que por ahí es importante, eh, si usted trae esos dos documentos es porque piensa que han sido escritos por personas relacionadas entre sí.

Elvira aceptó que tenía razón y los honorarios se triplicaron.

–Perfecto, comparamos A con 1 y A con 2, y luego 1 con 2. Así queda la investigación redonda. Esto toma tiempo, doctora, es un trabajo muy fino lo que hay que hacer. Yo tengo el *software* más actualizado que se puede encontrar en este momento, estoy al día, quiero decirle, y como ya no trabajo para la policía hago mucho encargo privado. La gente no sabe la cantidad de cosas que se descubren con el examen lingüístico. Ahí está todo, en lo que se escribe. Es el alma de la persona, comprende, y no hay dos almas iguales. Por supuesto esto ha sido llevado a la cuantificación. Usted escribe y no se dará cuenta jamás, pero –es un ejemplo sencillo que le doy– nunca empleará el lugar de los adverbios en la frase con los mismos patrones que otra persona. Ni con su hermana gemela, le puedo decir. Yo puedo hacerlo en español y en inglés; en francés, lo hablo, pero por ahí no me atrevería. Hace falta un dominio completo de la lengua para saber utilizar el *software*. Los honorarios son costosos, le digo. Primero por el tiempo de trabajo, pero también porque es necesario estar actualizado con esto, y lo cobran... no se imagina lo que cuesta

comprarlos. Yo los compro en Londres, que es donde estudié, y el último, se lo digo y no me cree, me costó ciento veinte mil dólares. Le tengo que cobrar mil por cada uno de los análisis. Y mire que no le pido adelanto, que hay colegas que lo hacen, eh. Lo que sí es que cobro en efectivo, con esto del control de cambios no puede uno hacer otra cosa.

Elvira estuvo de acuerdo en que todo esto era carísimo, pero lo pagaría. No había consultado el gasto pero Adriana paga esto. Por terca, pensó, si me convence con su respuesta se ahorra tres mil dólares.

—Bueno, señor Pellegrini, espero su llamada, entonces. ¿Puede darme un tiempo estimado para los resultados?

—Yo creo que en una semana le puedo decir el resultado del contraste A con 1 y 2, y la siguiente, el contraste 1 y 2.

—Muy bien, hasta pronto y muchas gracias.

—Al contrario, al contrario. La acompaño, doctora. Tengo que abrirle porque seguramente encuentra la puerta de calle cerrada.

Una vez en la avenida llamó un taxi, asegurándose de que el conductor comprendiera que esperaba del lado que viene bajando.

Aída Machado cumplió su amenaza. La esperaba sin excusas el sábado para un almuerzo. Había invitado también a Tomás Orozco porque sabía que eran amigos y, además, como ella no tenía automóvil necesitaba alguien que la llevara; la casa de Aída estaba en las afueras de la ciudad. De todos modos no tengo nada pendiente. Ninguna pista nueva por estos días hasta que llame Pellegrini.

Tomás pasó a buscarla como a la una y estaba contento de verla. Le dijo que no la había llamado últimamente porque no quería abusar de ella, ni ahogarla con invitaciones. Sabía que era una persona que amaba la soledad, y era algo que compartían. A él también le gustaba pasar semanas enteras sin ver a nadie. Cuando llegaron ya estaba reunida la mayoría de los invitados, periodistas de vieja escuela, más escritores, algún artista y políticos, también del *ancien régime*. Elvira supuso que la conversación giraría en torno a «cómo están las cosas», que era la manera como los venezolanos se referían a los acontecimientos políticos, según había observado. Además estaban invitadas antiguas amigas de Aída, sin rótulo definido, que le parecieron igualmente chillonas y dispuestas a ser escuchadas. Aparte de Tomás Orozco no vislumbraba ninguna oportunidad de diálogo, salvo estar parada con un vaso en la mano y sonreír de vez en cuando. Generalmente trataba de ocultar su profesión para evitar consultas intempestivas o frases como «seguramente tú te das cuenta de lo que estoy pensando», y, lo que era peor, recomendaciones de libros escritos por psicoanalistas. Sin embargo, nadie le prestó demasiada atención ni quiso saber nada de ella. Todo el mundo estaba muy concentrado en el comentario de algún incidente.

Elvira no tenía ningún amigo o conocido con una casa parecida en Venezuela, ni en ninguna otra parte del mundo. La sala se prolongaba en una amplia terraza con una vista de ciento ochenta grados sobre las montañas, y tanto la arquitectura como la decoración, si bien esta última le parecía un tanto incompatible con sus criterios estéticos, reflejaban dinero y cuidado. Las paredes eran todas en piedra, los pisos de mosaicos antiguos, las alfombras estilo persa, y enormes sofás muy confortables. El

almuerzo se sirvió tarde, en mesas para cuatro personas sobre la terraza. Elvira, con su plato en la mano, tenía serias dudas de dónde sentarse. La gente se iba acomodando mientras continuaban las conversaciones, y ella casualmente venía del baño cuando iniciaron el servicio, de modo que no estaba incluida en ningún equipo. Tomás Orozco se sentó en una mesa con otras personas y parecía haberla olvidado. Aída Machado acudió en su auxilio y le hizo el honor de sentarla en la mesa que ella presidía. Los otros dos eran una pareja de bastante edad; él poeta, y ella ceramista.

Pasaron un buen rato alabando la gastronomía de la anfitriona que se jactaba de haber dirigido la preparación de todos los platos. El menú era una mezcla de comida francesa y criolla; los vinos, de excelente selección, californianos. Elvira pensó que verdaderamente todo estaba muy sabroso y lo mejor era disfrutarlo como una tarde distinta a sus opciones regulares. Las alabanzas de la comida se salpicaban con las de la casa y sus vistas, y Aída Machado hizo un largo relato acerca de su construcción y los problemas surgidos con el arquitecto, así como con el municipio que pretendía que ella estaba ocupando parte de una zona verde. Todo esto, entendió Elvira, debió ocurrir a mediados de los años ochenta, pero los detalles estaban frescos en la memoria.

Llegaron al café y el camarero pasó una bandeja con licores. Era evidente que el clima etílico había alcanzado un nivel bastante saturado, lo que producía una elevación de las voces y mayor densidad en las carcajadas. En ese momento apareció un invitado de última hora, alguien importante, pensó Elvira, porque Aída se levantó inmediatamente a saludarlo con efusivos abrazos y se perdió con él en medio de los grupos que se habían instalado de nuevo en la sala. Se vio frente a frente con el poeta y la ceramista y entraron en una conversación más íntima. No querían hacerle ninguna consulta psiquiátrica a deshoras; más bien estaban interesados en conocer las opiniones que allá, en el Primer Mundo, tenían sobre el país. No era un tema en el que Elvira podía ser de gran utilidad y pasaron rápidamente al anecdotario. La mujer quiso que Elvira supiera que su marido era un poeta muy reconocido, con una extensa obra publicada, y que había ocupado posiciones importantes en la gerencia pública de la cultura. El hombre, a su vez, hizo un breve recuento de las más importantes exposiciones de su esposa. Constituían una pareja agradable, bien avenida, cruzada la frontera de los setenta, y a Elvira le gustó su trato discreto y cultivado. Sin embargo, no ocultaron algunas curiosidades porque habían escuchado decir que tenía alguna participación en las investigaciones sobre los crímenes del homenaje –así los llamaban–, y arrimaron el tema hacia ese campo.

Elvira no lo negó pero le quitó importancia alegando que, como psiquiatra, la familia de Sofía le había hecho algunas consultas pensando que ello podía contribuir a esclarecer lo ocurrido. Para el momento todo estaba solucionado y el culpable en la cárcel. El poeta sonrió con cierta ironía en los labios pero la esposa fue más incisiva.

–No me imagino por qué ese muchacho que metieron preso fuera a matar a José Eustaquio.

Elvira comprendió que si no usaba su seudónimo literario era porque lo conocía desde hacía mucho tiempo.

–¿Quiere decir Pablo Narval?

–Sí, claro. Era un poco mayor que nosotros, pero ya Gustavo estaba haciendo sus primeras apariciones en poesía cuando él se fue a España. Gustavo publicó muy joven sus primeros poemas, era casi un niño –dijo con orgullo.

–Efectivamente, yo, en la adolescencia, comencé a participar en un grupo literario y tuve oportunidad de conocerlo. Después le perdí la pista hasta que, recién casados, estuvimos exiliados en España durante la dictadura de Pérez Jiménez, y lo frecuentamos mucho allá. Nosotros pasamos tres años en Madrid, regresamos en 1958.

–¡Qué interesante! –fue lo único que se le ocurrió a Elvira.

–Se inventó el nombre de Pablo Narval por esa época, ¿no es verdad? Nos reíamos mucho de él porque se ponía furioso si le decíamos José Eustaquio, le parecía pueblerino, pero no nos salía otra cosa.

–Parece que tuvo tiempos duros.

–Como todos, nosotros tampoco éramos unos turistas de lujo, no se vaya a creer. La suerte es que yo tenía algunos amigos en la prensa española y me dieron varios trabajitos con los que salí adelante. Lisbet daba clases de mecanografía y de inglés, que lo habla muy bien. Pero, sí, él pasaba dificultad, y la beca con la que salió no era gran cosa, se la comió rápido.

–¿Se la quitó el nuevo gobierno?

–No creo, él no era político ni nada de eso. Creo que simplemente era un monto de dinero que le dieron y que, como es natural, se le acabó. ¿Le interesa Pablo Narval?

–Mucho. Es increíble lo sucedido, morir en pleno homenaje, y sin ninguna causa que explique por qué quisieron matarlo.

–A nosotros nos dejó consternados. No pudimos ir al homenaje porque Gustavo estaba con mucha gripe y yo no quise que saliera, ¿te acuerdas, Gustavo? Luego pensamos que era la mejor gripe de su vida, no hubiese querido presenciar esa escena por nada del mundo.

–Tengo entendido que era muy poco conocido en Venezuela.

–En persona las nuevas generaciones no lo conocían en absoluto, aunque algunos habían leído sus libros; tampoco era fácil conseguirlos, no llegaban. Ahora, por supuesto, a la librería que vaya encontrará algo suyo. Los viejos sí que lo conocíamos. Él estaba muy relacionado con toda la gente de literatura, le gustaba reunirse, tener amigos. Después parece que se fue poniendo muy huraño. Pero en aquellos años Pablo Narval, entonces José Eustaquio Cruz, estaba en todas partes. Uno que fue muy amigo de él, por cierto, era Luis Emilio, el padre de Tomás, que era escritor también.

–Ah, no sabía.

–Sí, cómo no, Luis Emilio Orozco, lo conocimos mucho, éramos todos amigos. Después José Eustaquio y él tuvieron desavenencias, pero eso era ya estando en España, ¿no es cierto, Gustavo? Hubo un lío de faldas, ¿me comprende? Luis Emilio viajó a Madrid, y como es natural se encontraron. Pero era muy fiestero, y parece que se enamoró de una noviecita que tenía José Eustaquio, total que la muchacha se quedó con Luis. Entonces José Eustaquio se sintió herido de muerte y, dicen las malas lenguas, se vengó.

–Lisbet, yo no sé si a la doctora le interesan todos estos cuentos.

–Me encantan –contestó Elvira rápidamente–. Me ayudan a entender mejor a la sociedad venezolana.

–Es que a Gustavo no le gusta hablar mal de nadie, pero lo que estoy contando son chismes muy viejos. A nadie le importan ya. Lo cierto del caso es que José Eustaquio estaba bastante vinculado con la dictadura, no era político, como le dije,

pero tenía un primo, o un pariente muy cercano a Pedro Estrada (no sé si sabe quién era, el jefe de la policía de Pérez Jiménez), y le fue con el chisme de que Luis Emilio Orozco estaba conspirando. Bueno, pues lo pusieron preso. Eso fue muy duro para la familia, los hijos estaban chiquitos, Tomás no me acuerdo si había nacido, pero los hermanos mayores sí, y la esposa quedó en muy mala situación. Afortunadamente no por mucho tiempo, lo soltaron incluso antes del 23 de enero, pero, imagínese la vaina que le echó Pablo Narval a esa gente.

–Nada de eso está confirmado –dijo el poeta.

–Confirmadísimo, tú sabes muy bien quién me lo contó. Bueno, son cosas pasadas, y, además, yo estoy segura de que José Eustaquio no midió lo que estaba haciendo. Como ya hacía mucho tiempo que vivía afuera no estaba al tanto de la represión que teníamos aquí. Luego, eso lo supe también, en un viaje que hizo a Venezuela se reconcilió con la familia, y prometió ayudarlos, qué sé yo. Luis Emilio murió poco después, bastante joven.

Elvira deseaba continuar escuchando todos sus recuerdos, pero Aída Machado lo impidió. Había contratado unos mariachis y las conversaciones dieron paso a las rancheras.

De vuelta a su casa Tomás Orozco le pidió excusas por haberla abandonado, ocurrió que se encontró con amigos a los que no veía hacía tiempo y no pudo deshacerse de ellos.

–Lo pasé muy bien, gente muy agradable.

–Te vi conversando con los Belisario. Fueron bastante amigos de mis padres.

–Son encantadores. Por cierto, me contaron que tu padre era escritor.

–Era cronista, dejó varios libros sobre Trujillo, la región donde nació y se crió, y también escribió varias novelas, aunque no tuvo mucha suerte con eso. No conseguía que se las publicaran. Papá murió cuando yo tenía veinte años, recuerdo mucho cómo conversábamos de literatura. Él quería que yo me fuera de aquí, le parecía que tenía talento y que lo iba a malgastar. Pienso que decía eso porque él no logró ser el escritor que quería. ¿Y qué más te contaron?

–Nada más, estuvimos hablando mucho de la situación del país y esas cosas.

–Ya. No me extrañaría que Lisbet te haya soltado una pila de chismes, es su deporte favorito.

Elvira pensó que al lado de Aída Machado, una verdadera profesional, Lisbet no era nadie. De todos modos no iba a venderla.

–No, no me contó chismes. Les pareció que siendo extranjera no me interesaba hablar de personas que no conozco, y más bien ellos querían saber qué decía la prensa canadiense de Venezuela. Lo de tu papá fue porque Gustavo mencionó que tú eras muy buen novelista y comentó que tu padre también había sido escritor.

Tomás pareció tranquilizarse. Estaba segura de que lo había inquietado su conversación con la pareja. Así que Pablo Narval le regaló unos años de cárcel a tu padre. Eso no lo incluiste en la admirada conferencia que dictaste.

Antonio Pellegrini llamó el viernes por la mañana para decir que había completado la primera parte y podía pasar a recoger el informe. Elvira se presentó puntual a las diez, la hora que le gustaba al experto, y éste la recibió con dos hojas sobre la mesa. La explicación era larga y llena de tecnicismos pero la conclusión muy sencilla: no coincidían.

–Es imposible.

–Disculpe, doctora, ¿qué me quiere decir?

–Fue escrito por una de esas dos personas.

–Esto trabaja con probabilidades, hablamos de plena coincidencia cuando la probabilidad está entre noventa y cinco y noventa y nueve por ciento. En los contrastes efectuados se obtuvo, como puede leer aquí, una probabilidad de quince por ciento con el documento 1 y de trece con el documento 2. Significa un resultado totalmente negativo en ambos casos. Para sugerir una coincidencia las cifras de probabilidad deben estar, al menos, por encima de cincuenta por ciento.

Elvira se sentía estafada.

–Puede repetir el examen con algún colega, por las dudas, pero le aseguro que sería perder el dinero.

–Lo pensaré. De momento, no haga el contraste entre los documentos 1 y 2, porque si ninguno coincide con el A, es innecesario.

–Como usted quiera. Lamento no haberle dado el resultado esperado, pero eso no depende de mí. ¿Por qué le parece imposible? Puede perfectamente haber sido escrito por una tercera persona.

No hay una tercera persona, pensó Elvira, pero no veía la necesidad de explicarle eso a Pellegrini. Regresó a su casa furiosa. Tengo que preguntarle a Boris Salcedo de dónde salió este embaucador. Dos mil dólares a la basura.

Se sentó frente al televisor hasta la sesión de Adriana y las horas transcurrían mortificándola. No quiero sentir vergüenza, es incómodo estar avergonzada frente a ella. Culpable. Irresponsable. Cuando escuchó el timbre pensó que lo mejor era soltarlo de una vez.

–Lamentablemente no tengo cómo hacerlo en este momento, pero me gustaría devolverte el dinero. Fue un gasto innecesario.

Adriana se quedó en silencio y luego dijo:

–No, no lo fue. Yo no escribí esa historia.

–¿Por qué lo negaste?

–No lo sé, no quería aceptar que su intuición era correcta, y me parecía que no tenía importancia. En ese sentido, el resultado del experto es válido. Ahora, si tampoco lo escribió Sofía, ¿quién lo hizo?

–¿Dónde estaba ese documento?

–En su habitación, en un archivador con otras carpetas, igual que los poemas y las anotaciones del video que no llegó a realizar. Estaba en una carpeta vacía, de esas corrientes, tipo manila, sin ninguna indicación. Lo leí y quedé muy golpeada, no podía imaginarme que ella supiera tantas cosas de la familia, y sin embargo, allí estaban.

–¿Y qué más había?

–Absolutamente nada, por favor, créame. Eran tres carpetas, la de los poemas, la que decía «para un video», son las que le entregué, usted las vio, y ésta con el

documento, sin títulos, ni otra referencia. No he debido mentir, fue una pérdida de tiempo, como darle una falsa pista. Fue un error estúpido de mi parte. Pensé que le estaba entregando lo que usted necesitaba saber, y algo en mí se negaba a aceptar que lo hubiera escrito Sofía. Me metí en el laberinto de decir que lo había escrito yo. No sabía cómo salir. No quería dar mi brazo a torcer. Doctora, por favor, perdóneme, le pido disculpas.

Adriana continuó flagelándose y Elvira pensó que, al menos, su propia culpa había disminuido.

–La parte final, la que alude a la niña que tu padre tuvo con Sofía Vaiser, ¿la conocías también?

–Eso me pareció infame, creo que Sofía odiaba a mi padre, es una calumnia espantosa.

–¿De dónde pudo ella sacar toda esa información tan detallada, de los abuelos en Viena, de su llegada a Venezuela, su regreso, de su amante.

Adriana rompió a llorar.

–Yo pienso, lo único que soy capaz de suponer, es que mi padre también abusó de ella. Cuando lo hacía conmigo, después se relajaba y venían sus historias, todos esos detalles son los mismos que me contó a mí. ¿Se da cuenta por qué no podía aceptar que lo hubiera escrito Sofía? Es demasiado vergonzoso.

–Pero no el final, no la visita a la niña.

–Nunca me dijo que Sofía Vaiser tuvo una hija suya, sólo que había sido su amante. ¿Será cierto?

–Sí lo es. Puedo asegurártelo, aunque prefiero reservarme quién me lo confirmó.

–Tiene que haber sido Leo Altman. Estoy segura de que fue él. ¿Quién más pudiera conocer esa historia? ¿Está vivo Leo? ¿Dio con él?

Elvira pensó que no debía ocultárselo por más tiempo.

–Está vivo y lo encontré. Lo que relató de tu padre coincide perfectamente con este escrito. Naturalmente, no me contó todos y cada uno de los detalles que aparecen, pero, en lo fundamental, es la misma historia.

–¿Y él dijo que esa niña existió?

–Él dijo que esa niña nació y murió a los pocos días.

–¿Y que la mató mi padre?

–Eso es lo que él piensa.

–¿Usted también lo cree?

–Yo no puedo tener opinión. Estoy confrontando la sugerencia del texto con lo dicho por otra persona y coinciden; sería aventurado de mi parte afirmarlo o negarlo.

–Doctora Madigan, yo no sé si usted comprende totalmente la situación en que me encuentro. Mataron a mi hija, a una hija negada, sentí que no podía seguir viviendo sin saber quién es el criminal, qué razones, si es que pueden llamarse así, tuvo para hacerlo. Comprendí que la justicia estaba satisfecha con el encarcelamiento de un delincuente que por azar ese día se encontraba allí, y tuvo la mala suerte de ser apresado en el sitio, y que no habría otra verdad para mí. Presioné tanto a ese comisario, no recuerdo su nombre, hasta que a él se le ocurrió recomendármela como alguien capaz en estas averiguaciones. Pensé que era una buena idea, porque, además de la investigación, yo me sentía demasiado mal y una psiquiatra era quizás una buena ayuda, además, extranjera. Eso me gustó mucho, no quería hablar de nosotros con

nadie que tuviera la más mínima referencia de mi familia. Usted ha averiguado un montón de cosas, yo he podido reconstruir la vida de Sofía en estos últimos años, y también hablar de todo lo que constituía un peso intolerable, una culpa infinita, una culpa aterradora. He caminado en el infierno, ¿sabe?, pero ahora resulta que alguien opina, alguien supone, alguien afirma que mi padre fue un asesino. No solamente un abusador incestuoso, no, también un criminal, un filicida. Y yo debo pensar que no fui la única hija abusada, porque todo parece indicar que Sofía también lo fue. Y de esa manera debo continuar viviendo, presentar mi trabajo de ascenso y hasta ponerme en la búsqueda de otro compañero sentimental, ya que el que tenía no funciona más. Estos pedazos que usted ve son lo que queda de mi vida.

–Si esa relación ocurrió entre tu padre y Sofía, y él le contó tantos detalles, pudiéramos preguntarnos por qué no le dijo su verdadero origen. Sé que ella estaba desesperada por saber quién era su padre.

–Bueno, le dijo que era mía pero le pareció de demasiado mal gusto mencionar su nombre.

–Es una posibilidad.

–Doctora Madigan, yo le ruego, le suplico como no lo he hecho nunca, que no me guarde información. ¿Qué más sabe que yo no sé?

Viejo McLeod, aquí quiero escucharte. ¿Es o no el momento? McLeod dijo que tomara el riesgo.

–Sé que esto es muy fuerte, no quería adelantarlo hasta tener la certeza, pero hoy pienso que debo hacerlo, aunque haya márgenes de inseguridad en la información que he logrado obtener. Ese delincuente que está preso fue cómplice del asesinato del escritor. Ese delincuente no estaba aquel día por azar sino para facilitar la acción de quien disparó, un experto en armas de larga distancia que ya está muerto, lo conocían como Tirolargo. Tengo un video del homenaje en el cual puede verse a Sofía acercándose a esa persona unos breves instantes. Yomfry Noriega, el que está preso, conocía a Sofía, era su vendedor de droga, y sentía por ella algo más que eso. Sofía le pidió a una persona vinculada con la organización del homenaje varias invitaciones para unos amigos. Pudieron ser para cualquiera, pero Yomfry Noriega dice que fueron para él y para Tirolargo, y que ella pagó para que mataran a Narval. No puedo certificarlo, estoy diciendo que interrogué a Noriega y claramente afirmó esto que estoy ahora exponiendo.

Elvira sintió un agudo dolor de cabeza, como una llamarada en las sienes. Yo le estoy diciendo esto a una persona con ideas suicidas, fantástico, veinte puntos.

–Si ella mató a ese hombre, es posible que su muerte fuera una venganza –dijo Adriana.

El dolor y las náuseas le impedían pensar. Miró la hora y vio que faltaban apenas dos minutos.

–Continuaremos con esto. Quiero estar segura de que tienes la receta de los antidepressivos, es indispensable que continúes con el tratamiento.

–No se preocupe, los estoy tomando, y la idea de que debo morir ha desaparecido. Es posible que mi vida no lo sea ya, he sido despojada de todo, pero aun así voy a continuar. La veo el lunes, doctora.

Elvira salió a la farmacia. Un analgésico común no era suficiente.

Amaneció abotargada por la medicación que tuvo que autorrecetarse, afortunadamente la jaqueca había disminuido, aunque sentía todavía malestar y unas

ligeras náuseas. Bajó el volumen del timbre del teléfono y de la contestadora, le puso la comida a Nevsky, se preparó un consomé y se tomó otra dosis del medicamento. Luego cerró las persianas y durmió hasta la tarde. Al despertar comprobó que estaba mucho mejor. Comió un sándwich y encendió la computadora, pero el reflejo de la pantalla le hacía daño en los ojos y decidió apagarla. Pensaré en la oscuridad, como hacía de niña cuando mi madre me ordenaba apagar la luz para dormir. Pensar cuando nadie sabe que estamos despiertos es un placer infantil que todavía me hace feliz.

¿Pudo Adrian Budenbrook abusar de sus dos hijas? Sí. Una conducta reiterativa, una compulsión perversa. ¿Se contradice el abuso incestuoso con el filicidio? Nada parece indicarlo. Buscaré mañana estadísticas. Adriana detesta las estadísticas pero son un gran hallazgo del pensamiento empírico. ¿Pudo Pellegrini acertar parcialmente? Sí. Acertó al comparar el documento con la escritura de Adriana, y falló al compararlo con el de Sofía. O acertó en los dos casos. Tampoco Sofía es la autora. ¿Quién lo es? Una buena pregunta sin contestar. Una posible respuesta: Tomás Orozco. El documento está escrito con estilo novelesco. ¿Por qué no? La comparación en ese caso sería fácil, basta llevarle a Pellegrini alguna novela suya. No lo descarto. Pregunta para Boris, ¿cuánto puede ser la tarifa de un sicario? Pregunta para Adriana, ¿podemos chequear un gasto fuera de lo ordinario en la cuenta de Sofía?

Ideas sueltas. Si Sofía mató a Narval, ¿alguien se vengó como sugirió Adriana? Nadie lleva una daga a un homenaje por casualidad, a no ser que esa persona supiera lo que iba a ocurrir y decide que la venganza será ejecutada *in situ*. La hipótesis es dudosa pero no descartable. Otra pregunta para Boris, ¿existe alguna manera de saber en dónde fue adquirida el arma? No vale la pena, es una pregunta para los policías de *Law and Order*. ¿Pudo Leo Altman llevar a cabo la venganza contra Adrian? A los ochenta años, un hombre completamente solo, decide vengar la muerte de una niña que iba a ser suya, la hija de la persona a quien consagró su vida. ¿Tiene la fuerza suficiente para clavar un cuchillo? Sus movimientos son lentos pero siguen siendo firmes. ¿Cómo supo que Sofía estaría allí? Por muchas razones que ignoro. Eligió un momento apropiado, en un lugar en el que estaba seguro de encontrarla, en donde era fácil acercarse a ella. ¿Qué otras oportunidades se le hubiesen presentado? Un día le juró a Sofía Vaiser vengar el asesinato de su hija y no quiso morir sin cumplirlo. Ojo por ojo.

Vuelvo a Tomás Orozco. ¿Cuáles son los sentimientos hacia una persona que pudo arruinar la vida de su padre? ¿Una admiración fervorosa o un odio callado? ¿Por qué, si Pablo Narval fue responsable de que metieran preso a su padre en medio de una dictadura, siente tanta admiración y da conferencias acerca de su biografía? Dicho de otra manera, ¿fue capaz Tomás Orozco de esa venganza, y su admiración, incluida la conferencia, es una manera de encubrirla ante mí? Estaba tranquilo con Yomfry Noriega en la cárcel y, de la nada, aparezo yo con posibilidades de ponerlo en riesgo. Me corteja, me ayuda y me ciega.

Estaba cansada de pensar. Intentó leer y ver la televisión pero cualquier cosa que la obligara a fijar la vista despertaba la jaqueca. Se tomó la medicina y durmió hasta el día siguiente.

Los golpes en la puerta la despertaron. Era la conserje diciendo que el mensajero de Fedex tenía rato tocando el intercomunicador. Recibió el paquete y decidió seguir durmiendo un rato más. Saltó de la cama. Tenía que ser el libro que le enviaba Judit Green.

Pablo Narval: su vida, de Gerardo Alonso, recientemente publicado en Barcelona. Alonso, de acuerdo con la contraportada, era un famoso crítico literario español, especializado en biografías de escritores latinoamericanos; Miguel Ángel Asturias, José Lezama Lima, Horacio Quiroga, entre otros. La esperaban cuatrocientas setenta y ocho páginas. La jaqueca se había curado y tenía el día libre. Sintió hambre y se preparó un desayuno con huevos revueltos, avena y panquecas. Como un domingo en Balzac. Sacó a Nevsky un momento a la calle y se acostó en el sofá con una taza de té. Veamos, profesor Alonso, espero su iluminación.

A las cinco de la tarde iba por la página doscientos veintidós y sabía muchas cosas de la vida de José Eustaquio Cruz, empezando por la selección del seudónimo, inspirado en Pablo Neruda. De acuerdo con Alonso, expresaba su deseo de obtener algún día el Nobel. «Espero que me dé suerte como a él», le escribió a su editor cuando firmó por primera vez de ese modo. El estudio biográfico era una verdadera obra de erudición. Alonso conocía no solamente los libros publicados en España y todas las traducciones al francés, inglés y alemán (había otras en sueco, polaco, portugués e italiano, lenguas que confesaba no dominar), sino también los primeros textos escritos en Venezuela para revistas ya inexistentes. Por suerte su epistolario había sido completamente conservado, y, siguiendo la costumbre de la época, el autor hacía copia al carbón de las cartas que enviaba. Llegado el momento de los faxes y los correos electrónicos, igualmente los imprimía y archivaba, tanto los recibidos como los enviados. Todo este material, así como los contratos de edición, discursos y conferencias inéditos, anotaciones y esquemas de las novelas, diferentes versiones de los textos y otros papeles personales, se encontraban en la biblioteca de la Chicago State University, donde Alonso había pasado un año. Como si se tratara de una tela de araña, iba tejiendo el curso de los acontecimientos de la vida de Narval con el contenido de sus obras, explicando así las más mínimas incidencias. Algunas de ellas, muchas en realidad, le parecieron a Elvira preciosismos que debía descartar, le resultaban incomprensibles por la cantidad de referencias literarias y el empleo de conceptos que le eran totalmente ajenos. Debo ir a lo fundamental, intentar comprender quién era este hombre y por qué alguien quiso matarlo.

El profesor no era un biógrafo complaciente y, si bien consideraba a Narval uno de los grandes novelistas latinoamericanos de su generación, en ningún momento pretendía exaltarlo como persona; más bien parecía dispuesto a lo contrario y no escatimaba los trapos sucios. Por ejemplo, Alonso dedicaba un capítulo entero al duelo que sostuvo con un escritor francés, Michel Jeanloup, su íntimo amigo, la persona que lo guió en sus primeros pasos en Francia, lo recomendó a los editores más importantes, y lo ayudó después en su vida personal consiguiéndole la casa que compró en Les Baux. Se desprendía, y de alguna manera Alonso lo sugería, que Narval era alguien proclive a la utilización de los otros, a reclinarse en la ayuda ajena para obtener lo que perfectamente podía lograr por sus propios medios. Parásito sería una palabra muy fuerte, pero cómodo quizás era preciso. Alguien que ahorra la energía

que otros pudieran gastar en su bienestar. Jeanloup, también de alto prestigio en su país, pero probablemente menos conocido internacionalmente, era una persona muy generosa y sentía debilidad por Narval. Le parecía que era un gran escritor y que, viniendo de un país del Tercer Mundo, merecía la ayuda de sus colegas. En realidad, ya no era así, apuntaba Alonso. Narval adquirió la ciudadanía francesa, había ganado mucho dinero y contaba con excelentes relaciones, pero Jeanloup quería seguir viéndolo como parte de su acción a favor de las regiones desahuciadas y no cesaba en su empeño.

El epistolario Narval-Jeanloup era sumamente extenso y el autor prometía una edición comentada de las cartas para un próximo proyecto. Sin embargo, a fines de los años ochenta, ambos en la cincuentena, se desarrolló una contienda sangrienta. Una suerte de guerra de Troya causada por el amor de Hélène, la esposa de Jeanloup. El matrimonio tenía una casa en Les Baux y ésta era la razón por la que Jeanloup le había recomendado a Narval que comprara allí. Durante los meses de verano se veían a diario y celebraban con otros escritores y artistas también vecinos de los Jeanloup. El asunto tuvo una consecuencia muy común: el tercer verano Pablo y Hélène se enamoraron al punto que decidieron no ocultarlo, y Hélène le comunicó a Michel que cambiaba de casa. Éste reaccionó muy civilizadamente y aceptó las consecuencias. Vendió su casa y se retiró a París vencido. Hélène y Pablo contrajeron matrimonio y permanecieron viviendo juntos hasta la muerte de ella, doce años después. Fue la tercera y última esposa de Narval.

Sin embargo, una vez separado de Hélène, Michel comenzó a escribir amargas reseñas contra Pablo Narval. Su opinión era muy respetada y no perdía ocasión de denigrar acerca de sus novelas. Llegó a decir que eran «pastiches suramericanos sin otro valor que el exotismo de su autor». La respuesta de Narval no se hizo esperar, y en cuanto oportunidad se le presentaba expresaba comentarios mordaces acerca de Michel Jeanloup. El más hiriente decía: «la literatura francesa se quitaría un peso si dejara de incluir a Jeanloup en sus registros». Finalmente lo acusó de plagio mediante unos argumentos bastante torcidos y poco convincentes. Jeanloup estalló. Se presentó en Les Baux y esperó a que Pablo Narval hiciera su acostumbrado paseo matinal por el campo. Ante los asombrados ojos de unos campesinos le entró a golpes y lo dejó tirado sobre una siembra de alcachofas. Fue denunciado a la prefectura y estuvo preso varias semanas, lo que fue muy aprovechado por la prensa y le permitió a Jeanloup declarar a todo viento que Narval era un miserable y que su prisión era un precio menor para el gusto que se había dado.

La lección que puede extraerse, pensó Elvira, es que Narval era un hombre sin lealtades. Si se quedó con la mujer de Jeanloup, al menos debería haber respetado la obra de su ex amigo y no responder a los ataques literarios de éste, que, de acuerdo con Alonso, fueron, al principio, muy menores y comenzaron a enardecerse en la medida en que el propio Narval iba subiendo el tono de los insultos. Imposible no relacionar este duelo con lo ocurrido con el padre de Tomás Orozco. Amigos, compinches, Narval (entonces Cruz) recibe al compatriota con ganas de fiesta en Madrid, y cuando la chica que era su novia decide a su favor, no le parece excesivo acusarlo de conspirador a la policía del régimen. Si era necesario hacerle pagar el delito unos puñetazos hubiesen saldado mejor la deuda que los años de cárcel que le tocaron a Orozco. ¿Sabe esto Tomás? Con toda seguridad. La anécdota, narrada

minuciosamente, se apoyaba en una entrevista que Alonso sostuvo con un compañero de prisión de Orozco y correspondía perfectamente con lo que le había relatado Lisbet.

Efectivamente, como ya conocía de la propia Aída Machado, José Eustaquio Cruz no tuvo participación política en Venezuela y su viaje a España no podía ser calificado de exilio, aunque él quisiera darle ese carácter. Aprovechando que su llegada a Madrid coincidió más o menos con el golpe militar de 1948 contra Rómulo Gallegos pretendió hacerse pasar por exiliado, pero algunos amigos españoles lo convencieron de que cometía un gravísimo error. La dictadura franquista atravesaba uno de sus momentos más duros, y el rótulo de perseguido del general Marcos Pérez Jiménez, lejos de ayudarlo, podía hundirlo. Debía presentarse como un hispanoamericano en busca de las fuentes de la cultura hispánica. Y eso hizo. Escribió algunos artículos en revistas menores exaltando la nacionalidad española de sus antepasados, la religión y la lengua que lo unían a la madre patria, todo ello dentro del fervor que sentía por algunos escritores del régimen, muy bien seleccionados. Las citas de Alonso eran implacables, y aunque no existía referencia escrita de los consejos que recibió, se apoyaba en una entrevista de Camilo José Cela, a quien Narval le debía su primera publicación. Un cuento breve en el suplemento cultural de un diario de obvia filiación falangista.

Todo lo cual corrobora la deslealtad. Ni con amigos ni con ideas. José Eustaquio era un *born to win* y aquello que se opusiera a su triunfo debía ser sacrificado. Elvira volvió atrás para releer los capítulos dedicados a la infancia y adolescencia del personaje. Para su composición, alertaba Gerardo Alonso, se había basado exclusivamente en las entrevistas que sostuvo con el autor. No guardaba documentos de ese tiempo ni había epistolario. Narval describió una infancia feliz transcurrida en un ambiente rural, en la pequeña finca de hortalizas de su padre situada a las afueras de Caracas, que les permitía una vida austera pero sin carencias materiales. Su padre era hijo de un emigrante canario y su madre una mujer muy humilde que se esmeraba porque su único hijo llegara a ser doctor (Alonso explicaba que en los países sudamericanos *doctor* no necesariamente significa médico, sino aquella persona con estudios o cierta importancia social). De este modo se trasladaron a la capital para que el muchacho estudiara bachillerato en un buen liceo, costumbre muy usual de la clase media venezolana en ese tiempo. José Eustaquio fue un excelente alumno del liceo Fermín Toro, y allí hizo amigos que luego fueron intelectuales de importancia. Alonso había viajado a Venezuela para ampliar estas informaciones, sin lograr demasiado. Por una parte, la mayoría de las personas citadas por Narval habían muerto, y, por la otra, los que pudo entrevistar no lo recordaban demasiado. Quiso corroborar las calificaciones escolares y tampoco fue posible ya que los archivos de años tan anteriores habían sido destruidos, hecho que le pareció inusitado.

Aquí hay que agudizar la lectura, el nombre de Gustavo Belisario, el poeta que había conocido en casa de Aída Machado, tiene que estar por alguna parte. Lo buscó en el índice de nombres y, ciertamente, Alonso lo citaba muy de pasada, como uno de los más jóvenes participantes de un grupo literario de los años cuarenta, aunque la mención formaba parte de una descripción general del ambiente cultural de la época y no permitía determinar la relación entre Belisario y Narval.

El capítulo clave es este, pensó Elvira: «La vuelta a la patria». Estaba precedido por una cita de un poeta venezolano, José Antonio Pérez Bonalde, que recordó había sido mencionado en la entrevista de televisión con Aída Machado. De acuerdo con

Alonso, en 1970 Narval viajó a Venezuela. El motivo que desencadenó el viaje fue la enfermedad de su madre, pues era hijo único y se vio obligado a asistirle, pero, más allá de esa circunstancia, en carta a un amigo explicaba que probablemente se quedaría un tiempo largo en Caracas. Argumentaba que, aun sabiendo que comprometía seriamente su destino literario, la penuria económica con la que apenas subsistía hacía imperativa esta decisión. Quería vender la finca de su padre, estaba situada en una zona que la expansión urbana había valorizado mucho, y para ello necesitaba tiempo. La madre murió pocas semanas después de su regreso y Narval se dio a la tarea de vender la propiedad que había heredado. Allí apareció Adrian Budenbrook.

No puedo creer que estoy leyendo su nombre en este libro, pero es cierto, aquí está, con todas las letras: «El empresario de origen vienés Adrian Budenbrook». Pablo Narval fue a verlo no con la intención de pedir una beca de la Fundación Budenbrook sino de proponerle la venta de su propiedad. Había escuchado que Budenbrook era un constructor muy conocido, y que su empresa estaba adquiriendo los terrenos que rodeaban los límites de la ciudad. Pensó que lo mejor era ir directamente con una oferta de venta sin intermediarios. Así, al menos, le decía al mismo amigo con quien había compartido la decisión de viajar a Venezuela. No se presentó ingenuamente sino bien asesorado del posible valor de la finca; sin ser demasiado grande, dos hectáreas, el dinero de la venta le permitiría vivir sin preocupaciones por un buen tiempo, tomando en cuenta que estaba más que acostumbrado a la escasez y que no era una persona que aspirara al lujo. Su único deseo era ser un gran escritor y no podía realizarlo si tenía que seguir trabajando como encargado de la boletería de un cine de la Plaza Cataluña. Tenía cuarenta y cinco años. Si no lograba subsistir sin ese empleo maldito, o cualquier otro parecido, su deseo pasaría a ser una aspiración incumplida. El amigo contesta que le parecía razonable y le deseaba toda la suerte del mundo.

Debo creerte, Pablo Narval, porque nadie podrá corroborar esto nunca. Aída Machado confundió el motivo de tu visita a la fundación, o, más probablemente, el propio Adrian le mintió para justificar lo sucedido. De acuerdo con el protagonista, se presentó en la oficina de Budenbrook con una carpeta que contenía el título de propiedad y la liquidación sucesoral del fundo El Rosario para proponer su venta directa, pura y simple. Adrian Budenbrook se mostró muy interesado y fue con él a visitar personalmente el terreno. Precisamente su constructora estaba comprando en la zona y no habían podido adquirir ese lote porque su madre se había negado sistemáticamente a venderlo. La propuesta que le estaba haciendo era la mejor noticia que había recibido en mucho tiempo, proyectaban un gran desarrollo de viviendas de interés social y sin ese terreno el obstáculo era mayor, pues partía por el medio toda el área de construcción.

Narval comprendió que la circunstancia aumentaba el valor, pero era tal su desesperación por vender que decidió sostener el precio inicial. Budenbrook lo invitó a almorzar en La Belle Epoque, un restaurante de una calidad que nunca había conocido, y con unos *whiskies* y un vino carísimo brindaron varias veces por el éxito de la negociación. Era muy sencilla. Narval era el único heredero, con los papeles en orden, estaba dispuesto a cerrar la operación tan pronto como fuera posible. De allí salieron de nuevo a las oficinas de Budenbrook para que su abogado arreglara las cosas. Este personaje le explicó los pasos legales, y en medio de la jerga profesional Narval comprendió que procederían en primer lugar a una opción de compra, recibiendo

quince por ciento del valor total y el resto unos días después. Le pareció lo usual y accedió. Sin embargo, había un detalle. Para efectos del impuesto convenía firmar por un precio inferior al real. No estuvo muy de acuerdo pero tampoco vio en ello un inconveniente grave. Y otro detalle más, el documento incluía la cesión total de la propiedad, lo cual, le insistió el abogado, no representaba ningún problema porque la constructora le emitiría un recibo solamente por el pago efectuado, de modo que era evidente, y de todo derecho, que restaba un saldo a abonar.

Pablo Narval, decía Alonso, mareado por el alcohol, ya que entonces era de costumbres abstemias, exaltado de alegría ante la rapidez con que todo había ocurrido, y con la perspectiva de que en pocos días podía volver a Barcelona con su futuro asegurado, no quiso esperar más. Le resultaba un poco extraño el asunto de la cesión total, pero supuso que eran términos jurídicos que ignoraba y no quería perder más tiempo. Aceptó y el abogado hizo que los funcionarios del registro se presentaran en menos de una hora, mientras tanto Budenbrook le ofreció un coñac que guardaba para ocasiones especiales. Ésa era la historia del despojo.

Lo que había aceptado era entregar su propiedad por quince por ciento de un monto que ni siquiera reflejaba el precio convenido. Cobró una cantidad irrisoria que apenas le alcanzó para sus gastos de estadía, pero las cosas no terminaban allí. Pasaron varios días y se presentó en la oficina de Budenbrook para reclamar el resto. Muy apenado Adrian Budenbrook le explicó que habían surgido problemas imprevistos que le obligaban a pedirle un plazo para poder hacerle efectivo el resto del dinero. Hizo delante de él la comedia de llamar a su administrador urgiéndolo a depositar el dinero lo antes posible, y colgó diciendo que era imperdonable lo ocurrido y que tuviera un poco de paciencia. Transcurrió otra semana y volvió a presentarse en la oficina (fue probablemente en esta ocasión cuando se produjo la discusión que Aída Machado había relatado) sin obtener nada, y regresó una tercera vez en la cual recibió la respuesta de que el señor Budenbrook había salido de viaje. Decidió poner el asunto en manos de un abogado y éste le dijo que había sido víctima de una estafa muy obvia. Había aceptado la cesión de propiedad con plazo indefinido para el resto del pago. Narval decidió proceder a una demanda y el abogado le advirtió que el proceso tomaría varios meses, sin ninguna garantía del resultado. Estás demandando a una empresa poderosa y a un hombre poderoso, le dijo. De todas maneras, quiso hacerlo. Dejó el asunto en manos del abogado y regresó. «Vuelvo a Barcelona –le escribió al amigo–, más pobre que nunca». Éste era el amigo que le había hecho el préstamo para el viaje, y que tuvo la generosidad de perdonarle la deuda; aunque, añadía Alonso, era mejor perdonarla porque de todos modos no podía pagar. Nunca se resolvió el litigio, y después de varios meses su abogado le escribió explicándole que era inútil continuarlo.

Elvira respiró hondo. Lo ocurrido era mucho más grave que la negativa de una beca, y la carta del abogado, citada por Alonso, confirmaba la veracidad de la historia. Quería seguir leyendo pero no daba más. Salió a pasear con Nevsky para aclarar las ideas.

De vuelta continuó la lectura hasta muy tarde. Varios capítulos se referían exclusivamente a la interpretación literaria de las novelas y los atravesó con rapidez hasta llegar a los últimos años de Narval. Sin embargo, no debía descuidar los detalles biográficos que se intercalaban con los críticos. Desde su regreso de Venezuela, anotaba Alonso, la suerte le cambió. Se encontró de nuevo en Barcelona buscando

algún mezquino empleo que le permitiera comer y alquilar una habitación, y que al mismo tiempo tuviera un horario compatible con algunas horas de escritura, cuando recibió una carta del editor Carlos Barral aceptando su tercera novela, *El naufragio*. Era, de acuerdo con el crítico, un libro muy importante en el que Narval utilizaba como protagonista a un escritor francés, militante del Partido Comunista, que preveía la decadencia de la Unión Soviética y profundizaba en la creencia ciega en el poder revolucionario de algunos intelectuales. Era un tema novedoso para el momento que desató muchas críticas y también curiosidad, y en pocos meses se convirtió en un éxito de ventas. Luego ganó el Premio Formentor y Pablo Narval pasó a ser un escritor frecuentemente reseñado, al que empezaron a llegarle ofertas de traducción. Entonces conoció a la que fue su agente literaria, y con quien ganó mucho dinero, María Escudeller.

Relataba su traslado a París y luego a Les Baux, y su conexión con personajes notorios de los círculos intelectuales franceses, aunque siempre, según los comentarios de los amigos, fue una persona retraída, poco dado a las reuniones, y muy reservado en su manera de relacionarse. Nunca tuvo hijos. Se casó por primera vez con una española que vivía en Francia, de la que se divorció al poco tiempo, y después con una francesa con la que mantuvo una relación más larga. Su separación ocurrió cuando comenzó a frecuentar a los Jeanloup; Hélène fue el gran amor de su vida y su muerte lo sumió en una seria depresión. No salía de su casa de Les Baux y rechazaba las invitaciones para giras literarias, conferencias, lecturas de textos. Esto produjo problemas con Escudeller porque las editoriales empezaron a exigir el compromiso del autor en los eventos promocionales y, muy a su pesar, tuvo que transigir. Estas obligaciones lo hacían profundamente desdichado porque le quitaban tiempo para escribir.

Finalmente Gerardo Alonso llegaba a *El hombre sin razones*, su novela más importante. Una meditación acerca del sentido de la vida, la fragilidad de toda identidad, la coraza con que los hombres tenían que defenderse del poder, y todo ello dentro de los sistemas totalitarios que aplastaban al individuo. Narval, a pesar de no serlo, era un gran escritor europeo. Había comprendido la tragedia del nacionalismo, el espíritu totalitario que amenazaba las conquistas occidentales, y con todo derecho se proponía escribir acerca de temas que hasta el momento habían estado vedados para los latinoamericanos. Renunciaba a todo exotismo (nunca lo había cultivado demasiado), a cualquier exageración de lenguaje, y escribía como un autor clásico sobre problemas universales. La novela ganó el Premio Médicis a la mejor obra traducida al francés, y abrió el camino para el Premio Cervantes.

El estudio de *El hombre sin razones* ocupaba un capítulo completo, titulado «El hombre razonable». Elvira pensó que debía leerlo cuidadosamente y buscó el correo electrónico de Judit en donde le había enviado sus comentarios de la novela y resumido la narración. Gerardo Alonso parecía coincidir bastante con Judit y esto resultaba muy valioso. Pisamos terreno firme, pensó. Pero el biógrafo iba más allá. Directamente afirmaba que el personaje estaba basado en el padre de Adrian Budenbrook, el hombre que le había estafado cuando se propuso venderle la finca. Se cuidaba Alonso, en una nota al pie, acotando que él personalmente no acusaba a nadie y se limitaba a relatar lo dicho por Pablo Narval. No conocía a ninguno de los personajes mencionados y no podía expresar sobre ellos juicios de ninguna naturaleza. Sin embargo, varias cartas de Narval a su amigo de Barcelona (el que le había prestado

el dinero para el viaje) corroboraban que, durante su estadía en Venezuela, y desanimado por completo de obtener una satisfacción legal de la estafa que había sufrido, hizo averiguaciones sobre su deudor en la búsqueda de otra estafa similar, o de algún «rabo de paja» (según la expresión venezolana) que le permitiera presionarlo y obligarlo a devolverle su propiedad o a pagarle el precio justo.

Esto coincidía con el comentario de Aída Machado, recordó Elvira, aunque ella pensaba que la furia de Narval era por el asunto de la beca. También Aída puede ser inocente. No decía Alonso si Narval había logrado su objetivo, parecía desprenderse que no era así, puesto que tuvo que regresar a España completamente derrotado, y «más pobre que nunca». Yo creo que sí logró saber, y mucho, de Adrian Budenbrook. Que no se lo contó a Gerardo Alonso es otra cosa. Quizá guardó su venganza para el final.

Lo que le esperaba a Elvira Madigan al terminar el libro fue más de lo que hubiera supuesto. Alonso conocía el manuscrito de su última novela inédita y, se quejaba amargamente, «perdida para siempre». Narval le había comentado acerca de ella, e incluso le había permitido leer algunos fragmentos. Estaba muy incompleta, dada su edad avanzaba lentamente, y Alonso reconocía que su calidad no era la misma, por lo que era lógico que no la quisiera dar a los editores hasta alcanzar una versión más cuidada. En esta novela Narval continuaba la saga de su protagonista anterior, el cónsul vienés en Caracas, y se detenía en el personaje del hijo, como una suerte de héroe decadente que comenzaba por aspirar a la reconstrucción del bienestar y reconocimiento de su familia en otras épocas, y terminaba por ser un hombre despiadado, ruin, sin escrúpulos morales de ninguna clase. Un hombre capaz de violar a sus propias hijas, de matarlas si era necesario. La estafa con la finca de hortalizas resultaba casi una travesura, pensó Elvira. ¿Cómo diablos logró Pablo Narval saber todo eso? De la misma manera en que todo en este país termina por saberse, se respondió.

El epílogo contenía una anécdota que probablemente Gerardo Alonso no podía comprender en la plenitud de su significado. Narval, después de la muerte de Hélène, no había vuelto a tener ninguna relación estable. Tenía más de setenta años, y acostumbraba reunirse con mujeres jóvenes, escritoras noveles que buscaban su apoyo, periodistas que ansiaban una entrevista, o muchachas del pueblo que él invitaba para que lo acompañaran en su soledad. Mencionaba con especial énfasis a «una joven venezolana que estaba muy interesada en su obra y que, según algunos decían, fue su amante».

Esa chica, pensó Elvira horrorizada ante la cantidad de chismes de los que un biógrafo es capaz, tiene nombre y apellido. Era Sofía Budenbrook. No puedo asegurarlo pero tiene que ser ella. Sofía leyó *El hombre sin razones*, comprendió que hablaba de su familia y decidió conocer al autor. No solamente lo visitó cuando se preparaba el homenaje, seguramente lo hizo antes. También María Escudeller había mencionado a una chica que lo visitó, ésa era la chica venezolana interesada en su obra, que, además, podía contarle muchas cosas de aquel hombre que le quitó la oportunidad de ser escritor, y que sólo recuperó porque un dios inefable quiso devolverle su destino. Hay una manera de probar lo que estoy pensando y cuesta mil dólares.

Llamó a Pellegrini y le dijo que al día siguiente le llevaría el documento 3 para contrastarlo con el documento A. ¿Cuántas páginas necesitaba?

–Doctora, con mucho gusto la atiendo, pero quiero recordarle que el resultado del análisis puede no ser el que espera.

–Eso lo comprendo.

–La vez pasada me pareció verla molesta por los resultados que le di, como si quisiera otra cosa.

–Discúlpeme, probablemente estaba preocupada con algún problema y la pagué con usted.

–A mi mujer le pasa mucho, que está de malas con su madre y la agarra conmigo. Le juro que a veces me saca de mis casillas, pero hay que entender.

–Estoy segura de que usted entiende. Tengo muchas presiones con el trabajo.

–Claro, claro. Nos ocurre a todos. Bien, pues la espero a las diez, y tráigame unas veinte páginas. No le voy a cobrar más, eh, sólo que para ir sobreseguro prefiero trabajar con una muestra grande. Con las muestras chicas a veces hay problemas.

Si Pellegrini encuentra coincidencias entre las páginas de la novela de Narval y el documento que Adriana encontró en el archivador de Sofía, quiere decirse que con toda seguridad Sofía Budenbrook y Pablo Narval se conocieron, ella le contó cosas de su padre y él le dio a leer fragmentos de su novela; de la novela por venir, en la que iba a relatar las infamias de Adrian. Se abre una bifurcación de posibilidades. Quizá Sofía vio en esa novela la denuncia de su padre, la realización de una venganza simbólica, pero también cabe pensar que actuó con ingenuidad relatándole al escritor su vida, y luego sintió horror de lo que había hecho. Cuando leyó la novela incompleta de Pablo Narval se dio cuenta de que había ido demasiado lejos. Elvira tuvo una imagen de cuando era niña y acudía al Sunday School en Fort Chipewyan. La imagen de Eva avergonzada por haber querido saber. El pecado de Eva no era, decía el reverendo Preston, un pecado contra la pureza sino contra la humildad. Eva quiso saber tanto como Dios. Sofía quiso saber tanto como el dios Narval y se presentó desnuda ante él. Le confió su saber y el dios Narval la expulsó del Paraíso. Su vida y la de su madre quedarían humilladas ante todos para siempre. Nada de eso ocurriría, por supuesto, salvo en la mente perturbada de esa niña.

Le escribió a Judit dándole las gracias por el libro y preguntándole si era usual que las biografías literarias relataran las más recónditas intimidades del protagonista. En algunos momentos le parecía que el profesor Gerardo Alonso inventaba los chismes. Judit le contestó diciéndole que no había leído nada; si quería saber lo que era hurgar en la vida de otra persona tenía que leer las biografías de Virginia Wolf. Le citó un estudio que dedicaba trescientas páginas a demostrar los traumas sexuales de Virginia, entre ellos que había sido abusada por sus hermanos. Elvira no tenía tiempo para eso, pero quedó tranquila. Alonso no mentía, sólo iba hasta el hueso.

En cuanto a Sofía, quizá, en un primer momento, quiso vengarse de su padre a través de una novela que, por cierto, él nunca leería. Pero luego quiso impedir que esa novela existiera, y cuando supo que su autor venía a Venezuela llegó a la conclusión de que debía matarlo. Lo que no creo es que lo hiciera sola.

Decidió esperar el informe de Pellegrini antes de hablar con Adriana. Si ese documento lo había escrito Narval, no solamente Sofía y él se conocieron, sino que

desarrollaron una relación lo suficientemente íntima como para que él le diera un fragmento de la novela que pretendía escribir. Pero, ¿cómo sabía Narval que Adrian mató a la niña de Sofía Vaiser? ¿Cómo lo sabía Sofía? Era demasiado improbable que su padre se lo hubiese dicho. ¿Leo Altman? Podía ser. ¿Aceptaría confesarlo? Tenía que agotar esa posibilidad. Lo llamó y Leo Altman aceptó su visita para más adelante, sin embargo, notó un tono reticente en su voz, como si no fuera demasiado bienvenida. Puso algunos inconvenientes con la hora y el día; estaba enfermo y tenía muchas citas médicas, probablemente se iba a mudar a un hogar de la comunidad porque necesitaba asistencia. Elvira no había observado ningún signo de enfermedad en sus encuentros anteriores, pero, naturalmente, a su edad cualquier problema podía surgir de improviso. Finalmente Leo Altman le dijo que esperara su llamada porque no podía comprometerse en aquel momento. A veces las personas mayores se ahogan en un vaso de agua, tiene una cita en la mañana y ya eso le ocupa el resto de la energía para el día, o no puede recibirme en la tarde porque está pendiente de que al día siguiente muy temprano tiene que hacerse unos exámenes. Le daré tiempo, además, no puedo hacer otra cosa.

Luego llamó a Boris, quería consultarle sobre cuál el precio estándar de un sicario. Cualquier suposición por su parte sería aventurada. Y en la sesión del martes le pidió a Adriana que chequeara los gastos de Sofía en los seis meses anteriores a su muerte. Afortunadamente la cuenta de Sofía tenía firma conjunta con Adriana y podía buscar los estados financieros rápidamente. También era necesario revisar las facturas telefónicas.

No resultaba fácil determinar cuál era su presupuesto ordinario. Algunos gastos se repetían sistemáticamente, tales como electricidad, teléfono, automercado, servicio de internet; otros eran erráticos, y los pagos de las tarjetas de crédito podían oscilar entre nada o mucho, dependiendo del mes. Lo más importante era buscar un retiro en efectivo, o un cheque pagadero a ella misma. Por poco que supiera de sicarios no le parecía probable que cobrasen con tarjeta de crédito. Efectivamente, Adriana encontró un retiro significativo efectuado la semana antes de su muerte: dos millones cobrados por taquilla. Las facturas telefónicas fueron determinantes. ¡Cómo no lo pensé antes! Había varias llamadas a Francia; consultó con la Cantv los códigos y correspondían a la región de Provenza. Es indispensable saber cuándo comenzaron estas llamadas. Adriana conservaba los recibos, y prometió hacer la búsqueda. La llamó por la noche para decirle que había varias llamadas a ese código durante el 2003 y 2004.

—¿Quién vive allí? —preguntó.

—Es el código de la región donde vivía Narval.

Elvira quería ir gradualmente adelantando información. Le quedaban pocas dudas de que Sofía Budenbrook le pagó tres millones a Tirolargo para que matara a Pablo Narval. No quiso contestarle más a Adriana, no era algo como para hablar por teléfono.

Por la mañana, más precisamente en la madrugada, sonó el teléfono. Era Boris diciendo que si quería podía pasar un momento. La esperaba en el automóvil en una media hora. Se puso un mono y bajó a la calle. Los faros del automóvil de Boris iluminaron la puerta del edificio.

—Móntese rápido, le doy la vuelta a la manzana mientras me hace la pregunta.

—¿Cree que Tirolargo pudo hacerlo por tres millones?

–Claro.

–¿No es como poco para matar a una persona a sangre fría?

–Más bien es mucho, se hacen esos trabajos hasta por menos de quinientos mil.

–Muy bien, entonces déjeme de nuevo en mi casa. ¿Cuándo quiere venir a cenar?

–La otra semana, ya le dije. Bájese, por Dios, que hace una hora tenía que estar fuera de cobertura.

Elvira odiaba esos momentos en que todo parecía detenerse. Tenía los hilos agarrados en la punta de los dedos y, sin embargo, era necesario esperar a que las evidencias cayesen como si fueran frutas que no habían madurado. Recordó a su abuelo cuando pescaban truchas en Fort Chipewyan. «Tensas el hilo y esperas. No puedes hacer que el pez muerda tu anzuelo, él tiene que querer hacerlo». Ese anzuelo lo lanzó el viernes. De momento voy en búsqueda del mejor *roastbeef* que se pueda encontrar en Caracas. Quiero macerarlo con tiempo. Y también un buen vino, una marca deslumbrante. Cerró los ojos cuando la máquina registradora escupió el precio. Tengo un par de gastos más y éste, creo, será el último por mi cuenta. Hizo otro, sin embargo, alquiló un automóvil para visitar a Xenia Vargas el domingo. Estaba segura de que Ingrid no aceptaría volver.

Recordaba bien el camino y apenas tuvo que preguntar la dirección una vez. El día estaba iluminado por un sol bondadoso y sintió un optimismo que hacía tiempo no experimentaba. También en Balzac había empezado el buen tiempo y era hora de pensar en su regreso. ¿Dónde pasar los noventa días en Canadá? Louise Alcott le había escrito diciendo que finalmente había acordado con su ex que el apartamento de Toronto le quedaría a ella, y le ofrecía compartir gastos y usar la habitación de huéspedes por el tiempo que necesitara. Ésta era la opción más barata. También Bob Sawyer le proponía que se quedara con él en Montreal; al parecer su relación con Amanda Dupuy se había roto. Otra buena oferta, pero la idea de un *revival* era amenazante. Ambos solos, y llegando a los cincuenta, pudieran ser circunstancias que sumaran a favor de un «pasemos juntos nuestros últimos años activos». No, entre Bob y Louise, era más segura la segunda. La tercera opción que podía prever era alquilar algo en Balzac. Últimamente habían construido unos condominios de cabañas para alquilar en el verano, cerca del lago, investigaría precios. Era la elección que más le gustaba, y siempre podría pasar unos días en Toronto con Louise y otros en Montreal con Bobby. Ser una turista en su propio país le pareció atractivo. Después tendría que decidir entre quedarse o volver a Caracas. Con sólo dos pacientes en marcha, y una de ellas con su objetivo casi resuelto, era demasiado riesgoso permanecer por más tiempo. No había podido rehacer su consulta, todas las promesas de Richard Wood resultaron incumplidas, y tampoco Ingrid había logrado remitirle nuevos casos. La balanza se inclinaba hacia el Norte. Louise le insistía en que Toronto estaba lleno de emigrantes hispanohablantes, incluso había encontrado «venezuelanos» (no lograba dar con el nombre correcto) como empleados en tiendas y supermercados. Podía ayudarlos como traductora. Tenían constantes problemas con los servicios médicos y las escuelas, o incurrían en transgresiones menores contra las normas del tráfico y del reciclaje de basura. Elvira estaba segura de que Louise tenía razón y de que encontraría trabajo suficiente. Irse era lo correcto, sólo que muy duro. Significaba reconocer definitivamente que sus padres y el viejo McLeod tuvieron razón cuando le

aconsejaron que no dejara su carrera en Toronto por un hombre llamado Santiago, a quien nunca conocieron, y en el fondo ella tampoco. Significaba decir que su vida hubiese sido mejor si no hubiera tomado la decisión equivocada. Pero estaba de buen ánimo y no quería darse latigazos con aquellas recriminaciones. Su vida en Perú, cuando llegó allí con Santiago, y después en Venezuela, cuando ambos comprendieron que no lograban subsistir en Lima, la había convertido en una persona distinta, capaz de vivir de otra manera, de descubrir que las personas no son solamente lo que han sido educadas para ser, y aceptar que su identidad había sufrido los suficientes cambios como para dudar de ella. ¿Cuándo, en Balzac, hubiese atravesado la circunstancia de pagarle a unos cretinos para que le entregaran información sobre el homenaje de un escritor asesinado, o a Quovadis para que le hablara de Sofía Budenbrook? ¿Cuándo hubiese esperado a la puerta de una sinagoga para seguir a un hombre de ochenta años y pedirle que le revelara sucesos ocurridos hacía cincuenta? ¿Cuándo hubiera sido invitada a un almuerzo en casa de Aída Machado? ¿Cuándo hubiese mentido la infinidad de veces que lo había hecho para llevar a cabo esta investigación? ¿Cuándo, en fin, se hubiera subido al automóvil de un comisario de policía, a las cuatro de la mañana, para preguntarle la tarifa de un asesinato por encargo? De haber sido siempre una psiquiatra con el consultorio en la Yonge Street de Toronto nada de eso habría ocurrido. Hubiera tenido más dinero, más seguridad y pagado un montón de plata en impuestos. Lo único que estaba claro era que no había destinos escritos y ella había aprovechado esa libertad. Su vida, hasta aquí, era una de las infinitas posibles, y hacia delante le quedaban muchas decisiones por tomar.

Llegó al centro de rehabilitación y le advirtieron que Xenia tenía derecho a una hora porque era la única visitante. También tenía autorización para recibirla afuera y pasear por las áreas verdes. Elvira llevó unos dulces y se sentaron a comerlos en los bancos del parque. La vegetación era hermosa y pasearon un rato, como si hubiesen elegido aquel lugar para pasar el domingo. Una monitora las cruzó y se detuvo unos instantes. «Qué bueno que vino a verte tu mamá», dijo. La madre de Xenia vivía fuera desde hacía mucho tiempo y no sabía nada de lo ocurrido. Xenia no quiso decírselo, guardaba demasiado rencor hacia ella.

Cuando se despidieron Xenia tenía una noticia para Elvira Madigan.

–Estoy en estado. Tengo ocho semanas.

–Pero, ¿cómo?

–Me hicieron un chequeo médico y la prueba de embarazo salió positiva. No hay ninguna duda. He decidido tenerlo.

–¿Cuánto tiempo más estarás aquí?

–En principio un mes más. Sin embargo, el doctor piensa que si voy a tener al bebé me puedo quedar más tiempo por seguridad. Pienso que estaré hasta el final del embarazo, y luego volveré a mi apartamento y continuaré viniendo al centro para la terapia. Me ocuparé del bebé hasta que esté grandecito y después buscaré un trabajo. También me gustaría terminar lo que empecé a estudiar, no soy mala con el diseño gráfico.

Elvira había pensado decirle que se iría un tiempo de Venezuela, pero le pareció que de alguna manera su presencia era importante.

–No me has preguntado de quién es.

–Es verdad, ¿de quién?

–Creo que es de uno de los chicos de Millenium, pero no le voy a decir nada, además no estoy completamente segura.

Nada indicaba que ese chico sería un padre proveedor, de modo que Elvira estuvo de acuerdo en que, si no tenía la seguridad, quizá lo mejor era dejarlo así.

Al regresar a su apartamento la señal de la contestadora titilaba. Era un mensaje de Leo Altman, mejor dicho, de una enfermera del Centro Médico que la llamaba de parte del señor Altman. Estaba muy grave y quería verla. Salió inmediatamente.

La habitación tenía colgado el cartel prohibiendo visitas pero ya estaba acostumbrada a que seguir las pautas no era siempre lo más conveniente. Tocó suavemente la puerta y nadie respondió. Se dirigió al puesto de enfermeras y se identificó como la persona que había recibido una llamada de urgencia para visitar a Leo Altman. La enfermera le dijo que entrara, probablemente se había adormilado y no la escuchó, pero estaba muy pendiente de que viniera. La visita debía ser corta.

Empujó la puerta y Leo abrió los ojos. Quiso incorporarse y Elvira lo ayudó.

–Abra un poco las cortinas, está demasiado oscuro.

–¿Qué problema tiene?

–¿Qué problema tengo? Un corazón que me está dando el último aviso.

Elvira no contestó. No lo veía tan mal, su voz era firme, la voz de Leo Altman siempre era firme, y la miró directamente a los ojos.

–Los médicos me dicen las tonterías que siempre dicen para sacar dinero, pero yo sé que de aquí no salgo. ¿Usted no cree que las personas sienten cuando van a morir?

Tampoco quiso comentarlo. Probablemente sí.

–En cualquier caso, si salgo de aquí será al hogar asistido, no puedo quedarme solo. Y tampoco será por mucho tiempo.

Una enfermera entró y ajustó el dispositivo del suero. Luego le dio varias pastillas y le acomodó las almohadas.

–Me tratan como a un príncipe. Claro, con lo que cobran...

–Eso no es lo importante, usted tiene los medios para pagar esta clínica.

–Es cierto. Tomé una decisión, mejor dicho, dos. Un hombre debe saber cuándo toma las últimas decisiones y hacerlo bien. Ser un mensch. La primera decisión es que voy a constituir un fondo para una beca, mañana temprano viene el abogado, espero estar todavía vivo. Beca Sofía Vaiser. ¿Qué le parece?, para ayudar a chicos judíos que no tengan cómo pagar sus estudios.

–Me parece magnífico, Leo.

–Eso creo. Es una manera de honrar su nombre.

–¿Y la segunda decisión?

–La segunda decisión es un regalo para usted. Me gustó mucho conocerla y que me diera la oportunidad de contarle tantas cosas que había llevado en secreto. Es duro callar siempre.

Por un momento pensó que le iba a dejar dinero y estaba segura de rechazarlo. No quería más herencia que la casa de sus padres en Balzac.

–Cuando hablamos yo le dije muchas cosas, supongo que la ayudaron en su investigación.

–Me ayudaron muchísimo, más de lo que se imagina.

–Pero no le dije todo. Hay algo que me guardé, puede ser importante o no, pero eso solamente usted lo sabe y yo no la he llamado para hacerle preguntas. Le conté lo que recordaba de la visita de Sofía Budenbrook, menos una cosa. Cuando ella vino la última vez y se puso tan furiosa porque no le decía quién era su padre, yo le dije: no puedo decirte algo que no sé. Ella me insistió, estaba verdaderamente descontrolada, y me gritó llorando que le dijera todo lo que sabía de él. Tío Leo, tú lo sabes todo de mi papá, dímelo. Entonces le dije la verdad, le dije que tuvo una hija con otra mujer que no era su esposa, y que él mismo la había asfixiado con sus manos. Enseguida me arrepentí, me estaba vengando de Adrian hiriendo a una niña inocente. Salió como una loca de mi casa. No he debido hacerlo. Nunca he debido hacer esto. Pero lo hice.

–Le aseguro que ahora no tiene nada de qué arrepentirse.

–Yo creo que está bien así, usted sabrá para qué sirve lo que le he dicho.

Elvira prometió volver a visitarlo, pero cuando regresó a cumplir su promesa le informaron que estaba en terapia intensiva y no le permitieron verlo.

Mientras Vera Gerber hablaba miraba el reloj con impaciencia. Quería tener tiempo suficiente para vigilar el horno. La cocina de su madre tenía dos hornos, en uno hacía el *roastbeef* y en el otro el *pumpkin pie*, pero éste no era el caso. Colocó el biombo cerca de la puerta del salón, luego enfrió un rato el vino, como había observado que hacía Richard Wood, y se tomó dos ginebras, una detrás de otra. Había llegado el momento. Nada podía fallar.

Sonó el intercomunicador y era Boris.

—¿Trajo el grabador?

—Claro, ¿no quedamos en eso?

—Chequeando.

Condujo a Boris al consultorio y Nevsky ladró un poco, pero lo recibió sin problemas.

—Luego le traigo algo de comer.

—¿No tiene una cervecita?

Elvira regresó con dos cervezas y unos quesitos con pan.

—Puede poner la televisión, diré que al perro le gusta.

Boris cerró la puerta por dentro. Elvira se apostó en la ventana de la sala y se quedó mirando la calle, era de una sola vía, de modo que era imposible no observar cuando llegara. Por fin escuchó el intercomunicador. Lo recibió efusivamente y se sentaron en el sofá. Inmediatamente sirvió el vino y unos aperitivos. El libro de Gerardo Alonso estaba sobre la mesa.

—Caramba, no lo conocía. ¿De dónde sacaste este libro?

—Lo pedí a un amigo que vive en España. Parece que ha tenido mucho éxito, es una biografía muy completa.

—¿Ya la leíste?, ¿me la puedes prestar?

—Por supuesto. Me gustaría comentarla contigo, un conocedor de la vida de Narval.

—Suenas excesivo, me he interesado por investigar un poco acerca de él, nada más.

—Pero en la conferencia pude escuchar que sabías muchas cosas.

—Ah, ¿te interesó la charla? No nos habíamos visto después.

—Me fascinó. Lo que no sé es por qué no hablaste de la amistad entre Narval y tu padre.

—Creo que apenas se conocieron.

—Alonso no piensa así.

Dejó un silencio y él trató de aprovecharlo para cambiar de tema, pero Elvira era un perro dispuesto a que nadie le arrebatara el hueso.

—Este señor dice que tu padre fue muy amigo de Narval, y en un viaje de tu padre a Madrid se vieron mucho. A tu padre como que le gustó una noviecita de Narval y eso lo enfureció.

—Puede ser. Papá era muy fiestero —se rió—. No debería decirlo pero la verdad es que mi madre tuvo que aguantarle mucha sinvergüenza.

—Y dos años de cárcel.

–No, papá nunca estuvo preso. Bueno, a lo mejor se lo llevaron a la jefatura por alguna borrachera y pleitos de bar, papá contaba de esos bares en la Caracas de los cuarenta...

–Esto no era un pleito de bar, sino mucho más grave. Narval no era demasiado leal con los amigos, me parece, y se le ocurrió decirle a no sé quién que tu padre conspiraba contra la dictadura.

–¿Eso dice este libro? Te aseguro que tiene mucha imaginación. Oye, es una conversación poco grata, pasemos a otro tema, te lo pido.

–Creí que te interesaría.

–Elvira, disculpa, pero se supone que me invitaste a cenar para pasar un rato agradable.

–Tienes razón, vamos a cenar.

Elvira entró en la cocina y sacó el *roastbeef*. Lo sirvió y comieron alabando su preparación. Habían tomado muy rápidamente y buscó otra botella, trajo su copa servida con vino y con una pastilla de Amital diluida. Con tal de que no se me duerma, solamente quiero aflojar un poco las defensas. Era necesario esperar unos quince minutos. Los dedicó a contar la exploración que había hecho en diferentes supermercados hasta dar con el vino correcto. Discutieron las dificultades de equilibrar calidad y precio.

–Eso que cuenta Alonso es verdad –dijo al cabo de un rato.

–No me imagino que mienta, un profesor tan serio.

–Mi padre estuvo preso por su culpa, yo no había nacido entonces, mi madre se quedó sola con mis dos hermanos mayores y las pasó muy mal. Después lo soltaron, pero ella decía que nunca fue el mismo.

–No es para menos, y un hombre joven que quería ser escritor...

–Papá fue un escritor muy mediocre, no creo que tuviera talento. Sólo la ilusión de ser escritor, una ilusión provinciana, no sé si entiendes eso. Una ilusión de un joven que venía de un hogar ilustrado, muy respetado en su pueblo, y que vino a Caracas a triunfar. A ser escritor en Caracas. Publicó algunas cositas, y luego, cuando Narval, que no era Narval entonces, se fue a Madrid, papá quiso irse también. Por eso hizo el viaje, quería ver si tenía posibilidades de quedarse allí, pero no era la misma situación, estaba casado y con dos hijos pequeños, mi madre no hubiera aceptado irse a pasar trabajo, más del que ya pasaba. Y ocurrió eso que cuentan ahí. Papá era muy enamorado, no podía ver delante a una mujer sin pretender acostarse con ella, y por lo visto le gustó esa novia que tenía Pablo y le echó los perros. Pablo fue una mierda de persona.

Elvira le sirvió otra copa.

–Una mierda de tipo, un hombre infame. Merece lo que le pasó. Encima iba a ser Premio Nobel, ¿no te jode? Premio Nobel, José Eustaquio Cruz.

–Estuvo muy cerca.

–No me extraña, quién sabe las marramucias que hizo para que lo candidatearan, dárseles de exiliado, de heroico. Mi padre sí era un hombre de ideas, estaba en la resistencia y Pablo lo sabía. Un empujoncito y cayó. Sírveme más vino.

Elvira estaba tranquila, había comprado cuatro botellas y una de *whisky*.

–Sin querer decir que era un héroe, pero, de acuerdo con este libro, tuvo muchas dificultades de dinero.

–Como todo el mundo, ¿quién era José Eustaquio Cruz?, nadie, un hombre sin un maíz que asar, como decía mi abuela. Pero luego hizo una fortuna, entre los premios y los libros terminó siendo un hombre rico. *Rich and famous*, ¿no se dice así?

Elvira se rió.

–Nunca he tenido facilidad para los idiomas, admiro el buen español que tienes.

–Hay una anécdota muy terrible que cuenta este profesor. Parece que le quiso vender la hacienda de su mamá a Adrian Budenbrook y lo estafaron.

–Hacienda es mucho decir, unas tierritas que le dejó su padre en Charallave.

–Pero si era todo lo que tenía, imagínate lo que fue para él que lo estafaran. Como para odiar a Adrian Budenbrook toda la vida.

–No sé si lo estafó o no, a mí Adrian me parecía un caballero, pero sí es verdad que Pablo lo odiaba. Lo odiaba a muerte. Era un hombre sin olvido, capaz de odiar hasta el final. Sírveme un *whisky*, estoy harto del vino.

Se levantó al baño y Elvira le sirvió un trago cargado.

–Yo tuve la ingenuidad –dijo sentándose de nuevo–, imagínate si uno es pendejo, de pensar que Pablo Narval me debía algo, que de alguna manera él estaría dispuesto a resarcirme, a resarcir a la familia de Luis Emilio Orozco por el daño que le había hecho, y le llevé unos libros míos. Vivía todavía en París, y yo era un carajito de veintipico de años. Tuvo a bien recibirme, Pablo Narval, en el café que quedaba en la esquina de su casa, durante media hora. No te exagero, viajé a Francia, gastándome el dinero que no tenía, y el carajo me recibió media hora porque estaba muy ocupado. Tenía cita con su traductor. Le entregué los libros, o sea, un libro publicado y otro inédito, y me dijo que me escribiría cuando los leyera. ¿Tú crees que se le olvidó? No, no se le olvidó. Como a los tres meses me llega una carta, con cuatro líneas, diciendo que no había leído algo más malo en su vida, que me dedicara a cualquier cosa pero que no tratara de ser novelista. Eso decía la carta de Pablo Narval.

–Un juicio apresurado, sin duda.

–Un juicio no, una manera de eliminarme, no quería otros talentos a su alrededor. Eso mismo se lo hizo a otros, lo sé con seguridad porque con el tiempo la gente fue hablando de Pablo Narval, y todos coincidían, la misma cartica para desanimar a los jóvenes. Quería ser el único autor venezolano, que más nadie supiera que existían otros. Algunos se arrecharon, por supuesto, y le contestaron furiosos, o aprovechaban cualquier oportunidad para desacreditarlo. Yo no. Yo me mantuve en silencio.

–Para vengarte cuando fuera el momento.

La miró sorprendido. Quizás asustado.

–Para vengarme, sí.

Elvira pidió excusas y se levantó, tocó suavemente la puerta de la habitación. Boris salió y se colocó a una distancia prudente de la sala. Cuando Tomás se levantó de nuevo al baño Boris se escondió detrás del biombo.

–Yo creo que Sofía Budenbrook también quería vengarse. Esa novela que Narval iba a publicar decía cosas terribles de su padre.

–¿Cómo sabes eso?

–También lo dice este libro.

–Ya. Tengo que leerlo, sin falta. Ella estaba obsesionada con Narval. Yo le presté *El hombre sin razones* y ella se empeñó en que hablaba de su familia, y lo fue a visitar. A ella sí la recibió con todo el tiempo del mundo; a gato viejo, ratón tierno. Le

gustaban las carajitas, y Sofía podía ser muy seductora. Te lo digo con conocimiento de causa. Ella era una mierda también, no te vayas a creer.

–También merecía la muerte.

–Claro que la merecía, entre otras cosas, me costó el matrimonio. Hizo todo para que Corina se enterara de nuestra relación. Y con Narval se le metió en la cabeza que lo iba a matar, que ella tenía que impedir que destruyera el honor de su familia, y no sé qué vainas. Ella misma le contó que su padre había matado a una niña que tuvo con otra mujer, y luego entró en pánico cuando pensó que Narval había metido eso en la novela.

–No sólo lo escribió, sino que se lo dio a leer a Sofía.

–¿Cómo sabes eso? Es imposible.

–No lo es, te lo aseguro. Narval quería que sufriera, que tuviera la prueba de quién era su padre. Aunque, en realidad, nada probaba. Era sólo una historia, pero Sofía la creyó. La creyó al punto de sentirse con la misión de matarlo. Pero, qué difícil, ¿no?, ¿tú crees que ella organizó lo del francotirador y todo eso?

Se sirvió más *whisky*. Tenía los ojos desencajados.

–Tú eres psiquiatra, tú no puedes decir las cosas que te cuentan.

–Por supuesto que no. Yo creo que tú me quieres decir que Sofía Budenbrook te buscó a ti para que la aconsejaras de qué manera eliminar a Pablo Narval. Y te dijo que conocía a un malandro que se llama Yomfry Noriega, y tú le dijiste que se necesitaba otro tipo de persona para hacer eso, y que seguramente ese Yomfry sabía quién. Llegaron a la conclusión de que el mejor momento era el homenaje, pero Joanna Macari inventó lo de los pases electrónicos y se planteó un pequeño obstáculo para que pudieran entrar por las buenas, sin llamar la atención. Y tú le dijiste que llamara a Aída Machado, que ella se las conseguía sin problemas.

–Eso es verdad, pero no tuve más nada que ver. Ella arregló todo con esos malandros, tenía mucha plata, pagarles no era nada. Y era ella la que quería eliminarlo.

–Era ella, así es. Y, al fin y al cabo, para ti era como vengarte a través de otra persona. Ése es el tema de la novela que me regalaste, ¿no?, un hombre que quiere matar a otro y no se atreve a hacerlo hasta que consigue a alguien, convenciéndolo de que en realidad es él quien quiere hacerlo. *El intermediario*. Bastante buena, me la leí en dos días.

–Yo no convencí a Sofía de nada, ella estaba empeñada en matarlo.

–No lo sabremos nunca. Ya no tiene importancia. Lo que no entiendo es por qué la mataste a ella. ¿Para que no hablara?

–Pero, bueno. ¿Esto es un interrogatorio policial? Yo me voy de aquí.

Se levantó y las piernas le fallaron, se dejó caer de nuevo en el sofá.

–Era una puta, una grandísima puta, una coño de su madre...

Por un momento Elvira temió que se abalanzara sobre ella, pero no lo hizo.

–En medio de la confusión que se produjo con el disparo que mató a Narval tú te levantaste y fuiste adonde estaba Sofía Budenbrook. Se te ocurrió usar una daga, como si fuera un arma de utilería para *Macbeth*, porque sabías muy bien que ella fue Lady Macbeth, ¿no es así?, y le diste un golpe literario al asunto. A lo mejor así culpaban a Quovadis. Y matabas dos pájaros de un tiro, porque ella te dejó por él y sufriste mucho. Si la policía se ponía a averiguar, el sospechoso perfecto era Enio López, nada menos que la persona a quien Sofía atropelló premeditadamente y delante de varios testigos. Estaba muy bien para una novela de P.D. James, pero en la realidad

ni los testigos declararon ni la policía averiguó nada, ni nadie supo que Quovadis existía. No eran lectores de Shakespeare.

Tomás tuvo una reacción extraña, comenzó a reírse sin que pudiera detenerse.

—¿Cómo coño sabes todo eso?

—Sé más, pero quiero que tú me lo digas.

Estalló en llanto.

—Yo no había pensado matarla, de verdad que no se me había ocurrido. La odiaba pero no para eso. Y entonces llega Pablo a Caracas y me llama. Yo pensé que quería verme, que a lo mejor estaba interesado en mí, que ahora que iba para el Nobel me quería ayudar, al hijo de su amigo, al que metió en la cárcel. Y fui al hotel. Subí a la habitación pensando que era una conversación entre escritores. Me dijo que había leído mis últimos libros, que eran magníficos, que él podía ayudarme, pero tenía que irme a vivir a Europa; si no era así, no podía hacer nada. Y con qué dinero me voy yo para allá, le dije, si de vaina me alcanza para el diario. Entonces me dijo que él me pagaba todo lo que hiciera falta, que yo era como un hijo para él, que él no tenía hijos, y quería ayudar al hijo de su mejor amigo. Pero yo tenía que hacerle un favor, cobrarle una deuda. Le dije que sí, que claro que podía hacer eso, yo pensé que era una deuda de plata, y entonces él me dijo cuál era la deuda. Era muy sencilla. Él tenía planeado el momento culminante del evento, se iban a apagar todas las luces, varios minutos, mientras él entraba en el salón. Yo tenía que aprovechar esos minutos muy bien, y sentarme al lado de Sofía Budenbrook, y hacerlo en silencio. Yo no quería, no había pensado eso nunca, pero fue como si Pablo me hubiera leído el pensamiento, me daba miedo de que ella fuese a hablar después, y quedara yo culpable del asesinato de Pablo. Yo no sé qué me pasó, era como si yo no fuera yo, y lo acepté. Pero tenía que pagarme antes, él no quería, por supuesto, era muy zamarro, pero le dije que si no era antes no había trato. Me hizo una carta de recomendación para su editor y un cheque. Todo falso. La carta estaba dirigida a una persona que no está más en la editorial y el cheque no tenía fondos.

—Es una curiosidad personal, ¿por qué te pusiste a escribir maravillas de Narval y a dar conferencias para alabarlo?

—No lo sé, empecé a sentir miedo. Un miedo como no había conocido nunca, un miedo de que él me estuviera persiguiendo, y adonde fuera me encontraría. Como un fantasma asesino que seguiría mis pasos toda la vida. Quería hablar bien de él, decirle a todo el mundo que yo admiraba a Pablo Narval, sacarme ese miedo de encima. No puedo vivir con ese miedo. No te imaginas lo que es sentirlo todas las noches, a cada momento. Cuando vi ese biombo lo sentí, pensé que detrás estaba un fantasma. Yo creo que me estoy volviendo loco, yo no soy un asesino.

Tomás Orozco se levantó.

—No te vayas sin mí porque abajo están los muchachos, y si sales solo te caen a coñazos —dijo Boris Salcedo.

Elvira quiso acompañarlos, pero Boris lo impidió.

—Quédese quieta, no vaya a ser que a última hora meta la pata.

Desde arriba escuchaba sus gritos:

—¡Yo no soy un asesino, yo no soy un asesino!

Tampoco Yomfry Noriega se considera un asesino porque él no iba a disparar. Me pregunto si hay una diferencia entre matar y ser un asesino. Quizá no valga la pena la pregunta. O debería releer *Macbeth*. Esto pudo ser una pobre parodia, «una historia

contada por un tonto». Pero esa historia llevó a Pablo Narval a la muerte. La historia de un hombre que no se considera un asesino, y sin embargo es capaz de matar por su mediocre ambición que confundió con la venganza. «No se pierda en elucubraciones, doctora Madigan –le dijo McLeod–. Usted logró su cometido y eso es lo que importa».

Midió muy bien lo que le iba a decir a Adriana. No quería detalles morbosos, y al mismo tiempo era difícil relatarle la confesión de Tomás Orozco sin ellos. Optó por corroborarle, en primer lugar, que Sofía había sido la autora intelectual del homicidio de Pablo Narval. Adriana estaba preparada para escucharlo, ya le había adelantado varios datos, y el último era que Pellegrini encontró plena coincidencia entre el documento de la historia familiar y el texto de la novela inédita de Narval. No había dudas en que, primero, se habían conocido lo suficiente como para que él le entregara un fragmento (omitió la suposición de que probablemente tuvieron relaciones), y, segundo, Sofía conocía el contenido de la novela. ¿Por qué Narval quiso hacerlo? Quizá comenzó su venganza haciéndola sufrir, y luego se despertó en él la urgencia de ir más lejos. Matar simbólicamente resultó insuficiente, necesitaba matarle una hija a Adrian Budenbrook, igual que lo había hecho él (omitió esta frase también).

—En ese fragmento se utilizan nombres reales, ¿usted cree que iba a publicar la novela sin cambiarlos?

—Lo más probable es que los cambiara, se hubiera expuesto a una demanda, creo que se lo dio tal como estaba escrito para hacerla sufrir. Y eso la desajustó completamente. Sin saberlo Narval escribió su propia muerte.

—No es un consuelo, pero quiero pensar que ella estaba loca de verdad. Es la única manera de explicarme esta monstruosidad.

Elvira no estaba demasiado segura del diagnóstico de Sofía, aunque en una experticia en Canadá probablemente no hubiera sido declarada incapaz de distinguir entre el bien y el mal.

—Era una persona muy perturbada, gravemente perturbada.

—Todo es tan terrible, Tomás fue amigo de la familia, mi padre lo apreciaba mucho, yo me reunía con él y con Corina a cada rato. ¿Cómo podía nadie pensar que Sofía fue su amante?, pero, sobre todo, ¿cómo puedo pensar que él era capaz de matarla? No es un hombre violento, siempre se ha comportado como una persona decente.

—Narval le inculcó un veneno y se activó dentro de él. También tenía miedo, es un hombre cobarde, y probablemente pensó que, si a Sofía la agarraban, de alguna manera le iba a echar la culpa a él. Había demasiados testigos, Yomfry Noriega, Tirolargo. No podía estar seguro de que Sofía no hubiese confiado en alguien más. Muchas personas en capacidad de culparlo, aunque, en realidad, su complicidad no era tan grave. No tomó ninguna acción concreta, se limitó a darle a Sofía la idea de cómo hacerlo. Quién sabe si fueron a visitar el hotel y allí pensaron en la idea de un francotirador. Supe por Xenia que Sofía estuvo trabajando un tiempo en la organización del homenaje, parece que era algo así como ayudante del que iba a tomar el video, pero a última hora desistieron porque Narval no quería. Se me ocurre que pudo conocer bien el local, revisar la sala de proyección. Por supuesto que Joanna Macari no mencionó nada de esto, quedó en pánico, y no quiso decirme que la joven que mataron ese día estuvo un tiempo contratada por la organización.

—Fue un crimen premeditado, bien pensados todos los pasos.

Elvira hubiese querido negarlo pero era imposible.

—Sigo sin entender por qué Tomás hizo eso.

–No podemos entrar en la oscuridad del alma, Narval le puso esa tentación y no resistió. Espero que lo condenen.

–¡Quién sabe! No me extrañaría que lo suelten por falta de pruebas.

–La grabación no se considera una prueba concluyente. Efectivamente, estaba borracho, y drogado por mí, son atenuantes, me imagino. Puede decir que no sabía lo que decía, que todo es una ficción, una conversación de borrachos, y reconstruir las evidencias es completamente imposible. Ya todo esto me lo advirtió Boris.

–¿Quién es Boris?

–Boris Salcedo, el comisario.

–No sabía que habían trabajado juntos, pensé que estaba sola.

–Imposible, sin él no hubiera podido.

Hicieron una pausa.

–En fin, Adriana, con respecto a lo que querías saber, la razón por la cual necesitabas mi ayuda, creo que hemos llegado al final.

–Es curioso, empecé esto porque no podía vivir sin saber quién lo había hecho, y ahora me parece que eso era lo menos importante. Lo que descubrí fue, ¿cómo dijo antes?, la oscuridad del alma, la de mi padre, la de mi hija, y la mía.

–Es inevitable que todo esto te lleve de nuevo a la culpa. Piensa bien si es la tuya, o llevas su oscuridad dentro de ti.

–Lo pensaré. En todo caso, si no fui responsable de mi padre, lo fui de ella. Y no lo supe hacer.

–Nada de lo que fue su vida explica que cometiera un crimen. Muchas personas tienen circunstancias más difíciles y llegan a ser excelentes seres humanos.

–Sofía tuvo un origen vergonzoso, pero también muchas condiciones favorables. Y mi madre no es tan mala mamá como a veces yo la pinto. Fue con ella igual que con todos nosotros. Con sus luces y sus sombras. En cuanto a Adrian Budenbrook, no sé cómo suena esto, pero yo lo admiré mucho, y también lo quise. No puedo del todo cambiar mis sentimientos. Quizá mató a esa niña, o quizá la bebé tuvo una muerte súbita, en alguna parte he leído que eso puede ocurrir, los bebés mueren de pronto sin que haya una causa establecida, y, si estafó a Narval o no, me queda la duda. Según me explicaste eso lo cuenta el biógrafo basado en una entrevista, no hay ninguna prueba. Siempre escuché a todo el mundo hablar bien de mi padre, lo describían como una persona muy ambiciosa pero honesta en sus negocios, y que ayudó a mucha gente con la fundación. Partió mi vida, pero, en lo demás, no me toca juzgarlo. No sé qué pensar.

–*Count your blessings* –dijo Elvira antes de terminar la sesión.

No sabía qué hacer con el apartamento. Venía dándole vueltas al asunto sin tomar totalmente la decisión de quedarse en Canadá, aunque algo le decía que sí la había tomado. Venderlo apuradamente podía ser un mal negocio, y alquilarlo a distancia era comprar un dolor de cabeza; se imaginaba inquilinos que no pagaban la mensualidad o maltrataban las cosas, o exigían mejoras. Boris Salcedo le brindó una solución. Su chica y él habían decidido vivir juntos y el apartamento que había alquilado después del divorcio era una porquería. No quería meterla allí. Estaba mal situado, en una avenida peligrosa, llena de basura y de malandros; además, era demasiado estrecho, un solo ambiente con la cocina integrada, una cocina que la chica odiaba. Era tan pequeña que el primer día que la vio dijo: «parece la cocina de la Barbi». Le proponía alquilarle el suyo mientras Elvira decidía con calma. Parecía una buena salida.

Ahora apenas tenía tiempo libre, los detalles para la emigración de Nevsky eran complicados porque la embajada exigía muchos requisitos. Debía ser examinado por un veterinario certificado, obtener una suerte de pasaporte para animales, comprar un *kennel* especial para aviones. Era demasiado grande para viajar en la cabina y había que dormirlo varias horas, eso le preocupaba mucho. Por otro lado quería despedirse de todos sus amigos, de las personas que la habían ayudado en este tiempo, y se le ocurrió que sería más práctico hacer una fiesta de despedida que verlos uno a uno. No estaba muy segura de cómo resultarían juntos Aída Machado y el hijo de la noche, o Richard Wood y Joanna Macari, pero, después de consultarlo con Ingrid, llegó a la conclusión de que era lo mejor, aunque por momentos pensaba que lo mejor era sencillamente no despedirse de nadie. Finalmente decidió reservar una mesa en el Zia Teresa con un menú fijo. Tenía buenos precios y la pasta era muy sabrosa. Al hijo de la noche le pareció genial y prometió que el grupo haría un recital privado. Boris Salcedo vino con su chica, sin decir su profesión para no alarmar a nadie. Cuando terminaron Elvira se retiró contenta, le parecía que dejaba unos amigos a los cuales volver en caso de necesidad, y todos, como era lo esperable, le insistieron en que lo hiciera pronto.

Quedaban algunas despedidas especiales. Vera Gerber sentía que había obtenido una experiencia invalorable y lamentaba mucho perderla. Consideró que quería continuar su tratamiento y que buscaría a otra persona. Adriana era otra cosa.

—Usted cambió mi vida. Me trajo mucho dolor, pero también una cierta tranquilidad, la de saber que tengo derecho a vivir conmigo misma. Dicho así parece algo demasiado sencillo, supongo que la mayoría de las personas asumen ese derecho. Yo no me había dado cuenta de que no lo tenía. Vivía como si no estuviese dentro de mí. Como si vivir en el cuerpo de Adriana Budenbrook fuera habitar un lugar execrable. ¿Le parece tarde empezar a ser Adriana Budenbrook a los cuarenta?

—Me parece el mejor momento.

—Decirle que la echaré de menos no es suficiente. Verdaderamente no se me ocurre ninguna sustitución posible. No quiero volver a contar las cosas, no quiero compartirlas otra vez porque son odiosas. Nadie merece escucharlas. Me basta con saberlas, y haber saldado las cuentas. Sé que me quedan debiendo, pero al menos es una certeza. Pienso que viajaré a Viena pronto, después que entregue el trabajo de ascenso, y trataré de reconciliarme con mi madre. Trataré de pensar que ella fue inocente y que hizo lo único que sabía hacer. Wolfgang me insiste que pase el verano

con ellos, quieren hacer un viaje a los países de la Europa oriental en automóvil, y me parece atractivo. No sé, son planes.

–Escríbeme de vez en cuando, me gustará saber de ti.

–Hay algo que me dolerá para siempre, ¿sabe?, después de Sofía quedé imposibilitada para tener un hijo. Una hija, como yo la tuve, fue una transgresión que no puede ser perdonada. Mi cuerpo quedó prohibido para siempre. Como si fuese un lugar que nadie debería habitar. Ahora lo lamento. ¿Usted cree que sería acertado buscar una adopción?

A Elvira le cruzó una idea. Le pareció que ya la había pensado pero era ahora cuando la veía con claridad.

–Xenia Vargas, la mejor amiga de Sofía, va a salir pronto del centro de rehabilitación. Está embarazada y quiere tener el bebé y vivir sola. Ha avanzado mucho en su recuperación, pero no estoy del todo segura de que esté en condiciones de realizar su plan. Su padre es inexistente, aunque por lo menos pagó el tratamiento, su madre no sabe de ella desde hace años. No tiene amigos porque debe separarse de todo lo que la unía a la droga. Es una chica muy frágil, muy vulnerable. Tú no has vendido el apartamento de Sofía, ella podría vivir allí, y tú continuar tu vida independiente, pero a la vez con la responsabilidad de cuidarla y de guiarla.

–No sé si yo soy la persona más indicada para guiar a otra.

–Estoy segura de que sí. Y creo que ella lo aceptará. Quería mucho a Sofía y tú serías una continuidad de ese vínculo.

–Lo pensaré –dijo Adriana.

Elvira sabía que cuando prometía pensar algo era una manera de aceptarlo.

Louise Alcott se puso la bufanda y las botas y la llamó. Habían planeado ese sábado ir de compras a un *mall* fuera de la ciudad para buscar un montón de cosas que Elvira necesitaba para su nuevo apartamento.

Cerró la computadora y se terminó de vestir. Ahora soy traductora de inmigrantes en una oficina del gobierno, una nueva identidad, y bastante difícil. No me hubiese imaginado nunca la cantidad de problemas legales que esta gente padece, y el sufrimiento que les produce no dominar la lengua. Estaba traduciendo un documento para una familia ecuatoriana que había sido desalojada de su casa –dos habitaciones en un barrio marginal de Toronto– por no haber cumplido con las mensualidades. Si se quedan en la calle tendrán que ir a un refugio para *homeless*, y del refugio a la deportación no hay más que un paso. El marido era jardinero en verano y apaleador de nieve en invierno, pero la esposa había perdido el trabajo de lavar platos en un restaurante chino y tenían tres niños. No pensé que regresaría a seguir en medio de los problemas del Tercer Mundo, pero, por lo visto, es mi destino. Aspiraba a entrar como consejera en un servicio psicológico y obtener un mejor sueldo, pero no lo había logrado todavía. A veces sentía nostalgia de su apartamento de Caracas y se consolaba pensando que Boris y su chica eran felices en él. Nevsky, en cambio, estaba encantado en Toronto, su pelaje era completamente acorde con el clima, y allá sufría constantemente de calor.

Todo está en orden. Adrian Budenbrook tenía razón en eso. El orden es la belleza del mundo. Salvo que no puede imponerse. El orden llega como una consecuencia, que se pierde y se rescata. Él quería el mundo como su voluntad y terminó siendo un asesino. Sofía era como él, quería que el desorden quedara oculto y fue capaz de matar por eso. Pablo Narval y Tomás Orozco pensaron que podían restablecer el orden de sus agravios, pero la venganza no recupera el orden, introduce un nuevo desorden. El orden ahora es comprar algunos indispensables para vivir independiente. Louise forma parte del orden de mi vida, mi mejor amiga de la secundaria de Balzac, mi mejor amiga en la edad madura. La quiero mucho pero no me imagino toda la vida compartiendo el apartamento con ella.

Salió afuera a esperarla porque no era una avenida en la que se pudiera estacionar.

–¿Mucho trabajo?

–Sí, por suerte.

Llegaron al *mall* y se perdieron en las tiendas de artefactos domésticos y ropa de casa. Luego tomaron un chocolate caliente, como hacían cuando eran niñas, y regresaron a la ciudad.

–¿Segura que no quieres pasar un rato por mi casa? Vienen unos amigos.

–Segura. Quiero poner en orden todo lo que he comprado.

Estaba mintiendo. Quería ver de nuevo las fotografías que Adriana le había enviado. Abrió la computadora y se sirvió una ginebra. Se quedó un largo rato mirando las imágenes. Adriana, Xenia y el bebé. Xenia y el bebé. Adriana y el bebé. El bebé solo en distintas posiciones. Es muy gracioso y se ve muy despierto. Se llama Oscar.